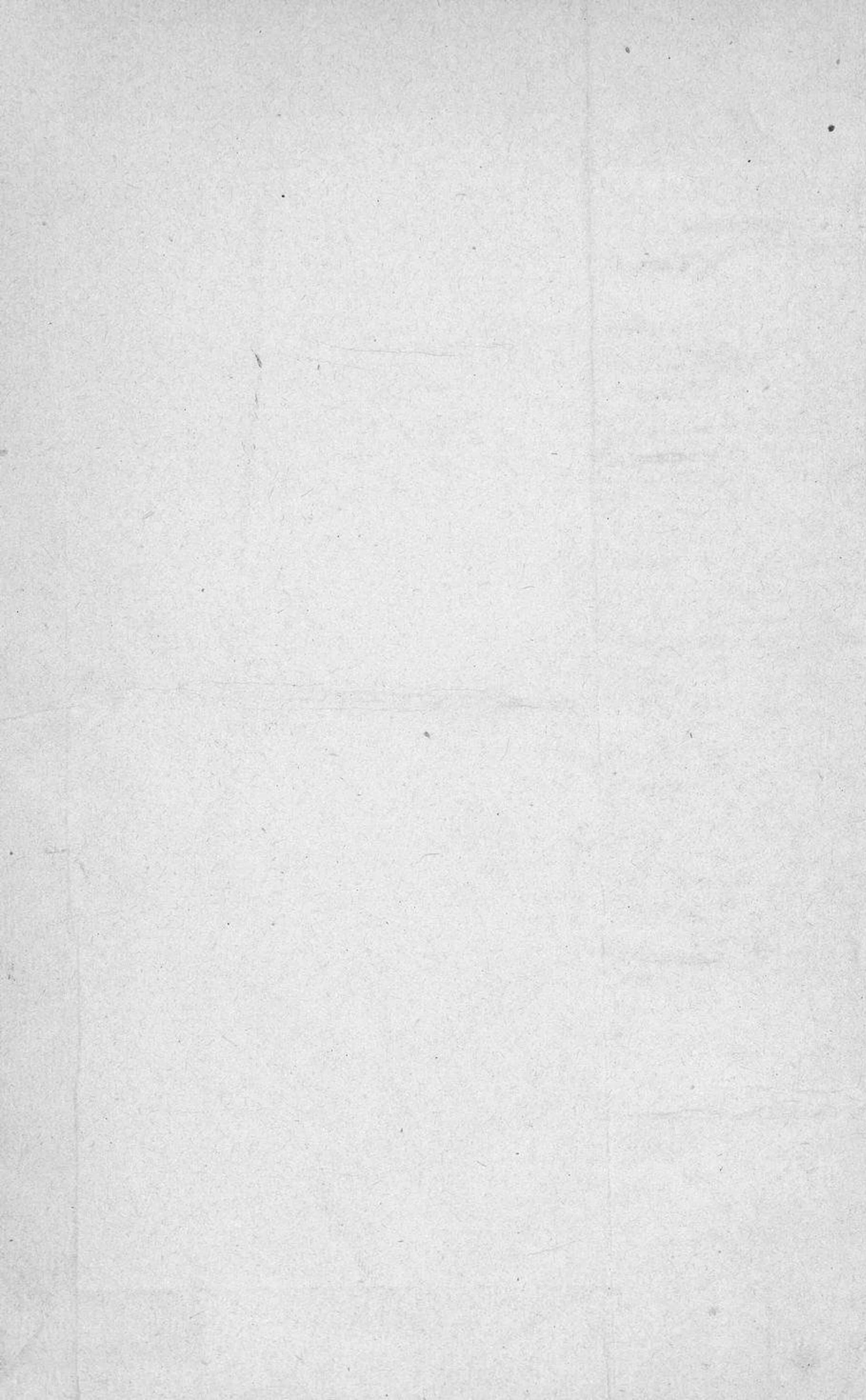


CO

8











**LA CONJURACION DE MÉJICO,**

Ó LOS HIJOS

**DE HERNAN CORTES.**

Ast R 2238 (4)

LA CONJURACION DE MEXICO

Ó LOS DIOS

DE BERNALDI GONZALEZ



# LA CONJURACION

DE MÉJICO,

6

## LOS HIJOS DE HERNAN CORTÉS.

NOVELA HISTORICA, ORIGINAL

DE DON PATRICIO DE LA ESCOSURA.

BIBLIOTECA PROVINCIAL  
ESCOLA PIA  
CATALUNYA



MADRID.—1850.

IMPRESA DE LOS SEÑORES ANDRES Y DIAZ.

Plazuela del Duque de Alba, núm. 4.

LA CONJURACION

DE MÉJICO

LOS NIÑOS DE HERMANA CORTES.

NOVELA HISTÓRICA, ORIGINAL

DE DON PATRICIO DE LA ESCOSURA.

BIBLIOTECA PROVINCIAL  
ESCUELA P. B.  
CATALUNYA



MADRID — 1850

IMPRESA DE LOS SEÑORES ANTON Y JOSE

Plaza del Puerto de Atocha, núm. 4

# LA CONJURACION DE MÉJICO,

Ó LOS NIJOS

## DE HERNAN CORTÉS.

---

### PARTE CUARTA.



### CAPITULO I.

QUE PERTENECE AL GENERO TRÁGICO.



tro hombre se hubiera asombrado de que á tanto llegase la audacia de una muger culpable, que en su fuga misma osara penetrar en el por ella profanado hogar doméstico: Juan Ponce conocia sobradamente á su consorte para no adivinar desde luego el fin de Catalina en aquella temeraria detencion.—«¡Vino á robarme!!» Esclamó, corriendo sin detenerse al escritorio donde encerraba de ordinario papeles importantes, joyas y dinero; y halló, en efecto, que el último y las alhajas habian desaparecido.

Poco le importara á un marido apasionado aquella circunstancia; porque, en verdad, ni el robo fue de tanta monta que en su caudal abriese considerable brecha, ni cuando el corazon está herido, los intereses materiales pueden afectarle mucho: mas el Encomendero de Acama, como agricultor laborioso, caballero morigerado, y económico propietario, sintió á par del alma la nueva villania de Catalina. Y no porque fuese Juan Ponce esencialmente avaro, nó; pero sí porque desde el momento en que de la culpabilidad de su muger tuvo certidumbre, considerándola como miembro de la familia indigno de pertenecer á ella, parecíale que tocar la pérdida al conyugal peculio, era como añadir el insulto á la afrenta, el escarnio al crimen.

—«Con ese dinero (decia Juan Ponce), fruto de mi trabajo, y por mi economía reunido, la malvada se propone celebrar la infamia de que me ha cubierto, en hediondas bacanales, en diabólicos festines, cuyo ordinario término será arrojarse en los brazos del mal caballero que me ha robado la honra.—Si tal permitiera el Cielo, seria cosa de dudar de la Justicia divina: pero ¿Cómo ha de consentirlo?—No lo consentirá; es imposible que lo consienta; y mi brazo en esta ocasion será el instrumento elegido para castigar á los culpables.»

La verdad es que en ocasiones, sin una fé ciega, absoluta, incontrastable, cual para nosotros mismos y para todo el que padece la deseamos, los acontecimientos de esta vida aparecen guiados por tan estraños caminos, que no alcanzando los débiles ojos de los mortales á penetrar el hondo arcano de los inescrutables designios de la Providencia, llega el entendimiento á persuadirse de que en la tierra el mal prevalece y el bien sucumbe constantemente.

¡Bienaventurados una y mil veces aquellos cuyo es-

píritu, humillándose sin esfuerzo ante los acontecimientos, jamás confía ni desespera!

Pero, en fin, Juan Ponce habia llegado á la máxima irritacion en él posible, si bien conservando siempre el aspecto frio y reservado, propio de su especial naturaleza.

En tal situacion, paseábase, ó mas bien iba y venia incesantemente de una parte á otra, en aquella casa adquirida para templo de la familia, mancillada entonces por la misma que en ella debiera consagrarse á los mas santos y dulces deberes; en aquella casa huérfana de su señora, indigna ya de volver á pisarla; en aquella casa, en fin, donde la honra del Encomendero encontró su tumba.

Seguíale el esclavo negro que dijimos le abrió la puerta, como la sombra al cuerpo: mudo el labio; cruzados los brazos; inmóvil la fisonomia; pero fija y como ansiosa la mirada.

Mientras Ponce se ocupó en verificar que habia sido robado, la insistencia del negro en seguirle llamóle muy poco la atencion: mas cuando ya seguro de aquella nueva desgracia, púsose á pensar cómo se conduciria para llegar mas seguramente á su objeto, esto es, á descubrir el asilo de los culpables y castigar con el hierro su delito, no pudo menos de advertir que el esclavo no se apartaba de él ni un solo instante.

—«¿Qué me quieres? (le preguntó). ¿Por qué me sigues?»

La respuesta del negro fue hincarse de rodillas ante su dueño diciendo:

—«¡Perdon, señor amo, perdon á Domingo!

—Tú tambien (esclamó furioso el Encomendero), tú tambien, nacido y criado en mi casa, tú, vil africano, á quien mi piedad necia libertó del trabajo duro y economizó el azote tantas veces merecido, creyendo que, á

falta de entendimiento, tenias al menos el instinto de la gratitud como algunos brutos: ¿Tú tambien me has hecho traicion?»

La vehemencia del apóstrofe y el ademán violento en que fue pronunciado de tal modo aterraron al negro, que, incapaz de pronunciar una sílaba, acabó de tenderse á los pies de su amo, en la actitud misma y acaso con idénticos sentimientos á los del perro, que ni á huir se atreve del látigo que le amenaza. ¡Tanto degrada la esclavitud al hombre!

Pero Juan Ponce que, por falta de datos, no sabia qué resolucion tomar, diciéndose que esclavo que gracia implora antes de que con el castigo se le amenace, claro es que á confesar una culpa se prepara; y adivinando, como era fácil, que la confesion del negro debia de referirse á su propia desventura, juzgó conveniente, al cabo, humanizarse con el envilecido africano y hasta prometerle perdon completo, siempre que completas fuesen tambien sus revelaciones.

Domingo habia sido encubridor de los adúlteros amores de Catalina con Bocanegra durante largo tiempo, tanto por miedo á su señora que, ofendida, era implacable, cuanto por las amenazas y regalos que juntamente le prodigaba D. Bernardino. No acusemos precipitadamente de ingrato con su dueño al pobre negro: cierto que Juan Ponce fue siempre para él un amo justo y hasta cierto punto benigno, mas para revelar su deshonor sin que peligrase la vida del revelador, era forzoso hacerle ver su desdicha, y si la veia, infaliblemente Catalina habia de morir. Ahora bien: sin ser esclavo ni negro, cualquiera de nosotros se detuviera ante tan dura perspectiva; y ademas, ¿No es siempre obligacion forzosa del esclavo la de obedecer ciegamente? Domingo era tan *cosa* de Catalina, como de Juan Ponce: hizo, pues, su deber obedeciendo á su señora, sin entrometerse á discursar.

rir sobre la moralidad de lo que hacer se le mandaba. Mas cuando vió á la culpable *robar* descaradamente á su esposo, y huir en seguida con Bocanegra, díjose Domingo que ya no tenia *ama*; y á mayor abundamiento, que segun todas las probabilidades su amo le haria desollar vivo, ó cosa equivalente, hasta que declarase cuanto en el negocio supiera, ó quizá cuanto se supusiera que sabia. Adelantarse, pues, al interrogatorio inevitable, fue acto por el instinto de la propia conservacion inspirado, mas bien que impulso de fidelidad ó resultado de raciocinio alguno. Domingo hizo bien en espontanearse, y á su amo, por el momento al menos, no le estuvo mal haberse con él humanizado; pues el primero se ahorró los tratos de cuerda que, al cabo, á hablar le obligaran, y el segundo supo lo que en el menor número de palabras posibles repetiremos nosotros.

Segun Domingo, Bocanegra permaneció á caballo dentro del zaguan de la casa todo el tiempo que empleó Catalina en apoderarse del dinero y alhajas de su marido; y á mayor abundamiento, el amante ignoraba la mala accion de su dama, pues ella le dijo al apearse que iba solo á tomar la ropa indispensable para su uso personal é inmediato. Desierta la casa de criados, por haber todos ellos, á escepcion del negro, aprovechado la ausencia de sus amos para atender cada cual á sus particulares negocios y placeres, sin estorbo alguno se consumó el hurto, desoyendo Catalina las amonestaciones que Domingo pretendia haberle dirigido, y hasta obligádole con amenazas á que la ayudase, tanto á forzar el escritorio, como á empaquetar el dinero y joyas de él sustraídos, juntamente con la ropa de propio uso que se llevó en efecto. Como era consiguiente al acto de complicidad, mas ó menos voluntaria, en que el esclavo habia incurrido, propúsole Catalina que la siguiese, y no osó Domingo negarse á ello: mas Bocanegra, alegando la urgencia de

sustraer á su dama á las pesquisas del esposo ultrajado, dispuso que por el momento se quedase el negro en la casa, salvo el reunírseles mas tarde, si asi era necesario ó se juzgaba conveniente.

—«Si tu amo te amenaza (fueron las palabras de don Bernardino repetidas á Juan Ponce por su siervo), si tu amo te amenaza hoy mismo, huye y refúgiate en mi casa de Méjico; en ella por el pronto estarás seguro, y á su tiempo sabrás á dónde has de encaminarte: pero si da lugar á ello tu peligro, permanece en la casa y espia sus pasos para darme cuenta de ellos. Mañana á media noche espérame á la puerta misma en que ahora estamos, que yo vendré á saber las nuevas que ocurran.»

Con eso se partieron los fugitivos, y quedó el esclavo su cómplice en calidad de espia dentro de la casa y al lado de su amo; pero Domingo, calculando ó instintivamente sintiendo el riesgo gravísimo que para la integridad de su piel ofrecia tan delicada situacion, prefirió cuerdamente espontanearse con su amo á esperar que este le arrancase á un tiempo del pecho el secreto y del cuerpo las entrañas.

Juan Ponce ofreció á su esclavo, no solo indulto plenario por las pasadas culpas, sino tambien la libertad en recompensa de sus futuros servicios, á condicion de que con puntualidad absoluta le obedeciese y ayudara en la realizacion del designio que formó instantáneamente en virtud de las noticias recibidas.

Por aquella noche permaneció el Encomendero en su casa, como si nada extraordinario ocurriese; á la mañana siguiente, ya bien de dia, y cuando unos vecinos circulaban por las calles, y otros estaban á las puertas de sus respectivas moradas, y las tiendas abiertas, y los vendedores pregonando, es decir: en el momento en que mayor número de gentes de todas clases



pudiese verle, montó á caballo como solia, y atravesando la ciudad al paso y sosegadamente, encaminóse á una de sus heredades distante cuatro ó seis leguas de Méjico. Dijose á los criados de Juan Ponce que su señora desde la quinta de Chapultepec se habia ido tambien al campo, y por la tarde se les hizo ademas salir á todos de la ciudad en direccion á cierta distante alqueria, propiedad del Encomendero; por manera que Domingo se quedó solo en la casa, y nadie por el momento tuvo noticia de lo que pasaba.

Mas apenas la noche cubrió con sus tinieblas la tierra, cuando Juan Ponce en un velocísimo caballo de carrera, y á rienda suelta, regresó del campo á Méjico, apeándose á un cuarto de legua de la ciudad en cierta venta, y dejando en ella el casi rebentado corcel. En seguida, envuelto en una gran capa y bajo el ala de su sombrero oculto el rostro, encaminóse á su propia casa; y deslizándose furtivamente de calle en calle, llegó á ocultarse frente á la puerta para la cual habia citado Bocanegra á Domingo.

Minutos antes de media noche, un bulto negro entraba en la calle con ese aire de misterio y cautela, que hasta en el mas bravo se advierte en tales lances.

El corazon de Juan Ponce palpitaba con tal violencia, que él mismo llegó á temer que sus latidos revelaran su presencia en aquel sitio.

Llega el bulto á los umbrales de la casa del ofendido; hace la señal convenida; contesta Domingo; ábrese el zaguan; entra el desconocido; el Encomendero, daga en mano, se precipita en su seguimiento; ciérrase detrás de él la puerta; óyese un ¡Ay! lastimero, y al mismo tiempo el golpe de un cuerpo que cae desplomado; y luego..... luego nada. Un silencio sepulcral reina en torno de la mansion del Encomendero durante mas de una hora.

Al cabo de ella, si alguno hubiese en observacion estado, oyera piafar caballos dentro del zaguan, viendo en seguida abrirse de nuevo la fatídica puerta, y salir por ella dos hombres: uno á pié, llevando su bridon del diestro; el otro ginete ya en un soberbio corcel; ambos hasta las cejas embozados, ambos tambien con sombreros de anchas alas cubiertos. Cerró con llave el zaguan el de á pié, montando á caballo acto continuo; y luego los dos, á galope tendido, apartáronse de la casa, de la calle, del barrio, de la ciudad finalmente, volando mas que corriendo á campo travieso, sin reparar en zanjas, ni detenerse ante los vallados, sino, como el pensamiento, que va siempre derechamente al blanco que las pasiones le señalan.

No sabremos decir por qué, mas la propia experiencia nos lo prueba, hay ocasiones en que al parecer se establece entre el ginete y su caballo una especie de relacion magnética, tan eficaz y poderosa que, con perdón del sabio difunto señor Hermosilla, justifica plenamente á nuestros ojos lo que de su mula creía CARDENIO, «*que mas que del cansancio y de la hambre, cayó muerta, por desechar tan inútil carga como en él llevaba!*» ¡Oh, sí! Las pasiones del ginete se inoculan magnéticamente en su caballo que, intrépido en la batalla, rápido en la huida, exaltado cuando á la venganza corre, parece que al deseo le hurta las alas para volar y al frenesí la fuerza para salvar todo género de obstáculos.

¿Cómo, si nó, los dos hombres que de casa del Encomendero vimos salir no ha mucho, pudieran en menos de cuarenta y cinco minutos llegar, al través de campos por setos, vallados, tapias, barrancos, arroyos, rios, y hasta precipicios cortados, á dar vista á una modesta alquería, distante no menos de tres leguas de la ciudad imperial, y próxima al camino de la Veracruz situada?

Y llegaron, en efecto, ante el reducido edificio cu-

yas blancas paredes, destacándose sobre el fondo oscuro de un bosquecillo que casi le rodeaba en la totalidad de su perímetro, le asemejaban á una paloma en la floresta posada, cuando de lejos y á la luz de la luna se le veía. Mas aquella noche la triforme Diosa negaba á los mortales el brillo de su plateado rostro; aquella noche las tinieblas eran, como las bíblicas, palpables.

Nuestros ginetes echaron pié tierra; uno de ellos ató entrambos caballos á un árbol; luego el que habia permanecido ocioso durante esa operacion dijo al otro pocas palabras en voz baja, y el último, si bien con muestras de agitacion profunda ó de terror pánico, llegóse á la puerta de la alquería, descargando en ella repetidos golpes.

Vigilantes estaban, sin duda, los moradores de aquel solitario albergue, pues apenas hubo llamado el desconocido, cuando con varonil acento, preguntó desde lo interior la voz de nuestro D. Bernardino Pacheco de Bocanegra:

—«¿Quién llama á tales horas?»

—¡Domingo, señor! (Respondió el negro, que él era, en efecto, quien llamaba.)

—¡Domingo! (Esclamó entonces Catalina.) ¡Domingo! ¿Cómo es posible?

—¡Amo querer matar; Domingo huir, señora! Dijo el negro; y Catalina:

—No le abras aún, Bernardino; por Dios que no le abras.

—¡Domingo morir de miedo, si quedar noche tan oscura en el campo! Insistió el negro temblando realmente como un azogado, y pudiendo apenas pronunciar las palabras de su exótico language.

—¿Y quién te ha dicho que aquí podrias encontrar-nos, Domingo? Preguntó Bocanegra.

—Chacon, señor; lacayo de su merced, que venir á hablarme en su nombre.

—¿Dónde está Chacon? ¿Por qué no viene contigo?

—Haberse ido en busca de D. Martin Suarez: Domingo tener demasiado miedo para acompañar Chacon en Méjico.

—Es cierto (dijo entonces á Catalina su amante) que yo he mandado á Chacon, no dejándome tú ir en persona, á que de Domingo supiera lo que en casa de Juan Ponce ocurría; y cierto tambien que le dí una carta para Suarez.

—A pesar de eso (le contestó la dama), no le abras al negro.

—Seria cruel dejar á ese infeliz morir de miedo á la puerta de la alquería; y sobre cruel, peligroso para nosotros. Desde el momento en que conoce este asilo, por nuestra propia seguridad debemos recogerle.

—No le abras, al menos, sin asegurarte primero de que está solo.

—¿Qué es lo que temes, Catalina?

—¡Todo! Juan Ponce es implacablemente rencoroso.

—¿No estoy yo contigo?

—¡Oh! Bernardino, el mejor de los dados es no jugarlos. No abrir á Domingo seria lo mas cuerdo: pero si te obstinas en hacerlo, asegúrate al menos antes de que está solo: otra vez vuelvo á rogártelo!!»

Bocanegra, siguiendo los consejos de su amada, comenzó por abrir una ventana que caia precisamente sobre la puerta, y asomarse á ella para cerciorarse de que Domingo estaba, en efecto, solo. En realidad asi parecia, visto lo cual, y decidiéndose, en consecuencia, á recibir al negro, bajó D. Bernardino para abrirle desde el piso principal, donde se hallaba, hasta el zaguan de la alquería.

En tanto la infiel esposa del Encomendero, á quien

la conciencia de sus culpas ó un presentimiento indefinible agitaban, apenas su amante salió de la estancia, acercóse á su vez á la ventana, y sin descubrir su persona, púsose á observar atentamente, en cuanto la oscuridad de la noche se lo permitia, el terreno inmediato á la fachada de la casa.

En el momento mismo en que la llave sonaba en la cerradura de la puerta, divisando con vista perspicaz Catalina un bulto que salia de detrás de un árbol corpulento que hasta entonces le ocultara, clamó en voz desesperada:

— «¡Traicion! ¡Traicion! ¡No abras, Bernardino, no abras!»

Ya era tarde: la entrada estaba franca, y Juan Ponce de Leon precipitóse, espada y daga en mano, sobre el robador de su esposa y honra: pero la voz de alarma de Catalina, sirvió al menos para que D. Bernardino tuviese tiempo de ponerse en guardia y defender su vida, que ya por precaucion llevaba él tambien desnudas sus armas y en las manos.

Trabóse entonces entre aquellos dos hombres encarnizadísima lucha; peleando el uno para vengar su afrenta, el otro en defensa de su vida y de la muger á quien idolatraba: mas la oscuridad del zaguan hacia vanos su cólera y esfuerzos. Cruzados estaban los aceros, amenazadoras las dagas, brotando fuego los ojos, anegados en hiel los corazones: mas no viéndose, estériles eran las iras, infecunda la saña, imposibles los certeros golpes.

Domingo, al aparecer su amo en la escena, habíase prudentísimamente eclipsado: Catalina en el piso principal permaneció algunos segundos como si el pavor la petrificase, tendiendo el oido al eco de los pasos y al crujir de las armas de los que en el zaguan lidiaban. Su vida ó su muerte era lo que en aquel combate iba á decidirse: sucumbiendo Bocanegra, un minuto despues la

espada vengadora de Juan Ponce hundiríase en el pecho de la culpable.

Mas el exceso mismo del terror, la clara evidencia de su inminente peligro, embriagando á aquella vívora en forma humana, diéronle un valor momentáneo y ficticio, bastante á sugerirle el mas diabólico designio que nunca imaginó muger criminal; y una vez imaginado, Luzbel, sin duda, la prestó sus fuerzas para consumarlo.

Pacheco de Bocanegra, como en la posicion en que se hallaba era sobrado natural, habia reunido en la estancia que Catalina ocupaba á la sazón, cuantas armas pudo haber á las manos; todo el que con la sociedad se declara en abierta lucha tiene, sin poder evitarlo, que vivir á guisa de bandido. Habia, pues, sobre la mesa, entre otros instrumentos de muerte, un arcabuz ó escopeta de caza, ligero, bien cargado, y con su mecha encendida, en el cual los ojos de Catalina se fijaron ó por casualidad, ó por arte diabólico, cuando mas violenta y profundamente sentia el riesgo á que espuesta quedaria, dado que Juan Ponce venciese á su amante.

Y entonces quiso la suerte que la espada del esposo ultrajado, encontrándose con el pecho de D. Bernardino, le causara una herida mas dolorosa que profunda y grave, la cual arrancó una exclamacion enérgica al paciente, tan enérgica y dolorida, que Catalina llegó á creerle en grave riesgo.

—No (se dijo á sí misma), no debo fiar á la suerte de las armas el éxito de una lucha en que me va la vida. Antes que todo soy yo!»

Y asiendo con la mano derecha el arcabuz, y en la siniestra la lámpara que la estancia alumbraba, lívido el semblante, inyectados en sangre los ojos, con todo el aspecto, en fin, de una furia infernal, dirigióse al zaguán donde Ponce y Pacheco se afanaban en vano por esterminarse.

Apenas la luz de la lámpara hirió sus ojos, ambos lanzaron un rugido de iracundo gozo, y ambos también, sin cuidar de la propia defensa, arrojáronse el uno sobre el otro como dos tigres hambrientos.

Catalina, cuyo primer pensamiento había sido descargar el arcabuz sobre su marido, viendo entonces que no pudiera hacerlo sin esponerse, casi con evidencia, á herir á Bocanegra al mismo tiempo, varió súbito de plan, y súbito puso por obra su nueva infernal idea.

Los combatientes, ciegos de ira, habían estrechado tanto la distancia entre sí, que sus espadas enroscadas como dos serpientes la una á la otra, hasta la guarnición misma, les eran completamente inútiles por el momento para ofenderse. Rompiendo el uno ó el otro, restableciérase la posibilidad del combate, mas ninguno quería perder una sola pulgada de terreno; y así el arma con que en realidad se amenazaban, el arma que sola podía en tal situación decidir del resultado de la lucha, era exclusivamente la daga, que con las manos izquierdas manejaban.

Y en efecto, toda la habilidad, que era mucha, de aquellos dos encarnizados enemigos, no bastó á impedir que uno á otro se hirieran repetidas veces con las dagas; pero como cada cual acudía con destreza y prontitud á la parada, unos golpes se evitaban, y otros, perdiendo la dirección primitiva, rasgaban solo la piel sin interesar el pecho.

En tal estado, y cuando mas enardecida, furiosa, y ciega ardia en ambos la saña, Catalina, dejando arcabuz y lámpara en el suelo, arrojóse á traición y velocísima sobre Juan Ponce; y asiéndole con desesperada fuerza el brazo izquierdo, dejole indefenso un instante que bastó á que Bocanegra, sin darse á sí mismo cuenta de lo que hacia, le sepultase en el corazón su daga.

—«¡En fin!!! Esclamó la adúltera parricida, con sá-tánico júbilo; y Juan Ponce al caer:

—¡Maldita seas, Catalina, en este y en el otro mundo!! ¡Maldito tú tambien, cobarde asesino!»

No dijo mas el infeliz Encomendero de Acama. Su matador, al verle caer exámine, recobrando un momento y para su mayor desdicha la razon perdida, prorrumpió en un fúnebre alharido, diciendo:

—«¡Asesino!!! Sí; Bernardino Pacheco de Bocanegra es un vil asesino! ¡Maldita seas Catalina, en este y en el otro mundo!! ¡Maldito yo tambien, que soy un infame asesino!»

Y arrojando lejos de sí las armas, salió desatentado de la Alqueria, lanzándose frenético por el campo adelante, y sin cesar repitiendo en altas voces:

—«¡Soy un asesino, un cobarde asesino, maldito en este mundo y en el otro!!»

Catalina, sola en presencia del cuerpo desangrado del hombre á quien privó primero de la honra, y de la vida luego, debió de presentir las tormentos del infierno que tan merecidos tenia; porque no pudo ni dar un paso en seguimiento de su cómplice, ni pronunciar siquiera un acento para detenerle, ni apartar los ojos de la herida de Juan Ponce... ¿Cuánto tiempo permaneció así?... Quizá una hora, quizá mas; porque inmóvil en su puesto, y fija siempre la vista en aquel horrible espectáculo, la hallaron los ministros de justicia, que al romper el alba acudieron, guiados por Domingo, á la Alqueria.

El pobre esclavo, previendo la catástrofe que no bastaron á evitar sus buenos deseos, apenas comenzó el combate entre su amo y Bocanegra apartóse de su funesto teatro y, montando á caballo, fuese veloz á dar la alarma en la aldea mas inmediata. Lo intempestivo de la hora explica mas que suficientemente la tardanza del socorro.



Catalina se dejó prender sin proferir una sola palabra, sin mostrarse sensible á las injurias merecidas que los horrorizados aldeanos y corchetes le prodigaron: todo sentimiento parecia haberse estinguido en ella. Solo cuando al levantar del suelo el que se creia cadáver de Juan Ponce, recobrando este un soplo de vida, fijó en ella sus moribundos ojos, y con un acento ya de la eternidad repitió:

—«¡Maldita seas, Catalina!! ¡Maldita seas aquí y en el otro mundo!!»

Prorrumpió la culpable en un grito horroroso, desmayándose en seguida. El Encomendero espiró lanzando á su criminal esposa una mirada de implacable encono.

En dos palabras esplicaremos lo que de misterioso puede haber en este capítulo. Bocanegra, á quien Catalina no dejaba apartarse de su lado, envió en su lugar para que con Domingo hablase, á su criado el infeliz Chacon. Juan Ponce, tomando al lacayo por el amo, dióle muerte con golpe certero; mas reconociendo aunque tarde su error, y enterándose, por una carta que la víctima inocente de sus iras llevaba para D. Martin Suarez, del parage á que los culpables se habian retirado, ordenó el plan de conducta que, con tan funestas consecuencias para el mismo, acabamos de ver que por obra puso.

Catalina y el cadáver del Encomendero de Acama fueron á Méjico trasladados en el acto mismo de la prision de la primera; ella fue sepultada en un calabozo; en otro el esclavo Domingo, á pesar de su calidad de denunciador; y el cuerpo de Juan Ponce espuesto en su propia casa con fúnebre aparato á la consideracion del público.—Antes de la noche del mismo dia, D. Bernardino, preso, sin que hiciera resistencia, en el campo por donde demente vagaba, fue tambien á la cárcel de Méjico conducido.

Aterróse la ciudad; erizáronseles los cabellos á la mayor parte de los maridos, y hubo entre ellos quien no osaba probar bocado en su casa, sin que antes lo gustase su consorte.

Siempre los inocentes pagan en el mundo por los pecadores.

## CAPITULO II.

DE CÓMO SE ENTENDIA EL AMOR FRATERNAL ENTRE LOS HIDALGOS  
DEL SIGLO XVI DE LA ERA CRISTIANA.



o mas triste de la vejez no es tanto el envejecer, sino ver cómo todo envejece en derredor nuestro; cómo se disipan una á una las ilusiones de la fantasia, cómo se desvanecen las esperanzas; cómo, en fin, la tumba se traga los séres y el olvido los afectos.—¡Oh, sí! La vejez es una triste cosa, tan triste que en realidad la muerte misma le debe ser preferible, cuando el corazon no encallece al mismo compas que las canas brotan: pero todavia hay otro mal peor que la vejez natural, y es la prematura, la senectud del alma en cuerpo jóven.

Al contemplar las ruinas de una ciudad asiria, de

un anfiteatro romano, de un templo gótico, elevase, aunque melancólicamente, el espíritu. Aquellos vestigios de civilizaciones que pasaron, conservados á pesar de la accion deletérea del tiempo en el transcurso de siglos repetidos, mas bien suscitan en nosotros ideas de eternidad que de aniquilamiento: pero si ante los ojos vemos deshecho el edificio aún no acabado ó apenas concluido, entonces sentimos prosáica tristeza, repugnancia instintiva, que á separar la vista de tan desagradable espectáculo nos obligan.

Asi tambien la senectud natural inspira profundo respeto á las almas generosas; y la precoz lástima en unos casos, asco en otros. Aquella es la obra de Dios; la última la de nuestras pasiones ó vicios.

No estrañe el lector lo melancólico de las reflexiones que preceden; porque no tiene derecho á estrañarlas, siendo ellas harto naturales, cuando ya desde el anterior capítulo tenemos comenzado el último periodo de la vida de nuestro libro, ó lo que es lo mismo el de la de mas de uno de los personajes que en él hasta ahora han figurado. Ya el principio de esta cuarta parte de la *Conjuracion de Méjico* ha debido preparar los ánimos al fúnebre cuadro que, por necesidad forzosa, ha de trazar de aquí en adelante nuestra inhábil pluma; y si el estilo desenfadado y ligero las mas veces, de cuanto escrito queda, hizo creer al público que carece de tintas oscuras nuestra paleta, engañóse á fé de quien somos. Quizá por ser á la melancolía sobrado propensos, huimos de ella afanosos; quizá porque sentimos harto profundamente, nos apartamos con estudio de todo sentimentalismo. Pero el hecho es que los personajes de nuestro libro han llegado á vejez prematura, obra no del tiempo solo, sino de los sucesos y las pasiones; y por tanto, su senectud ha de ser forzosamente, en lo general, melancólica.

El asesinato de Juan Ponce de Leon fue una calamidad pública para la metrópoli de Nueva España : la sociedad, herida en su base fundamental, lanzó indignada un grito unánime de horror y de reprobacion; los contrarios del bando á que el culpable pertenecia, con la injusticia constante de los partidos entre sí, hiciéronse de la moral un arma poderosa contra sus enemigos; y los parciales del Marqués, sintiéndose primero aterrados por tan furibundo inesperado golpe, tardaron poco en rebelarse con generosa ira contra la absurda calumnia que del crimen de Catalina y de Bocanegra queria hacerlos pasar por cómplices.

Pero sobre quien parecia que la sangre del infeliz Encomendero pesaba, era el misterioso caballero don Martin Suarez de Monroi, que al saber la noticia del asesinato hubo de perder, por vez primera en su vida, la serenidad imperturbable que le caracterizaba y distinguia. Y no porque D. Martin ignorase la pasion frenética de su amigo y confidente: no porque tan novicio fuese en las cosas del mundo que no supiera hasta dónde puede el delirio del amor conducir á los mortales; sino porque conociendo profundamente á Bocanegra y sabiéndole caballero á todas luces, valiente y diestro además en las armas, no acertaba Suarez á esplicarse cómo habia podido olvidarse á tal punto de las leyes del honor que, en vez de matar cuerpo á cuerpo, llegase á asesinar alevoso!

En las ideas de aquel siglo dar muerte un hombre á otro en singular combate era, cuando mas y para los espíritus menos belicosos, una desdicha, nunca una culpa, si bien las leyes escritas como crimen lo consideraban; y hemos dicho las leyes escritas, porque en realidad los homicidios en buena lid cometidos, rarísima vez se castigaban con severidad, bastando á dejarlos impunes el perdon de la familia de la víctima. Pero en

cambio, y con justicia, la opinion pública era inflexible con los que en un solo ápice faltaban á las leyes del duelo; leyes que, fundadas en la práctica, tradicionalmente conservadas, y por el honor sancionadas, constituian la mas eficaz y sólida garantia de todas las existencias en aquellos tiempos. Provocar al débil, lidiar con ventaja, herir al indefenso, á los ojos de los hombres del siglo XVI en España y sus colonias, eran delitos imperdonables, y en un noble hasta inconcebibles. ¿Qué seria el asesinato de un marido ultrajado, por el amante de su culpable esposa? Y en fin, la muerte de Juan Ponce de Leon un asesinato alevoso fue, y no otra cosa.

¿Y cómo se sabia eso (preguntará el lector), habiendo espirado la víctima sin tiempo para revelar los pormenores del horrendo drama en que perdió la vida?— Sabíase por el culpable mismo, y por Catalina; ó mas bien hé aquí lo que se sabia, y los Doctores se apresuraron á hacer circular por la ciudad, aunque en derecho debieran los procedimientos contra los criminales haberse reservado por entonces.

Bocanegra, preso, como dijimos, sin hacer resistencia, y sabiendo por sus aprehensores mismos que ya Catalina estaba en poder de la justicia, recobró su juicio por amor á la malvada, como por amor á ella tambien lo habia perdido. Con referir el funesto lance tal como en realidad ocurrió, sabia D. Bernardino que, si bien tal vez no salvara su cabeza, al menos sí en gran parte su fama; porque la tenia muy bien asentada de caballero valeroso, para que nadie, entre los nobles á lo menos, dudase de su lealtad en el combate. Verdad era que, en realidad, no podia Juan Ponce defenderse cuando la daga de su contrario le atravesó el corazon; pero ¿Quién en tan reñida contienda como la que amante y esposo tenían trabada, y herido

además, y casi en tinieblas, conservara serenidad bastante para advertir la alevosa acción de Catalina, y detener instantáneamente el brazo levantado ya sobre el pecho de su enemigo? D. Bernardino, positivamente no advirtió la acción de su cómplice hasta que ya la suya no tenía remedio; y con solo decirlo así, repetimos, pudiera salvar su fama, si no su cabeza.

Pero, si tal dijera ¿Qué iba á ser de Catalina?—¿Qué la llamaría el mundo?—Una muger, sobre adúltera, parricida; un ponzoñoso reptil que traidoramente había embarazado á su esposo la legítima defensa de su vida, y hecho asesino al infeliz amante, bien á pesar suyo. Eso era Catalina, ni más ni menos: un mónstruo, tanto más execrable cuanto más seductoras sus formas; una encarnación del espíritu diabólico; un sér de esos que nacen para oprobio de la humanidad y que en obsequio de ella debe el cuerpo social esterminar sin misericordia, alzando después á su memoria un padron de eterna infamia. No quisiéramos parecer exagerados, mas es cierto que si el crimen nos revela en el hombre, en la muger y sobre todo en la muger discreta y bella, nos indigna y subleva infinitamente más todavía. Dios hizo á la muger para dulcificar nuestros bárbaros instintos, para darnos ejemplo de mansedumbre, para embalsamar con el aroma de sus virtudes la mundanal viciosa atmósfera: Dios hizo don á la muger de la hermosura, de la voz, del poder magnético de los Angeles, ¿Cómo ha de mirarse sin profunda ira que el crimen la transforme en espíritu de tinieblas? ¿Comprendemos feroz á la fuerza, nunca impía á la debilidad!

Pero Catalina, culpable y hasta infame, era todavía el ídolo de D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, y aquel desdichado caballero, llevando la abnegación á un punto inconcebible, ocupóse exclusivamente desde

el momento de su prision, en atraer sobre sí todo el rigor de la justicia, toda la indignacion tambien de la opinion pública, toda la odiosidad, en resúmen, del consumado delito. Con tal propósito, en su primera declaracion dijo: que en la fiesta de Chapultepec, despues de haber requerido de amores á doña Catalina, y de ser por ella duramente desairado, habia resuelto apoderarse de su persona con violencia, y llevádolo á cabo, en efecto, para conducirla, como lo hizo, á su Alqueria.

Que ya allí, despues de procurar en vano reducirla á sus malos deseos á fuerza de súplicas y seducciones, y en el momento en que á la fuerza encomendaba él logro de lo que por otros medios no esperaba alcanzar, habíase aparecido ante él Juan Ponce, sin que supiese él mismo (D. Bernardino) como llegó á su noticia el punto en que su robada esposa se encontraba. Trabada la batalla consiguiente, Catalina acudió (segun Pacheco, en su declaracion) á defender con su propio cuerpo el pecho del marido, quien al verse asi embarazado, pedia tiempo para separar de sí á su casi exámime esposa, y terminar el combate en seguida. «Yo entonces (concluyó D. Bernardino haciendo un heróico esfuerzo para que su lengua propia se prestase á infamarle). Yo entonces, en vez de atender á lo que Ponce decia, descarguéle un golpe con la daga, que él no pudo reparar, porque á doña Catalina sostenia en sus brazos.—Le he muerto, pues, *alevosamente*; y lo que teneis, señores, que hacer es degollarme luego en castigo de mi delito.»

Lástima causó aun en los Doctores mismos ver á tal punto de degradacion reducido á uno de los mas altivos nobles de Méjico: mas, por una parte, la justicia debia seguir su curso; por otra aquel lamentable suceso ofrecia ocasion de humillar á los del bando del Marqués; y, en fin, contrayéndose al caso, la primera declaracion



de Bocanegra estaba perfectamente de acuerdo, salvos insignificantes pormenores, con lo que doña Catalina dijo en la suya.

Aquella malvada, raciocinando en sentido inverso que su amante, pensó esclusivamente en salvar, primero su cabeza, y si podia tambien su fama. Declaró, pues, que Bocanegra la sacó *robada* de la Quinta de Avila; que habia intentado deshonorarla en su Alqueria; y que, apareciendo Juan Ponce en el lugar de la escena, D. Bernardino aprovechó la ocasion de arrojarla ella indeliberadamente, como era natural, en los brazos de su marido, para darle muerte de un solo golpe, que á un tiempo la dejó viuda y petrificada. «Tal me encontraron, señores, los que á esta cárcel me han traído; y si no me quejo de que tan sin justicia ni miramientos se me trate, es porque no da lugar á ello la pena que para siempre vistió mi corazon de luto, privándome de mi esposo y señor, cuya dulce memoria vivirá eterna en mi pecho, como la de su trágico fin en los anales de Méjico.»

Digase lo que se quiera, el aplomo en la desvergüenza es un milagroso talisman que sirve con sobrada frecuencia á los malos para atravesar en este mundo las situaciones peligrosas. Catalina, ya que no la libertad, alcanzó al menos con su audaz impostura que del calabozo en que estaba se la trasladase al cuarto del Alcaide, con recomendacion especial á aquel de que la tratase con todas las consideraciones posibles en tal establecimiento. Mantúvose, sin embargo, la incomunicacion consiguiente á la gravedad del crimen y á lo escaso de los indicios por donde la justicia pudiera atinar con los verdaderos culpables. Domingo, que yacia en uno de los mas profundos calabozos de la cárcel, no era personaje de bastante importancia para que el Alcalde de Corte

que instrua el proceso se apresurase á tomarle declaracion por entonces.

Ni la justicia, pues, ni Suarez, supieron durante algunos dias cosa alguna de aquel tenebroso misterio, fuera de lo que de sí arrojaban las declaraciones de ambos los presuntos reos, es decir: que Bocanegra habia asesinado á Juan Ponce de Leon alevosamente, ó por lo menos con ventaja conocida.

Mas ni Suarez, ni D. Alonso de Avila, enterados muy al pormenor de los antecedentes de aquel crimen, podian dar asenso á las interesadas confesiones de los culpables, sabiendo que Catalina jamas desairó, ni mucho menos, á D. Bernardino; y que, por consiguiente, no solo era absurdo suponer que hubo violencia y rapto en la huida de ambos, sino naturalísimo creer que la muger, en adulterio casi flagrante sorprendida por su esposo, debia de haber sido la que á su amante instase para que al merecido castigo, por medio de la fuga, la sustragera.—En virtud de tales consideraciones, uno y otro caballero sostuvieron siempre y contra todos que la culpa de Pacheco no llegaba á la alevosía; y que, por tanto, aunque era justo que los Ministros de la ley quisieran en todo su rigor aplicársela, no lo parecia que sus amigos y parciales le abandonasen en tan horrible trance. Tal no fue, sin embargo, el comun sentir de los enemigos de la Audiencia, ni menos el del Marqués del Valle, ó mejor dicho, el de su consejero áulico el Dean de Méjico.—«¿A qué, y por qué (decian) cargarnos, ni »poco ni mucho, con parte de la desdicha, ya que infamia no sea, de Bocanegra? ¿Hay algo de comun, por »ventura, entre la pasion desordenada que á tan mal »punto le ha conducido, y los fueros de la nobleza, ó »los designios que nos proponemos?—Despropósito fuera justificar así las calumnias de nuestros enemigos, y

»darles armas á los Doctores para que con visos de ra-  
 »zon nos acusen de fautores de crímenes. Pague, en-  
 »horabuena D. Bernardino la culpa que cometió en  
 »aquel momento; que nosotros, con rogar á Dios que  
 »misericordioso le juzgue, cumplimos lo que como á  
 »prójimo y cristiano le debemos.»

Y no hay medio de negarlo: aquellos que así racio-  
 cinaban, hacíanlo segun las prescripciones de la moral  
 y de la conveniencia política; Bocanegra ningun dere-  
 cho tenia á la asistencia de aquellos por quienes y para  
 quienes se hizo culpable del delito de conjuración con-  
 tra el Estado. Pero Suarez le amaba entrañablemente:  
 pero Avila, sin profesarle afecto ninguno, por otras ra-  
 zones consideraba injusto abandonarle. ¿Y no tenia ella  
 infeliz culpable familia en Méjico? Sí tenia: nada menos  
 que cuatro hermanos, de los cuales alguna vez, aunque  
 de paso, hicimos mencion.—En aquella época todavia no  
 se habian estinguido completamente ni las ideas, ni las  
 costumbres de la edad media; los vínculos del parente-  
 sco, si bien y hasta cierto punto relajados, todavia conser-  
 vaban fuerza bastante para que hubiese aún mancomuni-  
 dad de honra, por decirlo asi, en la familia. Parientes  
 que se amaban poco y se veian menos en las circuns-  
 tancias ordinarias, hacian suyos recíprocamente los agrá-  
 vios y adunábanse para las venganzas, como de los tim-  
 bres y las glorias en comun gozaban. Figúrese el lector  
 si en el tristísimo lance que nos ocupa, permanecerian  
 indiferentes Nuño de Chaves, Luis Ponce de Leon, don  
 Fernando de Córdoba, y D. Francisco Pacheco, que asi  
 se llamaban, como otra vez dijimos, los cuatro herma-  
 nos de Bocanegra.

Todos eran mas jóvenes que él, todos tan caballeros  
 como su primogénito, ninguno tan apasionado, ni tan  
 infeliz en consecuencia.

Apenas tuvieron noticia de lo que pasaba, cada uno

en su casa, pues los cuatro estaban ya establecidos, acudieron simultáneamente á la cárcel, cuya entrada les vedó el rigor de la leyes, pero donde, al menos, pudieron recomendar el preso á la benevolencia de sus guardadores, empleando para lograrlo un medio que por sabido callamos. Despues, atravesando juntos, en silencio y tristes, pero graves y hasta amenazadores, las calles de la ciudad, fuéronse en derechura al convento de S. Francisco. Cuantos al paso hallaron, nobles ó plebeyos, amigos ó enemigos, conocidos ó desconocidos, respetando por instinto el dolor de la imprevista lastimosa desgracia que los abrumaba, cediéronles el paso con melancólica cortesania, y saludáronlos como instintivamente saludamos todos al fúnebre cortejo que el cuerpo de uno de nuestros semejantes conduce á su última morada. Y, en verdad, dijérase que aquellos desdichados hermanos llevaban á sepultar en el monasterio de la órden seráfica la honra de su familia, por Bernardino sin misericordia inmolada á su pasion delirante. Juntos, como iban, entraron en la iglesia Nuño y Luis, Fernando y Francisco; juntos cayeron de hinojos ante la imágen del Redentor crucificado: y juntos elevaron á él sus preces durante mas de una hora. Mientras, los religiosos en el coro hacian oír su grave salmodia, el órgano difundia en el templo el armónico torrente de sus voces; y todo, en una palabra, conspiraba á solemnizar el dolor profundo de los que, sin culpa suya, se creian infamados.

Terminado el oficio divino, y entendiéndose con una sola mirada los hermanos, pasaron de la iglesia al claustro: allí los esperaba ya Fr. Diego de Olarte, quien asi como el corcel de generosa raza, al escuchar los ecos del belicoso clarin, se enardece y apresta lozano á la batalla, al presentir una desdicha, al saber que habia quien lágrimas derramaba, cual de espíritu profético animado y en alas de su caridad ardiente acudia pre-

suroso á consolar al triste y llorar con el desgraciado. Allí los esperaba Fr. Diego, húmedo el párpado, pero resignado á la voluntad de Dios, como siempre; pero, como siempre tambien, en su misericordia confiando.

—«Hijos (esclamó al verlos llegar), la mano del Altísimo os ha herido dolorosamente; así convendrá á sus altos fines. Humillaos en su presencia siempre, como acabais de hacerlo; y ofrecedle el cáliz de amargura que estais ahora apurando, en descuento de vuestros pecados y de la culpa del que vosotros amais como á hermano, y yo como á hijo.»

Escucháronle los cuatro caballeros en profundo silencio, sin dar muestras ni de desesperacion ni de consuelo, y Nuño, el mayor de ellos, respondió estas palabras:

—«Padre mio, despues de implorar á Dios, como acabamos de hacerlo, quisiéramos deberos á vos, su santo ministro, un consejo en asunto importante. ¿Os dignareis escucharnos?»

—¿Cuándo se cerraron los oidos de los hijos de mi padre S. Francisco á los acentos del afligido?—Seguidme, hijos, que estoy pronto á escucharos.»

Y sin decir mas llevólos á su celda, que con ser de Provincial, fuera de las dimensiones, en nada se distinguia de las restantes del convento; porque Fr. Diego aceptó por santa obediencia las cargas de su dignidad, sin usar nunca ni en nada de los privilegios, comodidades y fausto á que le daba en rigor derecho.

Sentados en la celda los cinco personajes que en escena tenemos tomó otra vez Nuño la palabra y dijo:

—«¿Vuesa Paternidad Reverendísima sabe ya lo ocurrido?»

FR. DIEGO.

¡Todo, hijos, todo!

NUÑO.

Nuestro mayor hermano dió muerte á un hombre: dicen que alevosamente...

FERNANDO.

Miente quien tal diga: en nuestra familia no puede haber alevosos.

FR. DIEGO.

Sr. D. Fernando de Córdoba, todos somos hijos del pecado, y, si la gracia nos falta, esclavos del Demonio.

NUÑO.

Disculpadle, Padre: es mozo, y el dolor le enfurece. Volviendo á lo que os decia, nuestro mayor hermano acusado y confeso ya, segun dicen tambien...

FRANCISCO.

¡Imposturas de los curiales!

NUÑO.

Reportaos, Pacheco: no es ocasion de altiveces esta en que parece que la mano de Dios se desplomó sobre nosotros. En fin, Fr. Diego, el suplicio de los criminales aguarda y reclama al que es aún cabeza de nuestro noble linage; y ese suplicio es la infamia!

FR. DIEGO.

No, señor D. Nuño de Chaves, no: el que infama no es el suplicio, si no el crimen.

LUIS.

En la opinion de los hombres el suplicio es el que infama.

FR. DIEGO.

Dios está sobre los hombres.

NUÑO.

¡Ay Padre mio! Hombres somos nosotros, y no mas; y con los hombres vivimos. Os lo diré sin rebozo, el peso de la infamia es superior á nuestras fuerzas. ¿Cree vuestra Paternidad que le condenen al suplicio infamante?

FR. DIEGO.

¡Hijo! ¿Qué quereis que os diga?

NUÑO.

La verdad, Padre, la verdad toda.

FERNANDO, PACHECO Y LUIS.

(A un tiempo mismo.) Sí, Padre, la verdad toda.

FR. DIEGO.

Pues bien, hijos: temo que sea condenado á muerte infamante. ¡Su delito la merece!»

Perdieron los cuatro hermanos la color simultáneamente al oír las palabras del venerable Prelado; y lanzándose unos á otros miradas enérgicas de inteligencia, pusiéronse de pié como por un resorte movidos, y dijo Nuño:

—«Eso pensábamos nosotros: pero no caerá sobre nuestro linage tal afrenta!»

FR. DIEGO.

¿Cómo habeis de impedir la, señores, á menos que Dios obre en vuestro favor un milagro?

FERNANDO.

D. Bernardino Pacheco de Bocanegra no vivirá lo bastante para morir á manos del verdugo!!»

Tales palabras, sobrado significativas, revelaron al varon apostólico que el proyecto de los cuatro hermanos era dar muerte al culpable para sustraerle al suplicio; y si tal pensamiento puede parecer natural, disculpable y aun plausible segun las ideas mundanas, á los ojos de un misionero cristiano no podia menos de presentarse como un nuevo crimen que al primero iba á añadirse.

—«¡Teneos (esclamó con vigor insólito), teneos, desatentados mancebos, y no queráis privar al infeliz culpable de la esperanza en el arrepentimiento, ni de la espiacion del suplicio! ¿Por vanas consideraciones de humano orgullo, vais á sacrificar la eternidad del alma de vuestro hermano?—No será, señores: no será. Este pobre, caduco fraile sabrá interponerse entre la víctima y sus verdaderos verdugos, que sois vosotros. Sí, vosotros, hermanos sin entrañas, que vendeis vuestra carne y vuestra sangre al Príncipe de las tinieblas, á precio de la satisfaccion de vuestro miserable orgullo.—Oidlo bien: Fr. Diego de Olarte frustrará vuestro mal desig-  
nio!»

Atónitos y aterrados escuchaban los cuatro caballeros aquella breve, pero enérgica y vehemente peroracion. Atónitos, porque en su sentir nada habia mas natural y justo que anteponer la honra mundanal á la vida misma; aterrados, porque bastábale al fraile dar noticia á los jueces de su proyecto, para que la realizacion de este se hiciera imposible.

Asi las cosas, difícil era de preveer el desenlace de aquella singular escena en que cuerpo á cuerpo luchaba





IRRABIETA

BURGOS

Fr Diego de Olarte.



el ascetismo religioso en su mas esquisita pureza, contra las preocupaciones del nacimiento y del honor en su excitacion máxima: pero la suerte quiso que, hablando aún Fr. Diego, se entrasen por la celda provincial adelante D. Alonso de Avila y D. Martin Suarez de Monroi, ambos tan familiares del Monasterio, que á todas horas y siempre encontraban francas sus puertas.

Aquellos dos caballeros, tambien por la infausta nueva del asesinato de Juan Ponce puestos en movimiento, habian primero estado en la cárcel con tan poco fruto como los cuatro hermanos; y luego en la casa del Marqués del Valle, de la cual salieron no muy satisfechos, para ir á consultar con Fr. Diego sobre lo que en tal lance pudiera y debiera hacerse.

Recordemos que el Marqués se obstinó en que, como gefe de bando, nada queria hacer por Bocanegra, limitándose á ofrecimientos vagos de usar *indirectamente* de su influencia en obsequio del culpable. La Marquesa, auxiliada por D. Martin, obtuvo, y esto no lo habiamos aún dicho, que su esposo ofreciese ademas contribuir con cuanto fuese necesario de su hacienda para salvar la cabeza de D. Bernardino, dado el caso de que con dinero se creyera posible conseguir algo. En honor de la verdad, el sucesor de Hernan Cortés no fue nunca avaro ni mucho menos, sino, por el contrario, generoso, espléndido y magnífico Prócer.

Mas como no eran dineros los que á la familia de Bocanegra, ni á D. Alonso, ni á Suarez faltaban, en realidad puede decirse, que para nada podia servirles el Marqnés, desde el momento en que se oponia á que el Bando obrase como tal; pues su influencia personal con la Audiencia era negativa en las vias pacíficas, y solo amenazando pudiera sacar de ella algun partido.

Supuestos esos indispensables antecedentes, y volviendo á la celda provincial, diremos que Avila y Sua-

rez llegaron al mejor tiempo posible para intervenir como mediadores en aquel debate, logrando, en efecto, que los hermanos ofreciesen no llevar á cabo su proyecto, sin prevenir antes, á lo menos, á Fr. Diego, y que este se comprometiera á no revelar á nadie tal secreto, sino en el caso de insistencia por parte de los hermanos de Bocanegra.

¿Cómo tal lograron? — Porque estando, al cabo, menos apasionados, por mucho que lo estuviesen, que Nuño, Luis, Francisco y Fernando, consideraban mas á sangre fria el negocio que aquellos á quienes parecia inminente el riesgo de muerte y deshonra; y comenzando por persuadirles de que tenían tiempo delante de sí, no les fue muy difícil despues hacer que en sus corazones penetrase un rayo de esperanza. La venalidad proverbial de la curia, en primer lugar; despues los trámites dilatorios que, merced al dinero, probablemente podrian conseguirse; luego las eventualidades del trastorno político que se preparaba; y finalmente, lo posible de la fuga del preso, fueron otros tantos elementos de consuelo y de confianza en el porvenir, que hábilmente manejados por Avila y Suarez, acabaron por calmar la irritacion de los cuatro hermanos. En cuanto al Prelado, su natural mansedumbre y confiada índole esplican por sí solas la facilidad con que se le redujo á transigir, no con su conciencia, que eso fuera imposible, pero sí con la violencia de los agenos afectos.

En consecuencia de lo que de referir acabamos, quedaron como constituidos en *Junta de salvacion* de D. Bernardino, sus cuatro hermanos, D. Alonso y don Martin, siendo Fr. Diego, como su asesor religioso. Pero ¿Y Catalina? ¿Nadie se acordó de ella? ¿Abandonábanla todos á su mala suerte? — Catalina, en efecto, no tenia ya pariente alguno; el destino la hizo solitaria como el hongo ponzoñoso, para que su veneno no se

trasmitiese á generaciones futuras; y de Catalina nadie pronunció por entonces el nombre, como para maldecirlo no fuese.

Sin embargo, en un corazón inaccesible al odio, en un corazón fidelísimo guardador de tiernos recuerdos, el nombre de Catalina resonaba de continuo por la voz de la piedad pronunciado; y para ese corazón era horrible la posibilidad sola de ver á Catalina, no tal como sus malas pasiones la habian hecho, sino en la candidez, aparente al menos, de sus primeros años, con el dogal á la garganta, y en los infames brazos del verdugo espirando.

No sabe, no, lo que es haber amado sincera y profundamente el que se admire de que un hombre, como D. Alonso, dotado de un alma hidalga, á pesar de las infidelidades é infamias de Catalina, sintiese por ella estremecidas de profunda lástima sus entrañas. Quizá no era á la culpable esposa, ni á la infiel amante á quien Avila compadecia; quizá lloraba, no á Catalina, sino sus propias juveniles ilusiones en aquella mala muger personificadas..... Pero ¿qué importa lo que fuese?—El hecho es que D. Alonso pensaba incesantemente en la desdicha de Catalina, y por consiguiente en los medios de salvarla.

Para tal empresa, Avila sabia que solo consigo mismo contar podia: nadie en Méjico, absolutamente nadie, como persona de alguna importancia social fuese, se hubiera prestado á ayudarle; todos, por el contrario, pedian en altas voces y sinceramente deseaban el castigo de Catalina. Quizá por lo mismo era mayor el empeño de Avila, porque para los corazones generosos suele servir de estímulo, mas que de rémora, la universal contradiccion.

Al salir, pues, del convento de San Francisco en compañía de los hermanos de D. Bernardino y de don

Martin Suarez de Monroi, asi como aquellos y el último nombrado caballero iban hondamente preocupados por el deseo de salvar al malaventurado amante de la esposa de Juan Ponce, nuestro D. Alonso de Avila pensaba casi exclusivamente en el modo de sustraer á los merecidos rigores de la Justicia, á la que por vez primera hizo latir su corazón amante.

¿Y qué era de la conjuración, entretanto?—La conjuración seguía su curso, como todas, pasándose el tiempo en declamaciones contra los Doctores, en proyectos de venganza, en preparativos de combate: pero aplazándose siempre el rompimiento, ya por no creerse bastantes los elementos reunidos, ya por no ofrecer los sucesos ocasión propicia. Y á mayor abundamiento, el triste acontecimiento que al presente y anterior capítulo dió materia, conturbó los ánimos todos por una parte: y por otra, sirviendo de pretesto á los de la Audiencia para redoblar las ordinarias precauciones de espionaje y ronda, dificultó en consecuencia las juntas de los descontentos, y por tanto obligóles á aplazar por tiempo indefinido la ejecución de sus designios.

Para tal empresa, Avila sabia que solo consigo mismo contar podia: nadie en Méjico, absolutamente nadie, como persona de alguna importancia social fuese, se hubiera prestado á ayudarle: todos, por el contrario, pedían en otras veces y sinceramente desear el castigo de Catalina. Quizá por lo mismo era mayor el empeño de Avila, porque para los corazones generosos suele servir de estímulo, mas que de rémora, la universal con-

tradición. Al salir, pues, del convento de San Francisco en compañía de los hermanos de D. Bernardino y de don

## CAPITULO III.

QUE PUEDE SERVIR DE EJEMPLO Á LOS GOBERNANTES DE TODOS PAISES PARA SACAR PARTIDO DE LAS CIRCUNSTANCIAS.



o menos que en los amigos y cómplices políticos de Bocanegra, produjo efecto profundo la muerte de Juan Ponce de Leon, en los Doctores y sus parciales; y en verdad que fácilmente se concibe que así fuese, ya por la gravedad y social trascendencia del hecho en sí mismo, ya por la categoría y personal importancia de los culpables. Mas, á primera vista no creyeron los ministros de la Audiencia que de aquel asesinato les fuera posible sacar otro partido, que el de desacreditar moralmente y hasta cierto punto á sus contrarios, acusándolos de ser un agregado de gentes de malas costumbres

y perversa vida, ni mas ni menos que la hueste primitiva del santo rey David, como lo probaban la disipacion en que los mas vivian, los banquetes del Marqués, el libertinage de Avila, y el asesinato, en fin, por D. Bernardino cometido. Un hombre, empero, el que con razon era objeto privilegiado de la saña de los parciales del Marqués, apenas tuvo noticia de lo ocurrido en la Alqueria del camino de la Veracruz, se dijo que aquel tristísimo acontecimiento pudiera convertirse en fausto principio de la venganza que tomar anhelaba de los continuos desaires que le hacia, del soberano desprecio con que le trataba la nobleza mejicana. Inútil casi nos parece nombrar á Juan de Samano, pues seguros estamos de que desde nuestra primera palabra adivinó el lector que á él aludiamos.

Persuadido el Alguacil mayor de que Pacheco de Bocanegra era uno de los principales fautores de la conjuracion, y conociendo lo bastante á los hombres para saber que, cuando el amor los domina, no tienen para la persona amada secreto alguno reservado, desde luego imaginó que Catalina debia de estar enterada de gran parte de aquel misterio, y que, ya dándole esperanzas de sustraerse al castigo de su delito, ya amenazándola con el tormento, ya, en fin, aplicándoselo si necesario fuese, fácil seria adquirir por su medio algun dato que pudiera hacerse pasar por prueba positiva de la conjuracion, con lo cual tendria la Audiencia lo único que le faltaba para arrojarse á proceder vigorosamente contra sus enemigos. Importando, pues, mucho aprovechar aquella circunstancia, resolvió Juan de Samano lanzarse sin pérdida de tiempo á la lid contra los descontentos; pero en primer lugar silenciosamente, y en segundo por sí y ante sí, prescindiendo por el momento del alcalde Villegas y de los Doctores mismos; porque si á los trámites ordinarios se atuviese, no solo diera lugar á dilacio-



nes que pudieran frustrar sus designios, sino que arriesgara el secreto, como todos los que á mas de una persona se confían. A mayor abundamiento, obrando en virtud de su propia inspiracion y sin requerir ageno auxilio, dábase el Alguacil mayor la importancia á que aspiraba constantemente, no arriesgando nada en hacerlo así, por tener ya tan bien sentada su baza en la parcialidad de la Audiencia, que ni los Oidores mismos osaran en ningun caso malquistarse con él.

Formado su plan en virtud y á consecuencia de las consideraciones que sumariamente dejamos apuntadas, Juan de Samano fue quien hizo salir una parte de sus corchetes á buscar y prender á Bocanegra, que por el campo vagaba, disponiendo simultáneamente la esposicion pública del cadáver de Juan Ponce de Leon en su propia casa, con el fin de que la vista de aquel lacerado cuerpo, horrorizando al pueblo, comenzase á separarle del partido de la nobleza. Pero, como no era en realidad el asesinato lo que mas á Samano preocupaba, sugirióle su instinto pesquisidor el pensamiento de registrar la casa del Encomendero, y despues su cadáver.

La primera visita dió por resultado que en el jardin se descubriese el cuerpo muerto del malaventurado Chacon, criado que habia sido de D. Bernardino, y por Juan Ponce inmolado de una sola puñalada, con funesto acierto á su corazon asestada, tomándole por su amo. Grande fue la sorpresa del Alguacil mayor, que no acertaba á esplicarse cómo una lucha, al parecer, comenzada en Méjico con la muerte de Chacon en la casa del Encomendero, habia ido á terminarse con la de este en la Alqueria de Bocanegra; mas hombre de su siglo al cabo, no se horrorizó de aquel hecho como le aconteciera á cualquier persona timorata del nuestro. Matar á un criado de su enemigo, si con mensaje ó espiando se le hallaba (que fueron las suposiciones á que por el momento

se atuvo Samano), nada tenia de singular ni de poco noble en aquel tiempo: mas aun cuando la verdad del hecho supiera el magistrado municipal, tampoco se escandalizara ni mucho menos. ¡Cómo! esclamará alguno, ¿Tal hombre era el Alguacil mayor que no se escandalizase de una muerte alevosa en todos conceptos, y con premeditacion ejecutada?—La verdad es, responderemos, que Juan de Samano era hombre de escandalizarse por rarísimas cosas: pero, á mayor abundamiento, en su época el hecho que nos ocupa estaba por las preocupaciones sociales autorizado y hasta por las mismas leyes consentido. Juan Ponce de Leon creyó asesinar al adúltero amante y robador de su esposa, y ese asesinato era entonces un acto de justicia simplemente, el ejercicio de un derecho inconcuso, la reparacion natural de la horrible afrenta recibida. No queremos citar el código de D. Alonso el Sabio, porque desdichadamente no somos abogados, y porque la moderna sabiduria de nuestras leyes derogó lo que allí se ordenaba, colocando el adulterio entre los pecados veniales que se remiten con tomar agua bendita, ó rezar un trisagio: pero sí citaremos de nuevo, para probar cómo se discurría y obraba en la materia allá en los tiempos de los austriacos Felipes, al poeta cuya autoridad hemos ya otra vez invocado en el mismo asunto.

En el *Pintor de su deshonra* dice el protagonista:

«Venganza ha de ser SEGURA

»La que ejecute el honor;

»Que es la sobra de valor,

»Tal vez, falta de cordura.

Y viendo el padre de la adúltera, juntamente con el del amante, heridos á entrambos de muerte por el esposo agraviado, que al encontrarlos juntos les descerraja á

cada cual su correspondiente pistoletazo, sin andarse en ceremonias, esclama el de ella:

.....«A mí,

»Aunque mi sangre derrame,

»Mas que ofendido, obligado

»Me deja y hé de ampararle.

Y el de él:

»Lo mismo digo yo, puesto

»Que, aunque á mi hijo me mate,

»*Quien venga su honor no ofende!*

Esto es claro, pero todavia lo es mucho mas, y terminamos las citas, lo que *D. Lope* dice al fin del drama *A secreto agravio, secreta venganza*, cuando acaba de asesinar á puñaladas al amante de su muger, llevándolo antes engañado á un barco, y arrojando despues su cadáver al mar:

«Bien habemos aplicado,

»*Honor*, con cuerda esperanza,

»Disimulada venganza

»A agravio disimulado!

»Pues ya que, *conforme á la ley*

»*De honrado*, maté primero

»Al galan, matar espero

»A Leonor (*su esposa.*)

»Fuego al cuarto he de pegar,

»Y yo, en tanto que se abrasa,

»Osado, atrevido y ciego,

»La muerte á Leonor daré;

»Porque presuman que fue

»Sangriento verdugo el fuego.

»Sacaré acendrado de él

»*El honor que me ilustró...*

Véase cómo en casos tales, cual el del desdichado.

Encomendero, matar sobre seguro, ó lo que es lo mismo: *alevosamente*, era licito, conveniente, justo y honrado, segun las ideas dominantes en la sociedad española del siglo XVI.

Pero á Samano le importaba poco eso, mientras que mucho enlazar, si era posible, aquel suceso con la conjuración que perseguia, y sobre todo darles á los hechos un carácter de atrocidad tal, que pusiera de parte de la Audiencia á todas las personas timoratas de Nueva España. Por de pronto hizo dar testimonio á un escribano del hallazgo del cadáver de Chacon, prévia identificación de su persona; y dejando al tiempo el cuidado de utilizar aquel trágico incidente, procedió al registro del cuerpo del Encomendero, aunque con poca esperanza de encontrar cosa que útil le fuese, porque era notorio que Juan Ponce no conjuraba ni mucho menos.

Ordenó, sin embargo, el Destino lo contrario: allí donde menos lo esperaba Samano, halló un documento para sus fines precioso: la carta escrita por Bocanegra á D. Martin la noche misma de la catástrofe, y de que Chacon era portador, cuando sucumbió al puñal del esposo de Catalina.

Muerto el criado y reconocido por Juan Ponce el funesto error que de cometer acababa, como en todo aquel lance procedia con ira sí, mas tambien con sereno rencor, ocurriósele desde luego la idea de registrar á su inocente víctima, con la esperanza de hallar sobre ella algun indicio que el asilo de los culpables le revelase; y su mala suerte quiso que, en efecto, la carta de que hablando vamos le diese noticia del lugar donde se ocultaban Catalina y su amante. Echóse aquel documento en el bolsillo al montar á caballo, y encontróselo Samano allí al proceder á su interesada pesquisa.

—«¡En fin! (Esclamó, leida que hubo para sí la carta, y guardándosela con asombro del Escribano que le asis-

tia.) ; En fin, son ya nuestros! Los enemigos del Rey, que son los de la Audiencia, que son los míos también, llorarán más que nadie la muerte de Juan Ponce! ; Loado sea Dios, que por tan estraños caminos guía los pasos de su justicia!»

Y lleno de alborozo con el descubrimiento que de hacer acababa, salió de la casa mortuoria, ¿Para ir á dar cuenta á los Doctores, acaso, de su hallazgo?—No por cierto; sino á las Casas consistoriales para proseguir allí en la ejecucion de sus bien entendidos planes; porque Samano, deseando que la Audiencia triunfase, y contribuyendo además á que así fuese con más eficacia que la Audiencia misma, apetecía también y sobre todo, acrecer su personal importancia, hacerse, en una palabra, el hombre necesario, y ejercer de hecho, ya que no fuese de derecho, la dictadura en Méjico. Ambicioso de segundo orden, anhelaba, no la gloria del gobierno, sino los provechos del mando; y si de buena gana dejaba á los Doctores el oropel de la aparente superioridad, su fin constante era, sin embargo, colocarse en una situacion tal, que forzosamente hubiese el poder supremo en Nueva España de contemplarle hasta el punto de no ponerles cortapisas á las exacciones de su incesante codicia.

La noche que siguió inmediatamente al asesinato de Juan Ponce de Leon, fueron, cuando menos lo esperaban, sorprendidos, presos y en solitarios apartados calabozos de la cárcel de Méjico puestos, la Garduña, Absalon-Felipe, y la flamenca Gertrudis; Almanegra se libertó de igual suerte por hallarse en la Quinta de Chapultepec custodiando á Poyahuitl y al indio Chichimeca. Inútil decir que el Alguacil mayor fue quien ordenó aquellas prisiones, en virtud, primero, de facultades más ó menos propias de su empleo, y á mayor abundamiento, impulsado á ello por un presentimiento de los que

rara vez le engañaban. La carta de D. Bernardino á Suarez, de que á su tiempo hablaremos con la estension conveniente, no dejaba duda en cuanto á la existencia de la conjuracion, y alguna luz daba ademas relativamente á sus principales fautores: pero en negocio tan complicado era forzoso atar todos los cabos, como vulgarmente se dice, y atarlos de manera que no quedase ninguno suelto por insignificante que pareciese. Al mismo tiempo, Samano, cuyo pensamiento dominante fue siempre el de que sobre los conspiradores no debia descargarse mas que un solo golpe, mas ese tan bien calculado, oportuno y certero, que simultáneamente los hiriese de muerte á todos, no quiso ni avisar de su descubrimiento á los Doctores, que sin duda se precipitaran á proceder desde luego; ni tampoco habérselas al comenzar sus operaciones con el cuerpo de la nobleza. Mas era tambien preciso no permanecer indiferente é inactivo en presencia del peligro; y por eso, recordando los lances de la fiesta de Chapultepec, reprodujole fiel su memoria las reticencias de la Garduña, la hipócrita blandura de Absalon, y luego la parte activa que ese y Almanegra su compañero tomaron en los sucesos siguientes. Combinados esos recuerdos con la delacion de Fr. Domingo al doctor Ceinos, de que el Presidente de la Audiencia tenia dado conocimiento al Alguacil mayor, concluyó este: primero, que Absalon y Almanegra debian de ser instrumentos de segundo orden, mas en él importantes, de los principales conjurados; segundo, que la Garduña sabia de aquellos dos hombres algo que pudiera perjudicarles gravemente; tercero, que ese *algo*, probablemente se referia al asunto de la delacion del dominico, pues que el apodo de la mala vieja fue el único nombre que aquel acertó á recordar; y cuarto, que nada tendria de extraño que entre la muerte del que Fr. Domingo confesó, y la conjuracion, hubiese íntima conexion, puesto que el moribundo reve-

ló al fraile el secreto de la conjuración misma. Dispuso por tanto, la prisión de la vieja y la de los dos bravos, *nominatim*, como dicen los curiales, y por vía de precaución la de cuantas personas se hallasen en las casas de los arrestados, á fin de evitar que el hecho se divulgase; porque el secreto debía ser profundo en todos aquellos preliminares procedimientos.

Absalon y Gertrudis, para que todo le saliese al Alguacil mayor á medida de su deseo, habitaban á la sazón en el inmundo albergue de la hedionda *Garduña*; y como los corchetes encargados de la prisión, no solo eran hombres (por tales pasan aún los polizontes) hábiles en su oficio, sino además familiares de tales sitios como la morada de la tía Tomasa, hizose el hecho sin estrépito alguno, que fué servir á Samano á pedir de boca. La *Garduña* abrió su puerta apenas reconoció la voz de un ministril de Justicia, porque las viejas de su especie por necesidad son con los tales complacientes; y una vez dentro los corchetes, por sorpresa se apoderaron sin dificultad del meliflúo *Felipe*, quien, hecho un zaque, descansaba en los brazos de Gertrudis, que es como si digéramos en el seno de una caba.

—«¡Noche toledana voy á pasar! (decía para sí Juan de Sámano, paseándose en una especie de salón subterráneo de la cárcel). Toledana, sí: pero también aprovechada, Dios mediante. ¡Ah señor Marqués del Valle; y vos altivo D. Alonso de Avila, soleis llamarme *reptil* en vuestras juntas; pues ¡vive Cristo! que lo soy, pero no reptil de los que pisar se dejan, sino vívora que, enroscándose en torno de vuestros cuellos, ha de haceros arrojar el alma por la boca!—Un poco de paciencia, y nos veremos las caras; que aquel á quien Hernán Cortés no acertó á reducir á obediencia, no irá á postrarse á las plantas de los que ridiculamente quieren remedar su grandeza.»

Y mientras así razonaba consigo mismo, de cuando en cuando parábase para lanzar en torno una mirada de tigre satisfecho; y ya tomaba en la mano una cuerda, ya un hierro, manejándolos con feroz complacencia un instante, para abandonarlos el momento despues indiferente.

Juan de Samano se paseaba en la cuadra del tormento; las cuerdas que tocaba eran las destinadas á enlazar los doloridos miembros de los acusados; los hierros que manejaba, instrumentos dispuestos á fin de despedazar las carnes y triturar los huesos de los infelices pacientes. La desnudez de los muros, sin mas adornos que los garfios necesarios al oficio del verdugo; lo bajo de la ennegrecida bóveda, de la cual á trechos pendian garruchas y cuerdas; las manchas de color rojizo que formaban en el pavimento un horrible mosaico; y la lóbrega única lámpara que, con un hornillo portátil y ardiente entonces, aquella funesta estancia iluminaban; dábanle al conjunto de aquel sitio un tono general tan sombrío y aterrador, que sin estar dotado de germánica imaginacion, pudiera persuadirse quien lo contemplara, de que Juan de Samano era un ministro de Luzbel, preparándose á ejercer sus terribles funciones contra algun réprobo, entre los réprobos mismos infame por el exceso de sus crímenes.

Figúrese cualquiera cuál seria el espanto de la Garduña, cuando al cabo de una ó dos horas de permanencia en el silencio y la humedad de un calabozo, se vió de él súbito trasladar á la presencia del Alguacil mayor, harto conocido entre la plebe mejicana por la inflexible dureza de su carácter.

Préviamente hizo Samano que se le llevase silla, mesa con recado de escribir y dos bujias para alumbrarle; y tambien que entrase en la cuadra un hombre de feroz aspecto, nervuda complexion, y brutal conjunto. Un ca.



puz pardo le envolvía; sus brazos estaban desnudos; sus pies descalzos; y en su rostro no se advertía otra expresión que la de una indiferencia, no acertaremos á decir si estúpida, si cruel. Inclínose profundamente, al entrar, ante el Alguacil; hizole este, sin mirarle casi, un ademán mostrándole el ángulo de la estancia mas distante de la mesa; y obedeciendo el incógnito, fuese á perder en la oscura sombra que allí reinaba. A poco, dos carceleros condujeron á la Garduña, mas muerta que viva y retiráronse, dejándola sentada en un taburete raso de madera, frente á Juan de Samano, y de espaldas al hombre del capuz pardo.

Así los personajes, comenzó el diálogo, como era natural, por Samano, que dijo:

—«Veamos, Tomasa, si esta noche estás mas comunicativa que anteayer mañana. Cuenta, cuenta lo que sepas.

—¿Y qué quiere vuesa merced, señor mio, que sepa una pobre anciana como yo, que ya ni vé, ni oye...

—Tomasa, no perdamos el tiempo: tu ves como un lince, y oyes como un ético; y ya puedes figurarte que no te he hecho venir para malgastar el tiempo en conversacion contigo. Habla, pues.

—«¿Pero qué he de hablar, señor? Pregunte al menos vuesa merced, que yo le responderé con verdad, á fe de honrada.

—Mira antes donde te encuentras.

—Demasiado lo sé: estoy en la cárcel.

—No importa; mira, te digo, donde te encuentras.»

La vieja, estremeciéndose, tendió entonces la vista en torno de sí, y aunque la luz era escasa, tan claro hablaban los hierros, las cuerdas, las garruchas, los caballetes, y el hornillo encendido, que instantáneamente vió que se hallaba en la cuadra del tormento.

—«¡Pero señor! (Esclamó entonces horrorizada.) ¿Qué es lo que yo hice para merecer esto?

—¿Qué? Mentirle á la justicia.

—¡Yo!

—Sí, tú: anteayer, en vez de referirme lo que con aquellos malandrines te habia pasado, me contaste no sé qué conseja de ayunos y desmayos, mala vieja. Si hoy no confieras cuanto sepas, *el tio Mateo*, que tienes á tu espalda, se encargará de hacerte cantar muy claro.

—¡Dios me asista! ¿Qué necesidad tenia vuesa merced de asustar á una pobre muger, que solo desea darle gusto? Yo diré lo que vuesa merced quiere saber, muy de mi grado, y ya lo dijera en el camino del bosque, si aquellos desalmados asesinos no me amenazaran de sacarme la lengua por el cogote, si á delatarlos llegaba.

—Por eso no te acobardes, que yo me propongo alargarles á ellos el pescuezo de modo, que no puedan tocar á tu lengua con las manos. Habla, pues, y sea la verdad toda, si no quieres que *Mateo* te desvencije los huesos.»

A tan amable como cortés invitacion, no supo resistirse la honradísima dueña, y declaró en consecuencia, que la noche del 23 de abril *Almanegra* y *Absalon*, que de pocas semanas antes se alojaban en su casa, habian conducido á ella, mal herido y moribundo, á un hombre llamado *Garci-Perez*, escudero, segun decian, de *D. Martin Suarez de Monroi*. *Tomasa* ignoraba el cómo y por qué de la herida, pues los bravos se limitaron á obligarla á asistirle, negándose á ulteriores relaciones, y recompensando mezquinamente, ademas, su trabajo y pérdidas. Luego refirió la *Garduña* la parte que presenció de la escena entre los bravos, el moribundo, y el *Dominico*, concluyendo por contar como, muerto *Garci-Perez*, se le enterró en el patio de su casa.—Bas-

tante la declaracion de la Garduña para ahorcar, en aquellos tiempos, á los dos presuntos asesinos, lo único que de útil para los altos fines de Samano podia sacarse de ella eran dos inducciones, graves, á la verdad, contra los conspiradores, á saber: primera, que siendo el muerto escudero de D. Martin Suarez, no haber este practicado diligencia alguna para inquirir su paradero, probaba, hasta cierto punto, haber acontecido aquella desgracia en lance que á la justicia se queria ocultar; y segunda, que la circunstancia de coincidir aquel asesinato con la herida de D. Alonso de Avila, suponía relacion entre ambos sucesos.

Mas en verdad todo aquello era un misterio inesplicable, un laberinto de contradicciones; porque si habia conjuracion, Avila indudablemente andaba mezclado en ella, y tambien Suarez; y como en la noche del 23 de abril no hubo encuentro alguno entre los de la Audiencia y sus contrarios, tampoco pudo morir Garci-Perez, ni ser Avila herido por mano, políticamente hablando, enemiga; y entonces, ó los conjurados se esterminaban unos á otros, ó habia otro tercer elemento en Méjico á todos hostil, y para todos desconocido.

Sin embargo de lo inesplicable de tal arcano, por dicha para la Tomasa, convenciósese el Alguacil mayor de que ella habia declarado con verdad y sin reticencia alguna, por lo cual mandó que de nuevo fuese llevada á su calabozo, sin aplicarla por entonces al tormento. ¡No fue poca dicha la de la perversa vieja!

A la Garduña sucedió en el banquillo Absalon, quien sin necesidad de que nadie á ello le escitase, hizose desde luego cargo de lo que era el paraje en que estaba, y, por induccion rigorosamente lógica, de lo que Samano se proponia.

Conservóse, no obstante, sereno el rostro y aun tranquilo el corazon, como veterano en presencia de

una bateria; porque cárceles y potros, verdugos y jueces, eran para aquel bandido objetos tan familiares, como para el letrado los códigos, y para el militar las armas. Por su parte Samano, con sola una escudriñadora y penetrante mirada, tuvo sobrado para comprender que tenia delante de sí á un criminal avezado á los delitos y sus naturales consecuencias.

Dueños, pues, de sí mismos, apreciándose recíprocamente en lo que valian, y sintiendo sus respectivas posiciones, aprestáronse al combate aquellos dos hombres, fuerte el uno con todas las armas judiciales, confiando el otro en sola su personal astucia.

Juan de Samano tomó la palabra el primero y refirió á Absalon punto por punto, y citando el testo, cuanto de declararle acababa la Garduña. Oyóle imperturbable Absalon, y dijo:

—«¿Eso ha dicho á vuesa merced la Garduña?

—Eso.

—Pues mintió, señor!

—¡Ah! ¿Con que mintió?—Vamos á verlo.—¡Mateo!»

El hombre del capuz pardo, saliendo de su rincon, como del sepulcro un vampiro por audaz hechicero evocado, adelantóse hasta colocarse parejo con el bandido, quien volviendo hácia él la cabeza, saludóle familiarmente, diciendo:

—«¡Buenas noches, amigo: bien venido!»

Poco acostumbrado el ejecutor de la justicia á ser con tal cordialidad recibido, miró con cierta especie de asombro al que le hablaba tan sereno, al ir á ser puesto, segun todas las probabilidades, en sus manos; y no fue menor la admiracion del Alguacil Mayor, pero, dominándose, dijo á Felipe:

—«Seor guapo, tenga vuesa merced entendido que llevo yo amansados muchos de su calaña, y que conmigo no han de aprovecharle ni fanfarronadas, ni astu-

cias. Así, pues, abreviemos la conversacion, hermano. Si confiesa lo que yo ya sé, volveráse en paz á su calabozo; si no, le daremos á elegir entre el potro y el fuego á los pies. Con que decidase.

—¿Querrá, vuesa merced, señor Alguacil mayor, oírme siquiera dos palabras antes de obligarme á que forzosamente elija de tres malos partidos, uno cualquiera? Paréceme que la cosa vale la pena de tratarla despacio.

—Y á mí que vuestro pescuezo, predestinado al cáñamo, no merece tantas dilaciones; pero en fin, decid, como sea breve y claramente.

—Doy á vuesa merced las gracias, y digo de este modo. Si confieso ser cierto lo que declaró la Garduña, mandaráme vuesa merced ahorcar; si lo niego, vuesa merced me aplica á cuestion de tormento ordinario, y aun extraordinario si necesario fuese, hasta dejarme deshecho el cuerpo, ú obligarme á que al cabo confiese, que vendrá á ser, en resúmen, ahorcarme tambien. De callar en el potro, tampoco escapo con vida; por manera que, salvo el parecer de vuesa merced, lo que todo resulta es que, sobre no ser la alternativa para mí de las mas lisongeras, ni ahorcado, ni descoyuntado, que es lo menos que á buen librar salir puedo, serviré al señor Alguacil mayor para cosa alguna.

—Siempre servirás de escarmiento á los de tu especie.

—Vuesa merced sabe como yo, y mejor que yo, que para el hambre no hay escarmiento posible. Insisto, pues, en que ni á mí, ni á vuesa merced nos conviene reducir el negocio á darme á elegir entre el potro y la horca.

—Eres el mas desalmado bandido de cuantos conozco.

—Soy, señor, un hombre que ha visto muchas veces el dogal á dos dedos de su cuello, que probó además el

tormento, y que francamente hablando, le tiene asco á la muerte, y horror al potro.

—Lo comprendo perfectamente, seor Absalon: mas no por eso le hemos de dejar que asesine á su placer á los vasallos del Rey nuestro señor.

—Si estuviéramos solos, yo responderia á vuesa merced de modo que quizá le dejara satisfecho.»

Mirando Samano fijamente entonces al bandido, halló en sus ojos tan inequívoca espresion de serena audacia, que hubo de convencerse de que, no solo se hallaba aquel hombre resuelto á defender á toda costa sus huesos y su vida, sino ademas de que se creia seguro de conseguirlo, como si poseyese algun maravilloso talisman, ó con singular astucia adivinara lo que de él se queria. Por demas, casi, está decir que el Alguacil mayor, no siendo muy creyente en talismanes, se atuvo en consecuencia á la segunda hipótesis: mas como quiera que fuese, hizo seña al verdugo de que se retirase á su rincon, verificado lo cual, dijo al preso:

—«Ya estamos solos, habla, que te escucho.

—¿Vuesa merced me da su vénia, para hacerlo con libertad entera?

—Completa, siempre que no te propongas engañarme.

—¿Puedo decir la verdad aún de vuesa merced mismo?

—Puedes, y no perdamos mas tiempo en preámbulos; ¡Al grano, al grano!

—Pues bien, señor; la verdad es que, aun suponiendo cierto cuanto la Garduña ha charlado, y que yo me confesara asesino del hombre que murió en su casa, y que por ende me ahorcasen, vuesa merced no conseguiria lo que al mandarme prender y hacer que comparezca á su presencia, y en la de los instrumentos horribles que nos rodean, se ha propuesto.

—¡Ola! Con que tú supones que yo me he propuesto

algun designio importante al apoderarme de tu importantísima persona?

—Lo afirmo, señor Alguacil mayor.

—La vanidad te ciega, miserable.

—Sostengo lo dicho.

—Con hacerle una seña á Mateo, puedo sacarte de tu error, Absalon.

—Esa seña no la hará vuesa merced.

—¿Osas provocarme? Pues verás...

—Por el cielo santo, señor, que no echemos á perder un negocio que puede traernos á entrambos mucha cuenta, con tino manejado.

—¡Parece increíble tanta insolencia!

—Vuesa merced se engaña: lo que yo tengo es la sangre fria necesaria en los trances difíciles, y la resolucion formal de no sufrir el tormento, ni acabar entre las piernas de Mateo.

—Veamos cómo lo consigues.

—Muy fácilmente. Si de la muerte de Garci-Perez, como de un homicidio ordinario se tratara, no estaria Absalon ahora en presencia del señor Juan de Samano, el hidalgo mas importante de Méjico en la parcialidad de los señores de la Audiencia; porque, en fin, ni el muerto vale la pena, ni por acá se hila tan delgado en la materia, que solo por estocada mas ó menos descendiese el señor Alguacil mayor á honrarme con su conversacion. La verdad es que, como Garci-Perez era escudero de D. Martin Suarez de Monroi, y D. Martin amigo del Marqués, de D. Alonso de Avila, de los Valdestillas, y de todos los enemigos de la Audiencia, se quiere hacer de la muerte de aquel un *hilo*, por cuyo medio se saque el *ovillo* de cierta trama que, para decirlo todo de una vez, se pretende que yo desenrede.»

Otra vez volvió Samano á fijar en Absalon los ojos, mas entonces con menos ceño y pretensiones de supe-

rioridad que la anterior; entonces, estamos por decir que hasta con simpática benevolencia, porque, en efecto, la sagacidad con que el bandido habia adivinado en el acto su situacion verdadera, cautivó al bueno del municipal magistrado.

—«Mucho (le dijo), mucho aventura el seor Absalon en sus imaginaciones: pero demos que no se engañase, y todo pararia en que se le tratara como á *traidor* ademas de *asesino*.

—¿Todavía quiere vuesa merced burlarse de un pobre hombre? Dejemos ya eso, señor; y vamos al grano, como vuesa merced decia no ha mucho.

—Empieza tú.

—De buen grado. ¿Por dónde he de hacerlo?

—Por el lance de Garci-Perez.

—D. Martin Suarez, señor, que nos tiene á sueldo á varios desdichados que, como yo, viven mas de lo que matan que de otra cosa, solia ir muchas noches á pelar la pava con doña Elvira, la esposa de D. Alonso de Avila. Acompañábale D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, su amigo y confidente, con su escudero Garci-Perez que le servia quizá desde la niñez; y hasta una docena de hombres de mi especie, que capitaneábamos Almanegra y yo, quedábamonos emboscados en las inmediaciones de la calle. Nuestra órden era acudir cuando oyésemos silbar tres veces de una manera convenida, y ejecutar entonces lo que se nos mandase. La noche del 23 de abril, oyendo la señal, corrimos al paraje marcado, donde hallamos á D. Alonso de Avila gravemente herido por D. Martin, y á Garci-Perez mortalmente por D. Fernando de Valdestillas. La ronda del Alcalde y la de vuesa merced llegaron mas pronto que se las esperaba, pero no tanto que no nos diesen tiempo para huir, llevándonos el casi cadáver del escudero, que condujimos á casa de la Garduña. Yo, por mandato es-



preso de D. Martin, y muy contra mi voluntad, fui en busca de un confesor para el moribundo, que fue, señor, dar el primer paso en la senda que á este sitio debia al cabo conducirme.

—¿Y por qué?

—Demasiado sabe vuesa merced que el Reverendo Fr. Domingo de la Anunciacion no ha querido que se le pudra en el pecho la confesion de Garci-Perez.

—Pero, lo que yo no entiendo, Absalon, es cómo y por qué se trabó esa lucha entre Avila y Suarez.

—Claro está que por haber sorprendido aquel á don Martin en pláticas nocturnas con su esposa.

—¿Luego doña Elvira es dama de Suarez?

—Eso es lo que yo no podré decir á vuesa merced, porque lo ignoro: pero las apariencias.....

—¿Y entonces, cómo se esplica que tan amigos veamos al marido y al amante?

—Tampoco se me alcanza la esplicacion de ese misterio, como no digamos que.....

—¿Por qué te detienes? Adelante.

—Perdone vuesa merced, pero conviene aquí proceder por partes y ordenadamente. Si yo hablo, vaciándome como un saco, así que nada por decir me quede, es muy posible que vuesa merced ó me atormente, ó me ahorque, si no le da por atormentarme primero y ahorcarme luego; lo cual no me conviene en manera alguna.

—¿Es decir que osas imponerme condiciones, desdichado? ¿Es decir que te figuras que, teniéndote á mi voluntad, voy á hacerme esclavo de la tuya?—Vive Dios, que estoy por hacerte poner en el potro, y veremos.

—¡Válgame Cristo, señor! ¡Válgame Cristo, y qué colérico es vuesa merced! ¿Quién niega que puede el señor Alguacil mayor hacer de mi cuerpo lo que le plazca? Pero en cambio, es preciso tambien que sepa vuesa

merced que, atormentado por atormentado, prefiero morir con mi secreto en el cuerpo, á entregar de balde á los señores de la Audiencia las cabezas de los primeros nobles de Méjico. Quien, como yo, ha pasado por las garras de los hereges y de los inquisidores, de los franceses y de los tudescos, quien ha servido en Italia y en Alemania á las órdenes del Duque de Alba y en contra suya, no viene ahora aquí á vender un secreto importante por menos que su vida y un poco de oro además.»

Samano, hiriendo el amor propio de hábil malvado, que era en Felipe el único sentimiento capaz de exaltacion fuera del de su insaciable codicia, hizole revelarse en toda la desnudez de su cínica, perversa indole. Porque si tenia Absalon la flexibilidad de la vívora, tambien su veneno, tambien la desesperada furia con que aquel reptil ponzoñoso, sintiéndose por la poderosa garra de un animal mas fuerte oprimido, sabe al morir inficionarle incurablemente.

Pero el Alguacil mayor, gran conocedor por instinto y práctica de los criminales, comprendiendo á un tiempo que habia cometido una torpeza dejándose llevar demasiado de la cólera, y que aquel bandido podia serle mas útil que cuantos agentes empleara hasta entonces, despues de meditar algunos instantes, volvió al interrumpido diálogo de esta manera:

—«No charlemos mas, Absalon: ¿Qué puedes revelar-me? ¿Qué premio pides por tus revelaciones?»

—¿Qué prendas me dará vuesa merced de cumplirme lo que ofrezca?

—Mi palabra.

—No me basta.

—¡Miserable!

—Precisamente porque lo soy no me bastan *palabras*, que si alguna vez se cumplen entre caballeros, se miran

como vanas cuando se trata de un canalla como yo.

—Acaba, pues, de explicarte.

—Quiero, en primer lugar, mi libertad; y en segundo arras.

—Es decir: que yo te abra las puertas de la cárcel, y te dé dinero, además, para fugarte de Nueva España. ¡Absalon, tú me crees loco!

—Como vuesa merced me ha hecho prender esta noche, podrá hacerlo de nuevo mañana, si falto á lo pactado; y en cuanto al dinero, solo pido ahora una pequeña parte de lo que vale mi secreto.

—Pero ¿cuál es ese?

—*El de la conjuración.*

—¿El de la conjuración?

—El que os entrega las cabezas del Marqués, de sus hermanos, de Avila, de Suarez, de Castilla, de todos vuestros enemigos en Méjico.

—¿Luego conjuran?

—Conjuran.

—¿Y tú tienes parte en esa conjuración?

—Yo, con Almanegra y algunos centenares de hombres reclutados unos en Flandes y en Italia por Suarez, los mas en Méjico por Avila, somos instrumentos de esa conjuración.

—¿Sabes su objeto?

—No se nos ha dicho, pero como solo puede ser uno, fácilmente se adivina.

—¿Acabar con la Audiencia?

—Y algo mas.

—¿Con Villegas y conmigo?

—Y algo mas.

—¿Qué mas?

—Con el Vireinato, para convertirlo en Monarquía.

—¿Tal presumes?

—El pobre Garci-Perez, que era flojo de lengua, nos

dijo mas de una vez, que tal era el objeto de su amo.

—¿Y ese amo quién es?

—¿No lo sabeis?—Don Martin Suarez de Monroi.

—Ya sé que asi se llama : pero ¿Quién es ese hombre? ¿De dónde procede? A Méjico, vino como llovido, con una cruz de Santiago al pecho, pero nadie conoce á su familia, nadie sabe de dónde procede el caudal que le hace rico: todo él es un misterio. ¿Sabes tú algo mas?

—Poco mas: conocíle en Europa al servicio del César, como soldado particular, rico ya entonces y espléndido, y tan singular y misterioso como en Méjico. En cierta ocasion, cansado del servicio español, fui á pasar una temporada entre los herejes; hiciéronme á poco prisionero los católicos, y ahorcáranme sin D. Martin que intervino á mi favor. Desde entonces, y porque paga magníficamente ademas, le sirvo fiel.

—Sin perjuicio de lo cual, ahora quieres venderme su cabeza.

—Por salvar la mia: la caridad bien ordenada.....

—Basta, no blasfemes. ¿Qué pruebas me darás de la existencia de la conjuracion, y para que á sus fautores pueda en justicia castigarse?

—Ahora y aquí ningunas.

—¿Y cuentas con que por tu simple dicho voy á creerte?

—Ni por pienso; pero supongo que vuesa merced tiene interes en adquirir las pruebas de que hablamos; y yo puedo proporcionárselas, siempre que me ponga en libertad y me dé con que vivir unos dias.

—Espílicate de una vez claramente.

—Hasta ahora, como nada me importaba, me he limitado á servir y á ver para mi propio uso; por tanto carezco de pruebas materiales de la conjuracion: pero, si vuesa merced me dijese: «Absalon, hijo mio, sal de la cárcel y toma, por ejemplo, cien doblas de oro para

» que no te falte con qué obsequiar á un amigo; vuelve  
 » á tu vida ordinaria, como si nunca nos hubiéramos  
 » visto; sigue sirviendo á los conjurados; acecha, ave-  
 » rigua, apodérate de papeles, si los hubiese; sabe dón-  
 » de celebran sus juntas, y cuándo y cómo, y dame dia-  
 » riamente noticia de todo, en la inteligencia, honrado  
 » Absalon, de que mis corchetes no te pierden de vista,  
 » y al menor desliz, te prenden, y preso, te atormento y  
 » te ahorco.» Si vuesa merced me hablase de esa manera,  
 yo aceptaria al punto, y los dos sacábamos honra y pro-  
 vecho de este negocio.»

Meditó Samano dos ó tres minutos sobre las palabras  
 del bandido, y al cabo respondióle:

—«Vas á salir de la cárcel, toma ese bolsillo; y ten  
 entendido que, en efecto, y al menor desliz de lengua ó  
 de obra, te haré desollar vivo como á un san Bartolomé,  
 si no te arrojo á perros rabiosos para que te despedacen.  
 Todas las noches me darás cuenta de lo que en el día  
 observes; y si cumples tu obligacion te haré rico.»

—Acepto el pacto.

—Antes has de darme alguna prueba de la sinceridad  
 de tus promesas.

—¿Cuál?

—Algun arma contra los conjurados.

—Condúcense con tal cautela que no es fácil... Pe-  
 ro... aguardad... sí: puedo deciros dónde hay un hom-  
 bre cuyo testimonio contra ellos será de gran peso.

—¿Qué hombre es ese? ¿Dónde se encuentra?

—Es una especie de *capellan* indio, llamado *Pollomil*  
 ó cosa semejante, con quien han descompadrado ante-  
 anoche por no dejarle *decir misa* á su manera. Se en-  
 cuentra preso bajo la custodia de Almanegra en una tor-  
 re de la quinta de Chapultepec.

—Es preciso que nos apoderemos de ese hombre.

—Y de Almanegra por añadidura, que es capaz de

cometer un atentado por amor á D. Martin que le libertó de morir ahorcado.

—¿Tambien por desertor?

—No fue por eso, sino porque habiéndole castigado el cabo de su escuadra, Almanegra que tiene el génio vivo, le despachó al otro mundo.

—¿Me entregarás al indio y á su camarada?

—Antes de que amanezca, si vuesa merced me ayuda.

—Cuenta con ello.

—Pues solo falta salir de esta lóbrega mansion.

—Me quedo con la Garduña.

—Y hará vuesa merced muy bien en hacerle dar un paseito sobre ese rocin... (el potro.)

—Y con Gertrudis.

—¿Con Gertrudis, señor! ¿Y por qué con esa cordera?

—En prenda de tu fidelidad.

—¿Vaya en gracia!—Pero al menos podré verla.

—Cuando quieras.

—¿Y no le faltará que comer, ni sobre todo que beber?

—Cuanto pida.

—Entonces va á estar como el pez en el agua, y yo tranquilo, pues no podrán sus indiscreciones comprometerme.

—Vamos, Absalon: tu cabeza ó las de los conjurados.

—Las de los conjurados, señor; las de los conjurados: la mia no vale la pena de que vuesa merced se tome la molestia de cortármela.»

Pocos minutos despues de terminado el diálogo anterior, salia Absalon de la cárcel de Méjico estirando sus brazos, estendiendo las piernas, é irguiendo el cuello, con el placer intenso que es de sobra natural en quien acaba de verse espuesto al dogal y al potro, y en vez de pasar por tan duros trances, se encuentra libre y rico á mayor abundamiento.

Cierto que habia comprado libertad y riquezas el bandido á costa de comprometerse á la mas inícuca traicion que cupo en corazon perverso: mas un hombre avezado á los crímenes, á desertar todas las banderas, y hasta á ser apóstata de todas las religiones conocidas, ¿Qué escrúpulos habia de tener, qué remordimientos podia sentir que le amargasen la material ventura de respirar el aire de la pura mejicana atmósfera, y de sentir en su bolsa el áureo grato son de las doblas castellanas?

Lijero, pues, como una pluma, alegre como un pájaro en primavera, y sereno como el cielo de verano, encaminóse, siguiéndole á cierta distancia algunos corchetes, al bosque de Chapultepec, para dar principio á sus traiciones, entregando á la justicia á su íntimo amigo é inseparable compañero Almanegra.



Cierto que había comprado libertad y riqueza el bandido á costa de comprometerse á la mas inicua traición que cupo en corazon perverso: mas un hombre excedido á los crímenes, á desertar todas las banderas, y hasta á ser apóstata de todas las religiones conocidas, ¿qué escrúpulos había de tener, qué remordimientos podía sentir que le amargasen la material ventura de respirar el aire de la pura mejicana atmósfera, y de sentir en su bolsillo el aureo grato son de las doblas castellanas?

## CAPITULO IV.

QUE DEMUESTRA EL PROVERBIO QUE DICE: «*Quien mal anda mal acaba.*»



Como á media milla del palacio de Avila habia en el bosque de Chapultepec, en su parte en caza mas abundante, un sitio, por esa razon llamado el *cazadero*, y en el centro de ese una enramada floresta en torno de un pequeño lago. La amenidad frondosa, el armónico silencio, las flores por esmalte, las aguas por espejo, hacian del cazadero una especie de selva encantada, que D. Alonso en los primeros dias de su matrimonio, cuando aún abrigaba el deseo y la esperanza de cautivar el corazon de Elvira, eligió para teatro de su conquista; haciendo en aquel sitio



construir un reducido pero elegante edificio, en forma de torre gótica, y yéndose con su esposa á pasar en él algunas semanas.

Pero la bella ingrata, deleitándose en la floresta, pescando en el lago, cazando en el bosque, y en todas partes escuchando indiferente las quejas como los halagos del derrotado seductor, salió del cazadero como en el habia entrado, es decir: para su marido *Estátua* y no mas que *Estátua*. Desde entonces Avila, tomando aversion al sitio y edificio, solo de paso habia vuelto al cazadero, y nunca á pisar los umbrales de la solitaria torre, para nido de sus amores inventada, y en tumba de su vanidad convertida por la indiferencia de Elvira.

Levantábase la tal torre, entre las verdes copas de gigantescas ceibas y robustos cedros, sobre un zócalo circular de nueve á diez varas de rádio, cilíndrica en su primer tercio, en los dos restantes en forma de sólido generado por la revolucion de una curva levemente cóncava, mas de tal suerte, que en la parte inferior era mas ancha que en la superior. Corria en torno del cimiento un pequeño foso á modo de los que se llaman cunetas, el cual se atravesaba por medio de un puentecillo levadizo, que desde la puerta del edificio, puerta ojival por de contado, caia sobre la contra-escarpa. En el piso bajo estaban, ademas del zaguan ó ingreso, las oficinas domésticas, y las habitaciones para los dos únicos criados con que D. Alonso contó en su plan; en el principal la estancia elegante, voluptuosa, y sobre todo en carácter, dispuesta para Elvira y su esposo; y sin mas espacio que el de un entresuelo de seis pies escasos de altura, seguia la plataforma de la torre, coronada de almenas, y con dos *falconets* artillada. Advirtamos que la fábrica de aquel edificio, en pocos dias levantado, á escepcion del zócalo y cimiento, hizose casi toda ella de madera, revistiéndola con yeso y cal por de fuera, y revocándola

ademas con arte y primor bastantes á que de piedra pareciese construida; y con eso lo conoce el lector lo mismo que si lo hubiera visto.

Absalon y Almanegra, á quienes D. Alonso hizo entregar las llaves de la torre y proveer de lo que en ella necesitar podian, por uno de sus criados de confianza, condujeron á Poyahuitl y al indio Chichimeca á aquel solitario sitio, inmediatamente despues de haber contribuido á impedir el sacrificio humano que en la plazoleta del bosque iba á consumarse.

Como estaba en sus hábitos y la prudencia lo aconsejaba, comenzaron los dos bravos por reconocer detenidamente la aparente fortaleza, despues de lo cual determinaron de comun acuerdo encerrar á sus prisioneros en el entresuelo superior al piso principal, y establecer ellos su cuerpo de guardia en la habitacion que fue de doña Elvira, cómoda demas aún para tales gentes, si bien con el abandono de tantos años habia perdido mucho de su elegancia y frescura primitivas. Poyahuitl y el Chichimeca carecian de armas é instrumentos: la puerta del entresuelo era gruesa, con buena llave y gran cerrojo; las ventanas, ademas de ser, como ogivas, angostas, estaban con rejas defendidas, y en consecuencia poca vigilancia bastaba en aquella guardia. Almanegra, pues, acomodóse entre cojines, y encendiendo una especie de pipa de barro con tubo de caña, instrumento semi-indígena, semi-europeo, que para fumar comenzaba á usarse entonces, dejó que Absalon atendiese solo á los preparativos necesarios para continuar la cena que la expedicion contra los indios interrumpiera.—No quisieron los presos tomar alimento alguno: cenaron los bravos, repartiéronse el tiempo que hasta el dia quedaba, para velar el uno mientras el otro dormia; y así se pasó la noche tranquilamente.—Por la mañana Suarez fue en persona á la torre á visitar al sacerdote y al Chichimeca,

mas de ninguno de ellos consiguió que le contestase una sola palabra siquiera á cuantas preguntas les hizo. Ambos tendidos, cada cual sobre su petate, y en sus respectivas mantas de algodón envueltos, quizá oyeron las frases ora insinuantes, ora amenazadoras del conspirador, mas al parecer no le escuchaban, y positivamente se obstinaron en no pronunciar ni una sola sílaba. Los alimentos que los bravos les habian llevado por la noche, intactos estaban por la mañana; y Suarez conocia lo bastante á los indios para no dudar, ni de que aquellos dos desdichados habian entre sí resuelto el dejarse morir de hambre, ni de que llevarian á cabo su fatal propósito, con esa fuerza de inercia incontrastable á que apela en último recurso la debilidad desesperada, y que caracteriza á los moradores indígenas del hemisferio occidental del mundo. Y contra hombres á morir irrevocablemente resueltos, no se lucha sino inútilmente. D. Martin lo conocia; pero no le era posible tampoco ponerlos en libertad sin peligro gravísimo para sí propio y para sus amigos; por lo cual hubo de contentarse con recomendar que se les renovasen los víveres, y sobre todo el agua con frecuencia, con el deseo, mas bien que con la esperanza, de que, al cabo, el hambre ó la sed que es mas poderosa todavia, los decidieran á renunciar á su bárbaro propósito.

Al mismo tiempo dispuso Suarez, para evitar que la ausencia repentina y simultánea de Absalon y Almanegra llamase en Méjico la atención de las gentes, que uno de ellos solo fuese por entonces alcaide de la torre y carcelero de sus presos, dejando al arbitrio de los bravos mismos decidir quién habia de desempeñar aquel importante cargo. Fácilmente se avinieron: Absalon tenia *familia* y era de suyo comunicativo y sociable; Almanegra, por el contrario, un ave carnícera, por natu-

raleza salvaje y solitaria; él, por consiguiente, se hizo sin dificultad guardador de los indios.

Durante el día visitólos el bandido repetidas veces: siempre los halló silenciosos, nunca le contestaron, jamás pudo conseguir que probasen bocado: pero apenas salía de su prision el carcelero, comenzaban ambos á entonar unísonos diferentes himnos, en alabanza de sus dioses y en ódio de los españoles compuestos en lengua mejicana. No comprendia Almanegra una sola sílaba de la letra: pero en cambio la monótona uniformidad de aquella salmodia, impidiéndole el sueño, comenzó á persuadirle de que no era grato, ni mucho menos, el servicio de que voluntariamente se habia encargado.

Así las cosas, es decir: los indios cantando á mas y mejor, y Almanegra arrojando venablos por la boca, y casi resuelto ya á ponerles una mordaza á cada uno de los presos, faltarian unas dos horas, sobre poco mas ó menos, para que amaneciese, cuando le distrajo de sus desagradables meditaciones el agudo son de un silbo, tres veces al pié de la torre repetido.

—«¡Ola! exclamó nuestro carcelero. ¡Novedad tenemos! Me alegro, porque ya estoy de música ¡voto á Dios! hasta por encima de los cabellos.»

Y diciendo así, asomaba su faz ceñuda á una de las rejas de la torre.

—«¡Almanegra! (dijo entonces Absalon) Abre que te traigo un mensaje del *Mártir*!

—Con tal que sea la órden para ahorcar á esos dos perros idólatras, que me tienen ya sordo con sus malditos cantares, bien venido seas!

—Abre, abre, que de ahorcar se trata (respondió el melifluo, riéndose de tan buena gana como si no fuera á consumir la mas insigne perfidia).»

¿Cómo habia de recelar peligro alguno Almanegra

de quien en tantas expediciones, aventuras y crímenes fue su camarada, compañero y cómplice, y á la sazón vivia con él en los términos de la mas estrecha amistad? ¿Cómo no dar crédito á sus palabras, cuando apenas hacia horas habian ambos servido juntos á la persona cuyo nombre tomaba el traidor?

Imposible precaverse de riesgos tales: abrió, pues, la puerta de la torre, y diciéndole al *Judas*: «*cierra tú;*» púsose tranquilamente á subir la escalera que al piso principal conducia.

Seis corchetes, que en pos de Absalon caminaban, deslizándose como suelen los lagartos por entre las quiebras de ruinoso edificio, entraron con cautelosos pasos en el zaguan, prevenidas las armas y palpitantes, sin embargo, los corazones, porque Almanegra era un hombre de colosal estatura, atléticas fuerzas, y resolución temeraria.

Absalon siguió á su vendido compañero á la estancia del piso principal, y allí le dijo:

—«¿Con qué han dado en cantar?»

—Como cigarras, malditas sean sus gargantas: pero, en fin, ¿Qué orden me traes?

—La de trasladar á esos desdichados á Méjico.

—¡A Méjico! Ese hombre está loco.

—No tanto como parece; ó yo me engaño mucho, ó allí estarán quizá mas seguros que aquí.

—Sea como fuere, carga con ellos y déjame dormir.

—Es que somos los dos los que hemos de conducirlos.

—Pues habrá de ser acuestas; porque desde ayer no comen ni beben, y dudo de que quieran ó puedan dar un paso.

—¿Sí? Pues mejor.

—¿Cómo, *mejor*? ¡Tú estás borracho, como sueles! ¡Bueno será tener que cargar con un indio! Pues voto á

toda la Corte Celestial, que el que á mí me toque, ha de caminar, ó le ato una cuerda al pescuezo y tiro de él como de un carro.

—¡Qué ocurrencias tienes! Si tal haces, le ahorcas.

—Y eso se debiera haber hecho anoche mismo. En fin, ellos verán lo que hacen.....; Con tal que no paguemos nosotros cara la fiesta!

—Eso, Almanegra, consistirá en la maña de cada uno.

Yo, por mi parte.....

—Tú, Absalon, y me alegro que se ofrezca la ocasion de decírtelo, eres capaz de vender por un dinero al padre que te engendró, y estoy seguro, voto á Dios, de que ya tienes fraguada alguna gran villanía, por si van mal dadas; pero ten bien presente lo que voy á decirte: asi que yo advierta en tí la menor señal de traicion, te deshago bajo el talon de mi bota como á un escarabajo.

¿Estamos?

—La dificultad consiste solo en que yo no te despache al otro barrio antes de que tú.....

—Probemos, si quieres; así como así, tengo esta noche un humor de dos mil demonios: tira la daga, Absalon.

—Te olvidas de que estamos de servicio.

—Verdad, verdad! Ea, vamos á buscar á esos perros, que luego.....

—Luego, yo te ofrezco hacerte la partida, si aún estás con deseos de jugar.»

Disputas como la que de escribir acabamos, y aun disputas que en puñaladas efectivamente concluian, eran entre aquellos dos criminales sobrado frecuentes para que Almanegra le diese importancia alguna á lo ocurrido.

Por tanto echó á andar, llevando la lámpara que le alumbraba en la mano izquierda y las llaves del entre-suelo en la derecha, con ánimo de intimar á los dos indios la órden de ponerse inmediatamente en camino.

Dejóle Absalon llegar á la puerta de las habitaciones que de cárcel servian, y cuando oyó que la llave sonaba en la cerradura, hizo seña á los corchetes, hasta entonces ocultos en el zaguan, de que subiesen á donde él mismo estaba.

Sin duda se proponia que los ministros de justicia se arrojasen sobre Almanegra en el momento en que aquel luchase con los presos para obligarles á levantarse y emprender la jornada; momento, en efecto, el mas propicio que pudiera elegirse para sorprender al terrible bandido: pero, como los corchetes no eran, por una parte, prácticos en el edificio, por otra tenian miedo, y á mayor abundamiento subian á oscuras por una angosta escalera de caracol, aconteció que, tropezando el cuarto y cayendo de espaldas, arrastró con el peso de su cuerpo al quinto y al sexto que le seguian.

Y aun el ruido del golpe fuera lo menos; pero como los caidos pusieron naturalmente el grito en el cielo, Almanegra, que ya tenia del brazo trabado brutalmente á Poyahuitl para obligarle á levantarse, soltóle oyendo el rumor del inesperado estrépito y desconocidas voces, y empuñadas las armas, arrojóse fuera del entresuelo, clamando á voz en cuello:

—«¡Ah traidor, veinte veces apóstata! ¿Querias sorprenderme? ¡Pues ahora verás lo que te pasa!!»

La ira y la sorpresa que en el primer momento paralizaron las facultades todas de Absalon, disipándose al oír la voz de su compañero, dejaron de nuevo tan espeditas la astucia ingénita, la perversidad consumada que le caracterizaban, que, instantáneamente recobrado, dijo, como si las palabras de Almanegra no hubiese oído:

—«¡A mí, á mí, Almanegra, que estamos vendidos!»

Y al mismo tiempo decíale á un corchete que, por el pavor petrificado, permanecia en lo alto de la escalera:

—«El golpe se ha errado : huid , que yo me entenderé con el Alguacil mayor.»

A la voz de ;*huyamos!* rápida y fervorosamente repetida por los seis corchetes , hasta los descalabrados mismos se pusieron en fuga , como si todos y cada uno calzasen los famosos talares de Mercurio ; y Absalon y Almanegra , espada y daga en mano , corrieron en pos de ellos por el bosque adelante mas de media hora , sin fruto alguno.

Durante la persecucion , los dos bandidos , al parecer se entendian perfectamente : pero cuando ya el leal se convenció de que era inútil correr en pos de los fugitivos , y ambos dieron vuelta á la torre , tornaron tambien á renacer en su pensamiento las primeras y harto fundadas sospechas de que Absalon habia querido venderle.

¿Quién , si no él , podia haber dado noticia á los magistrados de la prision y cárcel de los dos indios?

—«Uno de los dos caballeros de D. Alonso , ó bien cualquiera de los muchos espías de los dos Doctores , si la noche anterior acertó á seguirmos los pasos ;» respondia el apóstata.

—Pero ¿Cómo entraron los corchetes en la torre sin ser sentidos? Solo se explica ese hecho suponiendo que tú , Absalon , les dejaste abierta la puerta al entrar por ella.

—¿No tiene la justicia llaves falsas para todas las puertas? Replicaba el traidor.—Si yo tuviera la intencion que me atribuyes , habríame unido con los corchetes , en vez de ponerme á tu lado para perseguirlos.»

Y Almanegra no hallaba razones para contradecir los inagotables argumentos de su mal compañero , mas el corazon le decia que era traidor ; y desde aquel momento se propuso , primero , no perderle de vista , y segundo , matarle sin misericordia á la primera señal de torcerse que en él advirtiera.



Por su parte Absalon contaba con que se desvaneciesen al cabo las sospechas de Almanegra, ó con que no habia de tardar en ofrecérsele ocasion propicia, ya que aquella se perdió, para entregarle al Alguacil mayor; y con tan benévolos proyectos uno respecto al otro, llegaron ambos á la torre, mohinos, cansados, y con mas ganas de separarse que de estar juntos.

Lo primero que Almanegra hizo, llevando consigo á su camarada, fue dirigirse al entresuelo: la puerta estaba cerrada, y la llave habia desaparecido.

—«¡Maldicion!! Esclamó iracundo. ¡Maldicion, una y mil veces sobre mi cabeza! ¡Los indios se nos han fugado!!!»

—¡Bah! Le contestó Absalon; tú cerrarias antes la puerta, y ahora no te acuerdas. Regístrate á ver si encuentras la llave.

—No la tengo, no he cerrado, maldita sea la casta de los indios y del que á vivir con ellos me trajo. ¿Qué va á decir el Mártir?

—Antes de apurarnos, cerciorémonos del hecho.

—¿Y cómo?

—Forzando la puerta. Busquemos con qué.»

Por dicha la lámpara no se habia apagado, y con su luz hallaron los bandidos unas tenazas viejas que, auxiliadas por las dagas, bastaron á descerrajar la puerta del entresuelo.

Los indios habian, en efecto, desaparecido de su prision, para lo cual les sobró con el tiempo que los dos bravos emplearon en perseguir á los corchetes.

A entrambos bandidos sobrecogió tal acontecimiento, y el por qué fácilmente se concibe. Absalon perdía en Poyahuítl y el Chichimeca un arma poderosa; Almanegra se habia constituido garante de su custodia, y aunque criminal, era hombre siempre fiel en el cumplimiento de sus promesas, y á su modo pundonoroso.

Pensar que pudieran ser habidos los prófugos de nuevo aquella noche, fuera delirio: el sacerdote conocia el bosque y todo el reino además, de manera que en el momento en que de menos le echaron debia de estar ya completamente á cubierto de toda pesquisa; ir á dar aviso en el instante á Suarez y Avila, fuera escándalo inútil y anticiparse además la tormenta.

—«Esperemos á que amanezca, dijo Absalon, y Dios dirá.

—Amaneciendo está ya; replicóle Almanegra.

—Durmamos en todo caso un par de horas, que el sueño refresca la sangre.

—Durmamos, si podemos: pero lo que es tú dormirás encerrado en una estancia, y yo en otra.

—¿Por qué?

—Porque no me fio de tí, Absalon.

—Almanegra, tengamos en paz la fiesta!

—Tengámosla como quieras, pero ha de ser como lo he dicho. No me fio de tí.

—Estás loco, tigre; pero no quiero serlo yo tanto como tú, y paso por lo que quieres. Enciérrame en buen hora, que yo no desconfio de mis amigos.

—Ni por esas, raposa: no me fio de tí!»

Y en efecto, Almanegra encerró á Absalon, y él despues, con la espada y la daga desnudas y á la mano, tendióse á dormir en el lecho que habia sido de don Alonso.

Personas racionales no pudieran conciliar el sueño inmediatamente despues de los varios y para ellos graves sucesos en que de figurar acababan: los dos bandidos durmiéronse á pierna suelta, sin embargo de todo.

Quien despertó primero fue el traidor, y al hacerlo creyó haber dormido muchas horas, tal tenia de pesada la cabeza, de turbia la vista y la respiracion de laboriosa. Mas á poco echó de ver que no estaba en él mis-

mo el origen de tales fenómenos, sino en hallarse en una estancia llena de humo, y cuya temperatura pudiera convenirle á un horno de porcelana, pero no á humanos pulmones.

—«¿Qué es lo que por mí pasa?—Esclamó poniéndose de pié aceleradamente.—¡Qué humo!—Qué calor!—¡Esto es fuego!—¡La torre se quema!—¿Querrá ese perro de Almanegra tostarme como á herege?—¡Almanegra!—¡Almanegra!!!»

Tales voces y los golpes que á su puerta daba Absalon despertaron al otro bandido, quien, advirtiendo las mismas señales que al espanto de aquel dieron causa, contestó diciendo:

—«¡Fuego! ¡Fuego! ¡Nos abrasamos!»

Y al mismo tiempo dió libertad á su aterrado compañero.

La torre ardía, en verdad, y del peor modo posible para los bravos; porque, comenzando el fuego por la parte inferior, cuando Almanegra y Absalon echaron de ver el incendio, ya este habia consumido la escalera hasta el piso principal, y las llamas, alzándose en ardiente espiral, envolvian el edificio del zócalo al coronamiento.

Poyahuitl, al fugarse con el Chichimeca, queriendo dejar memoria de sí á sus enemigos, con la lámpara misma que en su prision dejó Almanegra al arrojarse sobre los corchetes, prendió fuego á un depósito de leña seca que en la cocina habia; y durante el sueño de los dos bravos, el incendio se propagó con la rapidez natural en un edificio casi todo él de madera construido.

Pero esa esplicacion de la calamidad en que se vian envueltos, dado que los bandidos la hallasen, para nada podía serles útil: lo importante para ellos era salvarse de la muerte, y eso dificilísimo, ya que no imposible.

La escalera, como dijimos, no existia ya desde el

piso principal abajo; el zaguan, todo él convertido en un ardiente hogar, estaba ademas intransitable; las ventanas sobre su estrechez y elevacion, tenian rejas. ¿Por dónde y cómo huir de las llamas?

A la verdad, desde la plataforma, porque á ella aún podia subirse, y los dos bravos subieron, libres eran de arrojarse á tierra; pero un salto de quince á veinte varas, es negocio para mirado con algun detenimiento, sobre todo cuando se ha de caer encima de duras piedras ó de ardientes escombros.

Entretanto las vigas inflamadas crujian, las paredes desplomándose mezclaban el polvo de sus ruinas al humo del incendio, y el piso mismo de la plataforma comenzaba á mostrarse incandescente.

¿Era ya llegada la hora del providencial castigo para aquellos dos criminales empedernidos?

Almanegra, cruzados los brazos, contraídos los músculos, torva la mirada, y silencioso como una estátua en medio de las llamas, parecia un espíritu infernal padeciendo iracundo, pero no humillado, su eterna tortura.

Por el contrario Absalon, lívido, yendo y viniendo sin cesar y sin tino; unas veces dando desaforadas voces, otras gimiendo desconsolado; ora pronunciando una oracion judáica, ora una católica; y hasta entonando himnos calvinistas; Absalon, en fin, casi demente, era el verdadero emblema de la debilidad perversa de la raza humana.

Ambos caractéres se revelaron desnudos en aquel supremo instante: malo el uno por ignorancia, por brutalidad de índole, por la desdicha de haber carecido de buenos ejemplos en los primeros años de la vida, sucumbia, sin embargo, con dignidad; mientras que el otro, nacido con los instintos crueles del lobo y con la baja astucia de la zorra, habiendo cursado el crimen

con deleite, y siendo incapaz de la virtud, á mayor abundamiento, en presencia de la muerte temblaba villano, y cobarde desvariaba.

—«¿Y hemos de morir aquí tostados? Esclamó Absalon sintiendo temblar la torre bajo sus plantas.

—¡No hay mas remedio! Contestó Almanegra en voz sepulcral, y apoyándose contra una ya estremecida almena.

—¿Qué va á ser de nosotros?

—Quemarnos ahora aquí, y luego eternamente en los infiernos.

—¡No digas eso; no digas eso! ¡Yo no creo en el infierno.

—Absalon, si blasfemas otra vez, te ahogo yo antes de que el fuego te abra. Con que calla: yo soy un malvado, para mí no hay gracia: pero creo en Dios y en el infierno.

—Tú eres un majadero. Te digo que no hay infierno.

—Te digo que no blasfemes ó te ahogo.

—¡Ahogarme! ¡Já, já!

—¿Te ries, eh? ¡Pues verás! ¡Defiéndete!»

Y Almanegra, quizá mas que por la disputa teológica, por distraerse de la horrible perspectiva del fuego que á pasos agigantados iba acercándoseles, hizo ademán de tirar de la daga contra su impio camarada.

Es de advertir que Absalon, olvidando ó haciendo por olvidar sus propias iniquidades, consideraba á Almanegra como el origen de su desdicha; «porque, se decia, si se dejara prender, él estaria á estas horas seguro en la cárcel, y yo libre en Méjico.»

No sostenemos que en ese raciocinio hubiese mucha lógica, y menos poca ni mucha filantropía: pero al cabo era cierto que, si el uno estuviese en la cárcel y en la ciudad el otro, no corrieran entrambos el inminente mortífero riesgo que les amenazaba.

Imaginar, pues, que sobre tenerle ya en la hoguera, queria Almanegra pegarle de puñaladas, fue para Absalon lo que la mecha encendida que al cebo de un cañon se aplica, la causa determinante de tremenda explosion.

Toda la saña venenosa, todo el rencor implacable, toda la crueldad infame que en su corazon cabian, alzáronse juntos, y agolpándosele al cerebro y á las manos, lanzáronle desde el extremo de la plataforma en que se hallaba, como una bala, rápido y ciego, contra su compañero en la quebrantada almena apoyado.

Apenas tuvo Almanegra tiempo para tirar la daga y recibir con ella levantada á Absalon: el choque del cuerpo de este lanzólos á entrambos y á un tiempo mismo al espacio.

Pero el hierro del bandido leal habia penetrado en el pecho del traidor delincuente, y su cuerpo sin aliento rodó al pié de la torre, envolviéndose en los escombros de sus ruinas.

Mas feliz Almanegra, á quien el furioso empuje de su contrario y sus propias vigorosas fuerzas vitales imprimieron mayor velocidad, tuvo la ventura de caer, no al suelo, que en tal caso se destrozara, sino sobre la copa de uno de los seculares árboles que la torre rodeaban, y cuyas ramas le preservaron de una muerte poco menos que segura.—Allí quedó por el momento sin sentido, y quizá fue esa tambien una dicha, pues de no tuviera que presenciar horrible escena.

Apenas el cuerpo palpitante de Absalon cayó en el foso, cuando dos indios, saliendo de la floresta y precipitándose al pié de la torre, sin curarse del fuego, ni de las piedras y maderas que del abrasado edificio se desplomaban, sacaron de entre los escombros el casi cadáver, y tendieronle luego sobre la yerba á orillas del lago.

En seguida uno de aquellos miserables, con un cu-





Incendio de la Torre.



chillo que en la diestra llevaba, abrió el pecho del bandido y sacóle entero el corazón, que, humeante aún, arrojó en las llamas de la incendiada torre, profiriendo en idioma mejicano horribles imprecaciones.

Los dos indios eran Poyahuitl y el Chichimeca, quienes, consumado el horrendo sacrificio, regresaron al bosque, y en su frondosa oscuridad desaparecieron.

## CAPÍTULO V.



chillo que en la diestra llevaba, abrió el pecho del  
 bandido y sacó entero el corazón, que, juntamente con  
 arrojó en las llamas de la incendiada torre, produciendo  
 en idioma mejicano horribles imprecaciones.  
 Los dos indios eran Poyahuitl y el Chichimeca, que  
 nes, consumiendo el horrendo sacrificio, regresaron al  
 bosque, y en su frondosa oscuridad desaparecieron.

## CAPITULO V.

---

DONDE SE DA CUENTA DE VARIOS EFECTOS PRODUCIDOS POR CAUSAS  
 EN LOS ANTERIORES RELATADAS.



UCEDIÁNSE con tal prisa y rapidez  
 unos á otros los trágicos aconteci-  
 mientos en Méjico, que el espanto  
 llegó á enseñorearse de los espíritus  
 todos, así en el bando del Marqués  
 del Valle, como en la parcialidad  
 de la Audiencia.

Al día siguiente al del asesinato  
 de Juan Ponce ocurrió, en efecto,  
 el incendio de la torre, de cuyos  
 pormenores nada pudieron saber  
 el público ni la justicia, pero que en sí mismo era un  
 hecho grave, atendido el hallazgo, que no pudo ocul-  
 tarse, del cadáver de Absalon—Felipe, en el estado de

horrible mutilacion en que le dejó el atentado del idólatra Poyahuitl.

D. Alonso de Avila, al poner en conocimiento de la justicia, como no pudo menos de hacerlo, que en su heredad del bosque de Chapultepec le habian incendiado una torre, y que al pié de ella encontraron sus criados á un hombre desconocido, con una puñalada que el pecho le atravesaba de parte á parte, una ancha incision ademas en el seno izquierdo, el corazon de menos, y por último, todos los huesos quebrantados, formalizó en regla su querrela, pidiendo que se procediese á la averiguacion del hecho y sus autores, para que estos fuesen por ende castigados. Y no se crea que ni el esposo de Elvira ni sus amigos ignorasen totalmente la verdad de lo acaecido; porque Almanegra, recobrando sus sentidos al cabo de algun tiempo de estar en el árbol, cuya frondosa copa le salvó la vida, bajóse de él como pudo, y arrastrándose, mas bien que andando (tal estaba de dolorido y quebrantado), fuese derecho á la Quinta, donde por de pronto se ocupó en restaurar sus fuerzas con alimento y descanso, guardándose bien, entonces, de pronunciar una sola palabra relativa á la catástrofe de que maravillosamente se libertara. Los criados de D. Alonso que, por una parte tenian orden de acoger á los bravos afiliados siempre que ellos lo solicitaran, y que, por otra, estaban harto fatigados de resultas de la reciente fiesta para entretenerse en correr el bosque, ignoraban en consecuencia el suceso que Almanegra no quiso ir á noticiarles tampoco á los caballeros hasta que, ocultándose el sol, pudo hacerlo sin ser visto de nadie.

Yéndose entonces á la casa que en el arrabal de Tlatelolco tenia D. Martin Suarez tomada para cuartel general, digámoslo asi, de sus operaciones, y centro de sus tratos con agentes subalternos, dió cuenta clara y

sumaria el bandido de cuanto en la ya abrasada torre habia pasado, supliendo con la sagacidad propia de su larga esperiencia lo que solo por conjeturas podia inferirse.

Hecho tan grave no podia dejar de tomarse en detenida consideracion: D. Martin, pues, hizo llamar inmediatamente á D. Alonso, al Dean, y á Castilla; porque despues de lo ocurrido en la fiesta, el último nombrado caballero, y D. Juan Chico de Molina mismo, se allanaron á formar parte del consejo supremo del bando, teniendo por menor riesgo el de asociarse á deliberaciones mas ó menos culpables á los ojos de la ley, que el de ignorarlas y hallarse, cuando menos lo pensaran, gravemente comprometidos.

Junto el consejo, D. Martin relató cuanto por Almanegra sabia, añadiendo de su propia cosecha estas palabras:

—«Que Absalon estaba vendido á los de la Audiencia, es claro como la luz del Mediodia; pero Absalon, que pudo dar y dió sin duda, noticia de un hecho positivo, la prision de Poyahuitl y del Chichimeca en la torre del bosque, aunque sospechara lo que nos proponemos, y acaso lo haya tambien revelado, carecia absolutamente de pruebas para justificar su dicho.—Mas temibles me parecen hoy los dos indios, que son indudablemente los que al traidor han sacado el corazon del pecho; mas temibles, porque tienen circunstanciada noticia de mis relaciones con las tribus de las montañas: pero mi riesgo importa poco, lo que ahora ha de tratarse es de poner á salvo á D. Alonso de toda responsabilidad, al Marqués de toda sospecha.»

Colocada la cuestion en ese terreno, caia naturalmente bajo la jurisdiccion del Dean, que era el hombre de los *expedientes* en el bando; y asi fue que su parecer le pidieron luego todos los presentes en la junta.

— «Mi parecer es (dijo, en consecuencia, Chico de Molina), que debemos considerar el incendio de la torre y el desastrado fin de Absalon, como un favor visible de la Divina Providencia; pues si la torre no se quemara, ó Absalon escapase de ella con vida, tendríamos entre nuestros agentes subalternos mas importantes un traidor que, espiondo palabras y obras, hubiera podido ponernos en manos de los Doctores para que á su voluntad, y con pruebas en la mano, hicieran de nosotros lo que á cuento les viniera, que no seria por cierto nada que bien nos estuviese.

«No niego que los de la Audiencia, tienen hoy, mas que hace tres dias, conocimiento positivo de nuestros designios; pero faltándoles el testigo y no habiendo aquel podido darles pruebas materiales de sus revelaciones, poco han adelantado por cierto. Mas bien han perdido, puesto que estando nosotros, como estamos, sobre aviso, procederemos de aquí en adelante con la prudente cautela de que nunca debiéramos habernos apartado.»

Al llegar á ese punto de su discurso, miró el Dean con intencion marcada á D. Alonso de Avila; mas este contentóse con sonreirse maliciosamente, y el clérigo prosiguió:

«Lo ocasionado aquí son primeramente los indios, y luego los corchetes, que corchetes indudablemente serian los hombres que persiguió Almanegra en compañía de su traidor compañero; pues claro es que este, una vez vendido á los Doctores y resuelto á entregar en sus manos asi á los dos indios presos, como al que los custodiaba, á quien en la torre introdujo hubo de ser forzosamente, á los ministriles de Samano. Y digo que son peligrosos los indios prófugos, ya por la muestra que de su ferocidad nos dejaron en el cadáver de Absalon, ya por lo que saben de los planes de nuestro D. Martin

»Suarez, ya, en fin, porque si espontáneamente se pre-  
 »sentan á los Doctores, serviránles de lo mismo que si  
 »en la torre los prendieran, es decir: de testigos, con-  
 »tra nosotros. Medio de obviar ese riesgo directa y ra-  
 »dicalmente, no lo veo; todo lo que puede hacerse es  
 »que el Sr. Suarez ponga en movimiento sus agentes to-  
 »dos entre los indios, y no perdona esfuerzo ni sacrifi-  
 »cio hasta apoderarse de Poyahuitl y del fanático man-  
 »cebo que le acompaña.»

—Ya eso está hecho, señor Dean. (Interrumpió don Martin.) A estas horas mas de veinte indios tamenes lle-  
 van avisos á otras tantas personas de su nacion, en cu-  
 ya fidelidad confio, previniéndoles lo que me ha pareci-  
 do oportuno en el caso presente.

—«Siendo eso asi (prosiguió el clérigo, anudando el  
 »hilo de su discurso), dejémoslo á la mano de Dios que  
 »él lo dispondrá como mejor convenga; y puestos á un  
 »lado los indios, hablemos de los corchetes. Estos po-  
 »drán declarar que fueron á la torre, guiados por Absa-  
 »lon, pero alli no han visto mas que á un hombre: Al-  
 »manegra, el cual pudo y debió tomarlos por bandidos,  
 »y como á tales tratarlos, juzgándolos por la manera  
 »con que donde él estaba se introdujeron.

»No resulta, pues, cargo alguno contra nosotros de  
 »ese hecho: pero, á mayor abundamiento, bueno será que  
 »Almanegra se oculte y desaparezca por ahora; persua-  
 »diránse fácilmente el pueblo y la justicia, de que mu-  
 »rió abrasado, y con eso se esquivarán dificultades y  
 »contingencias de pesquisas y declaraciones. En todo ca-  
 »so D. Alonso estaba anoche en Méjico: asistió al paseo  
 »por la tarde, y por la noche hasta la madrugada vió-  
 »sele en la Conversacion; el sitio de la torre dista mu-  
 »cho de la Quinta; y aquella era, en fin, un edificio  
 »abandonado en lo mas espeso del bosque. Los bravos,  
 »como los indios, como cualquiera otra persona, pudie-

»ron entrar en ella sin conocimiento de su dueño: esto  
»es lo que ha de sostenerse, si los de la Audiencia in-  
»tentaran un procedimiento en la materia, que no lo in-  
»tentarán en mi sentir, pues son de sobra hábiles para  
»no conocer desde ahora que malgastarian el tiempo.

»De todo, señores, infiero, que no nos amenaza peli-  
»gro inminente á consecuencia del incendio de la torre,  
»y de la muerte del traidor Absalon; y que D. Alonso  
»debe presentar querrela por el menoscabo que sus bie-  
»nes han sufrido, adelantándose á los Doctores, y po-  
»niendo de nuestra parte un indicio mas de inocencia.

»Con esto y con proceder desde hoy con cautela su-  
»ma, prefiriendo dilatar el logro de nuestros comunes  
»deseos, á aventurarlos en temerarias empresas ó im-  
»prudentes alardes, entiendo que salvaremos las difi-  
»cultades del momento, preparando las vias del porvenir  
»como á la empresa que nos ocupa conviene.»

Tan en razon estaba cuanto dijo el Dean, que nadie la tuvo para contradecirle: antes, conformándose unánimes aquellos caballeros con su parecer; al dia siguiente presentó D. Alonso, por medio de procurador, su querrela ante el Alcalde de Córte de la Audiencia; y los preparativos de la conjuracion volvieron á tomar la marcha lenta y mesurada con que antes de la fiesta de Chapultepec caminaban, queremos decir: lenta en lo aparente, porque en realidad el esposo de Elvira no renunció, ni por solo un instante, á precipitar el desenlace de aquel, para su escasa paciencia, ya sobradamente largo drama.

Entre tanto Juan de Samano veia, de una manera incomprendible, casi completamente en ruina sus artificiosamente combinados planes; porque si, bien de lo que le dijeron los corchetes en el bosque derrotados, inferia haber sido hasta cierto punto sincera y verídica la delacion del bandido Absalon, érale imposible adivinar todos los pormenores de la sangrienta catástrofe en

la torre ocurrida. Digamos, porque es circunstancia importante, que para ocultar su cobardia y explicar su vencimiento, los ministriles desfiguraron notablemente los hechos, suponiendo que, ya dentro del edificio á donde el traidor los condujo, y antes de que la señal de obrar les diese, se vieron acometidos por una docena de hombres armados, á cuyos golpes atribuian, ademas, asi las descalabraduras de los que las escaleras rodaron, como los arañazos de todos, debidos en realidad á la rapidez y ciego espanto con que las zarzas y malezas del monte atravesaron. Hizo el Alguacil mayor la parte á la exageracion correspondiente en ese relato, porque conocia bien á su gente; mas careciendo de datos que en camino para hallar la verdad le pusieran, hubo de suponer que, cuando menos, alguien atacó á sus corchetes; y ese alguien, advertido, sin duda, por Absalon, quien, en vez de vender á los conjurados, tendió un lazo á los ministros de la justicia. Y entonces, ¿Quién incendió la torre? ¿Quién hirió al bandido, le arrojó desde la plataforma al foso, y luego le sacó el corazon del pecho?—Aquí, como en el suceso de Avila la noche del 23 de abril, aparecian los parciales y servidores del Marqués del Valle, gravemente lastimados, sin que en ello interviniese el bando de la Audiencia, y por consiguiente, ó en atroz discordia estaban, ó un tercer partido invisible, activo y sanguinario ademas, se habia propuesto esterminar á los descontentos.—¿Por ventura los indios no conversos, aliados con los que solo en la apariencia eran cristianos, serian los autores de aquel, al parecer, inesplicable fenómeno?—A juzgar solo por el cadáver de Absalon, sin duda alguna á los indios debian de atribuirse los hechos que nos ocupan, porque la herida en el pecho por donde el corazon le arrancaron, y la limpieza, permítasenos la frase, con que se conocia haberse practicado la cruel operacion, solo de un sa-



cerdote idólatra podían ser obra. Pero en lo ocurrido la noche del 23 de abril, según el mismo Absalon, ningún indio intervino, y por consiguiente, era forzoso optar entre suponer que los dos sucesos ninguna relación tenían entre sí, ó que los naturales del país, solos al menos, no fueron sus autores.—Admitida la primera hipótesis todas las dudas quedaban en pié.—«¿Tendrá (se dijo un momento Samano), tendrá la Audiencia agentes secretos, para mí desconocidos, y serán esos los que obren tales milagros?—¡Bah! Imposible: no se les ha ocurrido siquiera semejante idea. Ceinos no da paso de que yo no esté informado por sus propios servidores; Villalobos, cuando no en el tribunal, está pendiente de los labios de su hija; Orozco es un trueno incapaz de reserva..... Los Doctores no son hombres de tratar de emanciparse del único de espada que á su devoción tienen..... ¿Quién puede ser?—¡Ah! ¡Qué rayo de luz! Don Luis de Velasco es, sin duda, quien, por bajo de mano, promueve estos lances..... Eso es: desacredita el gobierno de la Audiencia; provoca y aterra á los del Marqués; y cuando tal en la corte se sepa, le nombrarán Virey..... Sin embargo, D. Luis apenas trata á Suarez, y este fue quien hirió á D. Alonso; y además, ¿qué interés tenía, qué objeto pudo proponerse en el incendio de la torre...? No lo entiendo; no lo entiendo; no lo entiendo.»

Y dábase el Alguacil mayor de palmadas en la frente sin adelantar nada; porque, en efecto, de tal modo estaban combinados los sucesos, que para penetrar en su laberinto se necesitaba el hilo famoso de Ariadna, de que por entonces Samano carecía.

Bien se le ocurrió acudir á Bocanegra y Catalina, presos, como sabemos, en la cárcel de Méjico: mas fue tarde. El Alcalde de corte que instruía el proceso sobre el asesinato de Juan Ponce de Leon, había incomunica-

do severamente á los presuntos reos ; de forma que , si hablarles en rigor le fuera posible á Samano , en virtud de la magistratura que ejercia y de su personal importancia ademas , darles tormento estaba ya completamente fuera de su alcance , y de poder aplicarlos á la cuestion dependia precisamente el buen éxito de sus pesquisas.

A la verdad que con sola una palabra suya al doctor Ceinos ordenara este que se atormentase á los acusados ; mas como ese camino le quedaba siempre abierto , prefirió Samano dejar que por entonces siguiesen las cosas su curso natural , esperando y aun procurando alguna eventualidad que , haciéndole dueño del secreto de los conjurados antes que á los Doctores , le asegurase la posicion á que aspiraba.

Por su parte la Audiencia , cuerpo de índole mas resistente que agresiva , seguia su marcha habitual de observacion y perseverancia , espiando los movimientos del enemigo para aprovechar sin misericordia los que comprometerle pudiesen , pero no tomando nunca la iniciativa por temor de comprometerse ella misma. Semejante táctica , que á veces falla ante un enemigo audaz y emprendedor , si la fortuna le asiste , suele ser la mas conveniente para triunfar en definitivo resultado : pero requiere mucho tiempo , mas paciencia , y sobre todo no perder de vista ni un solo minuto el blanco á que se tira , no desaprovechar jamás ocasion , grande ni chica , de adelantar aunque no sea mas que una pulgada de camino.

¿Y D. Luis de Velasco , profesaba tambien la máxima de aguardar los acontecimientos , sin precipitarlos ni retardarlos en caso alguno ? ¿Permanecia indiferente é inactivo en espectacion de las eventualidades que pudieran , y aun probablemente debian surgir á consecuencia de la fiesta de Chapultepec , del asesinato de Juan Ponce ,

del incendio de la torre, y de la muerte, inesplicable para él y para el público, de Absalon?

Don Luis de Velasco, en la apariencia, pensaba poco ó nada en los acontecimientos de Méjico: á su decir todo se reducía á calaveradas de gente inesperta, amores desenfrenados, y fechorias de canalla; en cuanto á él, lo que le importaba era embarcarse cuanto antes para la Especería, ó al menos salir de la capital y situarse en algun puerto del Sur, con el fin de darse á la vela luego que la flota estuviese aderezada. Y tanto era así, que á pocos dias de incendiada la torre, Velasco, llevando en su compañía al Maestre de Campo y Oficiales reales de su ejército, presentóse en casa del doctor Ceinos, y como á Presidente de la Audiencia, que entonces gobernaba el Reino, le rogó que sin dilacion le facilitara los medios necesarios para ponerse en marcha.

Una bomba estallando á sus pies no infundiera pavor mas grande al Doctor Presidente, que las suaves, compuestas y fundadas razones del Capitan General; pues aunque á la sazón no habia apariencias de que los conjurados se dispusieran á tomar las armas inmediatamente, tampoco sintomas de que á su propósito renunciassen; y el peligro en la esencia era siempre el mismo. Toda la vanidad de los Doctores, aunque era mucha, no bastaba ademas á persuadirles de que sus varas y mandamientos fuesen de grande eficacia contra las espadas de los parciales del Marqués; y para ellos, como para todos en Méjico, estaba claro que desaparecer el ejército mandado por Velasco, y estallar la rebelion, seria todo una misma cosa. Véase cómo con fundamento sobrado se alarmó el doctor Ceinos.

De buena gana comenzara por negar rotundamente los auxilios que se le pedian; mas como eso fuera romper con D. Luis, habló Ceinos primero de la escasez de numerario en las arcas reales; y luego de las exigencias

de la corte; y despues de lo avanzado del verano y de lo peligrosa que seria para la salud del ejército una marcha hasta Acapulco en tal estacion; y en fin, terminó diciendo que, no pudiendo resolver nada por sí, reuniria la Audiencia para que ella deliberase.

A eso respondió Velasco que su cometido era grave, y su responsabilidad tan pesada, que se veria en la necesidad de hacer de oficio y por escrito el pedido que de palabra habia espuesto; con lo cual y renovarlo frecuentemente, esperaba que el Rey se tendria por servido en lo que de su parte estaba.

Dado aquel paso, en el cual solo se propuso Velasco que la Audiencia le obligara, como le obligó en efecto, á permanecer en Méjico, apresuróse el diplomático caudillo á dar cuenta de todo á cierto magnate su favorecedor en la corte de España, con el cual seguia de mucho tiempo atrás correspondencia continua sobre el asunto de la conjuracion y el Gobierno de los Doctores.

Sus cartas, escritas todas para un fin, á saber: probar al Rey que la Audiencia gobernaba mal; que el Marqués y la nobleza habian menester quien los tuviese á raya, sin necesidad de irritarlos; que el pueblo indio y castellano se arrojarian fácilmente á cualquier atentado, mientras no gobernasen hombres de mas prestigio que los Doctores; y que, por tanto, no solo convenia nombrar pronto un Virey, hábil y vigoroso, sino que ese fuese ademas conocedor y conocido del pais y de sus moradores, lo que en resúmen equivalia á demostrar la conveniencia y hasta necesidad de que en él mismo recayese tan importante nombramiento; sus cartas, decimos, encareciendo el descontento de la nobleza y de la plebe, y los riesgos en tal estado de cosas contingentes, pintaban siempre á los Doctores como causa perenne de aquel mal gravísimo, ya por su falta de prestigio y sobra de altanería, ya por su codicia insaciable, ya en fin, por su

animosidad contra la aristocr cia, y su dureza con los indios.

Recibi ndose en Madrid tales comunicaciones al mismo tiempo que las de la Audiencia por una parte, y las quejas de los misioneros por otra: estas en favor del pueblo, aquellas pintando la rebelion como inminente, acabaron por llamar poderosamente la atencion del Rey y sus ministros, en consecuencia de lo cual trat se el negocio de propósito y muy despacio en el Consejo de Indias.

Hasta ese punto D. Luis consiguió cuanto deseaba: pero engañ se por el momento en el resultado que como infalible preveia, pues en su entender era indudable que, examinado y discutido el asunto en virtud de los datos por él mismo suministrados, el Consejo acordaria proponerle al Rey para el Vireinato; y no fue asi, sino lo que diremos.

Hasta la conquista de Granada fueron la cruz y la espada las dos grandes palancas de gobierno en España, y gobernaron por consiguiente los hombres de armas y los eclesiásticos; mas apenas espulsados los moros, vemos al elemento militar, entonces aristocrático, ir perdiendo rápidamente terreno, hasta que Cisneros, en fin, abate el orgullo y arruina para siempre la influencia política de los Ricos-Hombres de Castilla y de los Infanzones de Aragon.

Viene luego Carlos V, y á pesar de que su reinado se consume en gloriosas luchas, como tienen el mundo por teatro, y la guerra apenas turba sus dominios españoles, las *letras*, como dice el Ingenioso Hidalgo, van sucesiva y poderosamente sobreponiéndose   las armas, y hasta al elemento teocrático mismo, al menos en las esferas subalternas del gobierno. Doctores y Licenciados administran la justicia en toda la vasta monarquia española; Licenciados y Doctores gobiernan sus pueblos co-

mo Corregidores ó Alcaldes mayores, y para que se vea con claridad evidente cómo van aquellos absorviendo la influencia política, ya en vez de hacer gobernantes á los *capitanes*, se hace *capitanes á guerra* á los letrados que empuñan la vara de justicia.

Tal fenómeno, ya visible bajo los Reyes Católicos, y en el reinado de Carlos V mucho mas desarrollado, no podia menos de llegar á su apogeo so el cetro de un monarca como Felipe II, que apenas se armó dos veces en su vida, y que no supo ó no osó aprovechar una de ellas, en la batalla de San Quintin, la ocasion que la fortuna le deparaba de hacer ondear el pendon triunfante de Castilla en las torres de Nuestra Señora de Paris, y en los muros del Louvre. Felipe, que preferia la maña á la fuerza; Felipe, que fiaba mas en las hogueras de la Inquisicion, que en las picas de los veteranos de Italia y Flandes; Felipe, en fin, que escogia para confidente á Antonio Perez, mientras encarcelaba por motivos insignificantes al *gran* duque de Alba, claro está que habia de favorecer y favoreció siempre, en efecto, la preponderancia del elemento jurídico en el gobierno de los pueblos á su corona sometidos.

Asi Doctores y Licenciados gozaban con el Rey de gran crédito, ya porque realmente, en la altura á que la civilización era entonces llegada, convenia *legalizar*, por decirlo asi, la sociedad y el gobierno, hasta poco antes regida aquella é inspirado este solo por el derecho del mas fuerte; ya porque los letrados, criaturas los mas exclusivamente de la real gracia, salidos de la muchedumbre, y sin mas raices que las de sus servicios, eran gente sumisa, dispuesta á todo, y que nunca, como los Próceres, oponia á la voluntad del monarca los escrúpulos de su honra, ó las altiveces de su cuna.

Sucedió, pues, que al examinar la consulta del Consejo de Indias sobre el estado de Nueva España, y deci-

mos *examinar*, porque no era Felipe II de los Reyes que se convierten en estampillas de sus ministros; al examinar la consulta, repetimos, su penetracion descubrió fácilmente que Velasco aspiraba al Vireinato, y que los frailes se inclinaban, á su entender, de sobra á la parte de los indios, y quizá no poco á la del Marqués del Valle mismo. Todo lo que contra este alegaba la Audiencia no pasaba, sin embargo, de conjeturas y puerilidades; por manera que el Rey, con la acostumbrada rectitud de su claro juicio, dedujo que lo que en Méjico se necesitaba era un pacificador, mas bien que un hombre de fuerza.

Y en verdad que, enviado á tiempo, obviáranse males sin cuento: pero mientras en Madrid se deliberaba con lentitud sobrada, en Méjico los sucesos precipitábanse tambien sin medida.

Volviendo á Felipe II, su juicio fue este: que la Audiencia en el fondo tenia razon, pero que le faltaba flexibilidad; que las pretensiones del Marqués del Valle á la supremacia en Méjico, eran injustas, pero que ni ellas ni los que las sostenian llegaban á peligrosos; que don Luis de Velasco mostraba en todo el negocio mas ambicion que buena fé: y en fin, que debia enviarse á Nueva España un Virey, tan notable por lo fiel, prudente, entendido y conciliador, como por lo enérgico y vigoroso. Decir que tal fue el juicio del Monarca equivale á haber dicho que lo que pensaba resolvió, y que lo que resolvió se hizo; y, en efecto, fue nombrado Virey de Nueva España, mandándosele que en el momento se trasladase á Méjico, D. Gaston de Peralta, Marqués de Falces.

Era el Marqués un excelente y discreto caballero, experimentado en las cosas del mundo, de cristiana vida y carácter fácil en la vida ordinaria, mas muy entero siempre que de cumplir con sus obligaciones de noble,

de funcionario público, y de hombre privado se trataba, Eleccion mas acertada no pudiera hacerse, y estamos en la persuasion de que, enviado un año antes á Méjico, su prudencia, su tino y su firmeza, escusaran todos los daños que del ciego arrojó de los descontentos, y del altanero encono de los Doctores resultaron. Pero estaba escrito, á la cuenta, que habia de ser de otro modo para que, andando los siglos, encontrase nuestra pobre pluma asunto en los anales del antiguo imperio de Moctezuma para escribir la presente novela histórica.

Y ahora que estamos desembarazados de los negocios graves, habiendo referido cuanto, á nuestro entender, importaba conociese el lector relativamente á los sucesos y personajes que pudiéramos llamar políticos, no estará quizá de mas echar una ojeada á los corazones de aquellos de nuestros actores, que de los suyos respectivos eran mas ó menos esclavos.

Comencemos por Elvira, la cual, consumado con una especie de valor raro en su sexo el sacrificio extremo de separarse de Fernando, elevando entre ella misma y el infeliz doncel una barrera mas sobre las insuperables que los separaban, como lo fue el conocimiento que dió de su amor á D. Alonso y al anciano Valdestillas, ya nada tenia que hacer en la materia, sino lo mas difícil: padecer con dignidad y resignacion. ¿Lo mas difícil dijimos?—Sí, y con razon sobrada; que mas fácil es que la virtud ó el orgullo nos den fuerzas, en determinado momento, para inmolar nuestros mas tiernos y profundos afectos, que hallar en el fondo del alma recursos que basten á sufrir el dolor lento, continuado é incesante, sin que el corazon flaquee ó la razon se rinda. La desgracia es el crisol de las fuerzas morales, y Elvira salió de él, como de las anteriores pruebas: inmaculada y pura, cabal y entera en virtud y en magnanimidad. Su vida fue la que siempre, repartiéndose en-



tre la devocion, los afanes domésticos, la lectura y la meditacion: en el trato con su marido continuó mostrándose afable y digna, como lo estuvo siempre desde que con él se esplicó sin rodeos, á consecuencia del lance del 23 de abril. Si algunas variaciones pudiera advertir en aquella muger excepcional el microscopio de la mas esquisita observacion, redujéranse á notar que la altivez nativa de su carácter iba lentamente degenerando en graduada melancolía, y que, menos severa ya con los demas, consigo mismo mostrábase cada vez mas ascética, mas inflexible.

Pálida la color, afilado el rostro, triste la mirada, enternecida la voz, Elvira recordaba con su aspecto el de las santas matronas que, en los primeros siglos de la Iglesia, hacian de su vida una penitencia perpétua, no para espiar crímenes que jamás cometieron, sino para ir sucesivamente despojándose de todo lo terreno, y llegar con el espíritu libre y desembarazado al supremo instante de la existencia humana.

La imágen de Fernando grabada estaba en su corazon, honda, indeleblemente: pero mas bien como un recuerdo que como una aspiracion posible. Elvira al separarse del hijo del Comunero, hizólo con el propósito de no volverle á ver sino en presencia de aquel para quien no hay nada escondido en nuestras almas; Elvira, pues, recordaba á Fernando, como pudiera si la tumba ya le guardara.

No asi el desdichado mancebo, cuyas pasiones, mas exaltadas ó menos angélicas que las de la esposa de Avila, hacian de su vida desde que de Méjico salió un prolongado infierno. Donde quiera que fuese, en poblado como en el campo, en la soledad como entre la muchedumbre, de dia y de noche, hasta al pie de los altares, le seguian el recuerdo y la imágen de su Elvira; de su Elvira, la mas bella y virtuosa de las mugeres, de

su Elvira que le amaba, que se lo habia confesado, y que sin embargo, no podia ser suya, *sino al salir de este mundo y en el Cielo!*

¡Pobre Fernando! Su situacion era verdaderamente desesperada, precisamente por saber que habia logrado inspirar al ídolo de su alma una pasion por lo menos igual á la que á él le devoraba.

Amar sin ser amado, puede en el primer arretrato de un delirio conducirnos al suicidio; pero si de ese trance salimos con vida, el amor mismo, siendo sincero y desinteresado, nos hace resignarnos con la voluntad de aquella á quien por Dios en la tierra tenemos; y si no es tan grande el afecto, entonces el orgullo cura pronto la herida que la pasion hizo. Mas ¿Qué consuelo cabe para aquel que idolotra á una muger, digna en todo y por todo de amor inmenso, y que sabe que en su corazon reina, y, sin embargo, tiene que renunciar á ella para siempre? Uno solo: la religion, y ese mismo no es eficaz hasta que el tiempo, con su helada mano, alcanza á calmar los primeros furiosos transportes de la desesperacion.

Asi ni la militar contundente lógica de Millan, ni las piadosas exhortaciones del Prior de los franciscanos de Cholula, á quien su Provincial escribió recomendándole encarecidamente al hijo del Comunero, bastaron en los primeros dias á enfrenar el dolor agudísimo que las entrañas del doncel destrozaba. Encerrado en su estancia de continuo, de continuo tambien se complacia en dilatar las llagas de su alma, sondeándolas con mano dura, y con severas inmerecidas reconvenciones á sí propio agravándolas. Lo que era desdicha, quiso hacerlo delito, ¡Cómo si amar ó no amar dependiesen de nuestra deliberada voluntad! ¡Cómo si las pasiones fuesen, á manera de trages, que se visten y desnudan cuando la necesidad lo ordena, ó el capricho lo sugiere! Pero asi so-

mos los hijos de Eva; exagerados en el sentimiento como en la indiferencia; ó tan indulgentes con nosotros mismos, que hacemos á la razon esclava y á la virtud víctima de nuestras pasiones; ó tan severas que nos inmola-  
mos sin piedad en aras de las teorías!

Millan que, por una parte, amaba á D. Fernando como si fuera su propio hijo, y que por otra se habia comprometido temerariamente á devolvérselo al Comu-  
nero, sano, salvo, y de su loco amor curado, desesperábase, como es fácil de concebir, temiendo que la pena matase al doncel, ó que su razon sucumbiese al cabo á tan violento estado.

Interesóse tambien el Prior de los Franciscos y muy de veras por el acuitado mancebo; pero su caridad, mas devota que discreta, le sugirió la idea de *rescatar aque-  
lla alma* (decia el buen religioso) *de las garras de Sa-  
tanás*, no solo para reducirla al gremio de la Iglesia, sino además, *para consagrarla al servicio de Dios en la órden seráfica.*

Lejos de nosotros la idea de buscar siquiera miras interesadas en la conducta de aquel prelado: en su tiempo y circunstancias nada mas natural, y en sus inten-  
ciones santo, que la persuasion, primeramente de que un trastorno del alma como el que á D. Fernando atormentaba, precisamente habia de ser obra directa del es-  
píritu de tinieblas; y la á esa consiguiente de oponer á la fuerza del Querub rebelde el escudo impenetrable del hábito de S. Francisco.

Y en verdad que mas vale consagrarse un hombre que á las pasiones sucumbió, á la vida ascética, que poner término á sus males y existencia con el crimen del suicidio, ó lanzarse á la disipacion corruptora, que son los dos únicos partidos posibles en la sociedad moderna.

— Pero volvamos al Prior de Cholula y á Fernando, que importa mas referir sucesos, que aglomerar abs-

tractos raciocinios en una obra como esta, de mero pasatiempo.

Por educacion y por indole era profundamente religioso D. Fernando, y ademas por costumbre respetaba el hábito que vestia su director espiritual Fr. Diego de Olarte. Asi, pues, aún en medio de su desesperacion, resignábase á escuchar las exhortaciones del prelado cholulense, las cuales, oidas apenas al principio, despues abriéndose paso poco á poco hasta su llagado espíritu, acabaron por hacerle mas fuerza de la que ya quisiera el atribulado escudero de su padre.

—«¡Medrados estamos (decia el colérico Millan), si ahora da este mozo en la flor de meterse fraile!—¡Adios las esperanzas de su padre! ¡Adios linage de los...!»—Vive el Cielo, que casi nos estuviera mejor que D. Alonso pasara, Dios me perdone, por donde otros maridos que yo conozco, y viven y beben, que ver á tan galan y esforzado caballero, vistiendo el sayal en vez de la coraza, y empuñando un Santo Cristo en lugar de la espada.»

Mas Millan perdia su tiempo lastimosamente: el Prior, por el contrario, lo aprovechaba á maravilla; y D. Fernando una mañana del mes de junio de 1566, dió consigo en el convento de S. Francisco de Cholula, vistiendo en seguida el hábito de novicio.

Desde la rota de Villalar no tuvo el fiel Escudero peor dia en su vida: pero como no le era posible enmendar aquel desaguizado á cuchilladas, ni invocar contra los religiosos el amparo de las leyes, ni escribir á don Pedro, porque Millan no sabia formar una sola letra, tomó su caballo y á toda prisa encaminóse á Méjico, para dar noticia á D. Pedro del pésimo resultado del encargo que le hiciera.

¿Desea el lector saber qué era de doña Beatriz?—Desde la fiesta de Chapultepec se consagró á perfeccio-

nar la educacion de Fortun, que sin duda por su asiduidad al estudio dió en enflaquecer visiblemente.

¿Y la culta Inés?—Escribía unas veces sátiras contra D. Alonso y Elegías otras llorando sus desdichas.

¿Y Leonor?—A falta de otra ocupacion mas importante, entreteníase en hacer rabiarse al famoso D. Diego.

La Garduña y Gertrudis continuaban presas, asi como Catalina y D. Bernardino en la cárcel de Méjico.

La Marquesa adelantando en su embarazo y creciendo en volúmen prodigiosamente.

Cristóbal, en fin, unos ratos llorando con el inconsolable D. Pedro, otros auxiliando á Suarez en la ingrata tarea de inquirir el paradero de Poyahuitl y del Chichimeca, y de reanudar en cuanto era posible los rotos hilos de su trama, en lo que á los indios respecta.

Tal era el estado de las cosas y las personas al terminarse el mes de junio de aquel año.



## CAPITULO VI.

DE COMO LE NACIERON DOS HIJOS DE UN VIENTRE, AL MARQUES DEL VALLE, QUE LE FUERON, NO HIJOS, SINO EL AZAR DE TODA SU DESGRACIA (1).



1 el Marqués del Valle no heredó de su glorioso padre aquel soberano aliento con que á las mas difíciles empresas se arrojaba, teniendo siempre en menos los obstáculos y los riesgos, que la gloria que de superar aquellos y salvarse de los últimos habia de reportar su nombre; si el Marqués del Valle, decimos, no estaba vaciado en la turquesa de los hombres por lo osado de sus concepciones y lo grande de sus pensamientos excepcionales, era

(1) El presente epígrafe ó título es copia literal de una frase del P. Fr. Juan de Torquemada, en el capítulo XVII, del Lib. V, Part. I de su Monarquía Indiana.

en cambio un Prócer amigo de la ostentacion, un buen soldado, y un escelente esposo. Lástima que á esas dotes no uniera la de un carácter de bastante firmeza, para obligar á sus amigos y parciales, á seguir, como él seguia, la trillada, fácil, segura y honrada senda de la sumision á las leyes, y la obediencia á las autoridades constituidas. Pero el bueno del Marqués, incapaz de conspirar personalmente, quizá hasta de creer en una conjuracion que sériamente tuviese por objeto ceñir á sus sienes la corona que Hernan Cortés arrancó de las de Motezuma, deleitábase, no obstante, en la atmósfera de lisonjas y rendimientos, por sus partidarios artificialmente creada en torno suyo.

Si permanecer extraño á los actos formales de conjuracion, que la rebelion de Nueva España iban á pasos agigantados preparando, procediera en el Marqués, ó de ignorancia completa de la trama que se urdia, ó de astucia política, su conducta al cabo se esplicara racionalmente; porque en el primer caso, mal podia impedir ó impulsar aquello de cuya existencia no tenia conocimiento; y en el segundo, dijérase que imitaba á César en aparentar, que forzadamente aceptaba la corona ó que vaticinaba á cierto moderno usurpador, que durante quince años, supo pasar por leal servidor del mismo soberano cuya corona ha llevado despues diez y ocho, hasta perderla cobardemente en las mismas calles donde por un gorro frigio la habia comprado.

Mas ni el Marqués era tan ciego que pudiese no ver algo siquiera de lo que á su vista tan á las claras pasaba, ni tan hábil que rivalizase con Tiberio en hipocresia; el Marqués era simplemente un hombre sin resolucion para conspirar, y con vanidad sobrada para limitarse á contestar con el desden y el desprecio á las ingraticudes de la córte, y á los alfilerazos de los Doctores.

En posiciones análogas no hay término medio: ó sufrir resignada y silenciosamente, ó tirar la espada y morir matando si la fortuna nos es adversa.

A ninguno de esos dos extremos supo resolverse el del Valle; por manera que mientras para la Audiencia pasaba, y con visos de fundamento, por caudillo de los conjurados, estos encontraban en él un obstáculo continuo, una pesada rémora que su arrojo contenía, y sus esfuerzos neutralizaba. Supongamos, por un momento que el heredero de Hernán Cortés quisiera, con la incontrastable voluntad de su ilustre progenitor, coronarse en Méjico, y veremos con cuanta mayor facilidad que mas tarde lo hizo en Portugal el Duque de Braganza, si no lograra su objeto, al menos fuérale posible promover una empeñada guerra civil, en la cual, aun sucumbiendo, eternizara su fama. La popularidad de su nombre, su influencia omnímota en la nobleza del pais, sus riquezas cuantiosas, su señorío en el fértil valle de Guaxaca, la muchedumbre de aventureros y proscriptos europeos, de judíos y de protestantes españoles, y portugueses refugiados en Méjico, fueran otros tantos elementos positivos que utilizar en la empresa. ¿Y qué tenía la Audiencia que oponer á toda esa formidable máquina? El nombre impopular y desacreditado de los Doctores; las intrigas de una curia aborrecida por sus inmorales exacciones; los corchetes de Samano, y cuando mas los seiscientos hombres de Velasco, seguros mientras no viesen á su frente un ejército superior en número, bien organizado, y con gefes de alta nombradía, mas de dudosa fidelidad supuestas aquellas circunstancias. Pues los indios conversos, abrumados por lo excesivo de los tributos, y con la memoria aún reciente de la independencia de su pais grabada en la memoria, dado que merced á las predicaciones de los Franciscanos permaneciesen neutrales algun tiempo.—Y no era poco esperar



de los indígenas y de sus catequistas.—Al cabo, y prolongándose la lucha, era seguro que seguirían el pendon donde escrito viesan el nombre de aquel á cuya memoria profesaban, mas que veneracion, un culto en que el temor y el entusiasmo entraban por partes iguales. De los indios de las sierras del norte no habia que esperar, sino que aprovechándose de las disensiones de los españoles, procurasen consolidar su entonces precaria existencia; y en fin, los socorros de España, por pronto que llegar quisieran, darian, cuando menos, medio año de plazo á los rebeldes para organizarse y preparar sus medios de defensa.

Tales eran los elementos que un hombre como el vencedor de Otumba, una vez á sublevarse resuelto, hubiera podido explotar en beneficio propio y daño de sus enemigos; elementos que, todavia en mejores condiciones que las de la época á que nos referimos, tuvo á su disposicion Hernando en los tiempos de la conquista y años á ella inmediata; y elementos que su lealtad generosa, que su patriotismo heróico, nunca imaginó siquiera usar, ni aún para defenderse de las mas injustas persecuciones. ¡Gloria para siempre al nombre de aquel que pospuso constantemente hasta los intereses de su fama, al bien y engrandecimiento de su patria!

Pero su hijo no era un grande hombre, sino simplemente una criatura que, al venir al mundo, se halló abrumada con el peso de una aristocrática posicion superior á sus fuerzas; y que de error en error, de debilidad en debilidad, fue paso á paso labrando la ruina de su partido, su desgracia personal, y la nulidad de la influencia de su propia familia en Nueva España.

¿A qué, viendo que la corte le trataba en la Metrópoli como á cualquiera de los que un título heredaron, sin tener en cuenta la memoria del vencedor de Motezuma, á qué, preguntamos, fue á Méjico?—Si la voz de

la venganza ambiciosa sofocaba en su corazon la de la fidelidad al Rey y á la madre patria, ¿Por qué no se hizo desde luego gefe y director de la conjuracion? ¿Por qué, como Coriolano ó como Borbon que era casi de sus dias, no fue á ofrecer su espada á los enemigos de Felipe II?— Y, si mas fiel, mas patriota que vengativo, se resignaba á devorar en silencio sus agravios, remitiendo á la justicia eterna su reparacion, ¿Por qué, en vez de establecerse en la capital, no lo hizo en sus estados de Guaxaca, evitando asi que el roce incesante con los enemigos de su raza, le pusiera de continuo en la peligrosa alternativa de sufrir nuevas afrentas, ó de lanzarse mal y de mala manera al camino de la rebelion?

No hay término medio, volvemos á decir, en ciertas situaciones, y para determinados hombres, á quienes el nacimiento á sus actos anteriores, dieron infeliz importancia en sus partidos: desaparecer por medio de voluntario ostracismo, ó tirar la espada y morir matando.

El lector sabe ya, como nosotros, si es que con algun acierto alcanzamos á describirle los personajes del complicado drama que relatamos; el lector sabe ya que el Marqués, vivia porque alentaba, sin pensamiento capital que le sirviera de norma, sin objeto determinado en sus acciones; vivia, en resúmen, como la multitud innumerable de los supuestos racionales, siendo dócil instrumento de las circunstancias. Mas, por desdicha para él y para los suyos, creíase un gran personaje, y con mas vanidad que orgullo, al paso que muchas veces prescindia fácilmente de sus positivos derechos, no perdonaba ocasion de ostentarse magnífico y opulento gran señor.

Ya la fiesta oriental, casi fabulosa, con que Avila le habia obsequiado (porque el Marqués creia que solo para él se inventó y llevó á efecto aquella máquina de improvisados placeres), le tenia pensativo, buscando medios

para devolver el agasajo en términos que el Prócer venciese, como era razon, al simple caballero: pero además el próximo alumbramiento de la Marquesa ofrecia una ocasion sobrado natural de extraordinarios regocijos, para no aprovecharla y aún abusar de ella si fuese preciso.

En efecto, si en el matrimonio que mas desdenes llora de la fortuna, si entre los que en mas profunda miseria viven, es el nacimiento del primer fruto de bendicion, un fausto suceso que con el alma y con cuanto brillo lo permiten los medios de cada cual, se solemniza, razonable nos parece que los bienaventurados que á sus hijos legar pueden honores y riquezas, sientan la necesidad de manifestar su gozo ruidosamente.

No podemos, pues, considerado en abstracto el negocio, condenar los proyectos del Marqués del Valle: pero lo que sí estrañamos es que aquel caballero no tomase en cuenta las circunstancias escepcionalisimas en que á la sazón se hallaban su persona y la ciudad misma.

¿Cómo no vió el Marqués, en efecto, que iba á corroborar todas las sospechas de los Doctores, solemnizando el alumbramiento de su esposa, mas como príncipe soberano, que como súbdito de un Rey absoluto?

¿Cómo no se dijo que ponía á sus parciales al borde del precipicio, proporcionándoles una ocasion casi forzosa de renovar, y de superar si era posible, las locuras en el bosque de Chapultepec cometidas? ¿No le probaban la muerte de Juan Ponce, y el incendio de la torre, y el intentado sacrificio en el bosque, y el corazon que del pecho del bandido Absalon faltaba, la fermentacion en Méjico de todos los elementos sociales, y que siendo su bando un hacinamiento de ardientes, heterogeneos fragmentos de encendida lava, sobraba una chispa para hacerlos estallar cual destructora mina?

El Marqués no creia en la conjuracion, aunque la estaba viendo; despreciaba á los Doctores, aunque le

oprimian en realidad, y ademas, diciéndose: «*Yo estoy inocente; yo no me mezclo en nada,*» creiase al abrigo de todo daño. Lo que le importaba era que el bautizo de su futuro heredero, hiciese época en los anales de Méjico; de lo que no queria prescindir era de deslumbrar á la Audiencia, á la nobleza y al pueblo, con el lujo, con la magnificencia, con el aparato de sus festejos.

Por tanto *significó* al Dean su voluntad soberana, honrándole al mismo tiempo con elegirle para derramar el agua santa sobre la cabeza del aún no nacido heredero del Marquesado.

En verdad no se le escondian al astuto eclesiástico ninguno de los riesgos que apuntados dejamos: pero la fiesta de Chapultepec, y sobre todo, las escenas de las coronas y de la taza de oro, habian obrado en D. Juan Chico de Molina una revolucion completa, convirtiéndole, al parecer, de prudente que era en demasia, en el mas temerario de los conjurados.

A primera vista parece eso inverosímil inconsecuencia en aquel carácter: medítese un momento y se comprenderá que nunca fue el Dean mas consecuente consigo mismo que entonces, y variando de conducta tan completamente como lo hizo. Antes de los sucesos del bosque, y aparte los manejos ocultos de D. Martin Suarez, no habia en Méjico, propiamente hablando, *conjurados*, sino *descontentos*; y si bien el Dean pertenecia con evidencia á su número, y no se ocultaba de ser el confidente mas íntimo del Marqués, todo ello caia aún dentro de los límites de lo permitido, de ninguna manera frisaba en los de la delincuencia. En tal estado de cosas, segun Chico de Molina, el hombre prudente debia esquivar á toda costa los compromisos, guardar la persona, tirar, en fin, la piedra, y esconder la mano: pero cuando una vez se habia, por desdicha ó debilidad, puesto la planta en terreno vedado, la resolucion au-

daz era tan necesaria como antes la cautela esquisita.

—«¿De qué me servirían ahora los ambages y equilibrios, despues de haber coronado á los Marqueses, mal mi grado, es cierto, pero con aparente espontaneidad, y en presencia de un sin número de damas y caballeros, entre los cuales no han de faltar tres á lo menos que á la primera *estrapada* (1) confiesen de plano, que es lo que basta para ahorcarme ó degollarme en debida forma?—Mal que me pese ya soy conjurado, y siéndolo he de optar forzosamente entre dos caminos: ó ir á delatar á mis cómplices ante la Audiencia, que seria una infamia de la cual Dios me libre, y que ademas es posible que no me salvara, á buen librar, de la pérdida de mi silla y de una reclusion perpétua amen de eso; ó puesto que á conjurar me obligan, precipitar el desenlace, comprometiendo al género humano, si es posible, para vencer pronto y salir del horrible continuo susto en que vivo; ó ya que la fortuna nos sea contraria, tener una esperanza de salud en el número de los conjurados; que es claro, que siendo muchos, no nos han de ahorcar á todos, y si se salvan algunos, bien puedo yo, hombre hábil y eclesiástico ademas, ser uno de ellos!»

Asi raciocinaba el Dean, y por eso, lejos de contradecir al Marqués en sus planes, besóle primero las manos por la merced que le hacia eligiéndole para officiar en el bautizo, y despues encarecióle la necesidad de solemnizar el acto con la magnificencia propia de su *grandeza*, ofreciéndose ademas á coadyuvar por su parte á la invencion de las fiestas y á formar las listas de convite.

—«Listas (dijo para sus manteos) en que, si falta un solo caballero de Méjico, me dejaré yo de buena gana raspar la tonsura!»

(1) *Estrapada*: llamábase asi á cada vuelta de cuerda con que el verdugo oprimia á los miserables acusados en el potro.

Porque el Dean, ya lo dijimos, queria comprometer en la conjuracion al género humano, visto que él mismo sin cometer una infamia no podia ya de ella evadirse.

La eleccion de Padrinos era un asunto grave, mirándose en aquella época con mas seriedad que en la nuestra lo del parentesco espiritual, y siendo á mayor abundamiento, demasiado grande la honra que iba á dispensarse á los elegidos, para no mirarse en ello muy detenidamente.

Compadres de los Marqueses del Valle, claro está que no podian serlo mas que personas de la primera nobleza, y de su íntima amistad, y de las mas fieles é importantes en el bando; cuyas circunstancias supuestas, limitaba á reducido número de candidatos lo que los franceses llaman *l'embaras du choix*, y traduciria cualquiera literato moderno: *el embarazo de la eleccion*, suponiendo liviana ó casada á la *eleccion*, que debiera ser la mas libre y casta de las palabras todas.

La Marquesa, su marido, D. Martin Cortés, y el Dean, reunidos segun su costumbre en consejo, discutieron el punto.

Propuso el Bastardo á D. Martin Suarez de Monroi. —«¡Hum! (Gruñó el Marqués.) Buen sugeto, parece gran caba lero, viste el hábito de Santiago: pero nadie sabe de dónde ha salido; ni si tiene familia... No quiero yo un enigma animado por compadre: pensemos en otro.

—¿Qué dice useñoria de D. Alonso de Avila y de su esposa doña Elvira? Preguntó el Dean, que deseaba con el padrinazgo acabar de envolver á D. Alonso en las redes en que, por obra y gracia de aquel caballero, se veia preso el astuto eclesiástico mismo.

—Digo (respondió el Marqués) que me place: su linage es ilustre y conocido, sus riquezas muchas, su aficion á la casa de Cortés notoria... ¡Buen padrino! Y en

cuanto á doña Elvira, su buena fama es la que sus virtudes merecen.

—Sí (interpuso la Marquesa), doña Elvira es una dama honrada y de cristiana vida; pero su marido un libertino sin freno, y no quiero yo que brazos tan avezados á cortesanas, lleven á la fuente de regeneracion y gracia la prenda de mis entrañas.»

Confesemos que la ilustre doña Juana Ramirez de Arrellano, Zúñiga y Cortés, Marquesa del Valle de Guaxaca, hablaba poco, pero siempre con juicio, dignidad y entereza, y por la mas sana moral inspirada. Verdaderamente comprendemos sus escrúpulos: sí, á una honrada madre le sienta siempre bien la delicadeza, por escesiva que sea, cuando se trata de *la prenda de sus entrañas*, del fruto de su amor casto y legitimo; sí, la Marquesa hacia bien, en temer que el libertinage de Avila pudiese inficionar á su hijo, y sobre todo en oponerse á que le presentase por vez primera en el templo del Ungido, y para abrirle las puertas de su Iglesia, un hombre que por fatalidad ó culpas suyas, solo por la brecha de la misericordia divina, podia aspirar á la beatitud del paraíso.

La Marquesa tenia razon, su marido se hizo cargo de ella, y besándole con ternura la mano, dijo:

—«Hablásteis como siempre, señora mia, cristiana y razonablemente. No se hable mas de los Avilas; y decid vos misma quién os parece bien que sean nuestros compadres.»

El Marqués era un escelente marido; tan escelente, que sabia apreciar á su escelente muger, que no es poco para un marido.

Doña Juana propuso, y el consejo aceptó unánime, á D. Luis de Castilla y su consorte doña Juana de Sosa para padrinos del heredero presunto del Valle de Guaxaca; y D. Martin Cortés fue el encargado de notificarles

aquella honra á los agraciados; y ya orillado ese punto importante, púsose mano á la obra de los preparativos para la fiesta.

Dijimos ya mas de una vez, pero nos es forzoso recordarlo ahora, que las casas ó sea palacio del Marqués del Valle, ocupaban el solar del antiguo imperial alcazar de Motezuma, en la plaza principal de Méjico, y frente á su Iglesia mayor hoy catedral. En ella habia de administrarse el bautismo al hijo del Marqués, y para que el tierno vástago de tronco tan ilustre, no fuera ni aún á la casa de Dios por el mismo camino que el resto de los mortales, construyeron un pasadizo desde una de las ventanas del palacio, hasta la puerta *del Perdon*, de la Iglesia, *de cuatro varas de alto y seis de ancho todo curiosamente aderezado*, dice el coronista franciscano.

La plaza misma, convertida sin oposicion de nadie, en patio principal de la morada del Marqués, transformóse como por encanto en un frondoso bosque, al cual, convenientemente atajadas las bocas calles, se llevaron conejos, liebres, venados y adives, reservándose á prevencion en grandes jaulas, muchas codornices vivas para el fin que luego veremos.

Chico de Molina tomó á su cargo la direccion de la fiesta en todo lo respectivo á su parte bucólica, y Don Alonso Avila, de acuerdo con D. Martin Cortés, lo concierne á los juegos y alegrías propias de la nobleza castellana. Por su parte D. Luis de Castilla y su esposa, haciendo las cosas como ilustres personas que eran, regalaron gran cantidad de conservas esquisitas y primorosos dulces, amen de un espléndido suplemento á la riquísima canastilla que ya los Marqueses se habian hecho llevar de Flandes, tierra entonces mucho mas clásica que hoy en punto á lienzos y encajes. Casi inútil es añadir que los nobles padrinos no se olvidaron, ni de la nodriza, ni de los criados, ni de los pobres, y que por tanto,



tenian dispuesta una considerable suma en monedas de plata, para arrojar al pueblo, y otra no menos crecida en oro para la servidumbre de la casa.

Toda la nobleza de la ciudad fue de antemano convidada al bautizo que habia de celebrarse dentro de las primeras veinticuatro horas inmediatamente siguientes al alumbramiento de la Marquesa; mas para nada se contó con los Oidores ni con sus parciales, primera y grave imprudencia que, hiriendo la vanidad de los Togados, irritó sus vengativos corazones de un modo que nos pareceria incomprendible, si no supiésemos cuánto poder tienen las pequeñeces en las almas mezquinas.

Pero, como si de intento se procurase que nada faltase en punto á provocativos alardes, y cual si fuera poco el aparato que se iba desplegando, discurrió el Marqués un ingenioso espediente para anunciar á sus convidados y al pueblo entero, en pocos instantes, y con seguridad de no dejarse á nadie en el tintero, asi el natalicio de su hijo apenas saliese al mundo, como el momento de su bautizo. Veamos cómo: conservaba el heredero de Hernan Cortés, y tenia montadas en la azotea de su palacio, y en la plataforma de una de sus torrecillas, llamada la del Reloj, y situada á la parte del Norte en la esquina á la calle de Tlacuba, varias piezas de artillería de las que sirvieron en la conquista; y parecióle bien utilizarlas en aquella solemne ocasion, por fausto sin duda, pero quizá sin darle al hecho toda la importancia que iba á tener á los ojos del vulgo, y mucho menos la siniestra interpretacion que forzosamente le habian de dar los Doctores. Pero seamos justos con estos: la verdad es que entonces como ahora, los únicos nacimientos de que al mundo daba y da noticia el estampido del cañon, eran y son los de los principes soberanos y sus inmediatos parientes. ¿Por qué la Audiencia no interpuso su autoridad para evitar aquel escándalo, pues tal le pa-

recia el hecho que nos ocupa? Lo mas favorable que suponer podemos es que tuvo miedo; de otro modo habria que admitir que prefirió castigar á prevenir los delitos.

Como quiera que fuese, el 29 de junio de 1566 en la madrugada, sintió la Marquesa los primeros acerbos dolores que hacen pagar tan caros al bello sexo los placeres de la maternidad, y avisados instantáneamente la comadre y los primeros facultativos de la ciudad, acudieron á rodear á la paciente, á quien ademas asistian Doña Juana de Sosa y doña Elvira de Avila. Con el Marqués estaban D. Alonso, D. Martin Suarez de Monroi y Don Luis de Castilla, ademas de su hermano el hijo de Marina. D. Juan Chico de Molina celebraba en la catedral una misa, implorando la misericordia de Dios, para la Marquesa, en tan duro trance; y con igual objeto los Franciscanos reunidos en el coro bajo la presidencia de su Provincial, elevaban al cielo fervientes religiosas súplicas. No omitiremos decir que los Marqueses, con liberalidad cristiana, gastaron en aquella ocasion cuantiosas sumas en misas, novenas y limosnas, queriendo congraciarse á los bienaventurados, al mismo tiempo que ostentar ante los hombres su grandeza. Cuantas reliquias habia en Méjico con fama de milagrosas, otras tantas estaban en la estancia de Doña Juana de Zúñiga, y nada, absolutamente nada se olvidó de cuanto era posible que la prevision humana, y la piedad crédula imaginasen para auxiliarla en aquel forzoso riesgo.

Mas ni Dios hace milagros todos los dias, y menos sin razon que importe á sus inescrutables designios, ni la naturaleza infrinje sus leyes por consideraciones aristocráticas: mi señora la Marquesa del Valle de Guaxaca padeció ni mas ni menos, que una esclava primeriza, agudísimos dolores que, dando al traste con su gravedad y entereza, la obligaron á prorrumpir en lastimosos ayes y desaforados gritos, cada uno de los cuales era un

puñal que en el corazón de su esposo se clavaba; porque el Marqués, no nos cansaremos de repetirlo, era un excelente marido. En honor de la verdad, tampoco los caballeros que le acompañaban se mostraron insensibles á los padecimientos de la Marquesa; y la gente de librea misma, que, ya vestida de toda gala para recibir dignamente al párvulo ilustre, poblaba las antesalas, oyendo la aguda espresion del dolor de su señora, puso término á las chavacanas chocarrerías con que hasta entonces se entretuvo.

Con breves intervalos de sosiego, la Marquesa padeció aquel suplicio hasta muy entrada la noche del 29 al 30; y entonces, arreciando los dolores lanzó un grito tan agudo, tan doloroso, que el desdichado marido, creyéndose viudo, cayó de rodillas, inundados en lágrimas los ojos, y rezando como si en la agonía se encontrase. Avila, Castilla, Suarez y el Bastardo, imitándole, pusieronse á orar tambien fervorosamente, por manera que quien súbito en aquella estancia entrase, creyera mas bien que se trataba de despedir de esta vida á una persona amada, que de dar la bien venida al mundo á un ser naciente.

Dos minutos despues del espantoso grito que tanto sobrecogió á los caballeros, aparecióse en la puerta de la alcoba de la Marquesa doña Juana de Sosa, matrona grave y púdica si nunca las hubo, con la sonrisa del placer en los labios, y en las manos una bandeja de oro con un tierno infante, aun tal como saliera del vientre de su madre.

La chispa eléctrica no produce mas rápidos efectos: en un instante las angustias de la agonía se trocaron en las delicias del paraíso: el Marqués era padre, y de un varon: como hombre y como Prócer satisfechos quedaban completamente sus votos; y dejamos á la consideracion del lector cuáles serian sus estremos de alegría,

cuál su profunda gratitud al Cielo. Participaban de ellas sus acompañantes sinceramente, mas Avila con cierta especie de envidia, porque el Cielo le habia negado verse reproducido, y D. Martin Suarez con la gravedad melancólica que en todos sus sentimientos dominaba. El hijo de Marina, pues, fue el único que, como su mayor hermano, saludó con toda la efusion de su alma generosa al recién nacido.

Sin embargo, Suarez tenia lágrimas de ternura en los ojos, y D. Alonso una gravedad poco comun en su carácter: tan cierto es que á las legítimas emociones, por causas naturales producidas, no hay pecho que no se ablande, no hay preocupacion que resista.

Retirada doña Juana de Sosa con el recién nacido, esperaba el Marqués impaciente que su esposa estuviera en disposicion de recibirle, mas contra toda probabilidad pasaron minutos, y luego cuartos de hora sin que nadie le llamase... ¿Por qué no entró en la estancia de doña Juana? ¿Por qué no llamar, al menos, á cualquiera de las damas, criadas ó facultativos que la acompañaban?—Porque en aquel siglo, y entre personas de la elevada categoria de las que nos ocupan, la etiqueta ceremoniosa no se alteraba en ocasion alguna; y, á mayor abundamiento, cierto pudor que el lazo conyugal embelece en vez de aflojarlo, como erradamente piensan algunos, no consentia ni que el Marqués penetrase en el cuarto de la paciente, ni que distrajera de cuidarla á las personas que la asistian.

Por otra parte, es probable que perdiera el tiempo el Marqués del Valle llamando á las amigas ó á las criadas de su muger, y mucho mas á los facultativos; porque damas y servidoras y hombres del arte estaban todos, con sobra de razon, harto ocupados con la paciente para que á nadie mas que á ella atendiesen.

En efecto, mientras una nodriza (teníanse dos por

precaucion), ayudaba á uno de los facultativos á envolver por vez primera en sus ricos pañales al niño que doña Juana presentó á su padre, con asombro de todos los circunstantes en la materia entendidos, no solo no se advirtieron en doña Juana los síntomas que siguen constantemente á la terminacion de la crisis en tales casos, sino que, por el contrario, observóse la continuacion de los mas de los que al alumbramiento preceden. Nadie osaba proferir un solo acento por no alarmar á la Marquesa; los discípulos de Esculapio mismos, sintiendo, en el primer momento, helárseles la sangre en las venas, guardaban profundo silencio, mirándose unos á otros como espantados. Mas doña Juana, advirtiéndolo, á pesar de su natural estado de postracion, aquellas evidentes señales de un peligro á que no estaba preparada, conservó, sin embargo, esa admirable presencia de espíritu que hace á la parte flaca del linage humano, mucho mas fuerte para el dolor, que lo son nunca los hombres, á pesar de la bravura de que presumen. Su primer pensamiento fue para Dios; el segundo para su hijo y su esposo; y luego, volviéndose al médico mas anciano, díjole:

—«¿Qué sucede, Doctor? ¿Qué peligro me amenaza? Diga vuesa merced sin empacho, que doña Juana de Zúñiga teme á Dios, pero no á la muerte.»

El pobre médico, aturdido por lo imprevisto del lance; aficionado ademas á la Marquesa como cuantos la conocian bien; y temeroso, por último, de que si tal muger se le desgraciaba entre las manos, dado que él salvase con vida de las del Marqués, perdía con evidencia su numerosa parroquia en la nobleza, vaciló un momento antes de responder á la directa cuanto valerosa interpelacion de doña Juana, y entretanto esta, acometida súbito de un dolor furioso, lanzó un grito, desma-

yándose casi en brazos de doña Elvira y de doña Juana de Sosa.

Aquel dolor y aquel grito fueron para el Doctor un rayo de luz celeste, que llegó á iluminar las tinieblas de su espíritu.

—«¡*Gemelos!* Esclamó dándose una gran palmada en la frente.

—¡*Gemelos!* Repitieron con asombro cuantos en la alcoba se hallaban.

—¡*Ah, Gemelos!* Murmuró con voz débil la Marquesa, pero con una dulcísima sonrisa en los labios.

Y fue así: una hora despues del primero, dió doña Juana á luz un otro infante, segun las leyes, primogénito de su casa, y heredero de sus títulos y estado.

Doña Elvira tuvo la honra de presentárselo á su padre, de quien no hay para que encarecer el gozo.

D. Martin Suarez, al ver el segundo gemelo, esclamó:

—«¡Vino el último y será el primero!»

Y abriendo un estuche de zapa que en las manos llevaba, sacó de él dos magníficos collares (1), dióselos al Marqués, que atónito contemplaba, ya las joyas, ya al mismo D. Martin, y dijo:

—«Recibid, D. Martin Cortés, Marqués del Valle de Guaxaca, para vuestros hijos y herederos, ya que el cielo en un dia os dobla sus bendiciones; recibid estos dos

(1) Torquemada dice, hablando de estos collares, que eran de *camarones colorados*, gruesos como ordinarios caracoles, ó como nueces, que ellos (los indios) tenían en mucho, de cada uno de los cuales colgaban ocho camarones de oro, muy al natural labrados, de à gema cada uno.» Herrera en sus Décadas copia literalmente las palabras de Torquemada: mas Clavigero estampa que los collares no eran de *camarones*, sino de *Nacar*, y llama *cangrejos* á los de oro.—Elija el lector: nosotros nos atenemos á la version del autor de la Monarquía Indiana.

collares, cuyo precio es inestimable, no tanto por su intrínseco valor, cuanto por las personas de que proceden. Ponédselos en memoria mia á vuestros hijos, y decidles, si alguna vez preguntasen por quien tal don les hizo, que fue el hombre que, despues de su padre su natural, mas entrañablemente los amó, aún antes de que nacieran; un hombre que por ellos y para ellos ha hecho de su vida un perpétuo sacrificio.

«Decidles tambien mi nombre, encargándoles que todos los dias de su existencia me consagren al menos un instante de recuerdo. Esto pido, esto exijo y no mas, en premio de cuanto por vos tengo hecho y en adelante hiciere.

—¡Vive Dios! Esclamó el Marqués, sin apartar los ojos del magnífico regalo; vive Dios, digo, que si el júbilo no me ha trastornado la memoria, son estos dos collares aquellos famosos que Motezuma puso por sus propias imperiales manos al cuello de mi glorioso padre, el dia 8 de noviembre del año pasado de 1519, cuando aquel Capitan invicto hizo en esta ciudad su primera entrada. Hánmelos descrito tantas veces cuando niño, que los conozco como si los fabricara.

—Ellos son, respondió grave y melancólico, D. Martin; ojalá que los nietos, sean dignos de llevar preseas tan gloriosamente adquiridas por su ilustre abuelo.

—Sí serán, Dios mediante y mi buena diligencia: pero ¿Cómo vinieron á vuestras manos tan inestimables alhajas?

—¡Qué importa, pues ya son de vuestros hijos! Atended ahora á mi señora la Marquesa, que el tiempo aclarará este y otros misterios!»

Precisamente en aquel punto llegaron doña Juana de Sosa y Elvira á anunciar al Marqués que tenia libre la entrada en la alcoba, y el feliz esposo, olvidándolo todo, como era natural y justo, voló al lado de la que

acababa de hacerle dichosísimo, y en un dia dos veces padre.

Pocos minutos despues la artillería de la Torre del Reloj anunciaba, con veinte cañonazos, á la ciudad de Méjico el nacimiento de los dos nietos de su Conquistador; y desde el amanecer del 30, la plaza, el Palacio y sus calles adyacentes, se vian inundados de inmenso gentío, curioso de admirar novedades, y con ansia de tomar parte en los festejos.

Don Luis de Velasco estaba en el campo desde una semana antes, ejercitando sus tropas, pero sin apartarse de Méjico mas de una legua.



## CAPITULO VII.

EN QUE SE TRATA DE LAS SOLEMNES FIESTAS CON QUE CELEBRÓ EL  
MARQUÉS EL NACIMIENTO DE SUS HIJOS.



ICHOSAMENTE para la Marquesa, era el Palacio de su marido tan grande, y su cuarto estaba tan en lo interior de él situado, que no llegaba á sus oídos, sino ténue y apenas perceptible, el estrépito causado en la plaza y calles por voces é instrumentos; que de otro modo la gritaría continua de la plebe, las corridas de los caballos, y la algazara de músicas disonantes y continuas, pudieran muy bien perturbar gravemente su salud.

En cambio al Marqués lisonjeábanle el oído y el alma todos aquellos estraños discordantes rumores y, ébrio de gozo y de orgullo, no acertaba á estarse un punto

sesegado. Tan pronto se le veia á la cabecera de la cama de su muger, como en los salones del Palacio recibiendo los plácemes y enhorabuenas de la nobleza, como en las antecámaras contando su ventura á sus criados, como en los balcones respondiendo con alegres sonrisas y benévolas saluciones, á los entusiasmados vítores de la multitud india y europea que poblaba la plaza.

¿Y no habia de entusiasmarse el pueblo?—Primera-mente holgaba, y no hay para aquellos que viven á duras penas del ímprobo continuo trabajo de sus manos, placer comparable al de no hacer nada; en segundo lugar, habia una razon, ó si se quiere un pretesto, para dar gritos, y gritar ha sido siempre el *non plus ultra* de los desahogos populares. La música atronaba los oídos aturdiendo las cabezas, y su estrépito *ponia olvido*, para usar de la frase del maestro Leon, hasta de la miseria; y luego la plaza, amen de sus árboles improvisados, y de los arcos de follage, de los cuales pendian conejos, pájaros, flores y joyuelas de escaso valor, pero brillante aspecto, ofrecia un espectáculo el mas seductor que imaginarse puede, para estómagos vacíos y ojos poco acostumbrados á la abundancia.

Si el lector recuerda que el Dean D. Juan Chico de Molina fue quien se encargó de la direccion de las fiestas en la parte bucólica, y no ha olvidado que aquel dignísimo Presbítero profesaba en la materia principios harto mas sibaríticos que de austero cenobita, fácilmente comprenderá que reinara en la plaza una profusion casi fabulosa de viandas, frutas y licores, que *gratis* estaban á disposicion de quien tomarlos queria, merced á la régia generosidad del Marqués.

Lo primero que se ofrecia á la vista de los indios y europeos, como se ofreció á la de Sancho en las bodas de Camacho el rico, era, *espetado en un asador de un*

olmo entero, un entero novillo; y en el fuego donde se habia de asar ardía un mediano monte de leña: palabras testuales de Cervantes, que testualmente tambien serian aplicables al caso presente, á no decir Torquemada que en Méjico no fue un *novillo*, sino un *toro* entero el que se hizo asar, omitiendo darnos noticia de la materia de que se fabricó el asador, que pudo ser de fierro como de un leño, y este de olmo como de cualquiera otro árbol.

En resúmen, las ollas de la fiesta del Marqués, lo mismo que las de las bodas del rival de *Basilio el pobre* contenian, enteros, conejos y pabos, y en cuartos venados y adives, y quien de ello gustaba comia á su sabor sin que nadie le interviniese la eleccion, ni en la cantidad le pusiera tasa. Abundaban tambien los licores fermentados del pais; mas lo que con razon fue considerado como un obsequio extraordinario al pueblo, y como un gasto ademas de mayor cuantia, fue el poner á la puerta del palacio y á disposicion del público, dos grandes pipas, la una de vino blanco y de tinto la otra, pero tinto y blanco traídos de Castilla; porque en aquella época era muy estimado y raro en Nueva España el vino de la antigua.

Nada mas diremos de la parte puramente popular de aquellos festejos, pues habiendo descrito, al tratar de los del bosque de Chapultepec, los que estaban en uso á la sazón, tendriamos por una parte que copiarnos, y por otra que alargar el cuento mas de lo que permiten la estension de los sucesos capitales que por referir nos quedan, y los términos del cuadro que nos hemos trazado al anunciar al público nuestra novela.

Limitarémonos, pues, á consignar que, hasta pasado el mediodia, los caballeros y damas solo desde los balcones del palacio, y como meros espectadores tomaron parte en las diversiones públicas: mas al ponerse el sol, hora

que, á fin de evitar toda contingencia fatal á la salud de los recién nacidos, se eligió para que el bautizo se verificase, tocóle á su vez al pueblo, suspendiendo los regocijos, convertirse en espectador de la ceremonia á un tiempo profana y santa; lo primero por su aparato y vanidad, mientras que lo segundo por su piadoso objeto.

La comitiva que, como sabemos, habia de ir desde el palacio al templo por el pasadizo al efecto levantado, comenzó por una escuadra de lacayos vestidos de gala, y armados con alabardas, que, á las órdenes de uno de los caballerizos del Marqués, rompía la marcha, á manera de los piquetes de infanteria ó caballeria que preceden á las modernas procesiones. Seguíanles en dos hileras, en medio de las cuales iban algunos músicos europeos tañendo sus instrumentos, el resto de los lacayos, los porteros de estrados, los ayudas de cámara, los caballerizos y monteros, y por último, los pages gentiles hombres del Marqués, hijosdalgo los últimos, porque entonces aún todavía los títulos y grandes tenían á su servicio inmediato á personas de noble familia. Detras de esos criados de la casa, iban con menos orden aparente, pero conservando cada cual el puesto que le pertenecía, todos los caballeros de Méjico, sin mas excepciones que las de los cuatro hermanos del desdichado Bocanegra, D. Pedro de Valdestillas y D. Luis de Velasco. En pos de los caballeros seguian las damas de la nobleza, é inmediatamente D. Carlos de Zúñiga y D. Pedro de Luna, personajes ambos de grande importancia por su cuna y riquezas, y quizá el primero algo pariente de la Marquesa. Esos, cada cual en una bandeja de oro, y sobre blandos almohadones recostados, llevaban á los gemelos, acompañándoles á la derecha la respectiva nodriza, y á la izquierda una dueña al servicio del párbulo destinada. Detras de todos el Marqués, resplandeciente de gozo, y deslumbrando con la riqueza de un elegantísimo traje,

daba la mano á la Madrina doña Juana de Sosa, y el Padrino D. Luis de Castilla á doña Elvira de Avila, cuyo esposo iba departiendo con el Provincial de San Francisco, D. Martin Suarez y el hijo de Marina.

No acabariamos nunca si hubiésemos de pintar el lujo, la elegancia y buen gusto de tocados y prendidos, la gallardia de las personas, el sabor, por decirlo así, altamente aristocrático de aquel extraordinario acompañamiento; y menos si nos propusiéramos referir los vítores, aplausos, bendiciones y entusiasmados gritos de la multitud inmensa en la plaza congregada, á vista de la régia pompa, del magnifico aparato desplegados por la persona cuyo nombre era mas popular en Méjico, y en ocasion de perpetuarse la raza del Héroe que llegó á la tierra del Anahuac, la lengua, la religion, las costumbres, y el cetro de Castilla.

Repicaban las campanas de la catedral; en lo interior del templo resonaban los armónicos graves acentos del órgano; en el pasadizo los instrumentos de viento; y al mismo tiempo tronaba la artillería del Palacio, y alzaba el pueblo alegres incesantes clamores al Cielo.

—«¿Qué mas se haria (preguntábanse unos á otros los Ministros de la Audiencia), si este hombre fuese ya Rey de Nueva España, y se festejara el nacimiento del heredero de su corona?»

Los Oidores tenian razon ya: mas aún les quedaba mucho por ver.

Terminado el bautismo, en que el Dean ofició con una pompa y magestad, que á las claras revelaban sus arzobispales pretensiones, y de regreso al Palacio la comitiva en el mismo orden, y con aparato igual al que descrito dejamos tratando de su ida, entraron á ver á la Marquesa su marido, sus compadres y las señoras del acompañamiento, por breve tiempo, pues los facultativos exigieron que se la dejase luego sola.

En seguida hubo refresco, y por la noche sarao, que terminó en una opípara cena, en la cual abundaron los brindis, y se repitieron, quizá exageradamente, las palabras irreflexivas, las frases imprudentes, que en el bosque se habian ya con criminal ligereza pronunciado.

Fr. Diego de Olarte que, por respeto á la memoria de su Caudillo y amor tambien á los padres de los gemelos, no acertó á negarse á concurrir al bautizo de estos, retiróse apenas concluida la santa ceremonia, recomendando en vano al Marqués, al Bastardo, á Suarez y á D. Alonso de Avila, que fuesen cuerdos, al menos aquel dia, ya que tantas locuras tenian cometidas en los anteriores.

Respondióle el Marqués, que solemnizar el don que el Cielo acababa de hacerle enviándole de una vez dos hijos varones, parecíale cosa, no solo honesta y lícita, sino hasta obligatoria; y que así no podia dejar de agasajar al pueblo en la plaza, y á sus amigos en el Palacio, ni estaba en su mano impedir que pueblo y amigos diesen público testimonio de su entusiasmo por la memoria de Hernan Cortés, y del amor que á sus descendientes profesaban. D. Martin Cortés, añadió por su parte, que en nada de aquello se ofendia á Dios ni al Rey, y que si á los señores de la Audiencia desagradaba, no habia mas de aconsejarles que lo llevaran con paciencia ó que *probasen á estorbar los regocijos, en cuyo caso serian bien y dignamente recibidos.* Avila, en sustancia, repitió las palabras del ilustre Bastardo, concluyendo con que, si no era lícito en Méjico á su nobleza solazarse como bien le parecia, mejor fuera haber nacido negro en Guinea, que hijodalgo en los dominios del Rey de España. Por lo que respecta á D. Martin Suarez, estrechando tiernamente la mano de Fr. Diego, díjole:—«La suerte está ya poco menos que echada; no os obstineis,

Padre mio, en detenernos en nuestra carrera. Dios quiere que la corramos, y la correremos.» — ¡Estais ciegos! (esclamó el Provincial casi con lágrimas en los ojos.) ¡Ciegos correis al abismo de perdicion! ¡Dios tenga piedad de vosotros, como yo se lo ruego incensantemente!» Y diciendo asi retiróse á su monasterio, con la tristísima conviccion en el alma de que el orgullo, la ambicion, y un loco deseo de venganza, conducian á su inevitable ruina á aquellos hombres, sus mejores amigos, y á parte la demencia que los afligia, dignos de toda consideracion y aprecio.

Hubo, pues, sarao y cena; y brindóse por el Marqués, por la Marquesa, por sus hijos, porque la corona de su título se trocase por la régia; y brindóse contra la Audiencia; y se hizo burla de sus Ministros; y se proclamó su debilidad; y se dijo que era fácil esterminarla con un soplo; hubo, en fin, todo género de imprudencias, sin que por eso perdiesen los Doctores un solo átomo de su poder efectivo, ni adelantasen los conjurados una sola pulgada de terreno para su objeto.

Tal sucede, por regla general, en todos los casos análogos, y consiste en que la intemperancia de lengua que nos conduce á la fanfarronada, cuesta menos que la serenidad de corazon necesaria para lanzarnos en silencio y espada en mano, á una arena de la cual no puede salirse mas que para el capitolio ó la roca Tarpeya, es decir en romance: ó triunfantes ó para el suplicio.

Bien quisiera Avila *dar el golpe*, aquella misma noche, alegando para ello que la plaza hervia en bravos y en indios, en aventureros y en menestrales, conocida-mente partidarios todos del Marqués; que en el palacio estaba reunida la nobleza entera mejicana; y que ausentes de la ciudad D. Luis de Velasco y su ejército, la ocasion no podia ser mas propicia para apoderarse de los Doctores, del Alcalde, del Alguacil mayor, y de los Regi-

dores sus parciales; operacion en sentir de D. Alonso fácil y segura, y que daba por resultado dejar en pocos minutos á Nueva España sin mas gobierno que el que los conjurados mismos estableciesen. Quizá tenia razon el esposo de Elvira, mas aún que por las causas del momento en que se fundaba, porque siendo ya patente el desig- nio de los gefes de los descontentos, mas arriesgaban en estarse quietos, dándoles asi tiempo á sus enemigos para tenderles un lazo, que no en lanzarse á cualquier empre- sa por aventurada que pareciese. Mas D. Martin Suarez conservaba aún esperanzas de atraerse de nuevo á los in- dios insumisos, y tenia para ello entabladas negociacio- nes, antes de cuyo éxito, favorable ó adverso, no juzgó cuerdo dar paso alguno. «Además, decia: ¿No fuera cruel »convertir la ciudad en un campo de batalla, estando »doña Juana en la delicadísima situacion en que se en- »cuentra? El Marqués, de cuya resolucion en ningun caso »podemos estar muy seguros, nos abandonaria hoy posi- »tivamente; y sin el Marqués nada puede ni debe hacer- »se. Aplacemos la empresa, Alonso, aplacémosla.»

—«Aplacémosla (respondió Avila con desden coléri- co), que un dia de estos la cuchilla del verdugo la apla- zará, segando nuestras cabezas, y será por siglos.»

Obstinóse Suarez en su opinion, y tuvo D. Alonso que resignarse á perder aquella, en su juicio, oportuni- sima ocasion de levantar el estandarte de la rebelion: mas como con respecto á morir tenia tomado de mucho tiempo atrás su partido, el convencimiento de que, en efecto, las eternas dilaciones de D. Martin le costarian la cabeza, no le impidió ser el mas alegre, decidior y te- merario de los convidados todos. Para D. Alonso no ha- bia medio; llorar ó reir, y lo uno como lo otro siem- pre con extremo.

Al siguiente dia, porque las fiestas duraron tres con- secutivos, y durante todos ellos dió el Marqués de comer



y de beber sin tasa al pueblo; al siguiente dia, deciamos, hubo en el pasadizo un torneo á pié de doce caballeros, que armados de punta en blanco, pero con los filos y puntas de las armas ofensivas embotados, combatieron seis contra seis, con destreza, vigor, denuedo y gallardia. Presenció el pueblo aquel combate, entre verdadero y simulado, desde la plaza misma en que á sus peculiares diversiones se entregaba; desde la ventanas del palacio la gente principal; y la clase media acudió á los balcones y azoteas de las casas que formaban los otros dos frentes de la plaza, y cualesquiera otras cuya situacion permitia ver lo que en aquella pasaba, mas ó menos cómoda y completamente.

El interés que semejante espectáculo debia de inspirar, fácilmente se concibe, recordando que en aquel siglo, si bien ya habian dejado las justas y torneos de ser costumbre usual, en cambio fue cuando mas en voga estuvieron los libros de caballeria, con los cuales no acertamos á ser implacablemente severos, siquiera porque á ellos les debemos el *Quijote*, libro tan sin modelo como sin rivales, y que basta él solo á hacer imperecedera la española literatura. Pero amen de la aficion á las aventuras y pasos de armas, amen de la escitacion que indefectiblemente produce toda lucha en cuantos la presencian, hay que contar con que sobre el pasadizo no lidiaban, como en el circo romano, miserables esclavos para morir comprados, no oscuros gladiadores, parias del pueblo Rey, que no les daba mas importancia, que nosotros al toro, cuya pronta muerte aplaudimos frenéticos, sino personas las mas principales de la ciudad, consideradas en ella por su linage, riquezas y prendas individuales, con estensas relaciones de parentesco y amistad, y figurando además en primera línea en un bando político. Cualquier desgracia, por tanto, iba á ser una calamidad pública, el vencido á humillar con su der-

rota á infinitos espectadores, el vencedor á llenar de orgullo á todos sus parientes y amigos.

Así, desde que los clarines dieron la señal, y los heraldos hicieron el público acostumbrado pregon, que suplía á nuestros bandos modernos, y cubiertos de acero, con magníficas sobrevestas blasonadas, y con bosques de plumas de varios colores en los yelmos, aparecieron sobre el pasadizo los combatientes, callaron las lenguas todas, y fijáronse á una los ojos en los del torneo exclusivamente.

La gente de la plaza, apiñándose tan estrechamente que aparecía como una sola, densa y oscura masa, sobre la cual se mecían las cabezas, como flores de amapolas en un sembrado, no osaba ni respirar siquiera, temerosa de perder algún golpe, algún movimiento de los campeones; y las damas apoyando el pecho sobre las ventanas, dijérase que habían perdido por completo la facultad de mudar de postura: tales eran su inmovilidad y la fijeza de sus miradas.

Los combatientes eran: D. Alonso de Avila, con don Carlos de Zúñiga, D. Pedro Lorenzo de Castilla, y los hermanos D. Lope de Sosa, Alonso de Estrada y Alonso de Cabrera, de la una parte; y de la otra D. Martin Cortés, con D. Pedro de Luna, Diego Rodriguez Orozco, D. Juan de Guzman, Antonio de Carvajal, y Juan de Villafaña. D. Luis de Castilla y D. Martin Suarez, no porque el vigor les faltase á pesar de sus años, sino por graves, se escusaron de tomar parte en tan peligroso juego, de cuyo resultado constituyéronse en jueces soberanos en union con el Marqués, así como en garantes de la estricta observacion de sus leyes.

Cada cuadrilla dió primero un paseo por el pasadizo, colocándose al concluirlo la de Avila, que la suerte designó primera, en el extremo inmediato á la iglesia, y la del Bastardo cerca de la puerta del palacio; verifica-

do lo cual, á vista de los espectadores sortearon los jueces el órden de los combatientes en sus bandos respectivos; por manera que los caballeros quedaron numerados en ambos del uno al cinco, no contándose para esa operacion con Avila ni con el hijo de Marina, considerados gefes de las cuadrillas. Hecho eso, en medio del pasadizo se colocaron uno frente á otro D. Martin y don Alonso, espada en mano, calada la visera, y á distancia de combate; de un lado y de otro, repartido con igualdad el terreno, distribuyeron á los demas combatientes por parejas, formadas respectivamente con los dos caballeros que tenian números iguales en cada cuadrilla, queremos decir: apareado el número primero de la de D. Alonso con el primero tambien de la de D. Martin, y asi los demas. A la parte del palacio quedaron las dos parejas primeras, á saber: D. Carlos de Zúñiga contra D. Pedro de Luna, y D. Pedro Lorenzo de Castilla contra Diego Rodriguez de Orozco; entre los caudillos y la puerta del Perdon de la catedral estaban, D. Lope de Sosa contra D. Juan de Guzman, Alonso de Estrada contra Antonio de Carvajal, y Alonso de Cabrera contra Juan de Villafaña. A la puerta misma del palacio sobre un estrado de elevacion bastante para dominar la arena del combate, colocáronse el Marqués y los Jueces del campo; cuatro Heraldos, en cada extremo de la liza dos, no apartaban de ellos los ojos, para ejecutar asi con mas rapidez sus órdenes; y por último, timbales y clarines, al pié del estrado, estaban siempre dispuestos á hacer las señales necesarias ó convenientes.

Llevaban los caballeros por única arma ofensiva el montante ó espada de dos manos, tan embotados los filos que, aun rotas las armas, solo pudieran temerse contusiones mas ó menos graves, pero nunca peligrosas heridas; y con todo eso, prescribióseles no tirarse mas que de cintura arriba, esceptuando ademas el rostro, y pro-

hibiéndose las estocadas. Al desarmado se le permitia llegar á los brazos, siempre que antes de serlo no hubiese perdido pieza importante de la armadura, en cuyo caso dábasele por vencido, asi como desde que en la lucha llegaba á verse debajo de su contrario. Llegado á tal punto debia el caballero retirarse de la liza, sin que le fuera lícito á él tomar de nuevo parte en el combate, ni á ningun otro, en consecuencia, provocarle ni ofenderle. En cambio al vencedor le quedaba derecho y aun obligacion de acorrer á cualquiera de los suyos que en peligro viese, pero con esta condicion: que nunca habian de reunirse mas de dos campeones contra uno, ni de atacarle por la espalda bajo ningun pretesto.

Los vencedores de entrambos partidos habian de pelear sucesivamente entre sí, hasta que no les quedase rival en el contrario; y en caso de que en una misma cuadrilla hubiera varios triunfantes, quedaba á su eleccion optar entre la decision de los jueces, para saber quién de ellos era digno del premio, ó combatir entre sí hasta que la suerte de las armas declarase quién definitivamente vencía. Dejóse, en fin, á los dos caudillos la libertad de acudir siempre á donde lo creyesen oportuno, y con eso hemos completado la relacion de las condiciones esenciales del torneo.

Por lo dicho se comprenderá bien que en aquella lucha, aunque no mortífera, ni probablemente sangrienta, habian menester los campeones tanta serenidad como destreza, para defenderse y parar los golpes de sus adversarios respectivos, y no menos tino y vigor de brazo para herir ó falsearles á estos las armaduras ó arrancarles las espadas de las manos prontamente; porque el torpe en las paradas esponíase á ser en parte desarmado, y el débil en los golpes perdía su tiempo con evidencia, para sí mismo y para su partido, dándosele al contrario de alcanzar la victoria.

Grande era, pues, el ansia de los espectadores, inmenso el anhelo de los que justaban; en aquellos por la incertidumbre en que la bondad de todos los campeones los tenia en cuanto al éxito de la lucha, en estos por alcanzar el premio consistente en una banda por la Marquesa bordada durante su embarazo, una espada de las que fueron de Hernan Cortés, y una cadena de oro que los Padrinos quisieron añadir al, ya sin ella, magnífico precio de la victoria.

Todos aquellos hombres pertenecian al mismo bando político, y eran además personalmente amigos; y sin embargo, al hacer timbales y clarines con marcial estrépito la seña que á comenzar el combate los autorizaba, sus corazones latian, sus ojos centelleaban, sus brazos se alzaban, sus manos apretaban convulsivamente el puño de los montantes, con la misma ansiedad, fuego, vigor y aun ira, que si cada cual tuviera en frente á su mas encarnizado, cruel enemigo. Y era que el amor propio estaba en juego, y no hay nada tan ferozmente egoista como el amor propio.

Magnífico aspecto presentaba el pasadizo en aquel momento: doce caballeros jóvenes y robustos, bien armados y mejor quistos, hábiles en el manejo de la espada á mayor abundamiento, combatíanse entre sí con encarnizamiento sin faltar á la cortesía, con denuedo sin que de furia diesen muestra. Los montantes de acero finísimo, ya chocando entre sí, ya contra las bruñidas y esmaltadas armaduras, convirtieron pronto cada grupo, en chispeante foco de encendida lumbre; las plumas de las cimeras, esmaltaban la arena; y cada vez que con golpe certero resonaba herida una armadura, oíase, junto con el eco metálico y vibrante del acero, un doble grito entre los espectadores, mostrando el júbilo de los unos y el terror de los otros á un tiempo mismo.

Pero D. Alonso de Avila y D. Martin Cortés continua-

ban el uno frente al otro, bajas las puntas de las espadas, en sus empuñaduras apoyándose, y contemplando el combate de sus compañeros, como si á juzgar sus lances y no á otra cosa fuesen allí llamados. ¿Por qué así?—Porque el uno y el otro, superiores sin que nadie se lo disputase á cuantos en Méjico llevaban armas, fuera de D. Martin Suarez, querian reservarse para el fin de la fiesta, no por vanidad, sino para poder cada cual entonces compensar las pérdidas de su cuadrilla, ó decidir en definitivo resultado la victoria. Comprendiólo el pueblo de esa manera, con el maravilloso sagaz instinto que en las grandes masas se encuentra generalmente, y aplaudió tan cuerda determinacion con tal entusiasmo, que no osaron los jueces contradecirla, aunque bien quisieran, para evitar contingencias, que tambien los principales campeones se empeñaran desde luego en la lucha.

Esa durante mas de media hora prosiguió con calor empeñada, mas sin ventaja conocida para ningun bando ni persona, siendo tan igualmente diestros y esforzados los campeones, que desde luego se echó de ver que alcanzar la victoria mas estribaba allí en la fortuna que en la habilidad ó el denuedo, puesto que todos eran hábiles y valerosos. La balanza, sin embargo, no podia siempre estarse inmóvil en el fiel: Juan de Villafaña, que peleaba con Alonso de Cabrera junto á la puerta del Perdon, mas impaciente que los otros, ó quizá porque comenzaba á sentirse cansado, queriendo con un golpe terminar la lucha, levantó en alto el montante, y con toda su fuerza asestólo contra la cimera del casco de su adversario; pero Cabrera, mozo y hábil, esquivó á tiempo la persona, y Villafaña, hiriendo en el vacío, dió con su cuerpo en el suelo, que fue en resúmen quedar vencido. Acudió el vencedor juntamente con los heraldos á levantarlo, y segun las leyes convenidas tuvo el otro,

mal que le pesara , que retirarse luego de la liza. A la sazón llevaba D. Juan de Guzman á muy mal traer á D. Lope de Sosa, hermano de Cabrera , pues le tenia abollado el yelmo por mas de una parte, y aun desprendida alguna de las hebillas que á la gola le sujetaban; por manera que de no acudir á socorrerle , como lo hizo instantáneamente, el vencedor de Villafaña, equilibráranse pronto las dos cuadrillas, compensándose la pérdida de aquel , con la de D. Lope. Mas apenas vió D. Martin Cortés que Guzman , acosado bravamente por los dos hermanos, comenzaba á perder terreno, cuando se arrojó en su auxilio , alto el montante, sin que hiciese Avila ni demostracion siquiera de tratar de impedirselo. Llegar el Bastardo al grupo de los tres combatientes y verse volar por los aires la enorme espada de Alonso de Cabrera, á guisa de ligera pluma , fue una misma cosa, de modo que , de continuar D. Martin en aquella pelea, es claro que D. Lope de Sosa tardara poco en ir á hacerles compañía , como tambien vencido , á su hermano y á Villafaña : pero el hijo de Marina , satisfecho con haber restablecido el equilibrio de fuerzas, entre los dos partidos, retiróse luego sosegadamente á su primitivo puesto. Ya no estaba allí D. Alonso de Avila , porque habiendo D. Pedro de Luna arrancádole de un tajo el brazal derecho á D. Carlos de Zúñiga, y corrido inmediatamente á sostener á Diego Rodriguez de Orozco que á duras penas se defendia de D. Pedro Lorenzo de Castilla , fuéle necesario al esposo de Elvira acudir inmediatamente en su auxilio. Orozco, como los justadores todos, llevaba su escudo pendiente del cuello sobre el peto de la coraza, pues no pudiendo manejarse el montante mas que con las dos manos, claro es que la izquierda habia de conservarse tan libre como la derecha para que fuese posible esgrimir aquella arma embarazosa. Castilla, calculando sereno sus golpes , habíalos

asestado de preferencia á la gola de su contrario, y conseguido quebrantar la correa que sujetaba el escudo; resultando que este, mal seguro, pero sin acabar de desprenderse, dificultaba hasta hacerlos casi imposibles los movimientos de su dueño. Mas al verse socorrido por Luna, separóse Orozco un instante del combate, para sujetar de nuevo su escudo, con lo cual y el descanso, aunque breve, volvió á pelear con tal ardimiento, que D. Pedro Lorenzo de Castilla bendijo á Dios mil veces al ver que Avila se le unia; y no sin causa, pues de otro modo segura fuera su derrota. Era Luna tan formidable campeón, que pudo hacer frente y resistencia enérgica á nuestro D. Alonso durante cinco minutos ó mas acaso. En tanto Alonso de Estrada, otro hermano de D. Lope de Sosa, habiendo llegado á los brazos con Antonio de Carvajal, y logrado, despues de empeñada tenacísima lucha, ponerle en el pecho la rodilla, que es como si dijéramos, fuera de combate; sin tomarse mas tiempo que el necesario para respirar y recoger del suelo su montante, fue á caer como un rayo sobre don Juan de Guzman, que con varia fortuna, pero con sereno esfuerzo, seguia lidiando contra D. Lope. Como era de razon, acudió entonces en auxilio de su compañero D. Martin Cortés: pero, ya porque los dos hermanos Sosa y Estrada fuesen mas diestros en la esgrima que Cabrera, ó bien porque la fortuna se les quiso mostrar propicia, el hecho fue que no pudo, como la vez primera, restablecer el equilibrio de un solo golpe. Sin embargo, rompieron D. Lope de Sosa y Alonso de Avila, es decir, viéronse precisados á retroceder para esquivar la furia de tajos y mandobles que como llovidos descargaba sobre ellos el brazo hercúleo del Bastardo ilustre.

El público seguia con tanto placer como ansiedad los lances del torneo, reducido en el momento á que hemos llegado, á dos solos grupos, de á cuatro campeones ca-



da uno, pues que Villafaña y Carvajal de la cuadrilla de D. Martin, y Zúñiga y Cabrera de la de D. Alonso, estaban ya fuera de combate. Poco tardó en reducirse aún á mas estrecho círculo el interés de la lucha: el hijo de doña Marina de un furibundo mandoble hizo saltar el yelmo de Alonso de Estrada, junto á la misma puerta del Perdon, que hasta ella hubieron de retroceder, si bien peleando valerosamente, los dos hermanos. Cayó Estrada al suelo desplomado, sin sentido y con apariencias tales de cadáver, que un terror pánico, apoderándose á un tiempo de la muchedumbre en la plaza aglomerada, y de las personas que á los balcones y azoteas se agolpaban, hizo á todos prorrumpir en fúnebre desgarrador alarido. El propio D. Martin, temiendo haber dado muerte á un amigo, anticipóse á los heraldos mismos en acudir al socorro del mal trecho caballero; mas don Lope de Sosa, con tratarse de su hermano y serlo él muy bueno, prosiguió, sin embargo, lidiando, sin darle un instante de tregua á Guzman su adversario. ¡Tanto puede, aun en juegos, la sed de gloria, que hasta á los sentimientos naturales se sobrepone.

Apresurémonos á tranquilizar al lector: Alonso de Estrada cayó aturdido por la dolorosa conmocion que, al saltar algunas hebillas y romperse parte de las correas que su yelmo enlazaban, hubo de experimentar natural y forzosamente en el cerebro, mas á beneficio de una copiosa aspersion de agua fria en el rostro, volvió luego en sí, y sangrado en el acto no tuvo consecuencias ulteriores su accidente.

Mientras D. Martin asistia al un hermano, el otro exaltado por la desgracia misma de Estrada, y acosado feroz á D. Juan de Guzman, obligábale primero á perder el terreno que poco antes ganara, y ya muy cerca del grupo en que Avila lidiaba logró en fin desarmarle, casi al mismo tiempo que D. Pedro Lorenzo de Casti lla

haciendo pedazos la férrea guarnición del montante de Diego Rodriguez de Orozco, le obligaba á confesarse vencido.

Quedáronse, pues, solos en la arena Avila, Castilla el mozo, y D. Lope de Sosa de una parte; D. Martin y D. Pedro de Luna de la otra, llevando por consiguiente el esposo de Elvira un campeon de ventaja, que fuera bastante, si él aprovecharla quisiera, para decidir en su favor la victoria. Mas apenas con una rápida ojeada, se hizo cargo de la situacion del torneo, cuando apartándose á un lado, dejó solo á Castilla habérselas como pudiese con Luna. Otro tanto hizo D. Martin, tanto para que no se dijera que en cortesana generosidad le vencia D. Alonso, cuanto porque D. Lope de Sosa, abrumado por el cansancio, no estaba por el momento en disposicion de perturbar el equilibrio del combate.

Por tanto, D. Pedro Lorenzo de Castilla y D. Pedro de Luna, teniendo la arena por suya, prosiguieron lidiando á sus anchas, siempre como buenos, pero tambien como gente cansada por una lucha que iba durando sin tregua ya mas de hora y media, es decir: con menos prisa y mas templada furia que al comenzarse el torneo.

D. Lope de Sosa á un tiempo atendia á informarse de la salud de su hermano, y á su propio descanso.

D. Martin Cortés y D. Alonso, sin perderse de vista, permanecieron inmóviles á los dos extremos de la liza.

Asi las cosas, Castilla llevaba lo peor de la batalla, pues aunque era escelente hombre de armas, su adversario tenia sobre él la ventaja de la fuerza fisica, amen de la de mayor esperiencia, y por consiguiente, sangre fria en tales lances.

—«¡Aqui, D. Lope!! Esclamó Avila viendo en malisimo estado á su compañero; y en efecto, acudió Sosa á socorrer á D. Pedro Lorenzo, mas entonces D. Martin

creyóse en el caso de tomar parte en la lucha, que fue, como si dijéramos de encarnizarla: porque apenas don Alonso le vió mezclado en el grupo de los combatientes, y al jóven Castilla por tierra, que vino á ser todo en un punto mismo, cuando tambien él se arrojó á la lid, clamando:

—«Ahora nosotros, D. Martin amigo; ahora nosotros, en honor de las damas de Méjico y gloria del Marques del Valle!»

—«Ahora nosotros, amigo D. Alonso, en honor de las damas de Méjico y gloria del Marqués del Valle!» Repitió el Bastardo en voz sonora; y pronunciadas por ambos caballeros esas palabras, en tono tan cordial, cariñoso y alegre, que no parecia sino que en seguida iban á abrazarse estrechamente, comenzaron á descargar el uno sobre el otro tantos y tales golpes, que á juzgar por su estruendo y el fuego que en rutilantes centellas brotaba en raudal copioso de una y otra armadura, dijérase que aquellos dos cuerpos eran animados yunques, y aquellos cuatro brazos los de infinitos hercúleos ciclopes en las fraguas de Vulcano trabajando.

Un aplauso general y estrepitoso saludó el principio del combate de los dos caudillos; los heraldos, sin ser poderosos á contenerse, acercáronse al sitio de la lucha; los jueces, levantándose de sus asientos, perdieron gran parte de su gravedad; D. Lope de Sosa, y D. Pedro de Luna, celebrando tácito armisticio, hiciéronse á uno y otro lado de sus gefes, para dejarles espedita la arena.

Nunca fantasia de poeta acertó á imaginar, jamas cronista de esforzado andante pintar supo, ni dos tan esforzados campeones, ni lucha en que la destreza y la cortesía, el valor y la cordura, el anhelo de la gloria y las recíprocas consideraciones de estimacion y afecto, anduviesen como en aquella, tan en su punto y quilates,

que no acertaban los espectadores á decirse si allí cada cual peleaba por alcanzar el premio, ó por cedérselo á su adversario, salvando empero al mismo tiempo la propia honra. Los golpes parecían previstos de antemano; las paradas convenidas; los hombres con raíces en el suelo; los brazos como resortes de poderosa máquina; las armas *fadadas*, es decir: invulnerables. Pocos descuidos tuvieron ni el uno ni el otro, y de ninguno de ellos trataron respectivamente de aprovecharse los campeones: mas que torneo, parecía aquello vigoroso alarde de todo el primor que en el arte de la esgrima puede concebirse. Mas, en fin, el ejercicio de las armas es de tal naturaleza que insensiblemente acalora el espíritu: cada golpe recibido incita á la respuesta; cada tentativa inútil ofende el amor propio; y no hay hombre que á tal juego no concluya por picarse mas ó menos.

De esa manera llegaron D. Martin y D. Alonso á punto de desear ambos que terminase el combate, y el último, como mas impaciente tiró un tajo á la cimera de su contrario, tan bien dirigido y con tal fuerza descargado, que no solo fueron plumas y geroglífico lanzados al espacio como piedra por recia catapulta, sino que el Bastardo, sintiendo en su cabeza la reaccion del furibundo golpe, vaciló un instante, de modo que los mas de los espectadores le dieron ya por vencido. Mas engañáronse, que el vértigo fue instantáneo, y volviendo súbito en sí el hijo de Marina, antes de que Avila tuviera tiempo de repararse, asestóle un mandoble que abollándole la gola, hizo saltar simultáneamente la correa del escudo. Si D. Alonso no fuera la ligereza misma, en aquel momento sucumbiera, mas supo dar un salto atras con vigor y celeridad tales, que su escudo cayó al suelo, y él pudo, aunque con aquella importante defensa menos, proseguir peleando.

Don Pedro de Luna, al ver deshecha la cimera de su

caudillo, lanzóse como una saeta en su socorro, pero no anduvo D. Lope de Sosa mas remiso, pues al mismo tiempo acudió á ponerse al lado de D. Alonso. Entonces los dos principales campeones, inspirados por un mismo pensamiento, y prescindiendo por un instante el uno del otro, arremetieron cada cual con el auxiliar de su contrario: D. Lope de Sosa, recibiendo un golpe, de plano por fortuna suya, del montante de D. Martin, perpendicularmente descargado sobre la cimera de su celada, cayó de rodillas, viendo, á pesar de que el sol brillaba en su cenit, todas las estrellas del cielo; y don Pedro de Luna, simultáneamente desarmado y tendido en el suelo por el hercúleo brazo de Avila, fue tambien á incorporarse al grupo de los otros diez caballeros, sucesivamente vencedores y vencidos.

Ya estaban solos D. Alonso y el hijo de Hernan Cortés, ya reduciéndose á ellos el interes de la lucha, lejos de disminuirse, habia en intensidad crecido; porque igualmente importantes y bien quistos entrambos campeones, tanto para la nobleza como para el pueblo, las simpatías personales de cada individuo decidian solas y sin obstáculo de por quien habia de hacer votos ó comprometer á un tiempo su bolsillo y crédito de inteligente en tales materias; porque se hicieron apuestas, y algunas muy cuantiosas, ya en favor, ya en contra de don Martin y de D. Alonso.

Pero en ninguno fue tan grande la ansiedad como en dos de los mismos jueces del campo. El Marqués, estimando mucho el valor, la destreza, y la lealtad á su casa de nuestro D. Alonso, naturalmente quisiera, sin embargo, que su propio hermano venciese; y D. Martin Suarez de Monroi no sabia que desear, teniendo razones, ó mas bien sentimientos, igualmente poderosos en favor de uno y otro combatiente. Solo D. Luis de Castilla, ufano con haber visto á su hijo, mozo aún é inesperto,

pelear con tal bravura, que sucumbió uno de los últimos y solo al irresistible esfuerzo del Bastardo, atendía á la lucha con interes puramente artistico, permitáse nos el epíteto, y desapasionado juicio.

En cuanto á los dos ilustres lidiadores, despues de respirar como medio minuto, habian vuelto á entablar su esgrima con metódico encarnizamiento, manejando los montantes (cual si fueran leves cañas, y haciendo cada uno del suyo, al mismo tiempo que un arma contundente, un reparo tambien á los golpes de su adversario.

A los ojos del vulgo aquel combate pudo pasar por furioso: mas á los de persona inteligente no podia ocultarse que ni el uno ni el otro de los dos caballeros trataba de precipitar el desenlace, ó lo que es lo mismo, que ambos se retraian hasta cierto punto de hacer uso ilimitado de su esfuerzo y destreza. Asi era, en efecto: una vez solos en la arena, tanto D. Martin como don Alonso, ya porque sincera amistad los unia, ya por consideraciones de partido, vacilaron entre hacer el sacrificio de su amor propio dejándose vencer, y rebajar cada uno la consideracion del otro mostrándole vencido á los ojos del bando del Marqués y del pueblo mejicano. Por eso, en vez de tirarse al cuerpo, esgrimian espada contra espada, y por eso tambien, conducíanse mas bien á guisa de maestros de armas, que cual poco antes se les viera, justadores invencibles. ¡Dura alternativa para hombres tan caballeros como en su parcialidad política interesados é importantes!

Si de su sola persona se tratára, creemos de la generosa índole de D. Martin que se prestara á ser vencido, mas el glorioso nombre de Hernan Cortés estaba de por medio, y era terrible cosa humillarlo precisamente en aquella plaza de Méjico donde el brazo invicto del ilustre Estremeño substituyó al palacio de Motezuma

su propia casa, y al adoratorio de los ídolos el templo del Crucificado.

Tales pensamientos agitaban y enardecían al hijo de Marina, de modo que, perdiendo gradualmente su habitual serenidad, comenzó á esgrimir el montante con prisa tal y furia tan grande, que hubo Avila de sacar á plaza su destreza y vigor enteros, para no ser, cuando menos, desarmado; mas en medio de aquel diluvio de tajos y quites, mandobles y paradas, hizo la suerte que á un tiempo mismo saltase roto en dos pedazos el acero del Bastardo, y al esposo de Elvira se le escapara el suyo de las manos, á consecuencia del esfuerzo que para romper el contrario habia hecho.

Segun las leyes de aquel torneo, ó entrambos estaban vencidos, ó habian de luchar á brazo partido hasta que uno se sobrepusiera al otro: mas á ninguno de ellos convenian tales extremos.

Quedáronse, pues, un instante inmóviles, frente á frente, y considerándose, hasta que, venciendo la generosidad en D. Martin, aun al justísimo orgullo de familia de que hace poco hablamos; dijo en voz que de todos pudiera ser oída:

—«Vencisteis, D. Alonso; puesto que sin espada me dejasteis.

—No, vive Dios, respondió Avila sin vacilar; yo soy el vencido, pues no es culpa vuestra que el acero saltase, y si flaqueza mia perder el montante. Vos sois el vencedor.»

Como era de razon, aplaudió el pueblo frenéticamente entusiasmado aquel combate de generosidad, tan insólito en lances tales; y los jueces, aprovechando discretamente la ocasion, intervinieron para declarar que, toda vez que los campeones renunciaban á la lucha cuerpo á cuerpo, y que la pérdida de sus armas fue simultánea, entrambos eran igualmente acreedores al pre-

mio, decision que unánime aprobó el concurso con vítores y palmadas sin cuento.

No fue posible, sin embargo, reducir á D. Alonso á que desistiera de ceder el primer puesto á su amigo don Martin; antes, insistiendo siempre en que él habia sido en realidad el desarmado, no quiso prestarse á la avenencia hasta que logró que para el Bastardo fuesen la banda por la Marquesa bordada, y la cadena de oro de don Luis de Castilla, contentándose él con la espada de Hernan Cortés.

Terminado así el torneo á satisfaccion del pueblo, de la nobleza, y de los vencidos mismos, porque sobre no haber ocurrido desgracia alguna, para todos hubo su parte de gloria en el combate, pasóse el resto del segundo dia de aquellas fiestas, como el primero, en banquetes y saraos la gente de importancia, comiendo y bailando en la plaza la popular.

El tercero y último se dividió en dos partes, de las cuales la primera, el dia propiamente dicho, se empleó en lo que entonces se llamaba un *bosque de caza*, esto es, una gran caceria en la plaza misma, dando suelta á los diferentes animales de que hablamos al principiar este capítulo, para que muchos indios los persiguieran con sus antiguas armas, á saber: arcos y flechas, dardos y javalinas.

Damas y caballeros asistieron á esa funcion, cuyos lances fuera obra prolija y poco entretenida referir aquí, como meros espectadores y en menor número que el dia anterior al torneo, por razones tan obvias que no hay para qué escribirlas, pues el género del entretenimiento y el cansancio consiguiente á dos noches consecutivas de sarao, bastan para esplicarlas suficientemente.

Pero, á mayor abundamiento, preparábase para la tercera noche una especie de diversion tan popular en la época, como hoy completamente olvidada, y cada



cual reservaba para ella sus fuerzas. Tratábase nada menos, en efecto, que de una *encamisada* á caballo, en la cual habia de tomar parte activa la nobleza entera, sirviéndole de teatro, no ya los límites de la plaza, sino tambien las calles mas principales de la ciudad.

Mas razon será que descansemos aquí un momento, reservando para el capítulo inmediato dar cuenta tanto de qué cosa era una *encamisada*, como de los sucesos ocurridos en la que se hizo para celebrar el nacimiento de los hijos gemelos del Marqués del Valle de Guaxaca.



## CAPITULO VIII.

---

QUE COSA ERAN LAS *encamisadas*, EN GENERAL, Y LO QUE FUE  
EN PARTICULAR LA DIRIGIDA POR DON ALONSO DE AVILA.



A guerra, que no osaremos decir con Hobbes que sea el estado natural del hombre, pero que positivamente data entre los desterrados hijos de Eva de fecha muy antigua, es un númer tan poderoso, que ejerciendo su dominio aún en las raras ocasiones en que los poderosos de la tierra tienen por conveniente cerrar las puertas del templo de Jano, ó lo que es lo mismo, hasta cuando hay paz y concordia entre los principes cristianos, ó no cristianos, hace de sus necesidades costumbres sociales, y de sus ardides diversiones públicas. Asi

es cosa convenida que no hay regocijo posible, ya *real*, ya *nacional*, sin que al estruendo del preñado bronce retumben los ecos, se estremezcan los edificios, sangren los oídos, y se rompan los vidrios del pacífico ciudadano; ni sin bayonetas se concibe ceremonia, ni sin caballos que atropellen, y ginetes que apaleen, pueden los pueblos divertirse. Pues que ellos lo consienten, así les place sin duda, y buena pro les haga, que á nosotros, pobres novelistas, poco nos importa, mientras haya quien los imperfectos engendros de nuestra fantasía se digne comprarnos.

Pero ¿Por qué y para qué disertamos?—¡Ah!... si; eso es: porque tenemos que hablar de una *encamisada*, y para justificar que fuese costumbre del XVI siglo de la era cristiana regocijarse haciéndolas.

Empecemos por el principio: *encamisada*, se llamaba entonces en la guerra á lo que hoy *sorpresa*, siempre que de noche tenia lugar, porque era costumbre, para evitar confusiones y errores de funestas consecuencias, que las tropas á tal facción destinadas vistieran sobre las armas una *camisa* blanca, que completa y claramente distinguiese á los que á sorprender iban de los sorprendidos mismos. Sabido eso, sin dificultad se comprende que la *encamisada*, como diversion considerada, consistiendo en un remedo de las que en la guerra se usaban, se redujese á que, dividiéndose los que en ella habian de tomar parte en dos bandos, adoptase cada uno de estos cierta vestidura tan visible como una camisa, y se hostilizasen el uno al otro de manera que, sin grave riesgo de los actores, hubiese, no obstante, el necesario para que ellos mismos hicieran alarde de su destreza, y el público tomara vivo interes en los varios lances de tal juego.

Ninguno mas conforme á la índole todavía belicosa de aquella época, y sobre todo al carácter de nuestro

D. Alonso de Avila, quien, habiendo desistido, por deferencia al parecer de Suarez, de entregarse á tal placer en su célebre fiesta del bosque, aprovechó con ansia la ocasion de gozarlo la noche tercera de los festejos por el nacimiento de los hijos del Marqués del Valle.

Avila fue capitan de un bando, compuesto de los caballeros de su cuadrilla en el torneo, y hasta veinte mas; D. Martin Cortés capitaneó el otro formado con igual número de ginetes; porque todos iban á caballo, con sola media armadura, es decir: desnudos de acero de cintura abajo, con una simple cota de malla defendido el torso, sin mas que una ligera capellina en la cabeza, y en el brazo izquierdo la adarga que, como es sabido, era un pequeño escudo hecho de cuero. Sobre la cota llevaban los caballeros de D. Alonso una sobrevesta ó dalmática amarilla con guarniciones negras, de la cual pudiera decirse, como de la cifra de *Rodrigo de Vivar, el soberbio castellano*, en las famosas quintillas de Moratin el padre, que era señal de *desesperacion*

*«ó á lo menos de venganza.»*

En cuanto al bando de D. Martin, distinguíase por el color de la sobrevesta que era rojo con paramentos verdes; fuego y esperanza juntos y en los colores simbolizados.

Desembarazada la plaza durante la tarde de los árboles en ella plantados, rellenos los hoyos y nivelado el piso con presteza suma por considerable número de braceros hábilmente dirigidos, hallóse, al tender la noche su estrellado manto sobre la tierra, convertida en lo que hoy llamariamos un hipódromo, vistosamente adornado con arcos de ramaje y flores, banderas y marciales trofeos, todo visible y resplandeciente, merced á la rojiza multiplicada luz de innumerables antorchas en torno del perímetro de la arena distribuidas, y de los blandones que ardian igualmente en las ventanas todas

de la plaza. No hubo casa, ni en esta ni en las calles designadas de antemano para carrera de la encamisada, que no se colgara y se iluminara con primor, gusto y profusion; por manera que, siendo la luz sobrada; la concurrencia por do quiera infinita, así en las calles mismas como en los balcones y azoteas; y el gozo, universal en los semblantes, desahogándose en festivas carcajadas y alegres voces, quizá no tuvo nunca la metrópoli del Anahuac noche en que fuese tanto como en aquella, brillante y alegre su aspecto.

Serian las nueve, cuando á derecha é izquierda del hipódromo dejóse oír el belicoso armónico sonido de dos bien concertadas trompeterias; saliendo entonces al balcón principal de su casa el Marqués con las damas y caballeros de su acompañamiento, saludóle el concurso con unánime aplauso, y comenzaron á entrar simultáneamente en la arena por una y otra parte entrambas cuadrillas.

Iba al frente de cada cual de ellas una banda de clarines y timbales montada en rocines blancos, como es de inmemorial costumbre, tocando ambas la misma guerrera marcha; seguian á cada banda cuatro Reyes de Armas ó Heraldos, con sus dalmáticas de terciopelo galeadas de oro, sus tocas de magníficas plumas adornadas, y sus cetros en las manos, llevando, por supuesto, al pecho los de D. Martín el blason de Hernán Cortés con la barra de bastardía, y los de Avila el escudo de las armas de su casa. En pos de los Heraldos, pero á distancia, cuando menos, de tres cuerpos de caballo, caminaban ginetes en magníficos cordobeses bridones, Don Martín y D. Alonso, al frente de sus respectivas tropas, y llevando detras para autoridad de las personas, cada uno cuatro pages hidalgos, adolescentes, bellos, y con elegancia ataviados.

En dos hileras paralelas, seguian los veinticuatro

caballeros de cada cuadrilla, pendiente la adarga del cuello, y espada en mano para mas honrar la fiesta y persona del Marqués del Valle.

Olvidamos decir, y es circunstancia que no debe omitirse, que delante, á los costados, y detras de los ginetes de la encamisada, iban metódicamente distribuidos muchos escuderos y lacayos, tambien á caballo, y con encendidas antorchas en las manos. Una vez en la arena, fueron ambas cuadrillas á desplegarse en batalla, y dos filas cada una, frente al balcon que el Marqués ocupaba, quedándose las bandas á los costados, y los capitanes delante del centro de sus fuerzas. Allí clarines, timbales, tocas, espadas y voces, saludaron al hijo de Hernan Cortés, y seguidamente, desfilando por parejas con habilidad consumada y presteza suma, el escuadron de Avila á la derecha, y á la izquierda el de D. Martin, dieron la vuelta al hipódromo, para venir á quedar formados frente á frente, hombre á hombre, en direccion perpendicular á su primera línea de batalla, mas entonces ya cada cual en una sola fila. A un toque de clarin convenido rompieron una contra otra las dos opuestas alas, y al mismo tiempo las bandas de música á tocar una sonata viva y animada, trabándose una escaramuza ó *danza* á caballo, de las que entonces se llamaban de *espadas*, porque, en efecto, al propio tiempo que al compás de la música hacian complicadas mudanzas, érales forzoso á los bailarines atender á esgrimir entre sí las espadas, de modo que ni á los otros hiriesen, ni ellos mismos recibieran herida. Hacíanse ordinariamente tales bailes por gente de á pié, y aun asi eran tan peligrosos como claramente se colige de la facilidad con que puede descuidarse quien al compás de la música ha de moverse, y á la trabazon de las figuras estar atento, manejando al mismo tiempo una tizona: mas don Alonso, para quien no habia placer sin riesgo, ideó aquel,

agregándole la dificultad y peligro, graves ambos, de que fuese á caballo; y no hubo quien osara parecer menos temerario que él, oponiéndose á tal proyecto.

Media hora duró aquel baile singular; complicadas y vistosas fueron sus mudanzas; vivo el aire de la música; y sin embargo, merced á la destreza, tanto en la equitacion como en la esgrima, de todos los justadores, no ocurrió desgracia, ni hubo incidente que el espectáculo desluciese.

Concluida la danza como empezara, es decir, quedando formadas las dos cuadrillas en ala frente á frente, envainaron todos los caballeros las espadas, y dándoles cañas sus pages, corrieronlas gallardamente algun espacio de tiempo. En aquel ejercicio una caña, ligera y frágil, reemplazaba á la pesada, robusta lanza de las justas sérias, y el toque de la habilidad consistia en romper cada cual la suya en el centro del escudo de su adversario, saliendo mas lucido quien menos carreras daba inútilmente. Tambien con cañas se corria la sortija, juego tan conocido que nos parece inútil detenernos á describirlo.

Al sonar las diez en la torreilla del reloj del palacio del Marqués, un toque general á recoger, de clarines y timbales, puso término á la justa de las cañas: formáronse de nuevo instantáneamente los escuadrones; dieron vuelta al hipódromo, y hecha reverencia al Prócer señor de la fiesta, salieron de allí cada cual por donde en la plaza entrara, y con el mismo orden, aparato y acompañamiento que verificado lo habia.

La *encamisada*, propiamente dicha, iba á comenzar, buscándose los dos bandos, en cuadrillas parciales divididos, por las calles de la ciudad que al efecto convinieron de antemano, y hostilizándose, no ya con lanzas, cañas, ni espadas, sino con ciertos proyectiles de mano, á tal uso destinados, y á que se llamaba *Alcancías*. Eran

estas unas bolas ó esferas de barro ligeramente cocido, del tamaño de una naranja, huecas, y de poco espesor para que se rompieran fácilmente y sus cascotes no causaran daño. Llenábanse de salvado, de ceniza, ó de cualquiera otra materia pulveriforme, para apedrearse con ellas las máscaras en Carnestolendas; mas Avila quiso que aquella vez fueran henchidas de menuda gragea de colores varios, para mayor ostentacion de la fiesta. Cada caballero llevaba cierto número de ellas en una bolsa de que al efecto se proveyeron todos; y los escuderos un repuesto considerable de la tal municion para reemplazar las consumidas, pues fueron tantas como se comprende fácilmente, considerando que aquel juego consistia en tirar mucho y tirar con tino, reparando al mismo tiempo con la adarga los golpes de los contrarios.

Figúrese ahora cualquiera dos bandas de clarines y timbales, poblando el viento de agudos marciales acentos; muchos heraldos proclamando á grito herido el valor de sus gentes y la gloria del Marqués del Valle; mas de cien hombres á caballo entre caballeros, pages, escuderos y lacayos, con cascabeles de plata todos en los pretales, corriendo desatinados por las calles de la ciudad, y dando voces, y tirándose alcancías sin cuento; una nube de curiosos á caballo tambien, discurriendo con antorchas ó sin ellas de una parte á otra como errantes exalaciones; y la ciudad iluminada, y los balcones colgados, y las damas en ellos, y la plebe en las calles agitándose como á poder de furiosos encontrados vientos las embrabecidas olas del Atlántico, ya para huir de los de la *encamisada*, ya para buscarlos; y, si puede, fórmese idea de lo que fue Méjico durante aquella noche. Nosotros damos las figuras y colores, que otro mas hábil ordene el cuadro.

Alegre noche fue aquella para los mas: triste sin embargo, para algunos, porque el universal regocijo acre-



ce siempre el dolor de los llagados corazones, á quienes su mala suerte condena á presenciario.

—«¿Qué es de Fernando? se preguntaba Elvira incessantemente. ¿Por qué no luce su gallarda presencia, valor temprano, y prematura destreza, en el empeñado torneo, ni en la difícil danza, ni en las galanas cañas, ni en la turbulenta encamisada?—¿Por qué?—¡Ah! Porque Dios al dotarle de la viril hermosura y celestial pureza de espíritu de uno de sus Arcángeles, le condenó sin duda á ser en la tierra desventurado; porque no hay nada que con la infeliz Elvira pueda hallarse en contacto, ó para ella abrigar en el corazón un sentimiento de ternura, sin que con su perpétua desdicha lo pague... ¡Señor! ¡Señor! ¡Cuándo será tu voluntad que, rotos los terrenos lazos, descansa mi ánima en tu misericordia infinita!»

Tales y tan tristes eran los pensamientos de doña Elvira de Avila, la bella, la rica, la honesta, la honrada y virtuosa dama: la magnificencia de su trage y tocado, las perlas y esmeraldas, los rubies y los diamantes de su aderezo, la gravedad compuesta de su magestuoso continente, la sonrisa misma de sus perfectos labios, y la forzada serenidad de sus miradas, todo era artificio, máscara, fingimiento, opulentos despojos sobre una tumba de mármol hacinados, y debajo..... debajo la muerte!

¡Si supiera Elvira (aún entonces lo ignoraba) que el desesperado doncel vestia el áspero cilicio y el tosco sayal de los hijos del humilde Francisco, reposando apenas sus delicados miembros en durísima tarima, inmolada en aras del Crucificado la espléndida cabellera, amortiguados los bellos ojos, pálido el rostro, y exagerando el ayuno, y alimentándose casi exclusivamente de la esperanza de morir, con sus ardientes lágrimas regada! ¡Ah! Si tal supiera Elvira, quizá y sin quizá,

dando de mano á toda consideracion social, rasgara sus magnificas vestiduras, arrojando al suelo las joyas tambien ante el numeroso concurso, y huyendo en el acto á esconder en la soledad del claustro su dolor inconsolable.

Pero Elvira, no sabemos si decir que temia ó que esperaba, mas realmente esperaba ó temia que el tiempo y la ausencia, ya que no borrasen del todo su imagen del pecho de Fernando—¿qué muger amante presume que puede ser olvidada?—al menos le hicieran soportar con resignacion la dura ley á que el destino á entrambos los sometia.

D. Pedro de Valdestillas, á la sazón, estaba en camino para Cholula, pues á penas por Millan supo la fulminante nueva de la inesperadísima determinacion de su hijo, sin que ni sus muchos años ni lo penoso del viaje fuesen parte á detenerle, quiso ir á enterarse personalmente del estado en que se hallaba el ya exclusivo objeto de sus afecciones en este mundo. Amargo trance era para un caballero de aquella época el de ser testigo de la estincion de su linage; duro para un hombre de espada que su hijo único, siendo ademas, mancebo de las mas altas esperanzas, fuese á enterrarse, apenas entrado en la vida, en un solitario monasterio; mas en aquellos tiempos los sentimientos religiosos ejercian en la sociedad una influencia tan superior á la que en los presentes alcanzan, que apenas acertamos hoy á darnos cuenta de su poderio; y á mayor abundamiento, D. Pedro por naturaleza, educacion y edad era un sincero, humilde y fervoroso cristiano. Asi pues, casi no osó afligirse profundamente, y en todo caso quiso, antes de tomar resolucion alguna, que sus propios ojos le informaran del estado de su hijo.

A una sola persona se confió en aquel lance, y fue á Fr. Diego de Olarte, encargándole para con todos

el secreto, que el santo Provincial guardó inviolable.

—«Id (dijo al atribulado Comunero), id á Cholula, y examinad desapasionadamente á nuestro Fernando. Si la voz del Señor le llamó, en efecto, al retiro y á la penitencia, resignaos con su santa voluntad, que para Dios no hay diferencia en las edades, ni mas que dos linages: el de los buenos y el de los réprobos. Pero si la desesperacion por mundanas pasiones engendrada, y la violencia de carnales afectos le arrastraron solas al claustro, como presumo, mandadle que desnude el hábito que profana; decidle que Dios no quiere mas corazones que aquellos que libres y enteros se le consagran; y añadid, ademas, que para ser buen cristiano no necesita hacerse fraile. Ya tengo escrito en igual sentido al venerable Prior de Cholula, que no ha procedido en el negocio con tanto detenimiento como conviniera; y, si es forzoso, ó yo mismo iré allá, ó en santa obediencia haré que el novicio venga á Mejico.»

Alentado con tales palabras y llevando en su compañía, ademas de otros criados, no solo á Millan, sino al buen Cristóbal, quien apenas oyó que *Amo chiquito* trocaba la espada por el hisopo, puso en olvido lo restante del universo, salió D. Pedro para Cholula, caballero en una poderosa mula, el dia mismo del bautizo de los hijos del Marqués del Valle.

En tanto, solitario en lóbrego calabozo, yacia el desventurado D. Bernardino Pacheco padeciendo insoportable martirio, mas á poder de su propia exaltada fantasía, que por efecto del completo aislamiento en que se hallaba. Si alguna comparacion pudiera esplicar su estado, seria la de equipararle con un hombre que, faltándole súbito bajo los pies la tierra, fuese á caer en profundo escurísimo precipicio, en cuyo fondo se hallara con vida bastante no mas á comprender lo desesperado de su situacion. ¡Triste D. Bernardino! En el dis-

curso de su vida, ya mediada, y hasta entonces constante y severamente por la senda del honor encaminada, y enmedio de los sueños de la ambicion precisamente, llegó á sorprenderle el vértigo de un amor criminal que, casi sin términos de transicion, le condujo en breves dias al adulterio, al asesinato, á la infamia!

Los criminalistas deliran cuando presumen poder equilibrar las penas con los delitos; los criminalistas son absurdos cuando pretenden hallar la justicia en la igualdad de las penas.

Para el miserable que asesina por un vil estipendio, ó para el desalmado que mata por hábito, la muerte es sin duda terrible castigo: pero ¿Qué le importa morir al hombre, en el fondo honrado, que en un delirante arrebatado de cólera ó de pasion, quebrantó las leyes del honor, su mas caro, tal vez su único patrimonio en la tierra? La muerte para quien se encuentra en tal caso, es el sumo bien, lejos de ser un castigo: morir, por dolorosamente que sea, corto suplicio es al cabo: pero la infamia..... la infamia para un corazon generoso debe ser el mas duro de los tormentos imaginables. Préserveos el Cielo de tamaña desdicha; y prosigamos nuestro cuento.

Don Bernardino, pues, yacia en su calabozo anonadado, pero tan sin temores como sin esperanzas, y sin pensar siquiera en lo que á su persona tocaba: lo que sí le inquietaba amargamente era la suerte de la muger esclusivo origen de sus desdichas todas, y de su ignominia principal agente. No asi ella que, nacida para el crimen, vivia en la prision como en su propio elemento, empleando los recursos todos de su claro ingenio é inagotable astucia para captarse la benevolencia de sus carceleros, y gozar asi de las comodidades en una cárcel posibles. Quizá confiaba aquella dañina hembra en sacar partido algun dia, para fugarse, del afecto

que al Alcaide y á su familia iba inspirando: mas por de pronto puso las miras en conseguir que le facilitasen alguna comunicacion con la ciudad. ¡Comunicacion! ¿Y con quién, puesto que Catalina no tenia deudos ya en ella, y mucho menos amigos...? Con D. Alonso de Avila; porque Catalina conocia demasiado bien al esposo de Elvira, para no estar persuadida de que habria siempre una voz en el corazon de su primer amante, que en favor de ella hablase, aun cuando el resto del universo unánime la maldijera. No le puede suceder á un hombre cosa peor, y de paso sea dicho, que encontrar en el discurso de su vida una muger de mala índole que llegue á enseñoreársele del alma, y á contar fundadamente con su buen corazon; porque es seguro que ha de abusar de él sin misericordia.

En fin, Catalina contaba con Avila, y siendo la esposa del Alcaide como muger misericordiosa, y como carcelera interesada, rindióse á la eficacia de las súplicas de la prisionera y al fulgor de un diamante, consintiendo en llevar á D. Alonso un billete de su antigua dama, que decia de esta manera:

—«Tú no crees, Alonso, tú no puedes creer que Catalina haya cometido un asesinato; ni aun cuando lo creyeras, la abandonarias en la desgracia. ¡Estoy sola en el mundo! Mientras el que me ha perdido cuenta con el apoyo de numerosos deudos y amigos, yo cifro en ti solo mi esperanza. No la defraudes, no dejes perecer miserablemente á la que un tiempo adoraste.»

—«¡No, vive Dios! (Esclamó Avila, leído que hubo el billete.) No te abandonaré, aunque estoy lejos de presumirte inocente.»

Y para conciliarse mas y mas á la Alcaidesa, añadió un bolsillo de oro al diamante de Catalina, amen de la formal promesa de atender al sustento de toda su familia, si por el servicio que á la presa estaba haciendo le

sobrevenia cualquier contratiempo. Su respuesta empero fue lacónica.

—«Que Dios te juzgue, Catalina: lo que á mí me toca es ser contigo caballero; y lo seré. Vive prevenida, y segura de que aprovechará cualquier ocasion que la fortuna le depare de serte útil—Alonso.»

—«¡Vive prevenida! Alonso fragua la ocasion de servirme, en vez de esperar á que la fortuna se la depare; pero ¿Cuál puede ser esa ocasion?—¿Cómo he de prevenirla? ¿Qué debo hacer para aprovecharla?... ¡Vive prevenida!... Lo estaré, lo estoy ya, no puedo menos de estarlo siempre.»

Así comentaba Catalina la respuesta de Avila, y él, entre tanto, con una reserva á que la conjuracion le habia poco á poco habituado, iba preparándolo todo para la realizacion del plan que en obsequio del objeto de su primer amor tenia fraguado.

Simultáneamente D. Martin Suarez y los hermanos de Bocanegra tampoco estaban ociosos, aunque en realidad, durante algunos dias, perdieron el tiempo en averiguaciones relativas al estado del proceso que suponian debia de estarse instruyendo contra D. Bernardino. El Alcalde de Côte, detenido por mandato de la Audiencia, no habia pasado de tomar á los presuntos reos las primeras declaraciones; y, por tanto, nada, fuera de lo que aquellas arrojaban de sí, podia averiguarse. Diremos, por si hay quien tenga curiosidad de saberlo, que los Doctores, inspirados por Samano, paralizaron el curso de la sumaria informacion sobre el asesinato de Juan Ponce, con ánimo de involucrarla en el proceso por delito de lesa Magestad que se proponian incoar contra los conjurados, luego que tuviesen datos suficientes para ello. Ahora las razones de Juan de Samano para dar tal consejo, son obvias, y parecieron concluyentes: en primer lugar, para ejecutar por asesino á Bocanegra,

á tiempo se estaba siempre; en segundo, su castigo, si por delito ordinario se le imponia, era completamente inútil á los fines políticos de la Audiencia; y en tercero, conservar al reo para darle tormento y arrancarle en él la confesion de los nombres de los gefes de la conjuracion, cuando ya se contase con otras pruebas, seria decisivo, mientras que su deposicion, como testimonio aislado considerada, pudiera ser de muy poco provecho. Nada mas lógico, pues, que suspender por entonces todo procedimiento contra Catalina y su cómplice, guardando á uno y á otro, para utilizarlos en ocasion oportuna.

Desorientados, en consecuencia, los amigos de Bocanegra, perdieron, como dijimos, algunos dias en averiguar lo que no habia medio de que supiesen, puesto que *no era*, puesto que no existia; mas al cabo de ese tiempo, asestaron sus baterias á la parte flaca de la muralla, es decir, á la codicia del *llavero*, encargado del calabozo en que D. Bernardino, con menos blandura que Catalina tratado, se hallaba preso.

Sabia el bueno del hombre su oficio al dedillo, es decir: ser con los pobres inflexible cancerbero, y con los ricos servidor complaciente: pero al mismo tiempo, como perro viejo, no era fácil de engañar y mucho menos de comprometer. Mientras los hermanos del preso se limitaron á recomendar la blandura, á informarse de su salud y aliento, á enviarle escogidos alimentos y ropas á su calidad correspondientes, el llavero se mostró flexible como un guante, registrando, sin embargo, objeto por objeto y plato por plato, para que envueltos en el pastel, ó en el gaban cosidos, no fuesen armas ó instrumentos de los que facilitan las evasiones y comprometen la seguridad de los guardianes. Tambien se prestó sin dificultad á darle á D. Bernardino recados de palabra y transmitir en igual forma sus respuestas; pero así que le hablaron de llevarle al preso un billete cer-

rado, y recado de escribir, cerróse á la banda, como vulgarmente se dice. Magüer que rudo, el tal llavero era hombre de esperiencia y sentido comun, elementos bastantes para que se hiciese cargo de que la correspondencia entre D. Bernardino y sus hermanos no podia tener otro objeto que el de facilitar la fuga de aquel, y que la de preso tan importante pudiera costarle á él muy cara. Veinte años hacia que el llavero lo era en la cárcel de Méjico; tenia muger, muchos hijos, y mas años encima, y por tanto, fuera una locura abandonar el puesto que para vivir le daba aunque modestamente, dejándose alucinar por magníficas promesas, las cuales, aun cumplidas por los que corromperle pretendian, de poco provecho le fueran á quien, como él, no podia decir con Diógenes: *cuanto tengo va con mi persona*. En consecuencia, aquel hombre, pronto á dulcificar la suerte de los presos á su custodia confiados, siempre que alguna utilidad y ningun mal le produjese el hacerlo, era al mismo tiempo el mas escrupuloso y severo de los carceleros desde el momento en que se creia comprometido en lo mas mínimo.

Tal era el estado del negocio la noche de la magnífica encamisada, cuya descripcion interrumpimos para hablar un poco al menos de los tristes, ya que tan largamente de los alegres lo habiamos hecho hasta entonces.

Volvamos á ella por un momento. Mayores eran que nunca la algazara y regocijo universales, cuando, á cosa de la media noche, seis ginetes de los de amarillo y negro, con antifaces en los rostros, fueron sucesiva y disimuladamente separándose de las calles donde la fiesta se celebraba, y por diferentes caminos concurriendo todos á una de las mas solitarias de la ciudad, en la cual echaban pié tierra á medida que iban llegando. Los caballos desaparecian todos en la calle misma, y sus gine-



tes, dándose el santo convenido sin duda, se agruparon en silencio, hasta que llegó el sexto y último, que no fue menos de una hora después que el primero.

—«¿Estamos todos? Preguntó el recién llegado.— Todos; respondieron en voz sumisa los que le habían estado esperando.—Pues fuera las sobrevestas y capellinas, y vengan capas y sombreros.»

Silbó sin estrépito uno de los incógnitos; salieron de la puerta de la misma casa donde todos los caballos entraron antes, tantos criados cuantos eran los desconocidos, que recogiendo de estos sobrevestas y capellinas, diéronles capas, sombreros chambergos, y armas de fuego. Verificada instantáneamente aquella transformación, y sin mas intervalo que el indispensable para que los criados, desembarazándose de los despojos de sus amos, volvieran á incorporárseles, en traje idéntico al de los caballeros mismos, comenzaron á salir de la calle en que estaban, en grupos de á cuatro, es decir: de á dos amos y dos criados cada uno, mas con tal precaucion, que iban delante los caballeros, y detrás á unos veinte pasos de distancia los servidores.

De tal forma y por distintas direcciones, para no llamar la atencion de los raros transeuntes que, vencidos por el sueño y el cansancio, ó por necesidad de forzosas ocupaciones, dejando *la encamisada* se retiraban á sus hogares, caminaron nuestros doce misteriosos personajes hasta reunirse de nuevo á las inmediaciones de la cárcel pública.

Advirtamos que en el siglo XVI, y en América sobre todo, donde lo que hoy se llama ejército permanente solo existia para descubrimientos y conquistas, la custodia y seguridad de las prisiones ordinarias se confiaba esclusivamente al celo, interés, y fuerzas de sus respectivos alcaides, no siendo costumbre darles *guardia ordinaria*, como en lá actualidad, para velar sobre tales

edificios. Fuera del caso de haber en las cárceles reos de Estado, caso realmente extraordinario, porque á los acusados de crimen de lesa Magestad se les guardaba en fortalezas, á las cárceles no iban soldados de faccion, haciendo todo el servicio, y ese interior, los sotas y dependientes del Alcaide. Tal era la regla general, que ni la Audiencia ni el carcelero en gefe de Méjico creyeron necesario alterar por D. Bernardino, pues como sabemos, la parcialidad del Marqués mostraba abandonarle á su infelice suerte, y las gestiones de sus hermanos como las de Avila y Suarez, limitadas en lo público á mitigar el rigor de la justicia, lejos de parecer alarmantes, se tuvieron por síntoma evidente de que nada violento se proponian intentar aquellos caballeros.

La costumbre del Alcaide era hacer personalmente á media noche la última escrupulosa requisa, en la cárcel á su custodia confiada, cerrar y fortificar todas las puertas, llevarse consigo las llaves, y recogerse, dejando *de imaginaria* como se dice entre soldados, ó lo que es lo mismo, vigilando, dos llaveros, con cuatro perros de presa de la casta de aquellos, que—¡vergüenza y horror causa el decirlo!—se adiestraron despues de la conquista, y cuando ya Hernan Cortés estaba en desgracia, á *cazar*—sí, á *cazar*!—á los indios salvages cuasi si fueran montaraces animales. Mas la noche de la encamisada, el bueno del Alcaide que gustaba de solazarse como cada hijo de vecino, habia concurrido á ella, volvió en verdad á la cárcel á la hora de costumbre para hacer su habitual requisa; mas terminado que la hubo, en vez de recogerse, dejó á su mujer las llaves todas, y él marchóse de nuevo al teatro de los festejos.

Enterado D. Alonso de Avila de todas esas circunstancias por la Alcaidesa, que como las mas de las mugeres con quienes hasta entonces habia tropezado, no acertó á resistirse á la magnética fuerza de seduccion que

aquel hombre singular atesoraba, ni menos á su magnífica liberalidad, calculó con arreglo á ellas un plan sabiamente combinado para cumplirle á Catalina su promesa, y al mismo tiempo sustraer tambien á D. Bernardino Pacheco de Bocanegra á su probable fatal destino.

La tarde misma del dia en cuya noche tuvo lugar la encamisada, avisó D. Alonso de su proyecto á D. Martin Suarez y á los cuatro hermanos de Bocanegra; ellos, el esposo de Elvira, Almanegra, y cinco bravos mas de toda confianza, eran los doce embozados reunidos en torno de la cárcel. Cerca de esta se hallaban preparados cuatro escelentes caballos de campo para los dos presos y dos bravos que habian de acompañarles, y á trechos sus relevos, en toda la distancia de Méjico á la Veracruz, mas fuera del camino real para evitar toda contingencia. Un bergantin fletado para la Florida y cargado ya en el puerto de la Villarica misma, detenía su partida bajo diferentes pretextos, esperando á Catalina y á su amante, si bien ignoraban el capitán y la tripulacion de qué ni de quiénes se trataba; por manera que, una vez los delincuentes fuera de la prision, podia presumirse fundadamente que estaban á salvo, segun lo bien trazado de las medidas á tal fin conducentes.

Con respecto á la evasion en sí misma, no nos parecen menos acertadas las disposiciones de Avila; pero el lector juzgará por sí mismo, pues vamos á referírselas sucintamente.

El cuarto del Alcaide tenia cierta escalera secreta para comunicar con la puerta llamada *del Socorro*, puerta que no faltaba entonces en ninguna fortaleza, y rara vez en edificios, como las cárceles, donde era contingente, ya una sublevacion de los presos, ya un ataque esterno. Dueña la Alcaidesa aquella noche de las llaves, ausente el Alcaide, y presa en su cuarto Catalina, nada mas fácil que abrir la puerta del Socorro y entregar la

dama á sus libertadores; pero hacerlo así, lisa y llanamente, ofrecía dos graves inconvenientes, á saber: primero, comprometer de tal modo á la muger del guardian de la prision, que no le quedase mas alternativa que la de fugarse con la prisionera, lo cual no entraba en sus planes, ó someterse á los rigores de la justicia, extremo que le convenia aún mucho menos; y segundo inconveniente, dejar en su calabozo á D. Bernardino, porque si bien se disponia de las llaves, no de los llaveros de imaginaria. Por tanto se convino en que la Alcadesa dejaria cerrada en falso la puerta del Socorro, desde mucho antes de media noche; y luego, llamando á su cuarto á los dos vigilantes, á pretesto de causarles miedo la soledad en que estaba por la insólita ausencia de su marido, daría-les de cenar, y sobre todo, de beber mucho aguardiente de cañas, para que estuviesen, cuando menos, distraidos, y si posible fuera ébrios, al entrar, á la una en punto de la madrugada, D. Alonso de Avila con las personas de su séquito. Sorprendidos los llaveros, y pasando por serlo la Alcadesa, todo era, en primer lugar, fácilmente hacedero, y ademas obra al parecer exclusivamente de la fuerza, pues mientras la soltura de los presos se obraba, habia de mutilarse sin estrépito la puerta del Socorro de manera que, al examinarla despues, se creyera que la forzaron los libertadores de Catalina y Bocanegra.

Para mayor seguridad quiso Avila que la misma interesada ignorase completamente el proyecto; y en consecuencia la viuda de Juan Ponce se recogió aquella noche á su aposento, sin sospechar siquiera que mas activamente que nunca se ocupaba en servirla su antiguo amante.

Correspondieron los resultados exactamente á la prevision razonada del cálculo en todos los preliminares de la empresa: la Puerta del Socorro se cerró en falso; el Alcaide regresó á la encamisada, sin alarma ni sospe-

cha que le inquietase, pasada la media noche; la Alcaldesa llevó á su cuarto á los confiados llaveros, que comieron como cuatro, y como doce bebieron; caballeros y bravos llegaron hasta la cárcel sin que nadie reparase en ello; y lo que es mas, penetrando por la puerta de Socorro, y trepando por la pendiente escalera de husillo, entraron de sorpresa en la Alcaidia. Sobrecogidos los casi ébrios guardianes, ni para gritar tuvieron alientos; la Alcaldesa fingió un desmayo con propiedad admirable; y atados ellos y ella por los bravos, que ademas les pusieron sus correspondientes mordazas, quedaba solo que utilizar las llaves, trofeo de la conquista, poniendo en libertad á los matadores del desdichado Encomendero de Acama.

Sus huesos debieron estremecerse de ira en el sepulcro al contemplar cómo caballeros del valor y prez de D. Martin Suarez y D. Alonso de Avila, acometian tanta temeridad en obsequio de los que, deshonrándole primero, le habian al cabo asesinado.

¿Qué es de la justicia de Dios, preguntará el lector timorato, si para los autores de tan horrendo crimen, hay amigos fieles y propicia fortuna?

A espacio, severos moralistas, á espacio, que el asunto es grave; ni Dios castiga siempre en este mundo, ni el lance se habia terminado tan completamente, que estemos en el caso de deducir la moral de su historia. Paciencia, pues, que solo *al fin* se canta la gloria, y tras de esta efímera vida hay otra que no se acaba nunca, y en la cual se le da á cada uno su merecido, sin que haya privilegios para nadie, ni la fortuna ciega intervenga en los decretos de la justicia absoluta, que solo allí se encuentra.

Mas, por de pronto, el hecho es que D. Alonso instruido de cuál era la puerta del aposento de Catalina por un guiño que, señalándosela, le hizo la astuta Alcaldesa, y

reconociendo su llave en un listoncillo con que de comun acuerdo estaba señalada, abrióla en el momento y se puso en presencia de su absorta antigua querida.

—«¡Vamos, Catalina! (le dijo) Vamos; cada instante es ahora un siglo; vístete y vamos.

—¡Déjame estrecharte entre mis brazos! Esclamó ella con sincero entusiasmo, mas vistiéndose, en efecto, apresurada.

—Vístete, vístete;» repetia Avila incesantemente, tanto porque en realidad no era ocasion aquella de caricias, cuanto porque, aún con estar Catalina mas hermosa que nunca en medio del desórden natural en tan crítica apresurada escena, el noble corazon del esposo de Elvira repugnaba estrechar contra sí á la muger sospechosa, cuando menos, de complicidad en un horrible alevoso asesinato.

Menos de tres minutos bastaron á la delincuente para vestirse, recoger las joyas y dinero de que, merced á la tolerancia del Alcaide, no la habian despojado; y salir de su aposento asida al brazo de D. Alonso.

Este, cuyo principal objeto era la libertad de la que fue su dama, bajó con ella y con uno de los bravos la escalera, salió de la puerta del Socorro, y no tuvo sosiego hasta ver á entrambos á caballo, y poner en manos de Catalina una crecida suma en oro.

—«¡Tus brazos una vez, antes de separarnos quizá para siempre! ¡Tus brazos y tu perdon, Alonso mio!»— Dijo la culpable á quien por efecto de causas mas fáciles de concebir que de esplicar, dominaban entonces un terror supersticioso, una debilidad harto agenas de su carácter.

—Mi perdon, Catalina, lo tienes; asi Dios te otorgue el suyo: mis brazos no es posible dártelos.... Y no quieras saber el por qué. Huye con ese hombre que es de confianza, y te enseñará el camino. Espera una hora en

el primer relevo; pero si un minuto mas tarde no ves llegar á nadie, entonces, si amas la vida, emprende de nuevo la jornada, cual si vieras á dos pasos de tí á los ministros de la justicia. Embárcate en Veracruz; espera en la Florida una ocasion oportuna para trasladarte á Europa; y créeme, Catalina, si allá llegares, emplea el resto de tu vida en el arrepentimiento, que no te sobrárá tiempo si has de espiar todas tus culpas, y las que yo por tu causa he cometido. Parte, y Dios te proteja.

—¡Alonso mio! Murmuró casi exánime ella. ¡Alonso mio! La mas grave de mis culpas es no haberte sido fiel.»

Mientras asi decia, á una seña de Avila, hizo el bravo que á Catalina acompañaba salir su caballo y el de esta al galope; y D. Alonso, lleno de tristeza, dió vuelta á la cárcel para cooperar con Suarez y los cuatro hermanos á la libertad del infeliz D. Bernardino.



## CAPITULO IX.

---

DE CÓMO PASABAN LOS DOCTORES EL TIEMPO DURANTE LA ENCAMI-  
SADA, Y DE LAS CONSECUENCIAS DEL ESCALAMIENTO DE LA CÁRCEL  
DE MÉJICO POR AVILA, SUAREZ Y CONSORTES.



¡JIMOS vagamente en los capítulos precedentes, que los Doctores y sus parciales, ni siquiera convidados á los festejos del bautizo, miraban estos, no solo con profundo disgusto, sino además considerándolos en su conjunto y pormenores como evidentes síntomas de una próxima sublevacion precursores: pero el lector comprenderá bien que aquellos hombres, en parte para cumplir con las obligaciones de sus destinos, en parte por espíritu de partido y saña personal, no podian limitarse á deplo-



rar tales sucesos, permaneciendo pasivos espectadores del escándalo que, en su sentir, á un tiempo mismo escarnecía la autoridad régia de la Audiencia, y la vida misma de sus ministros amenazaba.

Desde el primer dia, pues, de las fiestas pudiéramos decir que el tribunal Supremo, Gobierno entonces del Vireinato, estuvo en sesion permanente, recibiendo continuas noticias de lo que en las calles, en la plaza, en la catedral y en el palacio del Marqués ocurría, por conducto del alcalde Manuel de Villegas y del Alguacil mayor Juan de Samano, quienes las sabian de los muchos espías al efecto esparcidos entre la muchedumbre y los caballeros mismos. Mas en vano esperó la Audiencia un hecho de tal naturaleza que fuese posible atribuirle alguno de los caractéres, ya que no todos, los de traicion declarada; y en vano también siquiera una ruidosa pendencia, á pretesto de la cual les fuera lícito á los ministros de justicia intervenir hostilmente en los festejos, para convertirlos en sangrienta batalla.

Ora los principales conjurados hubiesen con prudencia suma calculado su plan de manera que, con ser escandalosas sus demostraciones, ninguna de ellas frisara en los términos de la rebelion; ora el pueblo no pensara en otra cosa mas que en divertirse pacíficamente, el hecho fue que no se hizo nada que directamente ofendiese la lealtad al Monarca debida, ni ocurrió una sola rencilla entre el innumerable concurso; circunstancia esta última que nos pareciera verdaderamente maravillosa, si no supiéramos por esperiencia propia cómo explicarla.

Las cosas eran llegadas á tal punto, que en interés de ambos partidos estaba preeipitar la catástrofe, siendo tan imposible para la Audiencia sostenerse mucho tiempo en el estado de nulidad á que la tenian reducida lo numeroso y procaz de los descontentos, como para estos conservar el difícil equilibrio de su posicion anó-

mala, ni bien de vasallos obedientes, ni bien de rebeldes conjurados. Mas como ni uno ni otro bando se creian bastante fuertes para contar de seguro con la victoria, retraíanse de tomar la iniciativa en la lucha, presumiendo por razones, cuando menos especiosas, que contra el primero que la paz pública turbar osara habia de declararse la opinion pública. Dos hombres pensaban de otra manera : Juan de Samano y D. Alonso de Avila, los cuales quisieran empuñar las armas sin nuevas dilaciones, diciendo que la ventaja está siempre de parte de quien acomete: mas, aunque ambos eran importantes en sus respectivos partidos, no á rbitros en ellos, y uno y otro hubieron de conformarse mal que les pesara con la decision de los mas autorizados. Asi D. Martin Suarez hizo aplazar la toma de armas para el dia que á su tiempo diremos; y los tres Doctores decretaron que solo se procederia contra los descontentos, durante las fiestas del bautizo, en el caso de que sin rebozo se declarasen rebeldes, ó de ocurrir pendencia con alboroto que diese pretesto plausible para hostilizarlos. Todo lo que Samano pudo conseguir fue que los alabarderos de la guardia permaneciesen reunidos y sobre las armas en las casas del Cabildo, agregándoles algunos centenares de hombres, aceleradamente reclutados á prevencion y semanas antes entre los recién llegados de Europa á la Veracruz, con gran secreto llevados á Méjico y sus cercanías, y armados mas como pudo ser que cual conviniera para hacer de ellos útiles soldados. A esa precaucion agregaron los de la Audiencia la de expedir cédula reservada y conminatoria, mandando á don Luis de Velasco, que se acantonase con su ejército no muy distante de la ciudad, y permaneciese allí, dispuesto á caer al primer aviso sobre los *que probablemente iban á levantarse contra la legítima autoridad de los Ministros, que en nombre del Rey gobernaban á*

*Nueva España.* A vista de orden tan clara y terminante, creyó D. Luis que lo que mas le convenia era obedecer silenciosamente, dejando la responsabilidad toda á cargo de los Doctores, y limitándose por su parte á no hacer ni un ápice mas, ni un ápice menos, de lo que se le mandase.

Resultó de tales disposiciones que, estando en realidad apercebida la Audiencia para obrar con medios de fuerza equivalentes, cuando no superiores, á los de los conjurados, al parecer dejaba á estos y al pueblo en libertad completa de hacer lo que á cuento les viniera; y precisamente por esa razon no hubo en los festejos el menor disgusto, porque (lo hemos observado constantemente) la raza española es de tal naturaleza, que nunca se muestra menos turbulenta, que cuando mas abandonada á sí misma cree hallarse. Rondas y patrullas en reuniones numerosas de españoles, suelen servir solo para irritar con su presencia y coercitivo influjo los ánimos; al paso que, ausente la fuerza pública, parece que cada concurrente se cree obligado á ser custodio del orden ó cuando menos á abstenerse de todo cuanto de palabra ó de obra turbarlo pueda.

En resúmen, á fuerza de habilidad la Audiencia malogró la ocasion de precipitar á sus enemigos; si bien, considerando la cuestion bajo el aspecto teórico y con arreglo á los principios universales de buen gobierno, obró acertadamente evitando, con no hacer alarde de su fuerza, crímenes ó cuando menos sérios trastornos.

Defraudadas así las malignas esperanzas de los Doctores durante los dos primeros dias de los festejos, pues ni en el del bautizo, ni en el del torneo, ocurrió lance desagradable, cifrábanlas todas, harto plausiblemente, en la tercera noche; porque, en verdad, nada mas azaroso, nada menos pacífico que tan violento género de diversion como la encamisada lo era; mas tampoco en

ella quiso el destino que la paz se turbase. No hubo ginete que dejase de mandar su caballo constantemente, ni caballo que atropellara á peon alguno, ni peon que insultara á ginete; las alcancias mismas, cual si mano invisible las dirijiese, respetaron los rostros, hiriendo solo de manera que, si alguna vez su golpe dolia, jamás llegó á causar llaga, nunca á lastimar gravemente.

—«Están acobardados (decia Villalobos, recibiendo con sus compañeros, mucho despues de la media noche, un parte de Manuel de Villegas); están acobardados esos hombres, y no osarán nunca lidiar contra nosotros.

—Resueltamente (añadió el doctor Orozco), voy creyendo que son como las mugeres, que si tienen larga la lengua para murmurar, tambien cortas las manos para la espada.

—¡Oh! (esclamó gravemente Ceinos) el temor á la *Justicia* corta los vuelos á los mas audaces; no se atreverán, no, esos insolentes caballeros á levantar el estandarte de la rebelion; contentáanse con burlarse de nosotros; pero, vive Dios, que se engañan si presumen que ni aun eso ha de tolerárseles.»

Los Doctores, segun su costumbre, ó mas bien conforme á la índole de todo gobierno á un tiempo débil intrínsecamente y en sus procederes violento, vivian alternando de continuo entre el terror pánico, y el orgullo ciego. Cuando los parciales del Marqués amenazaban, la Audiencia creia inminente y hasta inevitable el conflicto, y entonces no hallaba medidas bastante enérgicas, reparos de fuerza que alcanzase á contrarestar el peligro: mas, si por la prudencia iluminados los descontentos, se abstenian durante algunas horas siquiera de sus habituales políticas fanfarronadas, entonces los Doctores, recobrando el espíritu, daban á sus enemigos por nulos, é imaginábanse á sí mismos invencibles.

Juan de Samano, que despues de pasear solo y en su

capa envuelto la parte de la ciudad por donde la enca-  
misada corria, acababa de regresar á la casa de Ceinos,  
en la cual se hallaba reunida la Audiencia, escuchó la  
breve conversacion arriba referida con una sonrisa en-  
tre amarga y burlona, y al cabo, no pudiendo contenerse,  
dijo:

—«¡Por la vida del Rey, señores, que no desvarien  
»vuestas mercedes! Jamás, no, jamás me han parecido  
»tan temibles los conjurados como desde que, durante  
»tres días con sus noches, los he visto siempre en esce-  
»na, y con las armas en la mano, y exaltados por el  
»placer y el vino; y, sin embargo, tan prudentes, tan  
»mesurados, tan dueños de sí mismos, que á no cono-  
»cerlos á todos y cada uno de ellos personalmente, tu-  
»viéralos por novicios de algun convento en vacaciones,  
»mas bien que por hombres de capa y espada. ¿Y qué  
»me direis de ese pueblo que, holgando y en la abun-  
»dancia, pues le sobran viandas y licores, no se deja ir  
»siquiera á prorumpir en una voz sediciosa? Pues ten-  
»ded la vista, si os place, sobre esa multitud de aventu-  
»reros, bravos, rateros, herejes y hasta judios, que pu-  
»lula en plazas y calles, y decidme, si podeis, por qué no  
»alborota, ni riñe, ni roba, ni blasfema, ni escandali-  
»za... Nunca hasta hoy he creído firmemente, señores,  
»en la existencia de un plan maduro y sábiamente com-  
»binado, de un concierto unánime en las voluntades con-  
»tra nosotros, de una conjuracion, en fin, por hombres  
»de tanto ingenio como audacia dirigida; y nunca tam-  
»poco hasta este momento en que os hablo, me conven-  
»cí de la necesidad de apoderarnos pronto de los des-  
»contentos, si no hemos nosotros de caer en sus manos.»

Sucediales á los Doctores con Samano precisamente  
lo que á los hijos de los Príncipes y Grandes con sus  
ayos, á saber: que, á pesar de mirarlos como inferio-  
res, no solo en categoría, sino quizá en naturaleza, mal

que les pese tienen que reconocer la superioridad de su instruccion y talento. En efecto, mientras los golillas vacilaban siempre, el Alguacil mayor mostrábase constantemente á la altura de las circunstancias, cualesquiera que estas fuesen; y como en los dias de angustia él, con ánimo sereno, acudia á ponerse en la brecha y hacerle frente al peligro, forzoso era respetar su derecho á mostrarse desconfiado en los momentos de bonanza.

Oyéronle, sin embargo, mas con resignacion que con deferencia; no logrando sus sensatas reflexiones desvanecer las ilusiones de fuerza que el ánimo de los magistrados dilataban.

—«Recojámonos, señores, que harto hemos velado en estos dias; la gente de la encamisada va ya retirándose á la plaza, segun Manuel de Villegas; allí nuestros espías siguen todos sus pasos; los soldados que tenemos en las casas del Cabildo no dejan las armas de la mano; y D. Luis de Velasco está á las puertas de la ciudad. Recojámonos, pues; que, por esta noche á lo menos, me atrevo á aseguraros que no corremos el menor riesgo.»

Y, en efecto, disolvióse la junta, retirándose Villalobos y Orozco, cada cual á su respectiva casa, quedándose Ceinos en la suya, y marchando Samano con Villegas en direccion á la capitular.

—«No sabré esplicaros la causa (decia el Alguacil mayor), mas tengo asi como presentimiento de que esta noche nos sucede ó va á suceder algun importante contratiempo.»

—¡Bah! (replicaba el Alcalde.) ¡Sois un hombre singular! Cuando el peligro es visible os burlais de él; mas si todo está en sosiego, entonces os da por sobresaltaros. ¡No lo entiendo, á fé mia!

—Pues nada hay mas fácil de comprender; en un

riesgo patente puedo apreciar su intensidad y saber, en consecuencia, lo que hacer debo para contrarrestarlo; pero en esos momentos de traidora calma á que llamis sosiego ¿Cómo sé dónde está el peligro, ni cuál es su naturaleza? ¿Quién me dice si el terreno que dejo no es el seguro, y el minado aquel que elijo? Os digo y repito que me desagrada mas la cordura de los del Marqués en estos tres dias, que sus locos alardes en la fiesta de Chapultepec: pero dejémoslo á la mano de Dios, que él dirá lo que ha de ser, y antes de mucho, si no mienten mis presentimientos.»

Juan de Samano tenia razon, por lo menos á medias; pues si bien por lo que á la política respecta no se proponian acometer cosa alguna los conjurados, tampoco dejaba de ser cierto que su prudente proceder suponía cierto espíritu de subordinacion y cautela, harto mas temible que los anteriores inconsiderados arrebatos; y por otra parte, la fuga de Catalina era para los de la Audiencia un grave contratiempo, por cuanto les privaba de un testigo que, con solo ver el potro, hubiese declarado contra los descontentos lo que supiera positivamente, y quizá mas, si mas sus jueces querian.

Pero, dejando aparte esas consideraciones, digamos que, dominado el Alguacil mayor por una invencible tenaz preocupacion, y no pudiendo conciliar el sueño ni un solo instante, sucedió que al entrar, ya al amanecer del 3 de julio, en la casa consistorial el Alcaide de la cárcel, descompuesto el rostro, vertiginosa la cabeza, y lleno el corazon de miedo, la primera persona que le salió al encuentro fue la del mismísimo Juan de Samano. Iba el carcelero á buscarle, y sin embargo, su presencia le causó el efecto que pudiera la cabeza horrible de Medusa: temblábanle las piernas, quedáronsele fijos los ojos, y no podian las voces, á medio formar en la garganta, salir de sus trémulos labios.

Despues de considerarle un instante el Alguacil mayor, exclamó en voz colérica y amenazadora:

—«¿Cuántos y cuáles son los presos que se os han fugado? ¿Cómo lo hicieron? Decidlo, con dos mil demonios que carguen con vos y vuestra raza entera; decidlo pronto, ó por el siglo de mi padre, que os descuartice vivo, miserable Alcaide!!»

No sabremos decir qué sentimiento fue sobre el infeliz funcionario mas poderoso, si el del asombro al oír que le adivinaba Samano su desventura sin que él la dijera, ó el del miedo que infundieron en su corazon las terribles amenazas de su inmediato gefe: mas sí aseguraremos que, deseando hablar, fuele, sin embargo, imposible hacerlo durante tres ó cuatro minutos, tiempo que parece breve y es en realidad, para padecer ó esperar, sobradamente largo.

Apretaba Samano al Alcaide con juramentos y amenazas; y á cada juramento, como á cada amenaza, subiendo de punto el terror del acuitado subalterno, érale mas imposible satisfacer las exigencias de su gefe; por manera que este, ardiendo en impaciencia de conocer lo ocurrido, hubo de exclamar furioso:

—«Vamos á la cárcel, menguado; vamos á la cárcel, ya que aqui os habeis quedado mudo; que yo os haré cantar allá mal que os pese.»

Y, en efecto, el Alguacil mayor, llevando consigo media docena de arcabuceros, y entregándoles al Alcaide en custodia, salió con todos ellos para la cárcel.

Durante el camino, aunque corto, el aire libre y la reflexion, serenando al pobre carcelero, devolviéronle la palabra y libertad de espíritu suficientes para que comenzase á referirle á Samano, no precisamente todo lo acaecido en la prision, sino la parte de que él mismo tenia conocimiento, que, en resúmen, se reducía á los resultados materiales de la empresa de Avila, Suarez y



los hermanos de D. Bernardino Pacheco de Bocanegra.

Nosotros, empero, comprometidos á darle al público cabal noticia de aquellos sucesos, habrémos, anudando el hilo del relato cortado al final del capítulo anterior, de referir las cosas como pasaron, lance por lance, con nuestra puntualidad acostumbrada.

Sucedió, pues, que D. Alonso de Avila, con su habitual expedicion en todo género de negocios, y teniendo ademas á su cargo lo mas obvio de aquel, supuesta la entrada en la cárcel y la sorpresa de los llaveros, no hubo menester mucho mas tiempo para poner á salvo á Catalina, que el que Suarez y los demas tuvieron que emplear en dar buena cuenta de los dos dependientes del Alcaide, y prepararse á penetrar en lo interior de la prision para ellos desconocida. Pudiera haberlos orientado la Alcaidesa, mas por una parte D. Alonso á ninguno confió que aquella muger era su cómplice; y por otra, la lengua de una hija de Eva es tan temible, que no osaron ni los amigos ni los parientes de Bocanegra correr el riesgo de que con un solo chillido alarmase el barrio, sino la ciudad entera.

En tal conflicto y faltando D. Alonso, que estaba á la sazón despidiéndose de Catalina, Nuño de Chaves, el mayor de los hermanos de D. Bernardino y, por tanto, la persona en aquel lance de mas autoridad, dispuso que de los bravos se quedaran dos con Luis Ponce en cuarto del Alcaide para custodiar los prisioneros; otros dos, con D. Fernando de Córdoba, se apostaran desde la escalera á la puerta del Socorro, á fin de asegurar en todo evento la retirada; y por último, penetrar él mismo, con su restante hermano D. Francisco Pacheco, D. Martin Suarez y Almanegra, en la cárcel, para inquirir el calabozo del amante de Catalina y terminar con su libertad la expedicion. Juicioso en realidad aquel plan, y bien distribuidas las fuerzas, ya el éxito solo dependia

de la fortuna, contra cuyos caprichos no alcanza á precaverse nunca la prevision humana, ó si se quiere de la Providencia que esconde á los débiles ojos nuestros el secreto de sus profundos designios.

Para ir desde el cuarto del Alcaide á la cárcel propiamente dicha habia que atravesar dos puertas, pequeñas pero fortísimas, á corta distancia la una de la otra; y luego un angosto callejon de diez ó doce varas de longitud, terminado en otra puerta semejante á las dos anteriores, que daba á la porteria general. Desde esta hasta los encierros, mediaba un laberinto de corredores, escaleras, rastrillos y puertas, en que, sin un práctico, se perdieran inútilmente dias, que no solamente horas, antes de dar con un calabozo determinado. ¡Figúrese el lector lo que seria tener que correrlos y abrirlos todos para encontrar á un preso!

Mas, volviendo á la narracion, nuestros caballeros, forzados por la estrechez del sitio á desfilar de á uno, rompieron la marcha de esta suerte: delante iba Almanegra con luz y el manojo de las llaves; detrás de él Nuño de Chaves con la daga desnuda; luego D. Martin Suarez; y últimamente D. Francisco Pacheco, espada en mano.

Las dos primeras puertas no les ofrecieron otra dificultad que la de atinar con sus respectivas llaves, que fue, en resúmen, perder no poco tiempo; mas al comenzar á abrir la tercera, esto es: la de la porteria general, oyeron tras de ella un gruñido tan amenazador y bronco, que, con ser Almanegra un hombre á prueba de todo género de peligros, helóle la sangre en las venas, obligándole á detenerse, volver la cabeza y decirle á Chaves:

—«¿Habeis oido? ¡Es un perro, ó mejor dicho son algunos los perros!

—Aunque sean todos los demonios del infierno, abre;

que no hemos de retroceder ya ni un solo paso sin don Bernardino.»

La verdad es que, como nunca se prevee todo, ni la Alcaldesa habia hablado á D. Alonso de los formidables individuos de la raza canina que la cárcel custodiaban, ni á ninguno de los caballeros ó bravos se les ocurrió imaginar siquiera que tal obstáculo encontrasen. Y sin embargo, aquellos perros eran mucho mas temibles que otros tantos hombres armados, ya porque intimidarlos se consideraba imposible, ya por el ciego furor é inestinguible rabia con que, arrojándose sobre cualquier hombre para ellos desconocido, y haciendo presa en sus carnes, no la soltaban mientras un solo soplo de vital aliento le quedaba á la víctima.

Asi, pues, no se estrañe ni que Suarez guardase profundo silencio, ni que Almanegra, antes de obedecer la órden terminante de Nuño de Chaves, dejase en el suelo la luz que llevaba, tomara del cinto una pistola, y encendiese su mecha, reconociendo el cebo con prolijo esmero. D. Martin tiró su espada, que hasta entonces conservara en la vaina.

En tanto el sordo gruñir de los perros no cesaba un solo instante, antes, creciendo sucesivamente, iba asemejándose al lejano temeroso bramar de la tempestad, cuando en el horizonte comienzan á aglomerarse las nubes.

Por fin Almanegra hizo girar la llave en la cerradura, y entonces un fiero ladrido, no ya de uno solo, sino de varios perros, hizo resonar las bóvedas de la cárcel toda, interrumpiendo el sueño de los presos, y acelerando los latidos de los corazones de los escaladores, incluso el de D. Alonso de Avila, que en aquel instante entraba por segunda vez en el cuarto del Alcaide.

El bandido que hacia de llavero detúvose segunda vez, diciendo á Chaves:

—«Estamos descubiertos; retrocedamos antes que nos corten la retirada y, en vez de libertar á D. Bernardino, nos quedemos nosotros á hacerle compañía.

—»¡Abre! Gritaron á un tiempo los dos hermanos, mas resueltos que prudentes. ¡Abre! ¡Que no hemos de volvernos sin Bernardino!!»

Suarez seguia callando; Almanegra vacilaba.

—«¡Abre, miserable, ó te mato! Clamó Nuño, amenazando al bravo con su daga; y entonces D. Martin, previendo una catástrofe, dijo para evitarla:

—«¡Abre, Almanegra!»

A cuyo precepto, habituado el bandido á no suponer ni la posibilidad de desobedecer los mandatos del que la vida le habia salvado, abrió, en efecto, resueltamente la puerta, y lanzóse á la porteria, siguiendo su movimiento cuantos á su retaguardia caminaban, con prisa tal como si estraña poderosa fuerza los impulsara. Y fue la causa que ninguno de los tres esforzados caballeros queria ser el último en llegar al peligro, resultando empero, que en realidad mas bien que se seguian se atropellaban.

En todo caso ya el daño no tenia remedio: abrir Almanegra la puerta penetrando en la porteria aceleradamente, tanto ó mas que de su propia voluntad por el material impulso de Chaves, y arrojarse sobre él, sin darle tiempo para hacer uso de la pistola, dos enormes perros, erizado el pelo, sangrientas las fauces, centelleantes los ojos, y como por espíritus infernales animados, todo fue obra de muchísimo menos tiempo que en referirlo empleamos; y el triste bandido, en quien uno de sus enemigos hizo presa en el brazo derecho, mientras que el otro en el cuello, cayó en el suelo lanzando horrible grito.

Al propio tiempo un hombre, detrás del rastrillo principal parapetado, soltaba otros dos perros, hacia

fuego con un arcabuz, y clamaba con desaforadas voces: «¡Favor al Rey, favor al Rey, que escalan la Real cárcel!»

Uno de los perros que al desdichado Almanegra destrozaban, perdió la vida de un tiro que le descerrajó Chaves, mas otro de los nuevos le reemplazó al punto en el *fero pasto*, como dice el Dante; y no hizo poco D. Francisco Pacheco en defenderse del restante, auxiliado por Suarez, herido ya, aunque levemente, por el arcabuz del inesperado defensor de la cárcel.

¿Quién era aquel hombre con quien nadie contaba? ¿Cómo y por qué llegó tan á punto para interponerse entre el preso y sus libertadores?

Era el llavero especialmente encargado de la custodia de Bocanegra, que, por ser de tal importancia el preso y singularmente desde que sus hermanos habian intentado corromperle, tomó la costumbre de dormir en la cárcel aun las noches que, como aquella, no estaba de servicio; circunstancia ignorada de la Alcaidesa, quien no pudo por consiguiente, advertir de ella á don Alonso.

El hábito de la vigilancia y un desconfiar de todo, que es el estado normal de los tiranos y de los carceleros, despertaron y alarmaron al hombre que nos ocupa al primer gruñido de los perros de guardia; lo demas de su conducta nos parece tan fácilmente comprensible que no creemos necesario detenernos á explicarlo.

D. Alonso de Avila, oyendo en el cuarto del Alcaide los ladridos de la porteria, dijo á Luis Ponce, que como sabemos custodiaba á los llaveros presos y á la Alcaidesa que parecia estarlo:

—«La empresa se ha malogrado, vamos á socorrer á vuestros hermanos, y aconsejarles que no comprometan inútilmente su libertad y su vida.»

Y luego á D. Fernando de Córdoba que guarnecía con sus bravos la escalera:

—«Guardadnos bien las espaldas, y envid un hombre á la calle, no sea que nos envuelvan; asi que nos sintais otra vez en esta estancia, emprended tambien la retirada.»

Tomadas asi rápidamente las disposiciones convenientes, corrió Avila con Ponce á la porteria, llegando á tiempo para salvar á Francisco Pacheco y á Nuño de Chaves del furor de los tres perros, los cuales, habiendo dado ya horrible muerte á Almanegra, y ébrios de sangre, y codiciosos de matanza, burlábanse de las espadas y de las dagas, como si su piel fuese invulnerable. La herida de D. Martin enfriándose, le tenia ya incapaz de combatir de ningun modo.

Quizá con el refuerzo de Avila, Ponce, y los dos bravos que los acompañaban, pudieran equilibrarse las fuerzas, aunque el arcabuz y las voces del llavero, secundaban poderosamente la ciega rabia y furor implacable de los tres perros, mas súbito oyéronse pasos, y voces, y estrépito de armas en la escalera principal de la cárcel; y Suarez con su autoridad, y el esposo de Elvira con su fuerza, auxiliada por la de los bravos, lograron, en fin, reducir á la razon á los tres hermanos, obligándolos á retirarse mal que les pesara.

Hiciéronlo á tiempo, pues apenas entraba Avila en el corredor, y aun no habiendo acabado de cerrar con llave su puerta, apareció el Alcaide con cinco ó seis acompañantes bien armados, en la porteria.

Cerca de las dos de la madrugada el custodio de la cárcel regresaba á ella, y al subir sus escaleras, oyendo el ladrar de los perros y el estampido del arcabuz, dijose:

—«¡Perdido soy! ¡La cárcel me han escalado ó los presos se sublevaron!»

Pudiera entrar en seguida, porque tenia llave maestra; pero solo y sin mas armas que una daga, ¿Qué iba á conseguir? Comprometerse inútilmente. Volvió, pues, rápido como una centella, al teatro de la encamisada, donde habia dejado juntos en cierta casa hasta media docena de amigos, todos hombres de pelo en pecho; y llevándoselos consigo, hizo su entrada en la porteria en el momento que dijimos, no hallando en ella mas que los cadáveres de Almanegra y de uno de sus matadores; un lago de sangre en el suelo; nadando en él, y mal heridos, todos los restantes perros; y tras del rastrillo la figura amenazadora del llavero, arcabuz en mano y mecha encendida. Trabajo y tiempo no poco le costó sosegar á sus bravos irracionales servidores, luego fue preciso escuchar el relato del llavero; y bien merecia siquiera algunos instantes de exámen el mutilado cuerpo del bandido; por manera que los escaladores tuvieron de ocho á diez minutos para retirarse pacíficamente, cerrando con llave todas las puertas, y sin dejar en pos de sí rastro ni prenda alguna por donde pudiese traslucirse quienes fueron los que aquel temerario atentado cometieran.

Tal fue el término de tan aventurada expedicion: Almanegra recibió en ella cruelísimo castigo de sus anteriores crímenes; la adúltera y parricida Catalina recobró la libertad, sustrayéndose, por entonces al menos, al cadalso que con sobra de justicia la reclamaba; el mas desdichado que culpable D. Bernardino quedó solo espuesto al rigor de la justicia; y sus tristes hermanos hicieron en vano alarde de su fraternal cariño, de su valor á toda prueba.

Por lo que respecta al Alcaide, su primera diligencia fue interrogar á su muger y á los dos llaveros con ella sorprendidos. Los tres declararon unánimes; y ademas las mutilaciones hechas á la puerta del Socorro, testificaban de su inocencia. El buen Alcaide, pues, hubo de

dolerse de la suerte de su esposa, y afligirse de su miedo, y consolarla de su pena, y disculparse de haber acudido á la encamisada; verificado lo cual como pudo, trasladóse al calabozo de D. Bernardino, á quien, por sí y ante sí, echó dos pares de pesados grillos á los pies y una gruesa cadena á la cintura, asegurando la última á cierta anilla al efecto ya soldada en los muros del encierro.

¿Por qué tan duro trato al desdichado Bocanegra? Porque alguien habia de ser víctima del enojo del Alcaide; y si D. Bernardino ni se habia fugado, ni dado la mas leve muestra de intentarlo, ni aun de desearlo tampoco, en cambio Catalina, su cómplice, faltaba de la prision, y alguien, volvemos á decirlo, habia en resumen de pagar los gastos de la guerra.

Dejóse aherrojar el infeliz caballero sin proferir un solo acento; y el Alcaide, defraudado del placer de vencer su resistencia que se habia á sí mismo prometido, comenzóle á denostar tan ágría como injusta y cobardemente; mas tampoco así logró que el preso rompiera su desdeñoso silencio.

—«¡Ah! le dijo por último y fuera de tino el carcelero: ¿Os obstinais en callar? Pues ya os desatarán la lengua los señores en el potro, cuando os pregunten quiénes son los infames que, escalando la Real cárcel, pusieron en libertad á vuestra manceba!

—¡Catalina libre! Esclamó Pacheco radiante de gozo. ¡Catalina libre! Loado sea Dios; y ahora venga sobre mí lo que viniere, que á todo estoy dispuesto.»

Tal era la pasion ciega del delirante D. Bernardino, que daba por bien empleados todos los horrores de la prision, del suplicio, y de la infamia misma, con tal de que salva é indemne saliese de aquel lance Catalina. ¡Lástima grande que alma tan bien templada se extraviasse, por una criminal pasion dominada! Deplorable



ejemplo de cuan miserables somos, por altas que sean las dotes de nuestro espíritu, cuando deslumbrados por locos antojos, y saliendo de la áspera, pero segura senda de la virtud, ponemos la planta en el camino al parecer fácil que en el abismo de perdición se termina!

Oír al Alcaide y examinar el teatro de las escenas que dejamos referidas, bastaron para que Juan de Samano adivinase lo que al aturdimiento de aquel se escondía.


—«Son ellos (esclamó), son ellos, es Avila, sobre todo, quien con tal temeridad insulta á la justicia en su propia fortaleza. Cueste lo que cueste, con datos ó sin datos, preciso es proceder contra esos hombres, antes que ellos procedan contra nosotros. ¡Bien me lo decia el corazon que esta noche nos seria funesta! ¡Esa mujer, *en el potro*, valia para nosotros un tesoro!»

Y para dar principio á la obra de su venganza, prendió el Alguacil mayor al Alcaide y á la Alcaldesa, poniéndolos en calabozos aparte é incomunicados, y substituyendo en el cargo de aquel al llavero especial de D. Bernardino, que tan denodadamente se habia conducido aquella noche.

Tomadas esas disposiciones, fuese á casa del Doctor Presidente á comunicarle lo acaecido, y tratar con él de lo demas que hacer convenia.

## CAPITULO X.

DE CÓMO VIRGILIO FUE CÓMPLICE EN LA CONJURACION DE MÉJICO.



Los festejos del bautizo de los gemelos y la estrepitosa fuga de Catalina Ponce de Leon alimentaron copiosamente la curiosidad de los noveleros de la capital de Nueva España durante muchos dias, dando pábulo á interminables comentarios y exageradas ponderaciones: pero, si la gente frívola se contentó con lo que de sí daba lo pasado, no asi los hombres políticos á quienes el aspecto de un porvenir preñado de sangre y discordias preocupaba profundamente.

El momento de la catástrofe iba aproximándose con

celeridad espantosa; todos lo veían acercarse, mas nadie contaba con datos suficientes para determinar de antemano el preciso instante de su llegada; nadie osaba tampoco predecir cómo estallaría el volcan, ni quiénes serían los por él tragados.

Ni los de la Audiencia ni los del Marqués ocultaban, aquellos sus recelos, estos sus designios: en las plazas y en las calles, en el Cabildo y en el Tribunal, en la casa de la Conversacion como en los salones del heredero de Hernan Cortés, se hablaba sin rebozo alguno de tomar las armas, de prisiones, de batallas y de suplicios.

Inquieta la plebe, desasosegada la clase media, turbulentos los pobres, temerosos los ricos, suspendidas las obras, paralizado el comercio, Méjico entero, en fin, dominado por el presentimiento funesto de una guerra civil casi inevitable, ofrecía ese aspecto melancólicamente amenazador, que nuestros contemporáneos conocen demasiado para que nos sea forzoso apurar, pintándoselo, los colores de nuestra pobre paleta.

¿Quién de nosotros, los menguados que nacimos y vivimos en el siglo de las luces, no pasó alguna ó algunas veces por esos amargos dias en que de una parte se oye el sordo iracundo bramido de la revolucion, y de otra la voz amenazadora de los gobernantes, conturbando entrambas el espíritu abatido, y no dejándole ni al deseo mismo mas eleccion que entre la furia desbocada de la anarquía, y la cólera frenética del poder? Pues tal era la situacion de los mejicanos en los primeros dias del mes de julio del año de 1866, no ofreciéndoles el porvenir mas perspectivas que la de una conjuracion triunfando violentamente del gobierno legítimo, ó la de ese mismo gobierno vencedor, y convirtiéndose en verdugo. En resúmen: siempre proscripciones, desórden, venganzas, víctimas y desolacion.

Pero todavia vacilaban los dos bandos: el de la Audiencia, porque D. Luis de Velasco, firme en su propósito de aparente neutralidad, resistiase á prestar su auxilio á los Doctores, fuera del caso de presentarle, antes de tomar providencia alguna contra los conjurados, pruebas irrecusables de su delito, no pareciéndole tal, aisladamente considerada, la carta de Bocanegra á Suarez hallada en el cadáver de Juan Ponce de Leon; carta que, sin embargo, era el único documento de alguna importancia que los Doctores poseian. Por lo que respecta al bando del Marqués, detenian su accion dos dificultades gravísimas, ó mas bien cuatro en realidad, como el lector verá por lo que sigue. Primeramente la ausencia de Cristóbal, y la desaparicion de Poyahuitl anulaban el poderoso elemento de los indios insumisos, mientras que las predicaciones de los franciscanos y el viage de Fernando de Valdestillas á Cholula, de tal manera habian entibiado los ánimos de los moradores de Tlatelolco que, al menos para el primer momento, fuera temerario contar con ellos. En tercer lugar, el Marqués, asombrado de su propia temeridad en lo del bautizo, recogia velas á toda prisa, mostrándose tan reservado y meticoloso que, nunca menos que entonces, osara nadie proponerle á las claras que se pusiera al frente de la sublevacion; y por último, no pocos de los nobles en realidad conjurados, á medida que la crisis se hacia inminente, iban ó retrayéndose con mas ó menos disimulo de tomar cartas en el negocio, ó sin reparo alguno dejaban la ciudad so pretesto de visitar sus haciendas rurales.

Tres hombres, empero, mantenian viva la llama del fuego sacro en la conjuracion: Suarez, Avila y el Dean D. Juan Chico de Molina. El primero, aunque en realidad ya descorazonado á vista de tantos y tan patentes desengaños como le abrumaban, porque aquella empre-

sa era su idea esclusiva, su sentimiento dominante, su vida entera; el segundo, porque ansiaba darle á su existencia un objeto elevado, ó terminarla con muerte gloriosa; y el último por miedo; sí, por miedo, pues, como ya indicamos, viéndose comprometido, queria á toda costa triunfar ó comprometer tambien al género humano.

Faltaba, pues, solo una ocasion que decidiera á Velasco, ó que al Marqués forzase á obrar resueltamente, para que la Audiencia cayera sobre sus enemigos, ó estos levantasen el estandarte de la rebelion.

Asi las cosas, los partidos, en defecto de la resolucion y medios necesarios para envidar de una vez el resto, jugando á la suerte de un solo lance su porvenir y existencia, pasaban el tiempo en observacion recíproca de sus respectivos movimientos, en parciales escaramuzas que la casualidad producía ó la locura provocaba, y principalmente en formar planes de operaciones los del Marqués, y de venganza los de la Audiencia; porque siempre la preocupacion capital de los caballeros fue la batalla, mientras que el blanco de los Doctores el suplicio. Cada cual prefiere naturalmente el juego en que se presume mas fuerte.

D. Martin Suarez de Monroi no estaba para proyectos, pues desbaratado en su esencia su plan primitivo, tenia poquísima fé en cualquiera otro; y únicamente por que ni le era posible, ni en su entendimiento cabia siquiera la idea de retroceder, proseguia en la empresa; don Alonso de Avila, desatendidas sus proposiciones tanto en Chapultepec como en Méjico, y resultando de ello que se perdieron dos ocasiones, en su sentir á cual mas propicia, de apoderarse por sorpresa de los gobernantes y de la ciudad, no quiso poner en prensa inútilmente por vez tercera su ingenio; y en resúmen al de D. Juan Chico

de Molina se encomendó entonces que imaginase el medio de dar cima al temerario intento.

Arduo trabajo, sin duda, en sí mismo, y mucho mas habiendo de desempeñarse con sujecion á forzosas condiciones, porque ni podia prescindirse de lo irresoluto del carácter del Marqués, y juntamente de la necesidad de su persona; ni del gran pensamiento político del conspirador misterioso; ni, en fin, de las caballerescas exigencias de la parte activa de la nobleza, representadas por D. Alonso. Erále, por tanto, forzoso al eclesiástico combinar tales elementos con el de su astucia ingénita, haciendo de manera que los indios, los nobles de origen castellano, los aventureros europeos, y sobre todo el Marqués del Valle, se hallasen un dia irrevocablemente comprometidos en la conjuracion, mas de suerte que en los medios quedara á salvo el honor caballeresco, y en definitivo resultado surgiera de entre el fragor del combate y el incendio de la civil contienda, una nueva poderosa Monarquia en el recién descubierto mundo.

Antes de proceder mas adelante con la narracion notemos aquí una singular circunstancia, digna bajo mas de un concepto de tomarse en consideracion, á saber: lo poquísimo que los conjurados coataron en sus trabajos con lo interior de aquel dilatado reino. Fuera de lo que Suarez en los principios de la empresa hizo entre los indígenas, no queda rastro de donde pueda inferirse que *se trabajó*, como hoy se dice, en las provincias. Limitada la esfera de accion á la capital, verdad es que se concentraban la actividad é inteligencia de los conjurados á un solo punto, pero evidente tambien que los gobernantes tampoco tenian que defender mas que la metrópoli, y que frustrado en Méjico el golpe, la conjuracion se aniquilaba en el acto. No pudiendo atribuir á falta de inteligencia ni de ardimiento tamaña falta, claro

es que hemos de considerarla como necesidad procedente de las circunstancias y situacion especial del pais; porque, en efecto, aun entonces la vida civilizada, la manera de ser á lo europeo, concretábanse casi exclusivamente en aquel reino á su capital, y cualquier tentativa hecha fuera de ella pudiera tal vez conducir á prolongar la guerra, pero nunca al triunfo definitivo.

Los limites de la capital, pues, hubieron de circunscribir forzosamente los proyectos de D. Juan Chico de Molina, del mismo modo que antes que los suyos acotaron los de sus dos antecesores en el oficio de trazar y combinar aquellos tan temerarios como culpables planes.

Aceptando, en consecuencia, nuestro prebendado, como dato fundamental el pensamiento de D. Alonso de Avila, de que ninguna ocasion podia ser mas propicia para descargar el golpe de gracia sobre el gobierno de la Audiencia en Nueva España, que la de cualquier fiesta ó funcion pública; pero queriendo tambien que los Magistrados no se hallasen tan prevenidos como forzosamente habian de estarlo siendo sus contrarios los autores é inventores del festejo, consagró Molina sus primeras cavilaciones á pensar el dia para su objeto conveniente. Poco tardó en presentársele á la imaginacion lo que buscaba: el 12 de agosto, víspera de San Hipólito, aniversario del asalto y conquista de Méjico, era de rigor que la Audiencia, el Ayuntamiento, los demas funcionarios públicos, y la nobleza toda, sacaran de la casa Consistorial el Pendon glorioso de Hernan Cortés, y procesionalmente fuesen con él á dar gracias al Dios de las batallas en la ermita de aquel santo, por la insigne proteccion que en dia semejante del año de 1521 dispensó á las armas españolas. Con ocasion de aquel acto religioso reuníanse, pues, las autoridades por costumbre nunca desde la conquista interrumpida, y agregábaseles la nobleza; y el Marqués del Valle, mas interesado que

nadie en tan glorioso recuerdo, solemnizaba siempre el acto con alguna extraordinaria demostracion; y el pueblo inundaba las calles. En resúmen, ningun dia mas apropiado para sorprender á los Doctores y acabar con su gobierno.

¿Pero en qué momento y de qué modo habian los conjurados de arrojar, en fin, la máscara y levantar la voz apellidando: *Méjico por el Hijo de Hernan Cortés?* En eso estribaba la dificultad gravísima para un eclesiástico, familiar sí con las sùmulas y los cánones, pero no con las estratagemas de la guerra. Y sin embargo, Chico de Molina queria presentar un plan completo, un plan sorprendente, un plan que humillase ante su inteligencia superior al grave D. Martin Suarez, como al petulante D. Alonso de Avila.

¿A dónde acudir en busca de ejemplos que imitar en lance tan poco aducado á sus estudios y ordinaria vida?... ¿A dónde?

Cerca de una semana entera perdió el bueno del Dean, devanándose los sesos para imaginar algun medio ingenioso, algun peregrino espediente; y ya casi estaba decidido á confesar su impotencia, cuando súbito un rayo de luz celeste, ó que tal parecia, iluminó su mente.

—«Virgilio (esclamó); Virgilio va á sacarme del terrible apuro en que me encuentro, ó no me saca nadie en este mundo!»

Y diciendo y haciendo, tomó de su libreria un ejemplar de la Eneida primorosamente encuadernado; buscó afanoso el célebre pasage que comienza:

«Conticuere omnes intentique ora tenebant

«Inde Toro, Pater Eneas, sic orsus ab alto:»

y sin descanso leyóse toda aquella bellísima inimitable descripcion de la suprema noche de Troya.



La astucia de Sinon, que el *Maestro*, como á Virgilio llama el Dante, califica de *alevosia*, al paso que tan de sobra indulgente juzga el villano proceder del *Pio Eneas* con la apasionada Dido; la astucia de Sinon, decimos, pareció al Dean digna de ser imitada en todas sus partes, y por tanto propúsose ser en aquella ocasion fidelísimo imitador del pérfido griego. Y es de advertir que los españoles del XVI siglo, en materia de letras sobre todo, teníanse por originales y felices inventores siempre que con alguna propiedad y acierto conseguian imitar, no á los franceses como ahora se usa, si no á los autores clásicos de la sabia antigüedad: por lo cual nuestro D. Juan Chico de Molina, lejos de escrupulizar en hurtarle el pensamiento al ilustre protegido de Meceñas, imaginábase por tal hazaña émulo y vencedor rival de aquel que al mismo númen

*Que es aliento de la tierra,  
Arbitro del dia y noche,  
Monarca de los Planetas,  
Rey de los astros y signos,  
De luceros y de estrellas,  
Vida de frutos y flores,  
Y alma de montes y selvas,*

robó audáz un rayo de la celeste lumbre para que

*Desmintiendo las tinieblas  
De la noche, en breve llama  
Supliese del sol la ausencia,*

iluminando la ceguedad de los ignorantes, y demostrando las escelencias del saber,

*Pues moralmente se viera  
QUE QUIEN DA LUZ Á LAS GENTES,  
ES QUIEN DA Á LAS GENTES CIENCIA (1).*

(1) Calderon. *La estatua de Prometeo*. Jornada I.

No obstante, como la pretension de originalidad es achaque del ingenio inseparable, ocurriósele al Prebendado la felicísima idea de reemplazar el famoso *Caballo* que fue carnicero lobo en el redil troyano, con un navío, tambien de armas mortíferas y fuertes campeones preñado.

Segun el plan de Chico de Molina debia, en efecto, de construirse un navío capaz en sus dimensiones de contener ocultos lo menos doscientos hombres de armas, y sobre su cubierta seis ú ocho piezas de artillería, con la tripulacion y soldados correspondientes á su ostensible servicio. Colocado el buque en medio de cierta plazuela, á espaldas del Palacio situada y por esa razon llamada *del Marqués*, habia de hacerse un *artificio* (asi le llama Torquemada) que consistiria sin duda en un plano inclinado, que partiendo de la Torrecilla del Reloj (la de la esquina de la calle de Tlacuba), terminase en la borda del bajel. Asi dispuestas las cosas so pretesto de solemnizar las vísperas del dia de San Hipólito, ordenó el Dean que, cuando la comitiva del Pendon, dirigiéndose á la ermita del Santo, llegase á la plazuela, bajase desde la Torrecilla y por el artificio D. Martin Cortés acompañado de razonable número de caballeros, en son de simulada batalla contra los del navío, quienes á su vez, aparentando defenderse de aquel ataque, acudirian á las armas rompiendo ademas el fuego con su artilleria, en realidad contra la Audiencia y personas de su acompañamiento.

Entonces, tronando tambien los cañones de la torre, debia dar á luz el navío sus guerreros, y acudir de todas partes las fuerzas de los conjurados, y arrebatár D. Martin de manos del alfez mayor de la ciudad el pendon glorioso de la conquista, *apellidando Rey nuevo* (1), y caer, en fin, todos los conjurados sobre sus

(1) Torquemada: Tom. I, Lib. V, Cap. 48. (1)

enemigos, para *matar* (escribe el coronista franciscano refiriendo lo que de la conjuración se decía en su tiempo) *á los Oidores y á todos los demas que no se rindiesen á la voz y nombramiento de nuevo Rey en la tierra.*

Como se vé, el bueno del eclesiástico y su involuntario cómplice Virgilio, no formaron un plan de esos que, con un galicismo de sobra admitido entre nosotros los modernos, se llaman hoy *al agua de rosa*; antes por el contrario, era indudable que, llevado á cabo tal proyecto, en vez de batalla, habria matanza; y harto contingente que, comenzando bajo tan sangrientos auspicios, la revolucion fuese anárquica y cruelísima en todo el discurso de su violenta carrera.

¿Qué hombre era, pues, el Dean? ¿Algún Atila tonsurado? ¿Quizá un Robespierre con sotana y manteo? Nada de eso: *un cobarde*, nada mas que un cobarde, lo cual basta y sobra para explicar con claridad lo friamente feroz de su proyecto. De miedo de que le venciesen y ahorcaran en consecuencia, queria Chico de Molina comenzar la empresa esterminando alevosamente á los principales entre sus enemigos; mostrábase cruel, no por sed de sangre, no por odio á nadie, sino por temor á la muerte, por amor á sí mismo. ¡Dios nos libre, amen, una y mil veces, de un contrario cobarde hasta el punto de no creerse seguro mientras con nosotros no acabe!

Hombres de otro temple eran D. Martin Suarez de Monroi y D. Alonso de Avila; mas, sin embargo, dieron por bueno y aceptaron gustosos el proyecto del Dean, salvas algunas modificaciones importantes; como, por ejemplo, la de no consentir en que la señal de ataque fuese una descarga cerrada de la artilleria contra los de la procesion, que fuera, en verdad, comenzar por asesinarlos á todos, yendo aún mas allá que los sicilianos en sus sangrientamente famosas visperas. Avila y

Suarez aceptaron, pues, el proyecto que en el fondo era á un tiempo ingenioso y sencillo, mas á condicion de economizar todo lo posible el derramamiento inútil de sangre; para conseguir lo cual convinieron en que gran número de conjurados asistiese á la comitiva del pendon, y al llegar D. Martin Cortés al costado del navio, y hacer salva los cañones de la torrecilla, pero salva inofensiva, se arrojasen sobre los Doctores, Alcaldes, y Alguacil mayor, apoderándose de sus personas sin lastimarlas, á no ser en el caso de resistirse aquellos funcionarios á mano armada. De ese modo se conseguia el objeto deseado, sin cometer estérilmente un sin número de asesinatos, cuya vista pudiera indignar al pueblo, y cuyo solo relato bastara indudablemente para hacer odiosa al universo entero la nueva monarquía, desde el primer instante de su existencia.

Ni el Dean en su proyecto, ni Suarez y Avila al modificarlo, dieron papel activo en la ejecucion del temerario designio al Marqués del Valle, sin embargo de ser aquel caballero la persona mas interesada en el éxito de la empresa, pues claro estaba que, vencedora la conjuración, pasaba de simple título de Castilla á monarca de Méjico, y triunfando la Audiencia, no habia de bastar la corona de Marqués, á proteger su cabeza contra el rayo de la justicia ó de la venganza del prudente Felipe II, Rey de España y de sus Indias.

Para esplicar tal fenómeno bástanos referirnos á lo que muchas veces hemos dicho: con el Marqués no podia contarse, por lo irresoluto de su carácter, para tan aventurados proyectos. Si se vencía, no era de temer que rehusara la corona; sucumbiendo... sucumbiendo, sin duda los gefes de la conjuración llegaron á pensar como el Cristianísimo Rey de Francia Luis XV, que solia decir: «*Aprés moi le deluge!*» esto es: una vez nosotros degollados, que se arregle el Marqués como pueda.

No consta tampoco que los conjurados iniciasen en su postrer plan á D. Martin Cortés, pero es presumible que sí lo hiciesen, pues que le atribuyeron parte activa y principalísima en aquel drama, en primer lugar; y en segundo, porque el ilustre Bastardo tenia un temple de alma enteramente distinto del de su legitimo hermano.

En todo caso es indudable, ó tal parece á juzgar por los datos que hemos podido haber á la mano, que entraban en la conjuracion, ademas de Suarez, Avila, el Dean y el hijo de Marina, las personas que vamos á enumerar, todas de la nobleza, todas importantes en Méjico, y muchas diversas veces ya nombradas en el discurso de nuestro imperfecto pero prolongado trabajo.

Eran pues: D. Luis de Castilla, y su hijo D. Pedro Lorenzo; D. Carlos de Zúñiga; D. Pedro de Luna; Hernan Gutierrez Altamirano; los tres hermanos D. Lope de Sosa, Alonso de Estrada, y Alonso de Cabrera; Diego Rodriguez Orozco; Antonio de Carvajal, el mozo; Juan de Valdivielso; D. Juan de Guzman; los cuatro hermanos de D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, á saber: Nuño de Chaves, Luis Ponce de Leon, D. Fernando de Córdoba, y D. Francisco Pacheco; Juan de Villafaña; Juan de la Torre; los hermanos D. Pedro y D. Baltasar de Quesada; D. Diego Arias de Sotelo y su hermano don Baltasar de Sotelo; y Pedro Gomez, hijo del capitan Andrés de Tapia, mas los deudos, amigos, y servidores de todos esos caballeros, y otros muchos de cuyos nombres no queda ya ni memoria.

De cuanto dejamos escrito se desprende con evidencia que en los primeros dias del mes de julio la conspiracion, teniendo á su frente las personas mas importantes del reino por su nacimiento, riquezas, valor personal, y prestigio con las clases inferiores; contando con la cooperacion de una gran parte de la plebe europea, con las simpatias, cuando menos, de la mejicana, y con

el apoyo moral de la clase media, era fortísima sin duda alguna, y tanto que, racionalmente calculando, su triunfo debiera tenerse por fácil y seguro.

Mas faltábale á tan robusto cuerpo un espíritu que le animase; faltábale á la conjuración una *idea* de esas grandes, luminosas, fecundas, cuya realización hace que las naciones avancen mas en la senda del progreso social durante un dia, que tal vez en el largo trancurso de un siglo; faltábanles, en fin, á los conjurados, con la razón y la justicia, un objeto grande, un fin generoso que realizar.

¿Qué se proponían, en efecto? Vengar los agravios de una familia, castigar la insolencia de unos cuantos subalternos tiranuelos, que al amparo del cetro de Castilla, saqueaban á Méjico en provecho propio. ¿Y correspondían á tal propósito los medios que para conseguirlo iban á emplearse? ¿Era lógico, ni mucho menos equitativo, trastornar un reino, romper los vínculos que le unían con la madre patria, rebelarse contra la Monarquía española, porque al Marqués del Valle no se le trataba bien, y para hacer justicia de Doctores y curiales? Confesemos paladinamente que ni razón, ni justicia tenían los conjurados; veamos y confesemos tambien que el pueblo, aún prefiriendo los nobles á los golillas, debió sentir que podría cambiar de amos, pero no mejorar esencialmente de condicion; y en tal supuesto fácil nos será comprender que los conjurados mismos, conspirando y no revolucionando, vacilaran siempre en el momento de saltar la valla, y que los gobernantes, débiles en cuanto hombres, hallasen un manantial inagotable de fuerza, ya en lo legítimo de su autoridad, ya en lo criminal de los intentos de sus enemigos.

Sin embargo, los trabajos de los últimos caminaban con rapidez y actividad durante la primera quincena de julio; el *navio* que para rivalizar con el *caballo* de Tro-

ya se imaginó, construíase sin misterio alguno á toda prisa; los nobles compraban armas y caballos para sí y para sus servidores; los correos iban y venian á las haciendas de campo, y á las ciudades y lugares de lo interior de la tierra, con mensajes y cartas, y la voz pública, ese acento vago, sin procedencia conocida, y que, como el bramar del viento, resuena simultáneamente en todo el espacio que corre, la voz pública anunciaba, paso por paso, la aproximacion de la catástrofe.

La Audiencia llegó, en fin, á comprender que su hora era llegada, si no ponía en práctica aquel famoso precepto de la Lavandera de Nápoles:

*«Madruga, y mata primero.»*

Mas para matar se necesita puñal, y ese los Doctores no lo tenían, merced á la diplomática conducta de D. Luis de Velasco; porque, si bien Juan de Samano habia reunido, como dijimos, algunos centenares de hombres, eran ellos tan visoños y de tan mala calidad su armamento, que cualquiera persona, aún siendo mucho mas confiada que los Oidores, vacilara en lanzarse sin otro apoyo á luchar contra toda la aristocracia de Nueva España.—Los calabozos, pues, estaban dispuestos, el potro con cuerdas nuevas, los espías vigilantes, y los jueces impacientes de comenzar á ejercer su tremendo oficio: pero nadie osaba dar la orden de prender á los presuntos delincuentes.

En resolucion, Méjico habia llegado á la mas violenta de las situaciones posibles, cuando el domingo 14 de julio, hallándose en misa la Audiencia en cuerpo, asistida de sus subalternos y parciales, en la Iglesia Metropolitana, entróse por la ciudad adelante un correo, cuyo aspecto revelaba que en breve tiempo habia andado mucho mas camino del que de correr tenían costumbre los mas diligentes de su oficio. Procedia, en efecto,

de la Veracruz; y sin descanso, ni casi tomar alimento, corrió el largo tránsito de aquella jornada, con toda la prisa que lo despoblado del país, y el atraso de la civilización en la época se lo consintieron. Dijéronle en casa del Doctor Presidente dónde estaba y qué hacía aquel grave magistrado, y tanto era el afán del correo por verle, que sin apearse del caballo encaminóse en derecha á la Catedral, donde, no obstante su impaciencia, hubo de conformarse á esperar que la misa se terminase, pues no eran tiempos aquellos en que, á menos de peligro de muerte, se interrumpiese á nadie en ocupación tan santa. Mas apenas hubo el Preste terminado el divino sacrificio, el diligente correo, sin aguardar á que Ceinos se apartara de su sitio de aparato, acercósele, y haciéndole profunda referencia puso en sus manos un pliego sellado, que hasta entonces guardara oculto en el seno.

Miró primero ceñudo el Doctor al audaz pechero que así osaba interrumpirle en sus oraciones, mas como al mismo tiempo hubo de fijar la vista en el sobrescrito del pliego, desarrugó el semblante, y echó á andar para salir de la Iglesia, haciendo seña á sus compañeros para que le siguieran, y diciendo al correo.—«Venga conmigo; y no hable con nadie.» Para conformarse, sin duda, estrictamente á tal precepto, respondió el portador del pliego al Presidente con una profunda inclinación de cabeza, colocóse á su espalda, y siguióle como la sombra al cuerpo hasta el átrio de la catedral.

Esperaban allí sillas y escuderos á los Doctores, y aun á las Doctoras, dijéramos, si ya doña Beatriz y la culta Ines, cada cual en su silla distinta, no salieran del átrio cuando á él llegaron sus respectivos esposo y padre. Disponíase Fortun á seguir á su señora, mas llamándole Ceinos, díjole algunas palabras al oído, y el Page con su viveza acostumbrada, pero afectando el



aire de quien se pasea por pasearse y nada mas, fue en un momento desde la silla de su amo á la de Villalobos, de esta á la de Orozco, y luego á la del Alcalde Villegas, y en fin á la del Alguacil mayor, dando su mensaje correspondiente á cada cual de aquellos personajes, y volviendo, sin embargo, á tiempo para alcanzar á Ceinos antes que de la plaza saliese. Es fama que por la viveza de su carácter y la celeridad de sus movimientos, en gran parte, alcanzó el discreto Page el afecto cariñoso asi de su señor como de su señora.

Mas sea de eso lo que hubiere sido, que no merece un pagecillo detenernos en ocasion tan crítica, sigamos á los Doctores en su camino y los veremos ir uno tras otro, por distintas calles sin embargo, á la casa capitular de la ciudad, entrar en ella, y encerrarse con el Alcalde y el Alguacil mayor sus íntimos confidentes, tomando antes Ceinos la precaucion de poner á buen recaudo al pobre correo, mas que absorto de verse preso, cuando esperaba recibir al menos las gracias, ya que no algun pecuniario agasajo, por la diligencia de su viaje.

—«¡Medrados estamos! (esclamó el Doctor Presidente, entablado asi la conferencia). ¡Medrados estamos, señores y amigos míos!

VILLALOBOS.

¿Qué acontece pues? ¿Revelóse alguna provincia?

CEINOS.

Estoy por deciros que me alegrara: pero no es eso lo que sucede.

VILLEGAS.

Esplíquese de una vez vuesa merced, que nos tiene á todos con el alma en un hilo.

OROZCO.

¿Qué es ello, en fin?

CEINOS.

Tomad, señor Juan de Samano, tomad ese pliego, y leed en voz alta sus cláusulas; que, cuando todos lo hayais escuchado, confesareis que no sin causa dije y repito, que estamos medrados, ¡pésia mi vida!

SAMANO.

(*Leyendo.*)—«Sevilla y Mayo de 1566 años.—Amigo  
»y señor mio: pésame de daros malas nuevas, mas peor  
»fuera que os cogieran de sorpresa. Sabed, pues, que el  
»Rey nuestro señor (D. L. G.), oido su Consejo de Indias,  
»ha venido en proveer el Vireinato de Nueva España, en  
»D. Gaston de Peralta, Marqués de Falces, quien ya se  
»encuentra en esta ciudad preparándose á embarcarse en  
»la flota que ha de darse á la vela dentro de muy breves  
»dias. Triste cosa es que S. M. no dándose por bien ser-  
»vido con los trabajos de esa Audiencia, encomiende  
»otra vez el gobierno de Méjico á un hombre de capa  
»y espada; pero andando el tiempo Dios mejorará sus  
»horas, y el Monarca abrirá los ojos, para procurar lo  
»cual con todas veras quedamos por acá y en la corte  
»vuestros amigos.—Aprovecho la ocasion de un bajel  
»ligero que se anticipa á la flota, para daros este aviso  
»reservado, por conducto de vuestro discreto confidente  
»de la Veracruz.....»

CEINOS.

Basta, Samano. Ya veis, señores, que los Ministros del Rey, ocultando la verdad á sus ojos, han logrado privarnos del fruto de nuestros afanes, enviándonos aho-

ra á ese Marqués, título por cierto para nosotros de mal agüero, á que.....

VILLALOBOS.

A que se despeñe, Doctor, á que se despeñe; y no me mireis con espantados ojos, cual si un gran desatino me oyérais decir; porque os digo en verdad que, si á mi parecer os place conformaros, el Marqués de Falces, al mes de estar en Méjico, quisiera mas no haber nacido que verse en calzas tan prietas como ha de hallarse.

OROZCO.

A fé mia, que no os entiendo, Villalobos.

SAMANO.

Yo sí; y digo que no está del todo mal pensado. El Doctor Villalobos quiere, si no me engaño, que dejemos venir al Marqués, y hacer á los conjurados. ¿No es eso?

VILLALOBOS.

Cabal; y como ese hombre, abandonándole nosotros, no perezca á manos del Marqués del Valle y sus rebeldes parciales, por mí sea la cuenta!

CEINOS.

Tiene eso dos inconvenientes: el primero que, segun las trazas, no querrán los de la conjuracion esperar la venida del nuevo Virey, sino acabar antes con nosotros; y el segundo, que no saldriamos, en todo caso, mejor librados, ya esté, ya no esté mandando en Méjico el Marqués de Falces.

SAMANO.

Si yo no comprendo mal, el deseo del Doctor Presidente redúcese á que escogitemos aquí un medio

para que el gobierno del Virey que nos anuncian sea de corta duracion, y á él suceda el *nuestro*, quiero decir, el de la Audiencia.

OROZCO.

Porque así conviene al servicio del Rey.

VILLALOBOS.

Y al bien de estos Reinos.

CEINOS.

A la recta administracion de la Justicia, y mayor gloria de Dios.

VILLEGAS.

Y al lustre de la imperial ciudad de Méjico.

SAMANO.

Todos estamos en eso de un parecer, y la dificultad estriba solo en descubrir la senda mas fácil, segura y pronta para llegar al fin que nos proponemos. Por lo que respecta al Virey, pues que ya no podemos contradecir su nombramiento, resignémonos á dejarle venir; que una vez en esta tierra, para él completamente desconocida, con solo abandonarle á sus propias fuerzas, ó cuando mas arrojando alguna piedra que otra en su camino, yo os fio que tropezará sin que se tarde mucho, y de manera que para no levantarse caiga. Menos obvio me parece lo de heredarle definitivamente; porque en la corte los grandes señores tienen todavia mas poder que conviniera, aunque no tanto ya como sus abuelos: pero, con todo, si la Audiencia pudiera hacer al Rey algun servicio señalado antes de que el Virey llegase á Nueva España...

CEINOS.

¿Qué servicio mayor que el de castigar ejemplarmente á los traidores que pretenden usurparle esta joya, la mas preciosa de su regia diadema?

VILLALOBOS, OROZCO Y VILLEGAS.

(*A un tiempo.*) Cierto; prendamos hoy mismo á los conjurados, y degollemos luego á los principales.

SAMANO.

Lo mismo propusiera yo, si hacerlo fuera tan fácil como decirlo; pero, sin rodeos, porque la ocasion no los consiente, si D. Luis de Velasco no está con nosotros, será temerario con evidencia arrojarnos á tamaña empresa.

CEINOS.

Si Velasco no es uno de los traidores, poco le falta.

SAMANO.

Perdóneme vuesa merced que le contradiga, pero creo que se engaña. D. Luis es un mozo harto aprovechado y que sabe demasiado bien donde le aprieta el zapato, para lanzarse á buscar aventuras propias solo de un visionario como ese *Suarez*, á quien llaman los rebeldes el *Mártir*, ó de un desesperado libertino como D. Alonso de Avila.

VILLALOBOS.

Esplicadnos, pues, si podeis, por qué Velasco se retrae de prestar apoyo á los que aquí representan nada menos que al Rey Nuestro Señor.

SAMANO.

Sin estenderme mucho, os diré que D. Luis de Velasco gusta poco de servir á nadie de instrumento, y menos de hacerse enemigos, como no le tenga muchísima cuenta á su persona. Ved ahí la clave de su conducta, y al propio tiempo el talisman único con que podremos reducirle á nuestros fines.

CEINOS.

¿Cómo, pues?

SAMANO.

Haciéndole ver que le tiene cuenta: presentándole en perspectiva el Vireinato, que es á lo que desde la muerte de su padre aspira constante y tenazmente.

OROZCO.

En ese caso, Virey por Virey, aténgome al Marqués de Falces.

VILLEGAS.

Y yo y todo: D. Luis sabe de memoria la tierra y sus gentes, y no es ademas hombre que con nadie partirá el mando, si una vez se ve en posesion del gobierno.

CEINOS.

Y si no, ved cómo, por solo tener á su disposicion unas cuantas banderas, pretende sojuzgarnos.

VILLALOBOS.

Digo que me parece peor que la enfermedad el remedio de Samano.

SAMANO.

Vuestas mercedes lo pensarán mejor, y yo fio de su mucha cordura y estremada discrecion que han de

avenirse á mi parecer. No se trata de nombrar Virey á Velasco ; sino de hacerle concebir la esperanza de apoyarle en sus ambiciosas pretensiones; y no hay para qué decirnos que del dicho al hecho hay un gran trecho.

## CEINOS.

Aún así entiendo que á D. Luis debemos mirarle como á un hombre quizá mas peligroso que los conjurados; pues al cabo estos van por tal camino que solo por milagro puede dejar de llevarlos al despeñadero; y el hijo del Virey difunto, siguiendo la trillada senda de los ambiciosos cortesanos, es mas que probable que llegue al cabo á salirse con la suya.

## SAMANO.

No debo, ni quiero tampoco, contradecir yo al señor Presidente: solo quisiera que me dijese cómo haremos para sorprender y castigar á los rebeldes, antes de la llegada del Marqués de Falces, sin contar con el auxilio de D. Luis de Velasco.»

Cruzóse de brazos el Alguacil mayor al terminar tan directa como concluyente interpelacion; y miráronse unos á otros, harto perplejos, los Doctores; y bajaron los ojos; y durante algunos minutos reinó profundo melancólico silencio en aquella respetabilísima junta.

En verdad, difícil, si no imposible, era para la Audiencia no zozobrar en alguno de los escollos del peligroso mar en que navegaba: porque, permaneciendo inactiva, ó la conjuracion acababa con ella á mano airada, ó para el Marqués de Falces quedaba la gloria de castigar á los rebeldes; y decidiéndose á proceder contra los descontentos, habia de impetrar el auxilio de D. Luis de Velasco, que equivalia á convertirse en instrumento de tan temible ambicioso caballero.

Figúrese ahora el lector qué sensacion produciria

en hombres por tales pensamientos profundamente preocupados, la voz de un portero diciendo:

—«Don Luis de Velasco, Capitan General de la expedicion á la Especería, solicita que los señores de la Audiencia le escuchen luego, luego, para asuntos importantes del Real servicio.»

Apresúrose Ceinos á mandar que se franquease la entrada al Capitan General, y mientras el portero iba á buscarle, dijo Samano:

—«Que me maten, si ya no sabe tambien D. Luis el nombramiento del Marqués de Falces.»

—¿Y presumís (replicó Ceinos) que viene á ofrecérsenos?

—Quizá: pero silencio que aquí le tenemos.»

En efecto, D. Luis de Velasco entraba ya por las puertas de la sala capitular, grave el semblante, arrugado el ceño, y en trage mas de campaña que de ciudad, llevando las botas altas, la coraza y brazales, aunque encima el gaban, y en la cabeza el chambergo.

Levantáronse los Doctores por honrarle; correspondió él á tanta cortesía con un profundo saludo, y en seguida, sin querer sentarse en el sitial que se le ofrecia, dijo en voz mas iracunda que sosegada:

—«Señores: hay en Méjico una conjuracion para levantarse con el reino, apellidando Rey al Marqués del Valle; y yo vengo á denunciársela á la Audiencia (1), ofreciéndole ademas mi espada, y los soldados que rijo, para el castigo de los rebeldes.»

—«No tiene duda (dijo Samano al oido de Villegas), D. Luis sabe, como nosotros, que se ha nombrado ya Virey para Nueva España.»

(1) D. Luis de Velasco (dice Torquemada, tomo I, libro V, capítulo XVIII), fue uno de los descubridores de la liga (la conjuracion), porque alcanzó á saberla de algunos que eran comprendidos en ella.



## CAPITULO XI.

EN EL QUE SE VERÁ COMO EN TODO PENSABA DON ALONSO DE AVILA  
MENOS EN LOS RIESGOS QUE SU PERSONA CORRIA.



ICE bien el vulgo, que el trato engendra cariño; y no solo es verdad ese adagio relativamente á las personas con quienes en realidad vivimos, sino tambien, por nuestra parte al menos, hasta aplicado á muertos y personajes fantásticos. Leyendo á Walter Scott, Fergus, Mac'Ivor y su hermana Flora en el Waverley; la judia Rebeca, y el siervo Gurth y su compañero el simpático loco, en el Ivanhoe, nos cautivan ellos y enamoran ellas. ¿Quién, que tenga un corazon sensible al encanto de la virtud poética y del honor sin tacha, no es amigo, sincerísimamente amigo del *Ingenioso Hidalgo*, tan falto de juicio

como de nobleza y generosidad de sentimientos sobrado?—Pues en virtud de esa ilusion, que ilusiones al parecer son los mas de los afectos en este prosáico mundo, en virtud de esa ilusion, á nosotros nos tiene tan ganada la voluntad D. Alonso de Avila desde que en escribir este libro pensamos, que, pecando contra las reglas del arte, le dimos en el discurso de estas páginas toda la importancia de un verdadero protagonista; y en este momento nos disponemos á tratar de sus vicisitudes con cierta opresion en el alma, como si hoy, y no hace tres siglos ocurrieran aquellas.

Si un libro de pasatiempo, y sobre todo un libro escrito con tan escaso ingenio como el nuestro, fuera digno de ocupar la atencion pública, como la estension de voz de un tenor, por ejemplo, ó bien las artísticas coqueterias de una cantante con voz ó sin ella, apostariamos hasta tres suscripciones nada menos, á que habian de formarse partidos en pró y en contra de la razon que unos dirian nos asiste, y que nos falta otros, para preferir á D. Alonso á casi todos los demas personajes que hasta ahora pusimos en escena.

«Bueno está eso (dirian los moralistas, secta que me aterra), bueno está eso de simpatizar precisamente con un hombre, de quien podian decir los mejicanos aquello de que con él

«No hay honor seguro aquí

«Ni en casada ni en doncella!

«Bueno será quien tales amistades contrae y acaricia. ¿No le valiera mas al autor prendarse de un D. Martin Suarez, modelo de hombres timoratos, ó del santo Fr. Diego de Olarte, ó del caballero por escelencia don Martin Cortés?

—»Escelentes sugetos, responderian nuestros defen-

sores; pero sin pasiones, y la pasión es la que anima el universo.

—»¡Pasiones! ¡Pasiones! Replican los moralistas. Una pasión en la vida, como la de Elvira ó la de don Fernando de Valdestillas, ya que no se apruebe, puede al menos disculparse: pero una pasión primero, y después otra, y luego la tercera, y siempre lo mismo...!»

Verdaderamente, yo confieso que en el terreno de la razón no se defiende, ó se defiende muy mal, mi preferencia por Avila: pero el caso es que yo, lo mismo que aquel caballero, he vivido siempre del sentimiento y casi nunca de la razón, de resultas de lo cual, cuando no estoy descalabrado, no parece sino que ando en busca de quien se tome la molestia de romperme los cascos.

El gran defecto de D. Alonso á los ojos de los moralistas es su afición estremada al bello sexo, y aquel hacer profesión, por decirlo así, de amante perpétuo, variando empero con sobrada frecuencia el objeto de sus amores.—Ahora bien: ¿Cómo he de condenar la propensión al amor, yo que, allá en los tiempos en que, en vano á la verdad, aspiraba á que me se contara en el número de los poetas, recuerdo haberle dicho al ciego Dios de Gnido:

«Salud, grata ficción, que siendo parte  
 »A que el valor se rinda á la belleza,  
 »Calmas la ira al furibundo Marte,  
 »Templas de Alcides mismo la fiereza.  
 »Salud á tí, por quien, perdiendo el arte  
 »De su nativa cuna la rudeza,  
 »Prestó al divino *Homero* y grande *Apeles*  
 »La escelsa lira y mágicos pinceles!  
 »Di tú, tierna mitad del ser humano,  
 »Blanda, apacible, seductora, bella,  
 »Joya de su diadema al soberano,  
 »Para el que gime oprimido clara estrella:  
 »¿No fuera, sin Amor, inútil, vano

»El fuego ardiente que en raudal destella  
 »De tus ojos y rostro peregrino;  
 »Y esclava ser tu mísero destino?  
 . . . . .  
 . . . . .  
 »¡Ay!—Otro cante en tono lastimero  
 »Tu muerte, Amor, y el frio escepticismo:  
 »Yo tus hechos cantar, tu gloria quiero,  
 »Que aún miro lejos el profundo abismo.  
 »Aun late, sí, mi corazon entero,  
 »Mi pecho enamorado es siempre el mismo:  
 »Aún, si una hermosa con piedad me mira,  
 »Siento que fuego abrasador me inspira!

Esto escribia yo hace muchos años, y no me atrevo á asegurar que no pudiera con verdad escribirlo todavia; lo cual significa que, considerando el Amor como un sentimiento inseparable de la humanidad, y civilizador, y en su origen divino, estoy y estaré siempre muy lejos de afiliarme bajo la bandera de los que quisieran convertir al hombre en un ser aislado en sí mismo, ya para la penitencia, ya para el cálculo y granjerías.

Pero ¿es amor el que varia sin cesar de objeto, ó cuando menos se repite una y otra vez con distintas mugeres? No se ama mas que una vez en la vida, dice una especie de axioma social y moral que, con perdon de la sociedad y de los moralistas, me ha parecido siempre, y sigue pareciéndome una paradoja trivialísima, por no decir una vulgaridad insulsa y fria.—¡No se ama mas que una vez en la vida!— ¿Y por qué, señores, por qué? Tanto valiera decir que las cuerdas del arpa solo una vez, y en solo un tono, y para un solo himno, resuenan armónicas y melodiosas. Si Dios dota al hombre de un corazon fácilmente sensible á los encantos de la belleza, y al mismo tiempo, porque asi sucede siempre, con el instinto repulsivo á cuanto no es bello, no solo puede enamorarse hoy de una muger que le parece bella, de

jar de amarla luego que le descubre lunares ó manchas que su hermosura afean, y amar luego á otra; sino que no está en su mano dejar de hacerlo, por mas que lo desee para su propio sosiego.

Pero dejando la metafísica, en la cual nos hemos engolfado mas que debiéramos, y volviendo á D. Alonso, de quien somos partidarios, tanto por sus buenas como por sus malas dotes, diremos que precisamente el domingo 14 de julio de 1566, y cuando los Doctores con Velasco maquinaban su ruina, aquejábanle á él dos sentimientos de índole opuesta, ó lo que es lo mismo, grato el uno y doloroso el otro.

Si el lector no ha perdido enteramente la memoria de lo que apuntamos en la parte primera de este libro, recordará sin duda que Avila tenia un hermano llamado Gil Gonzalez, á quien el padre de ambos, temiendo que el mal ejemplo de la licenciosa vida de su primogénito le contagiase, dedicó desde sus primeros años á la direccion del cultivo y beneficio de las propiedades rurales de la familia, mandándole al efecto á residir en ellas. La naturaleza hizo de Gil y Alonso dos seres en todo distintos, esceptuando solamente la caballerosidad de los sentimientos, y el denuedo de los corazones, que en eso fueron idénticos ambos hermanos; la educacion, además, completando la obra de la naturaleza, acabó de distinguirlos al uno del otro tan del todo, que nadie los creyera vástagos del mismo tronco.

Gil Gonzalez, en efecto, era un hombre mucho mas rústico que cortesano, laborioso, económico sin ruindad, metódico aunque no nimio, y moral sin hipocresía. Mientras su hermano derrochaba en Méjico el dinero, economizábalo Gil en el campo, para que en ningun caso quedara mal puesto el crédito de la familia; Alonso pasaba la vida en galantes aventuras y duelos continuos; Gil dió su mano á la primera jóven que le hizo latir ace-

leradamente el corazon dentro del pecho, si bien estudiando antes cuidadosamente su carácter y costumbres; y, una vez casado, jamás le pasó ni por el pensamiento acordarse de que en el mundo habia mas mugeres que la suya. En cuanto á pependencias, sin provocarlas nunca, cuidando siempre de poner la razon de su parte, el hidalgo labrador escarmentó siempre duramente á cuantos osaron disputarle lo que de derecho le pertenecia, ó no tratarle con los miramientos á que acreedor se consideraba. La caza era su placer esclusivo; la religion su consuelo en las aflicciones inescusables, aun en la vida que mas feliz parece; su muger y sus hijos su amor solo, y extraño á las ambiciones é intrigas de la capital, se le creia y creíase él mismo partidario del Marqués, no porque en la conjuracion tuviese parte directa ni indirecta, sino porque á donde Alonso fuese, con evidencia iria tambien Gil.

Que á nadie sorprenda tal aserto, que nadie nos diga tampoco que es absurdo suponer á la Razon esclava de la Locura; porque contestaremos con los hechos, los cuales á voces y continuamente nos están demostrando que, de cien veces, noventa y nueve arrastran los locos en pos de sí á los cuerdos. Y si tal argumento no bastase, todavia pudiéramos añadir que los hombres como Gil Gonzalez, buenos intrínsecamente, buenos porque Dios los hizo tales, buenos, en fin, á la buena de Dios, tienen un fondo inagotable, no solo de indulgencia, sino ademas de simpático afecto, para los calaveras en la esencia honrados, cual D. Alonso lo era. Todavia mas: la primogenitura, amen de ser una posicion social privilegiada en la época á que nos referimos, era una especie de vice-paternidad en la familia; y los jóvenes, imbuidos desde sus primeros años en la idea de la supremacia de su mayor hermano, involuntariamente la conservaban durante el resto de su vida, á menos de

que fuese el primogénito un miserable de los que, como Esaú, venden sus derechos por un plato de lentejas.

En todo caso, Gil Gonzalez que, á solas y tratándose de negocios domésticos, usaba sin contemplaciones del derecho que á la moralidad irreprochable de su vida debia, para sermonear larga y enérgicamente á don Alonso por sus extravios, en público y en asuntos de cualquiera otra especie, no supo nunca tener mas voluntad que la de su mayor hermano. Era, pues, parcial del Marqués, pero parcial honorario, *in partibus*, por decirlo asi; parcial que ignoraba absolutamente la conjuración, fuera de lo que de ella llevó á las provincias la voz pública; parcial que nada se prometia del triunfo de los que le llamaban suyo, y nada tampoco temia de sus pretendidos contrarios.

Gustaba poco de residir en Méjico, porque su muger, de hidalga cuna pero de rústicos hábitos, y casera, y buena madre, se resistia á acompañarle; y Gil no acertaba á pasar sin su Mencía y sin sus hijos. Asi cuando su hermano fue herido el 23 de abril, no llegando aquel suceso á su noticia hasta treinta dias despues de ocurrido, porque cierto negocio de ganaderia le habia entonces llevado á la sierra, abstúvose de pasar á la Metrópoli, pues supo á un tiempo la dolencia y el alivio de D. Alonso.

Pero este le mandó á llamar á principios de julio, y como no se trataba de ruego, sino de precepto, obedeció Gil, llegando á la capital de Nueva España con su esposa Mencía, y el mayor de sus hijos, rapaz ya de doce años, precisamente el domingo 14 despues de misa.

Amábanse y estimábanse recíprocamente los dos matrimonios, no sabremos decir si á pesar de su distinta índole, ó si precisamente por lo diversos que entre sí eran: pero el hecho es que Alonso estaba prendado del juicio de Gil, y de la castidad sin pretensiones de Men-

cia; Gil de lo gran caballero y seductor galan que era Alonso, y de la magestad afable de Elvira; mientras que á Mencía hechizaban la facundia inagotable y la simpática locura de su cuñado, y la honestidad severa de Elvira, quien á su vez, respetando la virtud sencilla de aquellos sus parientes, mostrábalas una deferencia completamente escepcional en su carácter.

Elvira y Mencía eran dos mugeres, en cuanto á las formas, enteramente distintas; dos tipos diversos; dos libros, uno poético y prosáico el otro, pero sobre el mismo asunto. Virtuosas ambas, escrupulosamente fieles las dos á sus deberes conyugales, diferenciábanse, empero, en que Mencía lo fue siempre sin esfuerzo, sin echarlo de ver ella misma, por decirlo así, y hallando la felicidad en el cumplimiento de sus obligaciones; mientras que, como sabemos, la vida de Elvira se reducía á una perpétua lucha entre el corazon y la conciencia. Incapaz de ardientes pasiones, la esposa del hidalgo labrador no concebía siquiera la posibilidad de ser, ni aún en espíritu, de otro hombre mas que del padre de sus hijos; y la muger de Avila, por el contrario, dotada de un alma volcánica, necesitaba un poder de voluntad casi sobrenatural para no sucumbir al amor que le abrasaba el pecho.

Tales eran aquellas dos mugeres, y sin embargo, se amaban sincerísimamente, porque entrambas tenían el instinto de lo noble y de lo bueno, lazo misterioso que encadena unos con otros á los privilegiados séres á quienes anima un destello de la virtud celeste.

Y sin embargo, al entrar Gil y Mencía en la casa de sus hermanos, si bien fueron recibidos cordialmente, no pudieron menos de advertir que una nube de profunda tristeza pesaba tanto sobre D. Alonso, como sobre doña Elvira.

Aquel mismo crítico dia y horas antes de la llegada



de sus huéspedes, habia llegado á noticia de los esposos cortesanos una nueva para entrambos dolorosa, y para la dama especialmente cruel mas allá de todo encarecimiento: esa nueva era la de haber tomado el hábito de S. Francisco en Tlaxcala el infeliz Fernando de Valdettillas.

D. Pedro que, como á su tiempo dijimos, quiso ver por sí mismo el estado de su hijo, no pudo arrancar de los labios del desesperado doncel una sola palabra de esplicacion ni de consuelo. Fernando, en su delirio amoroso, firmemente resuelto á separarse para siempre del mundo, que sin Elvira le parecia desierto, escuchó con respeto las amonestaciones de su padre, y aun á veces con amargas lágrimas dió testimonio de no ser insensible á las congojas del venerable anciano; pero, negándose tambien á todo género de esplicaciones, solo desplegó los labios para insistir con tenacidad invencible en su propósito de consagrarse en el claustro, decia, al servicio de Dios.—¡Al servicio de Dios!—No era verdad: Fernando queria llorar, y llorar á solas, y llorar siempre de dia y de noche, y llorar hasta el postrer instante de su vida, y abreviar esta con penitencias y ayunos, que estamos por calificar de sacrilegios, atendida la passion que los dictaba. Eso queria aquel despiadado niño, sin considerar que cada una de sus lágrimas era una gota de hirviente fundido plomo sobre el corazon de su anciano padre derramada; eso queria el inesperto jóven, olvidando que el primer deber del hombre es llevar con esfuerzo su cruz en este valle de lágrimas; eso queria, en fin, aquel caballero, prescindiendo de sus obligaciones con Dios y con la patria. Pero seamos indulgentes con él, que culpa fue del Destino y no suya ponerle delante un tesoro inestimable, solo para que, despues de conocerlo, supiera que jamas podia ser su dueño.

Mas aflijido el viejo Comunero que el dia mismo de

la rota de Villalar, y no sabiendo ya qué hacer ni á quién acudir, como á Dios no fuese, para que apartase de él aquel cáliz de amargura, pasaba los dias enteros orando en el templo, y las noches todas en vela, llorando su postrera marchita esperanza. Tanto dolor en varon de tan avanzada edad produjo pronto sus naturales efectos: á los cuatro dias de su llegada á Tlaxcala una calentura lenta, pero abrasadora, devoraba los restos de aquel anciano tan infeliz como venerable.

Fernando entonces acudió, con licencia de su prelado, á cumplir con sus deberes filiales; mas ni aún en tan críticos momentos fue posible arrancarle la promesa de volver al siglo, única pñacea, quizás, para la dolencia de D. Pedro.

En tal estado, Millan unas veces se daba á todos los demonios del infierno, y ofrecíase otra á los santos del cielo, sin conseguir ni de uno ni de otro modo, que en su tenacidad aflojase el mancebo, ni aliviar los padecimientos del anciano.

Cristóbal, escusando asi las blasfemias como las importunaciones á los bienaventurados, en cambio meditaba incesantemente, con mas afan que nunca Cristóbal Colon antes de arribar á las por él descubiertas playas del Nuevo Mundo, y llegó al cabo á formular un proyecto, á su entender infalible, para conseguir el comun deseo.

—«Amo (dijo á D. Pedro, una noche que solo le velaba), Serpiente de Tlaxcala, hallar yerva con qué curarte y dar razon al Amo Chiquito!

—¿Qué dices, Cristóbal? (contestó el anciano incorporándose en el lecho, y fijando ansioso los ojos en su fiel servidor.) ¿Estás en tí? No es posible, no, Cristóbal; no hay yervas que sanen las heridas que Dios hace.

—Si Amo quieres dar licencia para que Cristóbal ir á Méjico, Cristóbal volver con remedio.

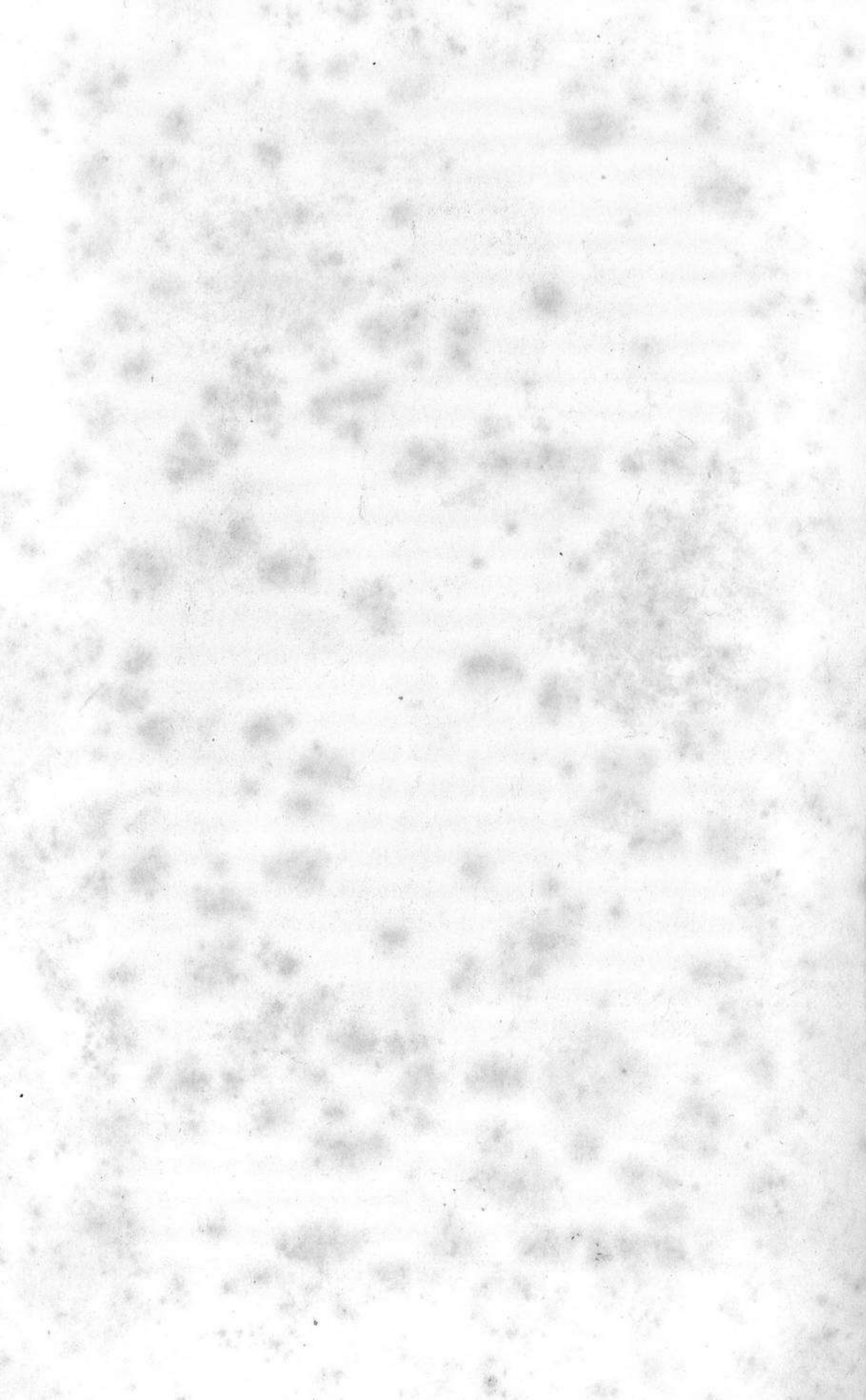
LA CONJURACION DE MEJICO.



URRABIETA.

SEVERINI.

Cristóbal.



—Pero esplicame al menos...

—Cristóbal esplicar mal, hacer mejor. Amo dar licencia á Cristóbal, y Amo Chiquito no ser fraile; Cristóbal responder.

—¿Qué intentas?

—Que amo chiquito no ser fraile.

—¿Cómo?

—Amo ver á la vuelta.

—Sea como lo quieres: Dios se vale de los instrumentos que le place. Haz, Cristóbal, haz todo cuanto quieras, como no comprometas ni la honra ni la salvacion de las almas.

—¡Oh, Cristóbal estar honrado y buen cristiano!

—Y el mejor, el mas fiel de los servidores. ¿Cuándo partes?

—Cuando salir el sol.

—¿Por qué no esta noche misma?

—Por no dejar solo Amo.

—Anda, Cristóbal; parte sin dilacion: sobre esa mesa tienes oro; parte, hijo, y lleva contigo la bendicion de un anciano, la gratitud de un padre.»

Minutos despues Cristóbal estaba en camino, y el 14 de julio por la mañana en Méjico y en el cuarto de la bella doña Elvira, refiriéndole en el idioma mejicano, que aquella señora entendia y hablaba con perfeccion, lo que en Tlaxcala acontecia

Conocidos, como ya deben serlo del lector nuestros personajes, fastidioso seria estendernos en la pintura de la honda dolorosa impresion que en la esposa de Avila causó el sentido relato del indio tlaxcalteca.

—«¿Y qué puedo yo hacer, exclamó en voz profundamente conmovida; qué puedo yo hacer para remediar tamaña desdicha?

—El guerrero castellano (contestó Cristóbal, siempre en su nativo idioma) no sabe desobedecer á mi señora.

—¡Cristóbal, Cristóbal!!

—Y si Fernando se hace fraile, su padre bajará en breve á la tumba, no tardando el hijo en seguirle.

—¡Oh, infeliz, infeliz de mí, que no solo soy en todo desdichada, sino que contagio á cuantos me rodean!

—Doña Elvira puede salvar á D. Fernando, y dar la vida á su padre. El hacer bien nunca se pierde.

—Pero ¿Cómo, Cristóbal? ¿Cómo he de hacerlo?

—Que doña Elvira escriba un billete á D. Fernando mandándole dejar el claustro, y.....

—¡Yo escribirle á Fernando!

—Para rescatar la vida de su padre.

—Pero eso seria faltar á mis obligaciones.

—La caridad, dicen los misioneros, es la primera obligacion del cristiano.

—¡Yo escribirle! ¿Y mi decoro?

—La soberbia es gran pecado.

—¿Y la honra de D. Alonso, Cristóbal?

—D. Alonso no querrá la muerte de su amigo, y menos la del anciano.»

La firmeza de Cristóbal, y mas sin duda sus propios sentimientos, tan reciamente combatian la altiva entereza de la infeliz beldad, que no nos atrevemos á asegurar que, si la discusion continuara, no acabase Elvira por acceder en todo á los deseos del indio: pero hallándose el diálogo en el punto en que lo suspendimos, entróse por la estancia adelante D. Alonso, gritando lleno de júbilo:

—«Elvira, Elvira, nuestros hermanos van á llegar de un momento á otro; venid á recibirlos!»

Nunca marido llegó tan á tiempo de impedir el primer paso para su desdicha, porque, en verdad, entablada una vez clandestina correspondencia, mas tarde ó mas temprano, el percance acontece.

Mas al contemplar á Elvira anegada en lágrimas, y

ver á Csistóbal, contra todos sus hábitos en presencia de personas de alta categoria, no humilde y cabizbajo, sino por la pasion animado y en actitud de quien reclama el pago de una deuda, dióle á D. Alonso un vuelco el corazon, y revelóle su claro ingenio, ya que no precisamente el hecho de que se trataba, sí al menos que alguna desdicha ocurría á D. Fernando.

Quedóse, pues, un instante parado en contemplacion de su muger y del indio, y dijo luego al último:

—«Y bien Cristóbal: ¿Qué le ha sucedido á tu Amo chiquito?»

Elvira y el Tlaxcalteca fijaron asombrados sus ojos en los de D. Alonso; este insistió diciendo:

—«Responde, Cristóbal. ¿Qué le ha sucedido á tu Amo chiquito? ¿Qué te trae á tí á Méjico? ¿Por qué á doña Elvira y no á mí, te diriges?»

La pregunta era tan directa y categórica, como difícil y espinosa la respuesta. ¿Cómo se le dice á un marido, cara á cara, que se confía mas que en su influjo en el de su muger, tratándose de un galan jóven, bello, y con evidencia de la dama misma enamorado? Asi la Serpiente de Tlaxcala, buscando en vano un arbitrio para eludir la dificultad, ó al menos frases que la dureza de su pensamiento pudiesen paliar, replegóse sobre sí misma, haciendo por el momento oídos de mercader á las interpelaciones de Avila.

En tanto Elvira, conociendo, en primer lugar, el carácter impaciente y colérico de su marido, y haciéndose cargo, en segundo, de que su silencio y el de Cristóbal autorizaban á D. Alonso para interpretar aquella escena mucho mas desfavorablemente aún para su honra de lo que en justicia procedía, decidióse á confesar la verdad paladinamente, y dijo en consecuencia.

—«D. Fernando de Valdestillas ha tomado en Tlaxcala el hábito de S. Francisco; su padre yace en el le-

cho, postrado al dolor de la pérdida de su hijo; Cristóbal me rogaba, cuando entrasteis, que le escribiera á... á vuestro amigo, para que desista de un propósito que, realizado, le costará la vida á D. Pedro.»

Imposible decir las cosas mas claras; imposible formular con palabras mas terminantes la dolorosa situacion del Comunero, de su hijo, y de la misma Elvira; imposible tambien conducirse con mas lealtad y entereza, que aquella afligida dama lo hizo en lance tan escabroso. Muchas veces lo dijimos, pero es fuerza repetir-lo, el alma de D. Alonso, eminentemente sensible á todo lo grande y bello, carecia, por dicha de los que le rodeaban y desdicha suya, de cierto esquisito sentimiento de egoismo, en virtud del cual los mas de los hombres, sobreponiendo su propia entidad á todas las restantes del universo, todo tambien lo inmolan sin misericordia en aras del orgullo. Por eso, es decir, por la ausencia casi completa de egoismo en su carácter, el primer movimiento del corazon de Avila al escuchar á Elvira, fue para la compasion á que en verdad eran sobradamente acreedores los personajes del melancólico drama en que tan ingrato papel representaba á su pesar él mismo; pero, aunque no egoista, si era Avila caballero de su época, y como tal escrupulosamente celoso de su honra, la cual, imperiosa y tiránica, obligóle á esconder dentro del pecho la verdad de sus sentimientos, y á decir en respuesta á su esposa:

—«Pésame en el alma de lo que me decis, señora; porque, en efecto, no nació D. Fernando para el sayal y la cogulla, ni anda acertado llenando de amargura los últimos dias de su respetabilísimo padre...»

—«¡Amo viejo morir, si Amo Chiquito ser fraile! Se arriesgó á decir Cristóbal.»

—«Tu celo en favor de tus amos, y la amistad que te profeso, Cristóbal, por esta vez me obligan á discul-



parte; mas para en adelante es preciso tengas entendido que conmigo, Cristóbal, conmigo y no con doña Elvira han de tratarse tales negocios.»

Bajó el indio los ojos, comprendiendo que, en efecto, no habia andado muy respetuoso con Avila; pero este, que en el fondo deseaba complacer al Tlaxcalteca, aliviar la afliccion de Elvira, y ademas impedir el descabellado intento de Fernando, añadió á sus anteriores palabras, pronunciadas con alguna dureza, las siguientes:

—«Ahora, Cristóbal, retírate á descansar de tu viage que yo trataré con mi esposa de lo que en este caso puede y debe hacerse.»

Retiróse el indio sin replicar palabra, como la prudencia lo aconsejaba, y quedáronse solos aquellos dos esposos que en situacion tan fuera del órden comun vivian; pues ni bien eran en realidad marido y muger, mas que en la mancomunidad de los intereses materiales y aun morales en cuanto á la honra y la política, ni tampoco los apartaban el desprecio ó el odio al uno del otro. Elvira era materialmente fiel á D. Alonso por respeto á las leyes de la religion y de la moral, por respeto á sí misma, y por respeto tambien al honor de un hombre, lleno de flaquezas sin duda, pero generoso y caballero, si nunca los hubo. D. Alonso estimaba á su muger por virtuosa, y compadecíala por desdichada; y sintiendo que cualquiera otra muger de las vulgares hubiera hallado en su conducta relajada, razones ó pretesto para arrojarse en los brazos de un amante, no acertaba á ser inflexiblemente severo con el sentimiento, aunque poco lisongero para él, involuntario, natural y profundo que el corazon de Elvira dominaba.

—«¿Cómo conciliar (se preguntaba Avila), lo que en realidad deseo, con lo que las leyes del honor exigen? ¿Cómo arrancar á ese desesperado mozo del claustro, y

á su padre de la tumba ; cómo enjugar las lágrimas de esa infeliz muger, que viene á ser todo la misma cosa, sin que se diga ó se piense que D. Alonso se hace cómplice voluntario de su propia infamia? ¡Vive Dios, que nunca puse yo á marido alguno en tan duro trance, como Cristóbal acaba de ponerme á mí, siendo instrumento inocente de la venganza del Cielo!

—¿Qué partido tomará D. Alonso? (Pensaba simultáneamente Elvira.) ¿Triunfará la generosidad de su noble corazon sobre los honrados escrúpulos que tan naturales son en un marido; ó, por el contrario, podrá mas el esposo que el hombre sensible? ¡Oh Fernando, Fernando! En mal hora para entrambos nos conocimos!»

Al cabo quien rompió el silencio fue Avila diciendo:

—«No podemos, Elvira, permanecer indiferentes á la desdicha de los Valdestillas: obligacion es de nobles amigos asistirse y remediarse recíprocamente en las calamidades de la vida; y yo por mi parte estoy resuelto á sacrificarlo todo, *menos la honra*, para salvar á Fernando.

—¡Alonso! (esclamó Elvira, entre sollozos y lágrimas, y prescindiendo por completo de todo su orgullo.) Alonso, no sois un hombre, sino un ángel de generosidad; y si yo os conociera antes tal como sois.....

—No volvamos atras la vista, Elvira; no hablemos de nosotros, que por desdicha para entrambos nos unimos sin conocernos, y vamos á separarnos cuando á estimarnos comenzábamos.

—¿Qué decis, Alonso?

—Digo que no tengo ilusiones, y digo, aunque afligidos me pese, que los dias del que lleva el nombre de vuestro esposo estan contados..... Pero no hablemos de nosotros, repito, sino de los Valdestillas. Cristóbal tiene razon: si alguien puede en este mundo conseguir

que Fernando salga del claustro , sois vos , vos sola , Elvira.

—Elvira ni puede , ni quiere hacer nada mas de lo que su esposo , su mejor amigo , le ordene.

—Y vuestro mejor amigo ni quiere ni debe mandaros , sino aconsejaros , Elvira ; aconsejaros porque está mas sereno , porque tiene mas esperiencia del mundo que vos.

—Hablad , pues , amigo mio.

—Si escribiérais á Fernando , como Cristóbal queria , sin que yo lo supiese , él mismo quizá , porque al cabo es hombre , y seguramente el vulgo , pensara lo que ni á vos ni á mí , Elvira , nos estuviera bien.

—Jamás he tenido pensamiento de hacerlo.

—Asi lo creo de vuestra virtud acendrada : pero tambien es cierto que de no escribirle vos , el doncel no desistirá de su intento.

—¡Por desdicha pienso como vos , Alonso!

—Pues oid lo que me ocurre para conciliarlo todo : Cristóbal ha acudido á mí , á mí , Elvira . ¿Lo entendeis ? A mí y no á vos : yo escribo á Fernando.....

—¿Bastará eso?

—No , Elvira , no bastará.

—¡Entonces!

—Dejad que acabe y juzgareis mi proyecto . En mi propia carta , á continuacion de mi firma escribís vos , Elvira.....

—¡Ah!

—Escribís lo que os plazca y yo leer no quiero , porque estoy seguro de que no es vuestra mano capaz , en ningun caso , de afrentar el nombre de vuestro esposo . Cerrada la carta , se la entrego á Cristóbal que parte hoy mismo con ella . ¿Qué decís de mi proyecto?

—Que no hizo Dios un corazon mas generoso que el vuestro , y que os juro por la salvacion de mi ánima

que , si por desdicha se realizasen vuestros funestos presentimientos, Elvira, si no muere, será esposa de Jesucristo.

—Yo os devuelvo esa imprudente promesa , Elvira: antes de mucho podeis estar libre. ¿Por qué condenaros vos misma á perpétua desdicha?

—¡Vuestra , como lo soy ahora, ó de Dios en el claustro!

—Válate Dios por claustro, y cómo se os ha sentado en el magin á uno y á otro..... Pero ¿Quereis permitirme que aquí mismo escriba á D. Fernando?»

—Apresuróse la dama á complacer á su esposo, y él, tomando la pluma , escribió de corrido el siguiente billete:

—«Amigo y señor D. Fernando: Dícenme , y no quiero creerlo, que habeis tomado el hábito de novicio en la órden de S. Francisco, novedad que á ser cierta pesáranos en el alma á mí y á doña Elvira, quien á ruego mio y con mucha y muy buena voluntad de su parte propia, os lo dirá de su puño por via de posdata á estas letras. Como quiera que sea , yo soy un acreedor que reclama lo que se le debe: recordad que en Chapultepec me empeñásteis una palabra, contando con la cual, tengo dispuesto de vuestra persona y espada. No diré mas á quien nació de padre tan caballero como el vuestro; besadle en mi nombre las manos afectuosa y cordialmente, y venid sin demora á cumplir con la deuda de honor que habeis conmigo contraido.—Dios os guarde, como se lo ruega vuestro mejor amigo—Don Alonso.»

Terminada la carta , puso Avila la pluma en la mano á su muger, y retiróse discretamente. Veamos ahora lo que escribió Elvira:

—«D. Fernando: si la *amistad* que deciais *profesarnos*, no ha mucho tiempo, era un sentimiento real y

»verdadero, y no una frase sin sentido, al recibir esta  
»renunciareis á un propósito que, realizado, puede cos-  
»tarle la vida á vuestro buen padre, y que ya nos llena  
»de amarguísimo dolor á todos vuestros amigos. D. Alon-  
»so os llama en nombre de no quiero saber que empe-  
»ños de honra; y *D. Alonso* tambien quiere que yo, fla-  
»ca muger, me dirija á vuestro corazon. Hágolo por ser  
»esa la voluntad de mi esposo y mi deseo vehementísi-  
»mo: probadnos, escuchándonos á entrambos, que no  
»os somos del todo indiferentes.—Vuestra amiga: doña  
»Elvira.»

Fiel á su palabra no quiso D. Alonso leer la sentida posdata de su muger; Cristóbal y un criado de Avila salieron inmediatamente para Tlaxcala con la carta, de cuya eficacia sola dependia ya el remedio de los infelices Valdestillas.

No creemos ahora que ya estrañe el lector que á la llegada de Gil Gonzalez y su esposa doña Mencia, dominase, á su pesar, un profundo melancólico sentimiento á D. Alonso y doña Elvira.

## CAPITULO XII.

---

LE COMO TUVIERON LOS DOS HERMANOS AVILAS UNA CONVERSACION NADA ALEGRE, Y DE OTROS VARIOS CURIOSOS ACONTECIMIENTOS.



SEGUN el plan de Chico de Molina, la conjuración debía estallar el día 12 de agosto, y de llevarse los trabajos con mas sigilo que nunca hasta el momento para dar el golpe designado, evitándose en el intervalo todo cuanto pudiese directa ó indirectamente alarmar á los Doctores.

Cada cual, pues, iba cautelosamente preparándose para el instante supremo, y Avila, cuyo presentimiento de morir en aquella empresa, lejos de debilitarse, crecia y se fortalecía con el transcurso del tiempo, quiso mostrarse

en el último periodo de su vida previsor cual nunca lo fue durante el curso anterior de su existencia. No llamó, por tanto, á su hermano para hacerle tomar parte activa en la conjuración, ni mucho menos; sino para arreglar de acuerdo con él sus negocios de manera que, aun sucumbiendo los conjurados, quedase la suerte de doña Elvira asegurada en lo posible. En aquellos tiempos, como en otros muchos mas recientes, la severidad de las leyes era tal y tan injusta que el delito llamado de lesa Magestad, no solo se castigaba con pena de muerte, sino ademas con la confiscación de bienes, ó lo que es lo mismo, condenando á la miseria, amen de la infamia, á infinitos desdichados sin mas delito que el de ser parientes y herederos del verdadero criminal.

Parécenos, pues, que anduvo Avila sumamente atinado tomando medidas especiales para cada uno de los dos casos en rigor posibles en aquel lance, á saber: triunfar la conjuración ó ser vencida, pero morir él de todas maneras, que tal era su idea fija. Para el primer caso hizo testamento instituyendo á doña Elvira heredera universal de su hacienda, á condicion de trasmitirla, á su muerte, á Gil Gonzalez ó sus legítimos sucesores. Suponiendo frustrados los planes de los descontentos, la confiscación era inminente; y para eludir sus efectos tomó D. Alonso, entre otras, la medida de simular muchos meses antes del momento en que vamos con nuestra historia, la venta de algunas de sus haciendas y vender otras en realidad, depositando su valor en metálico en manos diversas y sobre todo seguras, para que en todo evento contase Elvira con una suma bastante á preservarla de la pobreza. Amen de eso, proponíase D. Alonso que su hermano Gil Gonzalez, realizando tambien cuantos fondos pudiera, y despues de pasar en su compañía una semana ó dos en Méjico, se trasladase con su familia á un puerto cualquiera, donde habia de tener fle-

tado un buque para huir en caso de un revés, caso que, en honor de la verdad, creia mas que probable, á pesar de las ilusiones de Suarez y del Dean, y de la seguridad del triunfo que él mismo tener aparentaba.

Toda la tarde del domingo 14 de julio pasaron los dos hermanos, á solas y encerrados, debatiendo el asunto, que realmente merecia la pena de examinarse detenidamente. Gil, completamente desapasionado, y por tanto sereno, creia hablar con un demente oyendo á D. Alonso, y aún quiso disuadirle de su descabellado intento mas tapóle la boca, como vulgarmente se dice, el esposo de Elvira, con esta frase:

—«Gil, tengo mi palabra empeñada.

—En ese caso, Alonso, no hablemos mas del asunto y cuenta conmigo: el arado no me ha hecho olvidar ni las lecciones de esgrima que juntos recibimos, ni que he nacido caballero.

—¡Oh! Ya eso lo sabia yo, mi buen hermano: pero tú no tienes empeño contraido, y seria criminal en mí arrastrarte á sabiendas al precipicio.

—Mi obligacion es seguir á mi mayor hermano; y no seré yo, viven los cielos, el primero de los Avilas que á sus obligaciones falte.

—Bien, Gil, bien hermano querido: pero escucha, y ni te rias ni te asombres de lo que voy á decirte. De algunas noches á esta parte, aparéceseme en sueños la sombra de nuestro escelente padre (Dios le tenga en su gloria)....

—Amen, Alonso. Pero ¿Te burlas de mí? ¿Tú, el hombre mas arrestado de la tierra, tú tienes apariciones?

—¿Qué sé yo si son ensueños ó apariciones? Mas, aparicion ó ensueño, ello es que yo veo á nuestro padre, con aquel mismo rostro grave y amoroso á un tiempo, con que solia mirarte á tí, su hijo predilecto.....



—¡Alonso! ¡Alonso!

—Sí, Gil, eras su hijo predilecto, y con razon sobrada: ya sabes que jamás fui envidioso, ni injusto, á pesar de mis muchos defectos é infinitas locuras.

—Siempre fuiste lo que hoy eres, caballero y magnánimo en todo y por todo.

—Modestia aparte, creo que dices verdad, Gil; soy caballero, y loado sea Dios por ello; que, si acierto á no ser tan cuidadoso de mi honra, creo que no tuviera el mundo bandido mas temible que tu hermano: pero volvamos á mi sueño ó á mi aparicion, llámese como se quiera. Padre se me aparece, en fin, grave y amoroso, y afligido ademas; sí, Gil; afligido. Ardientes lágrimas se desprenden de sus amortiguados ojos; en su voz hay aún mas tristeza, mas emocion que en el momento en que en este mundo la oimos por vez postrera. ¿Te acuerdas, Gil?

—¿Cuando nos bendijo, momentos antes de espirar, Alonso? ¿Cómo puedes presumir que lo haya olvidado? De entonces acá no cierro una sola noche los ojos sin recordar aquel tierno doloroso instante, y encomendar al Criador el ánima del que nos dió la vida en este mundo.

—Algo de eso hago yo tambien, aunque tú mismo quizá lo dudas; pero con una gran pena, con un amargo remordimiento; porque Padre, Gil, no creyó nunca mucho en mi cariño, y vive Dios que en eso solo fue conmigo injusto. ¿Crees tú que en el mundo de la verdad se habrá desengañado?

—¿Cómo puedes dudarlo, cuando dices que se te aparece amoroso aunque grave?

—Tienes razon; y vuelvo á mi relato. Todas las noches le veo, y todas las noches oigo su voz.

—¡Todas las noches te habla!

—Todas, Gil, y todas de tí y de mi.

—¡Esceiente padre, aún muerto vela por sus hijos!

—Tú debes comprender eso mejor que yo, á quien el Cielo, en castigo sin duda de mis culpas, ha privado de tener hijos; si no fuera por tí, nuestro linage se estinguiria en breve.

—¿Has visto á mi *Alonso*, qué bello, qué robusto?

—¡Oh, sí! Y le he visto con envidia: enséñale á querer la memoria de su tio, pero no á que imite sus locuras.

—Tu sueño, tu aparicion.....

—Voy, Gil, pero, no sé por qué, se me figura que estoy por vez postrera tratando de mi familia, y me deleito en ello.

—Si no te conociera tanto, diria, Alonso, que tienes miedo á morir.

—¡Ojalá, Gil, que tuviera miedo á la muerte!

—¡Deliras!

—Nó, te hablo mas en razon que nunca lo hice antes de ahora: pero si temiera el morir, señal seria de que amaba la vida, y tú no sabes, ni quiera el Cielo que nunca sepas, lo que es aborrecerla... En fin, oye lo que yo creo oir de los labios de nuestro padre.—«*Alonso* (me dice), *tu destino y tus locuras te conducen al suplicio.....*

—¡Qué horror, hermano, qué horror!

—Escucha; Padre dice: «*Te conducen al suplicio: acéptalo como una espiacion de tus culpas, y rescata tu alma de la eterna condenacion, á costa del momentáneo martirio que los hombres te preparan en la tierra.*

—Tu imaginacion estraviada, Alonso mio, te atormenta cruelmente ingeniosa. Desecha tan lúgubres ideas, vente conmigo al campo, á tus haciendas, á vivir con tu bella Elvira, con mi honrada cariñosa Mencía, y con mis hijos, que serán los tuyos; ya verás como nuestro amor disipa esas melancólicas preocupaciones.

—Te digo, Gil, que son las palabras de nuestro propio padre las que te repito; te digo que Dios le permite dejar, sin duda, la mansion de los justos donde mora, para procurar la salvacion del *hijo pródigo*; y te digo, Gil, que creo en la verdad de lo que te estoy diciendo como en la divinidad de nuestro Señor y Salvador Jesucristo!»

Era tan profunda la conviccion de D. Alonso, revelábase de tal modo en sus palabras la fé que él mismo les daba, y á mayor abundamiento creíase tanto en las apariciones durante el siglo XVI, que al cabo, no pudiendo resistir mas, Gil Gonzalez dejó correr las lágrimas que á duras penas contuviera hasta entonces, y exclamó:

—«Bien, Alonso, bien: pero ¿No habrá medio de evitar esa desdicha?»

—Ninguno, Gil, absolutamente ninguno; y mas te digo, yo tampoco lo deseo. Mira: solo tú me amas sinceramente en este mundo; yo ni aún á ti mismo amo como debiera; soy, en fin, desdichado yo, y mi existencia un obstáculo para la felicidad de otros..... No hablemos de mí, sobre quien Dios ha pronunciado su fallo irrevocable y misericordioso ademas, pues á un tiempo me permite sacudir la insoportable carga de mi vida, y esperar el descanso de la eterna. Oye lo que padre dice:

—¿Mas todavia?

—Mas, y tratando de tí, su hijo siempre predilecto.

—¿De mí?

—Oye las palabras del que nos ha dado el sér: «*Acepta el suplicio resignadamente en espiacion de tus culpas, pero no cargues tu conciencia con un delito mas, originando la muerte de tu hermano. Gil tiene esposa, tiene hijos á quienes ama, de quienes es amado, que muriendo él perecerian, como perecen las ramas de un*

*tronco por el rayo herido. No arrastres á Gil en tu ruina, ó teme llenar la medida de tus culpas de manera que la Justicia pese mas en la balanza del Eterno que la Misericordia!!!*

Calló un momento D. Alonso, y su hermano de sobra conmovido para hallar palabras, arrojóse en sus brazos sollozando, como quizás no lo habia hecho desde el dia de la muerte del anciano Avila, cuya sombra, ó en realidad aparecida, ó por la imaginacion de su primogénito febrilmente evocada, intervenia tan lúgubre como inesperadamente en los terrenales destinos de sus hijos.

El esposo de Elvira entabló de nuevo la conversacion diciendo:

—«Ya ves, Gil, si aparte humanas razones, me sobran otras de conciencia para insistir, como lo hago y lo haré siempre, en que de manera alguna te mezcles en la temeraria conjuracion en que mi locura y la voluntad del cielo me tienen empeñado. Como amigo, pues, te lo ruego encarecidamente; como pariente te conjuro á que me complazcas, por el amor que debes á tu Mencía y á tus hijos; como tu mayor hermano, Gil, como cabeza de nuestro linage, como representante, sucesor, y ministro ahora de la voluntad de nuestro padre, te lo mando, so pena de que amargues mis últimos momentos, logrando con tu obstinacion que al bajar mis mortales despojos al panteon en que descansan las cenizas del que nos engendró, se aparten acaso horrorizados sus huesos de los míos.

—¿Y he de abandonarte cobardemente en el peligro?

—Mira, Gil, este peligro yo lo he buscado; este peligro no es de aquellos que se redimen ó acrecen con espada mas ó espada menos. ¿Imaginas, por ventura, que bastarias tú á inclinar solo la balanza, por heróico que sea tu esfuerzo? Créeme y sigue mi consejo: abstenién-

dote completamente de tomar parte en la conjuración, salvas á tu muger y á tus hijos, tranquilizas mi conciencia....

—¡Alonso! ¡Alonso! ¡No exijas de mí que sea cobarde!

—Exijo que seas hijo sumiso, hermano obediente, amante esposo, padre tierno; exijo que me economices á mí un remordimiento, y que vivas para consolar á mi Elvira: eso exijo Gil, y si desoyes mis súplicas, si desobedeces mis mandatos, hoy mismo escuso todo riesgo poniendo voluntario término á mi vida.

—¿Y la salvación de tu alma, desdichado?

—¿Pero tú no has oído lo que dice nuestro padre? ¿Pero tú no comprendes que solo puedo salvarme, si tú te abstienes de conjurar?—Réprobo en todo caso, prefiero serlo salvándote al menos.

—¡Oyeme, Alonso!

—Ni una sola palabra mas. Júrame obedecerme ciegamente, ó disparte á responder á Dios de mi ánima perdida.

—¡Hay crueldad mas inaudita! ¿Me juzgas indigno de pelear, de morir contigo?

—Te juzgo digno de mejor causa, de mas alta empresa, Gil; y en todo caso, elige entre obedecerme ó mi eterna....

—No lo repitas, Alonso, no lo repitas; haré cuanto quieras.

—¿A fé de caballero?

—¡Y á fé de cristiano!

—Gracias, Gil: comprendo lo grande, lo inmenso del sacrificio que me haces, pero Dios te lo compensará en su gloria.»

Desde aquel momento la conversacion de los dos hermanos, sin perder nada de su giro solemne y melancólico, versó durante algunas horas esclusivamente sobre asuntos de interés doméstico que, con asombro del

labrador , discutia y razonaba el *Burlador* de oficio , con un aplomo y claridad de miras en realidad admirables. Alonso , en efecto , considerándose á sí mismo como un moribundo , pensaba exclusivamente en el bien estar y seguridad de las personas de él dependientes , que en su concepto habian de sobrevivirle ; y para todas hubo lugar en aquel testamento. Largo fue el artículo de las mandas que pudiéramos llamar de conciencia , en el cual figuraron doncellas que habian sido , y casadas que dejaron de serlo buenas , cada una segun sus méritos , es decir , segun sus culpas. Siguióle á ese , apenas suficiente aunque generoso , el de las compensaciones á los maridos enmaridados ; iban despues los esclavos , todos emancipados ; luego los criados libres , siendo entre ellos los mas favorecidos Gonzalo Nuñez y Juan de Victoria , sus dos primeros caballerizos. Hubo recuerdos para los hospitales y pobres : un legado cuantioso para el convento de San Francisco de Méjico , en el cual fundó una Obra Pia , para alivio de su ánima ; y por último , llegó el turno de los amigos.

—«La espada que gané en el torneo , y ha sido de Hernan Cortés , sea para Fernando de Valdestillas , Gil , si ese mancebo me sobrevive ; que sin saber por qué , lo dudo mucho..... Si Elvira fuese muger como todas , probablemente me heredaría algo mas que la espada el hijo del Comunero.... ¿Se me olvida algo ?

Al oir tales palabras de boca de Alonso , dijole su hermano :

—«Si se te olvida ; tu propia persona.

—Esa téngola ya puesta en manos de Dios , y no hay para qué me canse en pensar en ella.

—Desdichada suerte es la tuya , mi generoso hermano.

—No lo creas , Gil : la gran desdicha para un hombre que llevó tal vida como la mia , es la de llegar á viejo , porque la vejez , cuando nos coge sin un gran fondo de

ciencia y de filosofía, cuando para ella no preparamos la tranquilidad de la propia conciencia y el respeto de las gentes, es y debe ser miserabilísimo estado. Por eso quizá me halaga la idea de la muerte.

—¡Hay tal obstinación! ¿En qué te fundas?

—En mi propio presentimiento, en que conozco la locura que acometo, y en las palabras de nuestro padre, Gil; los muertos, que solo por divina permisión vuelven alguna vez á este mundo, no pueden hablar para engañarnos.—Pero esta conversación te aflige; dejémosla y vamos á buscar á Elvira y á Mencía: mas antes renuévame tu promesa y juramento, de abstenerte de tomar parte alguna en la conjuración, y de huir de todo riesgo que de ella proceda.

—Vuelvo á jurártelo, Alonso; pero bien sabe el cielo...

—Júrame además, por Dios y el honor, por la memoria de nuestro buen padre, y por la salvación de tu ánima y la mía, que si llegares á verte, á pesar de todo, en peligro grave á causa de la conjuración misma, procurarás por tí, y aprovecharás sin vanos escrúpulos, cuantos medios de salvación imagines ó se te ofrecieren.

—¿Y á que tal juramento?

—Gil, en situaciones como la mía, los ojos del alma penetran mas que se cree en las tinieblas del porvenir. Jura, si quieres servirme y probarme además tu cariño.

—Sea como quieras; juro, pues, lo que de mí exiges.»

Y los dos hermanos, yendo á reunirse con sus esposas, pasaron el resto de aquel día en familia, si no alegres porque fuera absurdo hasta suponerlo posible en tales circunstancias, al menos en dulce intimidad y sosegadas pláticas.

Dejémoslos gozar de uno de esos momentos de reposo sobradamente raros en el trabajoso camino de la vida, y ocupémonos nosotros, aunque no sea mucho, de D. Martín Suarez de Monroi, personaje de quien, espe-

cialmente al menos, no hicimos mencion desde que le dejamos herido de un tiro de arcabuz y saliendo de la cárcel pública de Méjico, la noche de la encamisada.

Predestinado desde la cuna á los padecimientos y desengaños, Suarez al llegar á los cincuenta años de su vida estaba ya con el dolor y los contratiempos tan familiarizado, que como parte de su ser los consideraba, causándole las agenas miserias, estamos por decir que ademas de compasion, cierta especie de envidia, cual si cada dolor del prógimo, fuese un hurto que á él le hiciese el Destino.

Y con todo, mas que el dolor de las carnes por la bala destrozadas, aquejábale al salir de la cárcel la pena de dejar en ella á su mejor amigo D. Bernardino Pacheco de Bocanegra; porque, en verdad, como amigo, ningun hombre inspiró nunca á Suarez tanto afecto como el infeliz amante de la culpable Catalina. La gravedad meláncolica, el sombrío entusiasmo, y el estar ambos consagrados á una ilusion, aunque de distinto género la de cada cual, esplican suficientemente el lazo simpático que á aquellos dos hombres, virtuoso el uno y culpable el otro, unia tan estrechamente que D. Bernardino, sin su pasion á la esposa de Juan Ponce, se dedicara exclusivamente á los designios de D. Martin; y este, si la conjuracion no le absorviera el alma, quizá, quizá hubiera llegado hasta á servirle de tercero á Bocanegra. Por de contado el amante de Catalina era el único extraño á quien Suarez confió nunca entero el secreto de su ser y vida; y solo al conspirador misterioso abrió su pecho el matador del Encomendero de Acama.

Con tales antecedentes natural y fácilmente se esplica el profundo disgusto de D. Martin al frustrarse la audaz tentativa que en union con Avila y los hermanos de Bocanegra acometió para salvar á este; y tambien se comprende que, agregándose los padecimientos morales



á los físicos consiguientes á su herida, al verificarse la supuracion de aquella, fuese con síntomas violentos y hasta cierto punto alarmantes.

Quiso D. Alonso y procuró con celoso ahinco llevarse á D. Martin á su propia casa para curarle, mas opúsose á ello el interesado mismo, fundándose en que no podian menos de sospechar los Doctores y sus agentes que Avila era, si no el autor esclusivo, al menos uno de los principales cómplices en el escalamiento de la cárcel y fuga de Catalina Ponce, siendo, en consecuencia, natural que su morada fuese objeto mas que nunca de continua esquisita vigilancia.

—«Lo que hay que hacer (dijo Suarez), es que yo desaparezca por completo mientras mi herida no se cure del todo, ó levantemos en fin el pendon santo; y fiaos en mí, que yo sabré ocultarme de manera que no den con mi retiro todos los Doctores del mundo.

—¿Cómo (replícaba D. Alonso) puedo yo abandonaros en el estado en que os veo? ¿Y qué dirá Elvira, señor, *vuestra Elvira*, cuando á saberlo llegue?

—Elvira debe ignorar que estoy herido, Alonso; y vos no querreis desobedecerme la primera vez que de *mi autoridad* hago uso para mandaros que me dejeis partir.

—Pero señor.....

—No me repliqueis, Alonso, no me repliqueis, y haced lo que terminantemente *os mando*.»

Con asombro de los hermanos de Bocanegra, de aquella conversacion testigos, Avila, el indomable, el altivo por escelencia, el alguna vez vencido pero nunca doblado D. Alonso de Avila, descubriéndose la cabeza y poniendo la rodilla en el suelo, contestó humilde:

—Si mandais, señor, á mí solo obedecer me toca: dadme, os ruego, vuestra bendicion, y el Cielo vaya con vos, como van mi amor y mi respeto, ya que á mi persona le negais la honra de acompañaros.

—Recibid, Alonso, la bendicion del *Mártir*, y ella os dé el esfuerzo necesario para llevar la cruz que os espera.»

Diciendo así, estrechó contra su pecho D. Martin á D. Alonso, y húmedos los ojos, pero esforzándose en ocultar su emocion profunda, despidióse de los hermanos de su amigo con un cariñoso ademán, desapareciendo luego en las oscuras calles de la Metrópoli de Nueva España.

Desde aquel momento al 15 de julio por la noche nada volvió á saber D. Alonso del misterioso herido: Elvira le creia en viage para las provincias del Norte de Méjico, con objeto de reanudar sus relaciones con los indios insumisos.

En tanto D. Martin, montando á caballo en su casa de Tlatelolco, sin mas compañía que la de un servidor indio, el mismo por quien Elvira le mandó á buscar el 24 de abril por la noche, salió de la ciudad, encaminándose al bosque de Chapultepec, pero no á la Quinta de Avila, sino á la parte donde estaban las cuevas de los antiguos Toltecas.

En una de ellas, lóbrega, pero espaciosa y profundamente tallada en las entrañas de cierta durísima roca, tenia D. Martin Suarez, muy de antemano dispuesto, un albergue, segun todas las probabilidades seguro, y en efecto, mucho mas cómodo de lo que á primera vista imagina quizá el lector. Bastará echar una rápida ojeada á la tal cueva, valiéndonos de la luz de la resinosa antorcha que con presteza suma encendió el indio espollista de Suarez, para convencernos de la verdad de lo que escrito dejamos.

Para penetrar en la caverna, cuya boca ocultaban espesos matorrales, era preciso doblar el cuerpo y arrastrarse algunos instantes por el suelo; mas despues de ese mal paso hallábase la bóveda natural de una

especie de rotonda espaciosa y seca, de la cual partian tres ó cuatro ramales de galería como los que se hacen en las minas. Estrechos, tortuosos y largos todos aquellos pasadizos, iban á terminarse á mas de cincuenta varas de distancia de la rotonda, en otra segunda, mas reducida que la primera en sus dimensiones, con una cueva aún mas chica á ella adyacente, y cuya techumbre, en comunicacion con el aire libre merced á un pozo angosto que terminaba superiormente en la cúspide del peñasco, servia á un tiempo de ventilador y chimenea. Artificialmente y por disposicion de Suarez, se practicaron en la segunda rotonda varios senos para hacer oficio de alcobas, despensa, y otras piezas á la comodidad del hombre necesarias; y finalmente, una galeria mas angosta, tortuosa y dificil que aquellas de que ya hicimos mencion, facilitaba la huida en caso indispensable, por la parte opuesta á la boca principal de la caverna. Lecho cómodo, provisiones abundantes, combustible hacinado, bujías, y hasta libros, nada faltaba en el subterráneo albergue donde, por vez primera, pensó D. Martin en curar su herida, entregándose para ello al indio su servidor, llamado Francisco, que era algo cirujano, como entonces casi todos los ancianos de su raza, y lo son todavia los mas de los salvages en sus últimos años.

Ya dijimos que al comenzar la supuracion de la herida los síntomas fueron alarmantes; y sin embargo, ni el paciente, ni Francisco mismo, flaquearon de espíritu un solo momento. Como si solos y aislados estuvieran en el mundo, y no á las puertas de una ciudad civilizada y populosa, aquellos dos hombres, el uno en peligro de muerte, y responsable el otro hasta cierto punto de su vida, ni vacilaron en su fé en el Altísimo, ni en su confianza recíproca tampoco. D. Martin, nada creyente en las teorías de los médicos, y sí mucho en los conocimientos empíricos de los indios, estaba tranquilo; Fran-

cisco, seguro de sí mismo, y con la conciencia de hacer cuanto en su mano estaba para salvar á su amo, preocupábase poco de lo que pudiese avenirle si, á pesar de sus esfuerzos, sucumbia el paciente. Dios se apiadó de entrambos, y aunque lenta y dolorosamente, las yerbas del indio curaron la herida del noble conspirador, quien, al cabo de doce dias de cama, entrando en convalecencia, pudo al fin levantarse de ella y pensar en dar razon de su persona á sus amigos de Méjico.

Como la resignacion y la reserva eran, por decirlo asi, las dos prendas culminantes en el carácter de don Martin, no salió de sus labios una queja durante el curso de su penosa dolencia, ni se le ocurrió tampoco estamparla al escribir á D. Alonso de Avila, que fue lo primero que hizo apenas de la cama levantado. Limitóse, pues, á decir en pocas palabras que habia estado enfermo y como tal incapaz de ocuparse en negocios políticos ni particulares, citando al esposo de Elvira para tratar de unos y otros, á la Quinta del bosque y para la madrugada del 16. Mas al billete lacónico y grave seguia una posdata de género enteramente distinto, y que omitir no podemos nosotros en este relato.

Decia la tal de esta manera:—«Abrazad, Alonso, cariñosa y entrañablemente á *nuestra Elvira*, asegurándola que mi corazon está siempre con ella, como en el Señor mi espíritu; y recibid ambos la bendicion de quien, no osando estampar el título que á vuestro amor tiene, se firma—El Mártir.»

El indio Francisco salió de la caverna en que se albergaba D. Martin Suarez de Monroi el 15 de julio, muy entrada la noche, llevando consigo el billete de aquel para Avila; y aunque la insignificancia de su persona, tanto como los hábitos errantes de su raza con que los europeos estaban harto familiarizados, debieran inspirarle seguridad completa, ya porque la conciencia, cuan-

do intranquila, nos tiene en perpétua alarma, ya porque los hombres así al comenzar á iniciarse en la civilización, como al frisar esa en su apogeo, son siempre instintiva y estremadamente desconfiados; el hecho es que nuestro mensajero, en vez de seguir el camino directo y trillado del bosque á la ciudad, enderezó su rumbo á campo travieso, aprovechando las quiebras y desigualdades topográficas, así como los caserios, setos y vallados, para ocultar todo lo posible su persona y marcha.

Caminando de esa suerte, el ojo avizor, el oído atento, la nariz al viento, encorvado el cuerpo, ligera la planta, y contenida la respiración, al llegar Francisco como á un tiro de arcabuz de Méjico, paróse súbito, y tendiendo un instante el cuello, como suele hacerlo el sabueso cazador de raza á la menor exhalación que de las reses lleva el aire á su esquisito olfato, dejóse caer en tierra y aplicó á ella la oreja.

Al cabo de cortos momentos exclamó:—«Son pasos de hombre... No tiene duda... ¡Ah! ¡Cuántos caminan juntos!... Marchan á compás... Castellanos son... ¡También caballos!... ¿Armas?... Sí, armas; las siento crujir... ¡La Virgen me ampare!»

Diciendo de esa manera alzó del suelo la cabeza y fuese sucesivamente levantando el cuerpo, á la manera en que lo hacen las culebras, no incorporándose según la costumbre ordinaria de los hombres; y dirigiendo una rápida penetrante ojeada hácia el punto del horizonte del cual le parecía haber llegado hasta él así el ruido de los pasos como el crujir de las armas, dejóse de nuevo caer, diciendo:

—«¡Perdidos somos! ¡Perdidos somos!—No será Francisco quien vaya esta noche á Méjico!»

¿Qué vió el indio mensajero que tal espanto puso en su corazón?—Vió una manga de arcabuceros que, la me-

cha encendida, y á las órdenes de un oficial á caballo se tendia en ala, ó en guerrilla mas bien, como hoy diriamos, paralelamente al recinto de la metrópoli de Nueva España; y á derecha é izquierda de ella, en cuanto la vista alcanzaba y la oscuridad distinguir permitia, prolongábase un cordon de hombres de armas, que segun las señas tenian la ciudad bloqueada.

De cuando en cuando un grupo de diez ó doce ginetes, cuyas corazas reverberaban la escasa luz de una noche de verano sin luna, presentábase al frente de los arcabuceros, cuyo gefe, prévio el militar acostumbrado recibimiento, acercábase con muestras de respeto al que indudablemente mandaba las fuerzas todas, respondia á sus preguntas, escuchaba sus órdenes y regresaba á su puesto.

Con visos, pues, de gran fundamento, conjeturó el indio Francisco que algo extraordinario acontecia en Méjico; pero ¿qué cosa era ese algo? Imposible adivinarlo. Tan en lo posible entraba que aquel guerrero aparato lo desplegasen los conjurados para consumar su hecho, como los Doctores para impedirlo y castigarlo. Una sola verdad se desprendia con evidencia de tan alarmantes síntomas, á saber: que si Francisco intentaba penetrar en la ciudad, indudablemente seria preso, pues el objeto del bloqueo no podia ser otro, ya lo tuviesen establecido los rebeldes, ya la Audiencia, que el de impedir la entrada y salida en Méjico á cualquier persona que fuese. Regresar á toda prisa á la caverna y dar cuenta á D. Martin de lo que ocurría, fue naturalmente la idea primera del mensajero, mas como un indio de edad madura rara vez se decide á obrar sin pensarlo antes una y muchas, el bueno de Francisco dijose que su amo y señor, menos prudente y mucho mas audaz que él, sin duda querria enterarse por sí mismo de lo que todo aquello significaba; de lo cual pudiera muy bien resultar que,

diese el noble conspirador en manos de los bloqueadores, lo que fuera, siendo los últimos ministros de la Audiencia, equivalente á regalarle al verdugo su cabeza.

En resúmen, la resolución de Francisco fue proseguir observando los movimientos de los arcabuceros y ginetes hasta poco antes de que la pálida luz del crepúsculo matutino comenzase á anunciar la venida del astro luminoso, y no retirarse á la caverna hasta que don Martín, á menos de haber enteramente perdido la razón, no pudiese pensar siquiera en salir de aquel seguro solitario albergue. A nuestro entender, prudente anduvo el indio mensajero, y conocedor además del carácter de su amo, quien, recibiendo noticias tan alarmantes y de noche, indudablemente saliera al campo á pesar de la debilidad en que estaba; mas ya de día, no era al parecer tan temible que semejante temeridad intentase.

Por lo que respecta al bloqueo, durante el tiempo que Francisco permaneció en observación de él, que fue, en efecto, hasta comenzar el crepúsculo, solo hallamos una circunstancia digna de mencionarse, aunque para el indio incomprensible, y es la siguiente:

Hallándose el grupo de los ginetes cerca de la manga de arcabuceros, ya á última hora, sintióse á la parte de la ciudad el resonar de los cascos de dos caballos que á rienda suelta se aproximaban á los del bloqueo. Salieron á reconocerlos dos oficiales ó soldados á caballo con el arcabuz en la mano; mas dando, sin duda, los otros el santo, condujéronlos á presencia del gefe superior, á quien descubiertos y con ademan sumiso, dijeron algunas palabras que no oyó Francisco. Contestó el caudillo brevemente, y entonces uno de los recién llegados exclamó en voz alta:

—«¡Viva el Rey!»

Voz que fue repetida primero por los arcabuceros, luego á uno y otro lado por el cordón entero de tropas

que á Méjico bloqueaba, y en fin por los ecos de los vecinos montes.

—«Esa voz, dijo el indio, esa voz es la del Alcalde Manuel de Villegas! Perdidos estamos indudablemente.»

Al propio tiempo gritaba colérico D. Luis de Velasco, que él era el gefe del bloqueo:

—«Silencio, pesia mi vida. ¿No veis, Villegas, que dando voces espantais la caza!»

—¿Qué caza espanto (respondió el Alcalde que no cabia en sí de gozo) si ya...

—¡Basta! (tornó á decir Velasco, con ese acento imperioso y breve peculiar á los generales al frente de sus tropas). ¡Basta y quiera Dios que vuestra imprudente griteria no sea causa de que mas de un rebelde se liberte del golpe de la espada de la justicia.»

Francisco, que arrastrándose de matorral en matorral, flexible y silencioso como el reptil á que ya le comparamos, distaba á la sazón veinte pasos á lo mas del grupo de los ginetes, pudo oír y oyó en efecto todo el diálogo que escrito dejamos, y confirmarse de esa manera en la justicia de su primer recelo, tanto como en la persuasion de haber andado prudente y discreto en su conducta.

Aterrado, pues, por las funestas nuevas que á su señor llevaba, pero alentándole el convencimiento de haber cumplido bien sus deberes, dió la vuelta presuroso á la caverna y entró en ella melancólico, como era sobrado natural.

—¡Amo mio! Esclamó apenas hubo puesto el pié en la segunda rotonda.—¡Amo mio! ¡Funestas nuevas!»

Pero el eco solo del subterráneo albergue respondió á sus palabras.

—«¡Dormirá! se dijo el indio. ¿A qué despertarle? Tiempo será siempre de afligirle: dejémosle que ahora repose.»



Y sin entrar en la cueva que hacia oficios de alcoba, tendióse Francisco en un petate, envolvióse en su manta de pies á cabeza, y si no al sueño que difícilmente podía en tales circunstancias cerrar sus párpados, entregóse á esa especie de letargo que se apodera á un tiempo del alma y del cuerpo, cuando luchan equilibrándose la inquietud moral y el cansancio físico.

Tres ó cuatro horas continuaron del mismo modo las cosas en la caverna, al cabo de cuyo tiempo, inquieto Francisco, que conocia demasiado las costumbres de D. Martin para presumir que á menos de enfermedad grave permaneciese en el lecho, brillando el sol sobre el horizonte, decidióse al fin á entrar en la alcoba.

¡Cuál seria su asombro, cuál su terror profundo, al ver el lecho vacío, intacto, en la misma forma que con sus propias manos lo aderezó el momento antes de partir con el mensaje para D. Alonso!

—«¡Amo! ¡Señor! ¡D. Martin!» Comenzó desde luego á clamar con desaforadas voces, corriendo sin tino cuevas, rotondas y galerias.

Inútiles gritos, vanas exclamaciones: D. Martin Suarez no respondia; D. Martin Suarez habia desaparecido de la caverna.

Convencido de esa verdad el fiel Francisco, que servia á Suarez de muchos años atrás y le amaba entrañablemente, salió de la caverna, y posponiendo al cariño á su amo toda consideracion á su propia persona, lanzóse al bosque siempre clamando:

—«¡Amo mio! ¡Amo mio! Responded á vuestro fiel Francisco.»

Mudos, como las rocas, fueron los árboles: el eco repetia las voces del indio, pero ningun acento humano les contestaba.

## CAPITULO XIII.

EN EL QUE SE PRUEBA QUE EN NINGUN CASO, CONVIENE CONFIANZA  
EN LOS ENEMIGOS.



UN la persona que con menos atención nos lea, debe haber visto en las escenas de que fue testigo el indio Francisco, parte del resultado de la conferencia celebrada en la casa capitular de Méjico, el domingo 14 de julio, entre los magistrados de la Real Audiencia, el Capitan General D. Luis de Velasco, el Alguacil mayor Juan de Samano, y el Alcalde Manuel de Villegas: mas como interrumpimos la narracion de aquella conferencia, precisamente en el momento crítico é importantísimo de tomar parte en ella Velasco, habremos de volver atrás

con el relato lo bastante para que resulte claro, cuando menos.

Samano conocia bien á los hombres en general, y á D. Luis en particular: en efecto, el Capitan General, por el mismo buque que llevó á Ceinos la carta de Sevilla que ya conocemos, y por correo que llegó á Méjico media hora antes que el del Doctor Presidente, tenia noticia del nombramiento de D. Gaston de Peralta para el Vireinato de Nueva España, objeto de su ardiente, tenaz é incurable ambicion. Tal nueva estinguiera en hombre menos perseverante hasta la idea de tocar nunca la meta á que sin descanso se encaminaba; mas Velasco no era un espíritu vulgar, sino, por el contrario, uno de esos positivos y prosáicos que, sin exaltarse nunca en la prosperidad, ni desmayarse en los reveses, dicen el dia del triunfo: «*Conservar es mas dificil que conquistar;*» y el de la derrota: «*No importa: aun vivo, y mientras dura la vida, hay esperanza.*» Asi, pues, racionando poco mas ó menos como el Alguacil mayor, dijose: «Haga yo un servicio importante al Rey antes de que tome posesion de su encargo el Marqués de Falces; hállese ese al llegar comprometido en un lance dificil, y como en consecuencia ha de caer, el negocio de mi pretension, ya que no mejor parado, no quedará peor al menos que antes del nombramiento de D. Gaston de Peralta.»

Verdad es que, en concepto de alguno, quizá hubiera podido D. Luis, en vez de apoyar á la Audiencia, unirse al partido del Marqués del Valle, y como la victoria entonces fuera de los descontentos sin duda, sino decisiva al menos momentáneamente, conquistara desde luego una elevada posicion: pero el hombre de quien tratamos, ageno á todo sentimiento poético, y por tanto calculista seguro, veia sucumbir mas tarde ó mas temprano bajo el poder colosal de Felipe II, el monárquico engendro de la conjuracion, y entretanto al Marqués del

Valle soberano absoluto de Méjico. Ahora bien; ¿A quién se esconde que un caballero de la casa del Condestable de Castilla no podia resignarse á doblar la cerviz ante un trono ocupado por un hombre á quien consideraba de inferior linage, ni á besar la mano del hijo de un simple hidalgo estremeño, mas ó menos heróico, pero al fin y á la postre, hidalgo y no mas que hidalgo? Y si á tales consideraciones agregamos otra en sí misma mucho mas importante y para D. Luis honorífica que todas ellas, á saber: que va mucho de ambicionar un Vireinato, á resolverse á ser traidor al Rey y á la patria, quedará hasta la evidencia demostrado que el pensamiento de tomar parte en la conjuracion no pudo ni ocurrírsele siquiera.

En tal supuesto, y una vez elegida la senda por la cual caminar queria, Velasco, en su conferencia con los Doctores, tomó desde luego y de hecho la dictadura. Los pobres leguleyos, abrumados bajo el peso de aquella inteligencia superior, de aquella voluntad entera, y de aquel valor sereno, convirtiéronse en meros instrumentos del Capitan General; discutiendo alguna vez, por el bien parecer, mas aprobando siempre y con encarecimiento sus mandatos, en forma de proposiciones presentados.

Para decirlo todo, preciso es confesar que la intervencion de Velasco en el asunto produjo, en suma, economía de sangre, y ausencia absoluta de inútiles crueldades; porque el aspirante al Vireinato ni era persona de empedernido corazon, ni partidario de lo que en nuestra dichosa época llamamos *medidas fuertes*, ó lo que es lo mismo, rigores tan escesivos como inútiles las mas de las veces.

Asi el plan del escelente Doctor Ceinos, reducido á comenzar los procedimientos aplicando á la *cuestion ordinaria* y *extraordinaria* á D. Bernardino Pacheco de

Bocanegra, para arrancarle la confesion del nombre de los conjurados, de los cuales constaba que era cómplice por su carta á D. Martin Suarez de Monroi; y degollar, *simplemente*, á todos los que aquel infeliz caballero nombrase en las agonías del tormento, fue desechado completamente, por Velasco, quien hizo aceptar su proyecto mucho mas humano, sin la menor duda, aunque de sobra severo todavia.

La carta de D. Bernardino encabezaba el proceso, que desde luego comenzó á instruirse; á continuacion estampóse una declaracion jurada de Juan de Samano, refiriendo lo que á él le habia revelado el bandido Absalon-Felipe; luego otra de la *Garduña*, confirmando los dichos de aquel infame delator, no porque su verdad le constase, sino porque asi se lo mandaron los Doctores; acto continuo deponia la flamenca Gertrudis en igual sentido; á renglon seguido escribióse una informacion sumaria, con anticipacion preparada, de todo lo ocurrido en la fiesta de Chapultepec y en las del bautizo de los Gemelos del Marqués; y, en fin, la denuncia, por no llamarla delacion, del mismo D. Luis de Velasco, apoyada en dichos de acusadores anónimos, pero circunstanciada y, en honor de la verdad, verídica.

Desde la delacion del dominico que ayudó á bien morir á Garci Perez la noche del 23 de abril, hasta la denuncia del aspirante al Vireinato, todo cuanto pudo hallarse, importante ó trivial, positivo ó vago, que directa ó indirectamente, natural ó violentamente, acriminase al Marqués y á sus parciales, otro tanto se aprovechó con ansia, de otro tanto se sacó partido para dar al proceso un aspecto de legalidad bastante á ocultar las pasiones que á su instruccion presidieron.

Porque habia conjuracion indudablemente, y esa conjuracion era un crimen: pero ni la Audiencia tenia datos fehacientes para probar segun la ley el hecho mismo, ni

la culpabilidad se estendia á todas las personas que en aquella ruina fueron envueltas.

¿De qué debia en justicia y razon tratarse?—De impedir el crimen, proyectado sí, volvemos á decirlo, por algunos, no por todos; y por nadie á consumir comenzado.—¿Y qué bastaba para conseguir ese objeto?—A parte de gobernar bien, equitativa y moralmente, que fuera remedio radical y de éxito seguro; aparte de eso, y concediéndole á la arbitrariedad cuanto es posible, bastara y sobrara con una docena de destierros á Europa, y algunas providencias preventivas durante algunas semanas en Nueva España. Eso bastaba, eso debió hacerse, y todo lo demas fue solo aprovechar la ocasion de vengar personales agravios, y satisfacer villanas pasiones, so color de hacer justicia y servir al Rey lealmente.

Y gracias, repitámoslo, á D. Luis de Velasco, que si por él no fuera, inundáranse entonces en hidalga y en gran parte inocente sangre las anchurosas plazas de la metrópoli del Anahuac.

Sin embargo, necesitando aquel caballero de la cooperacion de la Audiencia, hubo de capitular con los Doctores, abandonando á su venganza algunas víctimas, para salvar el resto de la nobleza y conseguir sus personales fines.

¿Quién habia de ser la víctima, por decirlo así, predilecta de los Doctores?—No habrá nadie que no responda con nosotros que D. Alonso de Avila, el mas audaz, provocativo, y realmente temible de sus enemigos; el autor de la fiesta de Chapultepec; el inventor de la encamisada; el que, á no dudarlo, escaló la cárcel pública para dar libertad á la adúltera parricida esposa de Juan Ponce de Leon; y el que, en fin, con el escándalo de su libertinage, y la temeridad de sus empresas, habia conseguido hacerse el ídolo de todos los bravos y aventureros. D. Alonso de Avila fue, pues, elegido para víctima

principal, y no solo por las razones que dejamos apuntadas, sino además también por otras que es forzoso indicar aunque rápidamente.

Recordemos por un momento el proceder del D. Juan Tenorio de Méjico en el siglo XVI, con la esposa del Doctor Ceinos y la hija del Doctor Villalobos, y fácilmente hallaremos en la casa de cada uno de aquellos magistrados un manantial perenne de odio implacable contra el esposo de Elvira; manantial que, uniendo sus empozoñadas aguas á las del venero de saña que del corazón de cada Doctor brotaba incesantemente, llegó á engendrar en sus pechos un torrente de rencorosas pasiones contra aquel desventurado caballero.

Beatriz se pretendia *injustamente difamada* por la lengua mordaz de D. Alonso, y apoyábala Fortun, y el maridísimo Doctor Ceinos, creia, ó aparentaba creer, en la palabra de su esposa y de su page—ayudante, como en las cláusulas mismas del santo Evangelio. Por lo que respecta á Ines, lamentábase de que Avila, que desde su herida del 23 de abril apenas habia vuelto á acordarse de ella, la perseguia incesantemente con papeles, mensajes, y rondas; y el Doctor Villalobos bramaba de ira al pensar que hubiese hombre tan osado que á la pureza de tan *casta doncella* (flaquezas paternas) se atreviese ni con el pensamiento siquiera.

En consecuencia, y bajo pretesto de dar satisfaccion á las leyes, Ceinos y Villalobos formaron su plan de vengar en Avila los agravios hechos á sus virtuosísimas hija y consorte. Orozco no veia inconveniente en degollar á D. Alonso, y Velasco, que simpatizaba poco con el esposo de Elvira, decíase: «Pues que al cabo se empeñan en ajusticiar á alguno, mas vale que sea ese que otro cualquiera.»

Así dispuestos los ánimos y preparadas las baterías jurídicas, dejó la Audiencia exclusivamente á cargo del

Capitan General todas las disposiciones necesarias y convenientes para asegurar el golpe, destinándose á darle la noche del 15 al 16 de julio, vispera del aniversario de la célebre batalla de las Navas de Tolosa, celebrado en la época de que tratamos por la Iglesia española con el nombre de *Fiesta del Triunfo de la Santa Cruz*, pues la de nuestra Señora del Monte Carmelo ó del Cármen, como vulgarmente se dice, que es la que hoy se solemniza en tal dia, no fue aprobada, ni aun como peculiar á la Orden de los Carmelitas, hasta el año de 1587, ni se hizo universal hasta que así lo decretó el Pontífice Romano Benedicto XIII, en el primer tercio del siglo pasado.

Los delatores que instruyeron á Velasco del secreto de la conjuracion, porque delatores hubo, aun cuando, dichosamente para aquella generacion, la historia no nos ha conservado sus nombres, creian sin duda, ó por lo menos afectaban creer, que el Marqués del Valle conspiraba en efecto; y á la verdad que tanto para los que de fuera veian las cosas, como para los iniciados mismos de segundo y tercer órden, nada debia parecer mas probable, pues era realmente excepcional y anómalo que el hombre en cuyo favor se fraguaba toda aquella máquina, ignorase no solo su objeto, sino hasta cierto punto su existencia misma. D. Luis, sin embargo, dudaba de que el Marqués conspirase resuelta y deliberadamente, conociendo la poquedad de su ánimo, harto inferior á la magnitud de una empresa tan audaz, por lo menos, como culpable. Mas diremos: tal vez, si el Capitan General hubiera sido árbitro absoluto en aquel negocio, no se molestara directa y personalmente al heredero del título de Hernan Cortés; porque, en concepto del ambicioso aspirante al Vireinato, no perseguir al Marqués fuera mostrar á un tiempo desprecio á la persona y poder de aquel magnate, y confianza ademas en las pro-



pias fuerzas. Pero hablarles á los Doctores de prescindir en la persecucion del hijo de su antiguo enemigo, era como querer arrancarle su presa de entre los colmillos á un lobo hambriento. Insistieron, por tanto, en que habia de prenderse al Marqués, con obstinacion tan grande que, mal que le pesara, hubo de consentir en ello Velasco, si bien estipulando el modo y forma de la prision, de manera que á salvo quedasen en todo evento los privilegios aristocráticos, de que era tan celoso el General como el que mas de los Próceres españoles de su tiempo. No entraba eso, á la verdad, en la cuenta de los Oidores; porque ya entonces, como diversas veces apuntamos, acontecia que, tanto en la madre patria como en las colonias, y muy especialmente en el caso que nos ocupa, luchaban entre sí con empeño, de una parte el elemento judicial-administrativo-teocrático, en su origen y condiciones, por lo que al personal respecta, eminentemente democrático en España; y de otra los restos ruinosos sí, mas aún formidables, de la antigua nobleza. Así, en realidad, mas que por sostener la integridad de la monarquía, mucho mas aún que en defensa del trono de Felipe II, pugnaban los Doctores por humillar á la nobleza de Méjico, y sobreponer, por punto general, la toga á la espada; pero Velasco, que era noble, no quiso dar la mano á tal designio, mas que en cuanto fue á los suyos absolutamente indispensable; y los de la Audiencia que se sentian débiles, hubieron de contentarse con lo que plugo al Capitan General concederles.

Por lo demas hiciéronse todos los preparativos con tal secreto, diligencia y buena fortuna, que no traspasó al público la menor parte de ellos; y ya todo estaba pronto para la ruina de los conjurados y descontentos, sin que ninguno de los tales desdichados se apercibiera, ni remotamente, del peligro que á todos inminente amenazaba.

La conjuracion, por otra parte, caminaba apenas en aquellos dias, pues adoptado el plan del Dean, y habiendo de trascurrir cerca de un mes antes del dia para su ejecucion designado, fuera de construirse el Navío famoso, podemos decir que nada se hacia de provecho, como no fuera murmurar siempre de los Doctores, burlarse de su debilidad, y formar cada cual sus castillos en el aire para cuando Méjico fuese hacienda y señorío del bando del Marqués exclusivamente.

¡Ciega y quizá venturosa confianza que á la mayor parte de los hombres adormece, precisamente en la orilla del precipicio á que han de despeñarse, y cuando acaso tienen ya el cuerpo hácia el abismo medio vencido! ¡Ciega confianza que domina á los conspiradores de todos los partidos, condiciones, edades y épocas! ¡Ceguedad, en fin, en virtud de la cual solamente puede esplicarse la enorme desproporcion que hay entre el número de las conjuraciones tramadas, y el de las que á puerto de salvamento llegan!

El Marqués del Valle, harto ageno de la desdicha que ya sus negras ponzoñosas alas tendia, para arrojarse sobre la descendencia del inmortal Conquistador de Méjico, ocupábase en departir sosegadamente en aquel salon y estrado de su Palacio que ya conocemos, con su esposa por primera noche levantada del lecho, su hermano D. Martin, el Dean Molina, y la andaluza Leonor.

Diez horas ó poco mas iban trascurridas despues de la del mediodia: acababan de retirarse del estrado D. Luis de Castilla, su esposa, y alguno que otro personaje de los de mas importancia en el bando, haciéndolo tan temprano para dar lugar á que la convaleciente Marquesa se recogiese como su estado lo exigia. Don Alonso estuvo un momento por la mañana á saludar al Marqués y enterarse del alivio de doña Juana de Zúñiga,

pidiendo permiso para no asistir por la noche á la tertulia, en virtud de la llegada de su hermano y cuñada, quienes, habiéndose adelantado á sus equipages, carecian por el momento de vestidos decentes para andar por la ciudad, y mas de los que la etiqueta exigia para ir al Palacio de Cortés; en resúmen, las personas que indicamos estaban solas, y la Marquesa se incorporaba para retirarse á su alcoba, cuando un gentilhombre entró apresurado en el salon, diciendo:

—«El Alcalde ordinario Manuel de Villegas pretende ver á useñoría en el acto, para trasmitirle un mensaje del Real Acuerdo.»

Quien á sangre fria presenciara la escena cuya descripcion comenzamos, echará de ver, que al oír las palabras del gentilhombre, el Dean, perdiendo súbito la color del rostro, hubo de apoyarse en el mueble que halló mas á mano para no dar consigo en el suelo; don Martin Cortés que estaba sentado, por casualidad, debajo del retrato de su padre, levantóse, y á un tiempo echó indeliberadamente la mano al puño de la daga, y clavó sus ojos en los del Conquistador, como buscando en ellos inspiracion y consejo; la Marquesa, pálida como un mármol, pero sin dejarse dominar por la emocion, permaneció inmóvil en la postura en que la halló el mensaje, y Leonor de Sarmiento, escuchó aquel con la misma indiferencia, aparente cuando menos, que pudiera las coplas de Calainos ó el romance de Francisco Estéban.

Por lo que al Marqués respecta, su primer movimiento, al escuchar que de parte del Real Acuerdo le buscaba un Alcalde, y que ese Alcalde era nada menos que Villegas su mortal declarado enemigo, fue bueno; porque, en efecto, ocurriósele hacer entrar al mensajero, sí, mas arrojarle en seguida por un balcon á la calle.

Y decimos que fue bueno aquel primer instintivo movimiento, porque llegadas las cosas al punto á que lo eran ya, no habia en lo humano mas recurso de salvacion para los conjurados que la temeridad sin límites. Pero el Marqués no conjuraba, se me argüirá.—Cierto, responderé, cierto en el fondo y legalmente hablando; falso en cuanto á las apariencias; falso tambien en el sentido moral y mas lato de la palabra conjurar, que eso y no otra cosa era en realidad lo que hacia el personaje que nos ocupa, aspirando á ser el árbitro de los destinos de Méjico, y afectando siempre el mas soberano desprecio á los Doctores que, buenos ó malos, justos ó tiranos, al cabo representaban y ejercian la única autoridad entonces legítima.—¿Qué podia querer del Marqués á tales horas el Real Acuerdo?—Nada bueno para él seguramente, mucho malo sin duda.... ¿Ni qué podia acontecerle peor que entregarse en manos de sus encarnizados implacables enemigos?—Nada, absolutamente nada peor; y en virtud de tales razones deciamos y repetimos, que bueno nos parece el primer movimiento del hijo de Hernan Cortés: pero aquel destello de la paterna resolucion fue rayo de luz efímera y pasagera, que se desvaneció como la del relámpago, asi que el Marqués, por su desdicha volvió los ojos al livido cadavérico rostro de D. Juan Chico de Molina, antes que á ningun otro de los allí presentes.

—«Entre (dijo entonces) el señor Alcalde, y venga en buen hora.»

—«¡Cómo! (esclamó iracundo el Bastardo) ¿Vais á recibirle, hermano y señor, y en presencia de doña Juana, hallándose en el estado en que se encuentra?»

—Doña Juana, hermano (interpuso la Marquesa con gravedad colérica), se halla siempre en estado de hacer frente á las desdichas!

—¡Desdichas! (se apresuró á decir el Marqués) ¿Y

por qué temerlas, dulce señora mía? Los vasallos leales, nada tienen que temer de los ministros del Rey.

—Este hombre (murmuró entre dientes el aterrado Dean); este hombre nos dejará á todos en las astas del toro, si llega á figurarse que así se ahorra el menor mal rato. ¿Qué mensaje será este, Dios mío? ¿Qué mensaje será?»

Mientras el gentilhombre, apenas oída la orden de su señor, habia salido del estrado para ejecutarla, introduciendo en lo interior del Palacio á Villegas, á quien conviene advertir que el portero se obstinó en no dejar pasar del zaguan, por mas que una y muchas veces mostró la vara y alegó los mandatos de la Audiencia. A quien estrañe que el Alcalde se sometiera á tal vejacion, dirémosle que no llevaba mas acompañamiento que el de un Escribano y dos Alguaciles, de modo que, aun cuando quisiera, que no debia querer segun las instrucciones de sus superiores recibidas, valerse de la fuerza, fuérale imposible por el momento intentarlo con esperanza de buen éxito.

En el zaguan estaban con el portero, como es y fue siempre costumbre en las casas de grandes señores, tres ó cuatro criados de escalera á abajo, cocheros ó mozos de cuadra, murmurando quizá del amo; pero al mismo tiempo mas orgullosos con su librea, que los cortesanos de oficio con la que llaman *uniforme*; y como no habia memoria de que ningun *golilla* hubiese atravesado aquellas puertas para nada bueno; y como se consideraba allí contrafuero el que, con vara alta osara, la justicia penetrar en el Palacio del Principe de la nobleza mejicana; y como, por último, estaban los servidores del Marqués, amamantados, por decirlo así, en la idea de que cuanto tenia relacion con la Audiencia, era canalla y no mas que canalla, causó alarma, sorpresa y disgusto la llegada de Villegas, primero en los que la pre-

senciaron, y despues en los que por esos en breve tiempo la supieron, cuyo número fue, en resúmen, el total de la servidumbre masculina y femenina del heredero de Hernan Cortés.

Llenáronse, en consecuencia, el zaguan de palafreneros y gente de la caballeriza, las escaleras de lacayos y fregonas, el recibimiento de gentileshombres, pages, porteros de estrado, camaristas y dueñas, todos fijando la vista en Villegas, ya con burlona, ya con siniestra espresion; y de cuando en cuando un sordo murmullo de amenaza y descontento, mostraba claramente al Alcalde que, si al Marqués acomodara, dificilmente saliera él bien librado de su espedicion temeraria.

Tal era el estado de las cosas cuando el gentilhomme que anunció al mensagero del Real Acuerdo, atravesando con gravedad magestuosa los diferentes grupos de la servidumbre de su señor, bajó las escaleras, y saludando á Villegas con mas soberbia que cortesía, díjole:

—«Mi señor, el Marqués del Valle de Guaxaca, consiente en hacer á vuesa merced la honra de recibirle. Sigame el señor Alcalde.»

No replicó palabra el Magistrado municipal, pero allá en sus adentros iba diciendo: «Veremos antes de mucho si el señor Marqués del Valle de Guaxaca nos hace tambien la honra de cantar en el potro, ó de poner su cabeza en un tajo.»

Mientras el gentilhomme y en pos de él el Alcalde con su escribano y alguaciles, subian al piso principal del Palacio y atravesaban la dilatada série de antecámaras y salones anteriores al del estrado, el Marqués, uniendo, como acontece con sobrada frecuencia, el orgullo á la debilidad de su carácter, tomó asiento en uno de los sillones bajo el dosel colocados, para recibir al mensagero de la Audiencia.

Entrar este, ver á su enemigo en el *Trono*, con una significativa mirada llamar sobre tal circunstancia la atencion del escribano, y replicar el curial con un guiño de mal agüero, fue todo una misma cosa, que los circunstantes advirtieron, y el Marqués se esplicó á sí mismo tomando por señales de turbacion y pavor las que en realidad lo eran de contento y amenaza.—¿Qué mas podia desear Villegas, en efecto, que poder decir á la Audiencia y con testimonio de escribano por añadidura: «*He hallado al Marqués bajo un sòlio, sobre un trono, y afectando aires de soberano en mi propia presencia.*»

Conteniéndose, empero, con toda la serenidad propia de quien se cree seguro del anhelado triunfo, saludó el Alcalde casi respetuosamente al vano magnate, y díjole en voz sosegada y con acento meloso:

—«Los señores del Real Acuerdo, me mandan notificar á V. S. que acaba de recibirse de España un pliego de S. M. (Dios le guarde), que segun las órdenes del Rey N. S. solo en presencia de V. S. mismo puede abrirse.»

Oir tales palabras el Marqués, y asentársele en el magin que Felipe II, inspirado, sin duda, por el ángel custodio de la familia del gran Cortés, y queriendo, en fin, hacer justicia á su mérito personal, le confiaba el Vireinato de Nueva España, fue tan instantáneo, que súbito creyóse ya el buen señor entronizado, triunfante de sus enemigos, y quizá dueño de sus propios amigos, á quienes temia acaso mas que á aquellos. Desapareciendo, pues, de su rostro la espresion de congojosa duda que lo anublaba antes de que hablase Villegas, sonrióse plácida y benévolamente, y dijo:

—«¿Y nada mas tiene que decirme el señor Alcalde?»

—Perdóneme V. S., sí tengo que añadir, y es que el Real Acuerdo, reunido asi que llegaron los despachos de

Castilla, aguarda solo á V. S. para enterarse de la voluntad de nuestro católico monarca y darle cumplimiento en el acto.

—¿Es decir, que debo acudir ahora mismo al Real Acuerdo?»

Villegas bajó la cabeza en señal de aquiescencia, y el Marqués, levantándose de su asiento, exclamó:

—«¡Ola! La espada y el sombrero! Os sigo señor Alcalde.»

No estaba el Dean para reflexiones, porque el pánico terror que de su alma era dueño, embargándole las potencias todas le impedía el discurso; mas doña Juana y el Bastardo, ambos de corazon entero, y ambos de ingenio infinitamente mas perspicaz que el del Marqués, al ver que este, sin tomar precaucion alguna, se disponia á marcharse con Villegas, miráronse el uno al otro con no menos alarma que asombro. Pero ¿qué habian de hacer en tal conflicto? Malo era, muy malo realmente, dejar que el Marqués siguiese su irreflexionada determinacion, pero acaso peor mostrar en presencia de enemigos, que aquel hombre, por una parte, necesitaba quien le guiase; y por otra, que en sentir de sus propios parciales tenia, en efecto, culpas que le debieran apartar de entregarse en manos de la Audiencia.

La Marquesa, pues, prefiriéndolo todo á rebajar la consideracion y prestigio de su esposo, bajó la cabeza como víctima al sacrificio resignada; y el Bastardo, movido por análogos sentimientos, hubo de imitar el ejemplo de su virtuosa cuñada. No asi la petulante andaluza, que no queriendo ó no pudiendo contenerse, acercóse al prócer y á media voz le dijo:

—«¿No llevará el señor Marqués, al menos, quien le guarde las espaldas?»

—El Marqués, señora (respondió entre cortés y orgulloso el alucinado caballero), llevará su espada que bas-



ta y sobra para asegurarle de todo riesgo, dado que pudiera haberle, que no es posible, para un buen vasallo, entre los ministros de la justicia del Rey.»

Ya, al decir así, habíanle sus pages servido espada y sombrero, puestos los cuales, el Marqués, besando gallantemente la mano de su esposa, y sin comprender la espresiva mirada con que ella de su riesgo le advertía, bajó del estrado, salió de la sala, y en fin de su Palacio, en compañía, ó bajo la guarda de Manuel de Villegas, á quien el gozo casi sofocaba.

Si la historia no atestiguara el hecho que vamos refiriendo de una manera indudable, no fuera tal nuestro atrevimiento que osáramos estamparlo, y eso no tanto por su intrínseca inverosimilitud, cuanto por lo que rebaja la inteligencia del personage que en él figura; porque, en verdad, poco ingenio se necesitaba para adivinar el lazo que los Doctores le tendían. Pero así sucedió, y así nos es forzoso referirlo mal que nos pese.

Apenas el Marqués habia salido de los umbrales de Palacio, sin permitir que ninguno de sus criados le acompañase, disponíase D. Martin á dejar precipitadamente el estrado; la Marquesa, olvidando su delicada situación, dejaba su asiento violentamente; Leonor rompía en amargo llanto; y los gentileshombres, á la cabeza del resto de la servidumbre, penetraban en confuso tropel en el salon, diciendo á voces:

- «¡Nuestro señor es perdido!
- ¡Matáranlo esos canallas de Doctores!
- ¡No le deje asesinar el Sr. D. Martin!
- ¡Dénos su licencia la Señora, y nosotros le salvaremos!»

Y otras tales frases todas alarmantes y por añadidura sediciosas, envueltas en chillidos de las mugeres y maldiciones de los hombres.

- «¡Silencio, gritó D. Martin, silencio! ¡Y respé-

tese la voluntad del Marqués, señor vuestro y mio!

—¡Sí, respétese (repuso la Marquesa, pero añadiendo en voz baja): Esa gente tiene razon, hermano; sino acudimos pronto en su auxilio, mi esposo es muerto ó por lo menos preso.

—Y no se pierda un instante (añadió Leonor), ó llegará tarde el socorro, porque al salir el Marqués he visto mirarse al Escribano y al Alcalde con una expresion de funesto agüero.

—Voy á armarme, señoras (respondió el Bastardo); tomaré conmigo algunos hombres resueltos, y ó morimos todos, ó mi hermano y vuestro esposo, doña Juana, estará en breve sano y salvo en vuestros brazos.»

Hízolo como lo decia, llevándose fuera del salon á la servidumbre, mandando cerrar las puertas todas; distribuir armas y municiones, como si hubiera de sostener un asedio; y en fin, disponiéndose á salir del Palacio con una docena de servidores armados de punta en blanco, robustos, valerosos y fieles á toda su satisfaccion.

Los preparativos, sin embargo, aunque con suma rapidez hechos, consumieron mas de una hora de tiempo; por manera que ya era próximamente media noche cuando el Bastardo pudo dar la órden de emprender la marcha, disponiendo, á fuer de hombre prudente y soldado precavido, que dos de los suyos saliesen primero á reconocer el campo, siguiéndose el uno al otro. A los dos minutos regresó el zaguero, perdida la color y lleno de susto, diciendo:

—«¡Perdidos somos! El Palacio está cercado de Mosqueteros que á Ortuño (el que iba delante), le han preso delante de mis ojos.

—¡Visiones! (respondió D. Martin.) ¡Jimenez! ¡Gonzalo! Salid vosotros que, como veteranos, teneis esperiencia de la guerra, y ¡Vive Dios, que como os volvais sin

traerme de las orejas á uno de esos miserables corchetes que nos espian , ya nos entenderemos!» Los dos nombrados, veteranos de la guerra de Flandes , en efecto , obedeciendo sin réplica la fulminante orden del Bastardo , salieron del Palacio , no por la puerta principal como sus antecesores , sino por una de las de los costados , y con cuanta precaucion pudieron sugerirles su ingenio y esperiencia. Al principio de su marcha parecióles que por aquella parte al menos habia paso franco ; mas al volver la primera esquina , vieron frente á sus pechos brillar siniestras las encendidas mechas de dos mosquetes , y antes de que tuvieran tiempo de adelantar ni retroceder , arrojáronseles encima varios hombres de armas que á un tiempo les sujetaron los brazos y les taparon las bocas.

Don Martin Cortés fue contando con febril impaciencia los minutos de la tardanza de los exploradores hasta que su número ascendió á quince , momento en el cual resolvió reforzar á Jimenez y Gonzalo con otra pareja , mas al ir á dar la orden vió tal consternacion pintada en los rostros de los servidores de su hermano , que hubo de renunciar á tal pensamiento.

Dijimos que aquellos hombres eran valientes , y no tenemos por que retractarnos de tal aserto : pero el valor vulgar no es , ni con mucho , el necesario para circunstancias extraordinarias y peligros , por decirlo asi , excepcionales. Los criados del Marqués con su dueño á la cabeza , y á la luz del dia , y tantos á tantos , no temieran á nadie : pero su amo estaba en poder de los de la Audiencia , las tinieblas de la noche envolvian la tierra , y el número y fuerza de sus contrarios les eran completamente desconocidos. A mayor abundamiento ¿Quién sino los Mosqueteros de Velasco , únicos regimentados que habia á la sazón en Nueva España , pudiera cercar el Palacio ? Y siendo asi , hacianlo de orden del Gobierno ,

y pelear contra ellos era declararse en rebelion, sin llevar siquiera al combate el escudo de la obediencia á las órdenes del Gefe de la ilustre familia. La gente vulgar tiene, en general, mas sentido comun y menos preocupaciones caballerescas que la instruida; y por eso en los riesgos suele salir tambien mucho mejor librada que las personas contaminadas del vértigo del Quijotismo.

En resúmen, D. Martin Cortés, al mirar á los criados de su hermano, comprendió desde luego que era llegado el momento de abandonar á aquel á su propia suerte, ó de echar personalmente el pecho al agua, si habia de intentarse alguna cosa en su obsequio. Parécenos haber dicho bastante del carácter del Bastardo, para que nadie dude de cuál seria su resolucion en tan crítico lance.

—«¡Mi caballo (esclamó en efecto), abrid la puerta principal, y sigame el que sea fiel al pan que come!»

Simultáneas con las palabras fueron las acciones: en un instante estuvo el hijo de Marina á caballo y espada en mano; las puertas se le abrieron de par en par, y él, sin volver atrás la cabeza, arrojóse á escape á la plaza. Cuatro ó seis hombres, mas arrestados ó pundonorosos que sus compañeros siguiéronle, cerrándose en seguida de nuevo las puertas, que fueron interiormente fortificadas como si de un momento á otro se temiese el asalto.

La fatalidad enemiga de la familia de Cortés no hallaba obstáculos á su saña aquella funesta noche.

Apenas D. Martin, clavándole en los hijares las espuelas al generoso corcel que cabalgaba, salió á la plaza mayor, cuando con sañudo acento oyóse una voz estentórea que clamaba: *¡Fuego!* y al mismo tiempo cinco ó seis tiros de mosquete disparados desde las bocas-calles hicieron estremecerse de pavor á los pacíficos vecinos que, ignorantes de cuanto acaecia, reposaban

tranquilos. Tres balas hirieron el caballo del Bastardo, y una de ellas en la frente: rodaron por el suelo ginete y montura; y antes de que pudiese aquel desembarazarse del cadáver de este, era ya presa de una docena de soldados que á sujetarle acudieron. D. Martin fue preso, y conducido con gran prisa y secreto á un calabozo que tiempo hacia le esperaba en la cárcel pública.

No se habia querido recoger la Marquesa de ningun modo, ni abandonarla doña Leonor tampoco: ambas con el Dean oraban en el estrado, depuesto todo sentimiento de mundanal orgullo, cuando hirió sus oidos el fúnebre son de los mosquetazos que, por milagro del Cielo ó desdicha de su suerte, no le costaron la vida y sí la libertad al hijo de Marina. Aterráronse las damas, como era sobrado natural, desmayándose la Marquesa, cuyas fuerzas físicas no era posible que en aquel momento correspondiesen á las inagotables de su espíritu. ¿Y el eclesiástico? El eclesiástico, como un caballo ya desbocado al que voz ó golpe inesperados acaban de hacer perder el tino, levantóse del suelo en que estaba de hinojos, y á manera de exhalacion salió de la sala, bajando á saltos cierta escalera secreta que conocia como tan familiar de aquella casa; y no paró hasta lograr que le abriesen una puerta y dar consigo en la calle. El estrépito de los tiros, persuadiéndole de que los Doctores iban á tomar por asalto el Palacio, y pasar en consecuencia á cuchillo á cuanto viviente en él hallasen, sugirióle la idea de salir de allí á toda costa; y así lo hizo, en efecto, porque no hay nada mas tenaz que un cobarde cuando de huir se trata.

Su destino, sin embargo, estaba escrito, y lo que consiguió el pobre D. Juan fue solo acelerar el cumplimiento de los irrevocables decretos del hado; pues apenas habia andado veinte pasos fuera de la puerta de la morada de los hijos de Hernan Cortés, cayó en manos

de los que todo su perímetro bloqueaban con tanta habilidad y vigilancia como buena fortuna.

¿Qué era entre tanto del Marqués del Valle de Guaxaca? Vamos á verlo; aunque ya solo de los pormenores suponemos curioso al lector, que presume con fundamento las consecuencias de su imprudente confianza.

Condújole Villegas á la casa y sala capitular donde la Audiencia, constituida en gobierno y tribunal á un tiempo, celebraba sesion solemne y permanente aquella para Méjico memorable noche del 15 al 16 de julio.

El primer objeto que desagradablemente hirió la vista del Marqués, comenzando á hacerle vacilar en sus descabelladas esperanzas, fue el de un peloton compuesto de alabarderos y otros hombres de armas que halló bien ordenado en el zaguan del edificio consistorial; luego un cordon de centinelas hasta la puerta de la sala misma, confirmóle en sus recelos; y de buena gana volviera el pie atrás al advertir con horror que el verdugo, en trage de ceremonia, estaba allí sentado en un banquillo, esperando las órdenes de los señores!... ¡El verdugo! Si, el verdugo; que los buenos de los golillas, acostumbraban á tener á la mano al ejecutor de la justicia, siempre que se constituian en *sala del crimen*.

Ante tales y tan claros síntomas de hostilidad hubieron de disiparse por completo las ilusiones del Marqués del Valle; mas ni ya era tiempo de volver el pie atrás, ni aquel hombre, desdichadamente irresoluto, adolecia poco ni mucho del achaque de cobarde. Prosiguió, pues, su marcha con reposado continente, sin que en su rostro ni ademanes se echase de ver que recelaba peligro alguno.

Recibiéronle los Doctores sentados y cubiertos; un dependiente de la Audiencia acercóle una *silla rasa* (1),

(1) Silla sin respaldo; este y todos los pormenores que siguen son históricos.

y el Presidente le dijo:—«Siéntese V. S., señor Marqués.»

Volvióse el interpelado para tomar, en efecto, asiento, mas al ver su especie, esto es, que carecia de respaldo, y que por consiguiente le trataba la Audiencia como inferior, ya que no como acusado, encendiósele la sangre, saliéronle al rostro los colores, y estuvo para arrojarle la silla á la cabeza al Doctor Ceinos.

Pero, como dijimos, el Marqués se habia vuelto para tomar su asiento, y hubo sin duda de advertir que detrás de él habian entrado en la sala hasta veinte entre Alabarderos y Arcabuceros, con Juan de Samano á su frente. Reprimió, pues, su enojo lo menos mal que pudo, sentóse, y exclamó encarándose con el Presidente:

—«Pues ya me tienen aquí vuesas mercedes, tiempo es de que se abra el pliego de S. M. y veamos que manda el Rey N. S. en esos despachos.»

—Cierto (repuso el Dr. Villalobos), mande el señor Presidente lo que ha de hacerse.»

Juan de Samano y sus hombres de armas habíanse en esto acercado tanto al Marqués, que casi le tocaban las espaldas las cajas de los Arcabuces, visto lo cual por Ceinos, que hasta entonces no las tenia todas consigo, profirió en voz temblona de cólera ó de emocion, estas palabras:

—«*Marqués, en nombre del Rey, sed preso!*»

—¡Yo preso! (Replicó dando un iracundo grito el hijo de Hernan Cortés); ¡Yo preso! ¿Y por qué?

—¡*Por traidor!* (Repuso Villalobos.)

—¡*Mentis!* (Volvió á gritar el Marqués), *que yo no soy traidor á mi Rey, ni los ha habido en mi linage!*

Profiriendo tales voces, que de Torquemada en su Monarquía Indiana copiamos literalmente, empuñaba el Marqués la daga; mas pidiéndole Ceinos las armas repetidas veces en nombre del Rey, *rindiólas luego* (dice el coronista) *sin resistencia, ya por parecer leal vasa-*

llo, ya porque su inocencia le salvaba, ó ya por ver que, solo en aquel lugar, no podia defenderse.

Rendido el heredero de Hernan Cortés, pusiéronle preso é incomunicado con buena guarda en uno de los aposentos de las casas reales mismas que ya al efecto tenian prevenido los Doctores.



LA CONJURACION DE MEXICO 170

## CAPITULO XIV.

---

QUE TRATA DE COMO DON ALONSO DE AVILA IBA ENTRANDO EN EL BUEN CAMINO, CUANDO SU MALA VENTURA LE ATAJO EN EL LOS PASOS.



Don Luis de Velasco, queriendo aparecer á los ojos del Rey como Atlante de su trono en Nueva España y principal sofocador de la conjuracion del Marqués del Valle, pero al mismo tiempo no enemistarse irrevocablemente con la nobleza mejicana, y sí conservar el prestigio y popularidad que debia á su hasta entonces neutral y habilísima conducta, escogió para sí en la distribucion que se hizo de los papeles del tétrico drama que es asunto de estas páginas, el menos odioso y comprometido, dejando á cargo de Manuel de Villegas y Juan de Sama-

no las prisiones, y limitándose él á poner sobre las armas las tropas de su mando, para emplearlas, decia, en servicio de S. M., que es como si hoy dijéramos, en el sosten del órden y defensa de las leyes, sin mezclarse en bandos ni parcialidades. En efecto, fuera de una manga de Mosqueteros que no pudo negarse á dar para poner cerco á la casa del Marqués, y de otra de Arcabuceros que otorgó para custodia de la Audiencia en union con los Alabarderos de la Guarda ordinaria de los Vireyes, dispuso que el resto de las banderas destinadas á la expedicion de la Especería, permaneciese aquella noche sobre las armas, como ya dijimos, pero en su mayor parte fuera de Méjico, bloqueando la ciudad, y el resto dividido en patrullas para evitar un rebato.

Las prisiones, pues, que fueron muchas, hicieronlas todas el Alcalde y el Alguacil mayor, escoltados y sostenidos por sus corchetes, los Alabarderos y la gente allegadiza de que en diferentes ocasiones hicimos mencion últimamente.

Sorprendidos unos en sus casas, y otros en la de la *Conversacion*, quien al ir al terrero, quien al recogerse á cenar, antes de media noche estaban presos todos los caballeros cuyos nombres estampamos en la página 193 de este tomo, y ahora no repetimos por parecernos escusado, bastándonos recordar que, en resumen, se hizo en Méjico la víspera de la festividad del Triunfo de la Santa Cruz, lo que llaman los beduinos un *razzia*, y pudiéramos nosotros traducir por *leva* de gente principal.

Ni una sola familia noble se eximió aquella noche de pagar amargo tributo de lágrimas al poder de la Audiencia, contra cuyas iras fueron tan ineficaz escudo las canas del anciano, como el candor del mancebo; y los méritos del soldado, como los timbres del caballero. Sin

consuelo gimieron en el desierto tálamo las esposas, y en el abandonado hogar doméstico las madres: inflexibles los ministros de la Justicia á súplicas y lamentos, sepultaron uno tras otro en lóbregos calabozos á todos los descontentos de hidalga cuna, amaneciendo la ciudad huérfana de su nobleza toda.

¿Por qué no se hizo, por entonces, prision alguna ni en la clase media, ni en la plebe?—¿Carecia, por ventura, la conjuración de afiliados en aquellas dos importantísimas regiones del estado social?—No por cierto: el descontento del Gobierno, la odiosidad contra los Doctores, existían y mas vivos, mas violentos acaso que en la aristocracia misma, entre los pecheros de todas gerarquías; y aquellas gentes que poco ó nada tenían que perder, no recataban ciertamente sus iracundos rencorosos afectos.—¿Por qué, pues, repetimos, no se hicieron prisiones en aquellas clases?—A los Doctores, á la verdad, pluguérales dar una lección *saludable* por lo severa á los insolentes que osaban quejarse de la exorbitancia de los tributos, de la enormidad de los derechos procesales, de la injusticia en los repartimientos, de la iniquidad de no pocas sentencias: pero intervino en todo aquel negocio una inteligencia política que, sobreponiéndose hasta cierto punto á las pasiones de los Jueces, acertó á contenerlos, si no en todo, al menos en gran parte, dentro de los límites de la razón de estado.

—¿Qué haremos, decía Velasco, encarcelando algunos centenares de hombres (que no hablaban de menos aquellos buenos señores), y ahorcando, como quereis, un par de docenas de pecheros? Primeramente revelar al Rey y al universo, que Nueva España es hoy una provincia de la Monarquía española menos segura, que el día en que Hernán Cortés ganó á Méjico; en segundo lugar acreditarlos de tan severos, que con razón pueda el mundo llamarnos crueles; y en tercero y último, en

vez de estirpar, cual conviene, las semillas de la rebellion, robustecerlas, fecundándolas con sangre, que es el mas eficaz abono posible para el campo de los rencores.—Las cabezas mas altas son las que en tales casos deben abatirse, que la plebe sin gefes fácilmente se domina; y una vez dominada, gobernadla bien, que ella será vuestra.»

Que tales razones convenciesen á los de la Audiencia, no lo imaginamos siquiera, mas los consejos de Velasco era forzoso aceptarlos entonces como preceptos: por eso se eximieron, sin duda, y no por otra causa, la clase media y la plebe de incurrir en la persecucion de que fue víctima la nobleza.

Pero entre todos los nobles ya sabemos que el mas aborrecido por los Doctores era D. Alonso de Avila, precisamente nuestro predilecto personage, del cual, por lo mismo, no hemos querido hablar, sino en lugar preferente y de propósito determinado, como ahora vamos á hacerlo.

La suerte que todo lo iba ordenando para que la ruina de Avila fuese tan tremenda como inevitable, hizo que, con la llegada á Méjico de su hermano Gil Gonzalez, se abstrajese D. Alonso de todo trato de gentes y aun de salir á la calle desde el 14 hasta el 16, tan completamente como no habia memoria de que nunca lo hubiese antes hecho. Quizá, sin esa circunstancia puramente fortuita, en el continuo movimiento que era su sistema habitual de vida, llamarale la atencion alguno de los sintomas de la tempestad que le amenazaba, sintomas, merced á la reserva con que el negocio se condujo, imperceptibles para la generalidad de los conjurados, mas que acaso no dejara pasar inapercibidos la perspicaz y clara vista del esposo de Elvira. ¿Quién sabe, si alguna damisela de las infinitas que frecuentaba, ó quizá cualquier dueña curiosa, no le informara de las juntas de los

Doctores, ó de las indiscreciones de los corchetes? Y una palabra, insistimos en ello, una palabra sola bastara para poner en alarma á D. Alonso; y una vez alarmado, seguros estamos de que no se apoderáran de él sus enemigos, ó cuando menos vendiérales muy cara la vida.

Mas Avila, habiendo ya terminado por completo el arreglo de sus negocios, no se acordaba ni remotamente de la conjuracion, y mucho menos de los Doctores la noche del 15 al 16 de julio de 1566. Casero aquellos dias por escepcion, y hallando en Elvira, profundamente agradecida al noble proceder de su esposo en el asunto de Fernando de Valdestillas, un agrado cariñoso, una amabilidad que casi pudiera confundirse con la ternura, su imaginacion siempre exagerada, y no sabemos decir si visionaria ó poética, convertíale el hogar doméstico en un paraiso. Y no es lo singular que tal le aconteciese á él, sino que su enfermedad, haciéndose contagiosa, inoculó, por decirlo asi, á Gil, á Mencía, y á la bella amante misma del hijo del Comunero.

Sin grande instruccion, D. Alonso era hombre de agudo ingenio; habia visto mucho mundo, física y moralmente hablando; conocia de trato íntimo todas las clases de la sociedad; y el arte de agradar, á las mugeres sobre todo, era en él una segunda naturaleza. Simpático, ademas, porque Dios lo quiso, para que lo que de razon le faltaba casi siempre, lo supliera con lo expansivo y seductor de su carácter, ¿Cómo no habia de contagiar á gentes que le amaban sinceramente, y cuya ambicion era que hiciese siempre aquella vida honesta y retirada, á que por rarísima escepcion, mas con delicia, le veian entregarse?—La casta y sencilla Mencía, celebraba con efusion las gracias de su cuñado; Gil estasiabase con el dramático relato de las casi increíbles aventuras de su hermano; y la altiva doña Elvira, preguntá-

base, cómo era posible que su corazón resistiese siempre á un hombre que todo lo tenía, todo menos la constancia y la fidelidad, para cautivar el alma mas esquivada.

Y ahora preguntamos nosotros ¿Qué genio maléfico es el que rige los destinos de ciertos hombres de manera que, mientras á vivir están condenados, su existencia es intolerable suplicio, y en el momento en que la parca amenaza ya su garganta con la segur matadora, les hace entrever los verdaderos goces de la vida, sin duda para que les sea mas amargo el triste apartamiento del alma y del cuerpo?

¡Oh, verdaderamente, sin la fé en otro de mundo de justicia suma, la sabiduria del Omnipotente pudiera ponerse en duda!

En fin, Avila cenaba con Elvira á su lado, y en frente su hermana y cuñado, mas alegremente que recordaba haberlo hecho jamas en circunstancia alguna: pero no con esa febril alegría, parecidísima para nosotros á la embriaguez, que se esplica con descompasadas voces y estrepitosas carcajadas, sino con aquel gozo tranquilo y profundo que dilata el alma, da al corazón quietud, y engendra la esperanza, desterrando todo recelo del ánimo mas caviloso.

—«Elvira (decia D. Alonso), si en mis primeros años os hubiera yo conocido, que vale tanto como decir *amado*; si en vez de un Demonio, fuera un Angel como vos, el que en la senda del amor me guiara, ¡Cuán diferentes vuestra suerte y la mia!

—Nunca es tarde para amarse como Dios manda, y en su santo servicio, replicaba Mencía, mirando con esa *honrada cara* que Lope de Vega quiere que tenga la muger propia, á su feliz esposo, y tendiéndole una mano mas leal que bien cuidada.

—¡Que se vengan al campo con nosotros (interpuso Gil, besando la mano de su muger), y por mí la cuenta,

si al cabo de seis meses no están como tórtolas.»

Elvira, roja como un carmin, palpitante el seno, agitada con evidencia, pero no enojada ni mucho menos, alzó los ojos que durante las frases anteriores tenia bajos, y mirando á su marido con una espresion indefinible de temor y de esperanza, dijo:

—«El poder de Dios es infinito, Alonso; y vos teneis tan buen fondo, un alma tan hidalga, que por lo menos ya hoy habeis sabido tornarme en deudora vuestra, de acreedora que un tiempo me creí. ¿Quién sabe, si mas adelante...?»

D. Alonso, en respuesta, enlazó con su brazo el admirable talle de su esposa, de quien, de paso sea dicho, dudamos mucho que quedara muy satisfecho D. Fernando de Valdestillas, si aquella escena presenciase; y Mencía, batiendo las palmas con sincero estrepitoso júbilo, exclamaba:

—«¿Lo oyes, Gil? ¿Los ves? Si vienen al campo, como tú quieres y yo les ruego, han de darnos lecciones de amor conyugal á nosotros mismos.»

Considerando detenidamente aquella conversacion, parécenos que de su literal tenor pudiéramos, sin aventurar mucho, inferir que el denuedo y resolucion con que Avila habia tomado parte en la conjuracion, mas bien en un principio por servir los intereses de su muger que los suyos propios; la feliz mezcla de dignidad y tolerancia, de honrado orgullo y de indulgente ternura con que relativamente al doncel á la sazón franciscano en Tlaxcala se conducia; y en fin, el magnético poder de su índole seductora, quizá iban comenzando á obrar en el pecho de Elvira una revolucion moral que, andando el tiempo, y perseverante D. Alonso, pudiera terminarse en unir aquellos dos corazones, como las personas lo estaban, con vinculo indisoluble. Por lo que respecta á D. Alonso nada diremos: él desde luego amara á su esposa, si ella

encastillada en su dignidad, y llevando el orgullo hasta el punto de desdeñarse, no solo de la queja, sino hasta de significar sus deseos, no le rechazara inflexible: pero Elvira, ¿cómo era posible que sofocase su pasión, primera y única, al desdichado Fernando, que por ella renunciaba en la flor de su edad al porvenir de gloria que prometerse pudiera, sepultando su juventud en la tumba de un claustro? A eso responderemos que Elvira no cesó un solo instante de combatir contra su amor; que Elvira se acusaba de él como de un crimen; y que en muger tan sinceramente virtuosa como ella lo era, alargándose la lucha entre el deber y la pasión, aquellos, según todas las probabilidades, habían de ser los vencedores. Ausente Fernando, tenido por criminal el amor que inspiraba, y presente, rendido, galante, haciendo sin pretensiones, como sin aparentar esfuerzos, los más penosos sacrificios Avila, el hombre más seductor de aquella tierra, y marido además de Elvira, ¿por qué ha de asombrarnos que la hermosa dama, apartando acaso involuntariamente la vista de lo imposible y contrario á la moral, la fijase en lo hacedero y santo á mayor abundamiento? Estamos persuadidos de que, si la mayor parte de los maridos no fuesen tan cernícalos como ininteligentes egoistas, lo pasarán los célibes en este mundo mucho peor de lo que lo pasan en efecto.

En fin, Avila, por única vez de su vida desde que la pérfida Catalina engañó sus primeros ensueños de amor, entrevía las delicias del terrenal paraíso, enlazando el cuerpo de Elvira, y contemplando en sus ojos un rayo de luminosa esperanza para el porvenir, cuando, como si el Destino lo dispusiera envidioso de que aquel instante de virtuosa felicidad gozara el D. Juan Tenorio Mejicano, sonaron estrepitosos golpes en la puerta de la casa, horas hacia cerrada.

Inmutóse Elvira, miráronse Alonso y Gil, y solo Men-



cía, que completamente ignoraba la existencia de la conjuración, exclamó serena:

—«Prisa trae quien así llama. ¿Quién podrá ser á tales horas?»

A la verdad, Avila en el primer momento sintióse desagradablemente conmovido con tan intempestiva interrupción, mas como Elvira se había de veras asustado, y en consecuencia dejado ir enteramente sobre el pecho de su esposo, él, satisfecho con aquella que podía pasar por muestra de cariño y confianza, recobrando su habitual aplomo, besóla en la frente, y dijo á Gil:

—«Aunque los criados bajan ya á informarse de quien llama con tan poca cortesía, bueno fuera que te asomáras tú á ese balcon y vieras quien viene á importunarnos.»

Hízolo el hidalgo campesino como su hermano se lo decia, y aunque el brillar de las alabardas y mosquetes que la calle inundaban pudiera escusarle la pregunta, exclamó en voz serena:

—«¿Quién va?»

—La justicia del Rey. (Respondió Juan de Samano.)  
Abrid esta puerta.

—¡La justicia! repitió Gil, regresando á la mesa.

—¡La justicia! Esclamaron á un tiempo Elvira, Mencía y D. Alonso, aquella aterrada, sorprendida la segunda, y levantándose en pié el último.

—Sí, la justicia (repitió Gil), con el Alguacil mayor á su cabeza. ¿Qué hacemos, Alonso?

—¿Qué hemos de hacer, pesia mi vida? Lo que hemos hecho tantas veces cuando mozuelos entrambos: acuchillar á esos corchetes, Gil, y escarmentarlos para unos cuantos dias.

—Sea, pues, en nombre de Dios. Aguarda, que voy antes á rogarles, en cortesía, que se vayan con la música á otra parte, no digan luego que no hacemos las cosas en debida forma.»

Mientras así razonaban ó desvariaban los amos, en la puerta de la calle tenia lugar un violento altercado entre Juan de Samano, que imperiosamente exigia que se le abriera en el acto, y los servidores de D. Alonso, á cuyo frente sus caballerizos Gonzalo Nuñez y Juan de Victoria, quienes, con socarron rendimiento, suplicaban al Alguacil mayor tuviese la bondad de esperar á que ellos tomasen las órdenes de su amo.

En tanto Elvira, recobrada del primer susto, y volviendo á ser, en consecuencia, la muger fuerte, dejaba su asiento, acercábase á su marido, y decíale con entereza:

—«Si estás resuelto, Alonso (tuteóle por vez primera despues de muchos años), ármate al menos.»

En efecto, Avila llevaba un trage negro de corte, elegante y sencillo, sin mas adorno que una cadena de oro al cuello, y encima del vestido una especie de bata, que entonces se llamaba *Ropa* ó *Turca*, de damasco pardo. Su hermano Gil conservaba el trage de paño pardo con que llegó del campo (1).

—«¡Armarme Elvira! ¿Y para qué? ¿No sabeis cuan poco me importa la vida?»

—¿No te armarás, *por mi amor* siquiera, desdichado?

—¡Ah si *tu amor* no fuera de otro!»

En esto Gil, que habia salido un momento antes de la pieza en que todos cenaron, regresando á ella cargado de armas, y seguido de varios criados tambien á pelear dispuestos, llegóse á su hermano y cuñada, y dijóles:

—«Dejaos ahora, por el Cielo santo, de amorosos refinamientos: abrazaos de corazon, pero pronto, que, si no me engañan esos golpes redoblados, intenta el Alguacil mayor derribar la puerta. ¡A las armas, Alonso! ¡A las armas, y que Dios nos ayude!!!»

La pobre Mencía, sin comprender ni una sílaba de

(1) La historia nos ha conservado la descripción del trage de ambos hermanos, tal como aquí la escribimos.

cuanto pasaba, helado el corazón por el miedo, mas no osando oponerse ni aun con súplicas á la voluntad de su dueño, sofocaba como podia sus sollozos en un ángulo de la estancia, mientras Alonso, despues de abrazar y besar ardientemente á su esposa, tomaba de manos de Gil la famosa espada premio de su esfuerzo en el torneo, exclamando á su vez:

—«¡A las armas, Gil! ¡A las armas! Y probémosle á esa canalla lo que valen dos caballeros, dos hermanos, dos Avilas, cuando juntos pelean!

—Aguarda (replicó el campesino), aguarda tú ahora un instante. Venga un abrazo, por si alguna bala hace imposible que luego nos despedamos. Y, tú mi amada Mencía, dame tambien los brazos, esfuerza tu corazón, y si sucumbo, cuida de que nuestros hijos se amen como Alonso y yo nos hemos siempre amado, como nos amamos hoy que vamos á dar el uno por el otro la vida.»

A tal interpelacion, la atribulada, honesta y amante esposa, no pudiendo ya contener el torrente de sus lágrimas y sollozos, respondió arrojándose en los brazos de su marido, sin poder articular una sola sílaba, pero suspirando con amargura tan profunda, que todos los circunstantes creyeron que sin duda iba allí á rendir el alma.

Contemplaba D. Alonso aquel cuadro de desolacion, desnuda y en la mano la espada, fijos los ojos, palpitante el pecho, y la frente nebulosa, cuando para que nada le faltase al horror de tan lamentable escena, el hijo mayor de Gil, niño de doce años que con sus padres habia ido á Méjico, habiéndose despertado al estrépito de los golpes que descargaban sin cesar los de Samano sobre la puerta de la casa, entró en la estancia medio desnudo, despavorido, y gritando:

—«¡Señora madre! ¡Señora madre! ¿Dónde estais? ¡Amparadme, madre mia!

—;Hijo de mis entrañas, ven, ven á estrechar á tu padre en los brazos, por vez postrera, ven!» Respondió Mencía; y levantando al muchacho del suelo, arrojóselo al cuello á Gil, quien incapaz de resistir á un tiempo á su muger y primogénito, abrazó al último cariñosamente, humedeciendo su rostro con lágrimas que á su pesar le arrancaba la ternura.

—«¿Que iba yo á hacer? Esclamó entonces D. Alonso, arrojando lejos de sí la espada. ¿Qué iba yo á hacer? ¡Dejad todos las armas! Todos. ¿Lo oís? Y abrid luego á la justicia; abrid, sin réplica ni demora, ó vive Dios que mate por mi propia mano al que osare desobedecerme.

—¿Qué dices, y qué haces, Alonso? Preguntó Gil, atónito, y desembarazándose violentamente de su muger y de su hijo.

—¿Qué digo? (contestó Avila.) Que se abra á la justicia. ¡Abrid, pesia mi vida!—¿Qué hago? Cumplir con la voluntad del Cielo y de *nuestro padre*, Gil: no envolverte en mi ruina!

—;Pero, Alonso! Clamaron á un tiempo Elvira y su cuñado, ¿No ves que entregarte á esos hombres es ir al suplicio?

—;Dios lo quiere! Respondió el desdichado caballero, y dejándose caer en el mismo asiento en que minutos antes habia entrevisto como en sueños la felicidad doméstica, cruzó los brazos en actitud digna y resignada.

Habituados los servidores de D. Alonso á obedecerle sin réplica en las ocasiones críticas, y teniendo en su estrella una confianza sin límites, apenas oido el mandato de abrir á la justicia, ejecutáronlo al pié de la letra, resultando que en pocos instantes invadió la casa una nube de Corchetes, Alabarderos y Arcabuceros, y que apenas pronunciado por Avila su fatídico: *¡Dios lo quiere!* entrase en la estancia donde estaba reunida la fami-

lia, Juan de Samano á la cabeza de una manga de hombres con armas de fuego, diciendo:

—«En nombre del Rey, y de órden de su Real Audiencia, daos á prision, *por traidor*, D. Alonso de Avila.

—¡Mentís! Gritó furioso Gil Gonzalez. Si aquí hay algun traidor, seréislo vos, Samano!»

Sin alterarse lo mas mínimo, volvióse el Alguacil mayor hácia el hidalgo campesino, y contestando á su insulto con una salutacion irónicamente cortés, dijóle:

—«Pláceme de hallaros aquí, señor Gil Gonzalez de Avila, pues me ahorrais un viage para prenderos. En nombre del Rey os prendo, *tambien por traidor!*

—Entendámonos, Samano (interpuso D. Alonso con tanto sosiego como si en agenos asuntos terciase): que á mí me prendais ahora, para hacer despues de mí lo que Dios fuere servido de ordenar, sea en buen hora. Vos y yo sabemos por qué: pero mi hermano, á todos os es notorio que está inocente, que no ha dos dias aún que llegó á Méjico; y fuera iniquidad, vive Dios, el prenderle.

—Eso no os toca á vos juzgarlo, D. Alonso; y mejor hiciérais en preparar vuestros propios descargos, que en defender á otros.

—Os digo que Gil está inocente.

—Allá se las avengan con él, inocente ó culpable, los señores de la Audiencia: lo que á mí me toca es prenderos á entrambos, por mas que me pese.

—¡Hipócrita! Esclamó doña Elvira echándole una mirada de soberano desprecio.

—Pero á mi marido, ¿por qué le prenden, Dios mio? Preguntaba Mencía ya por el dolor desatinada.

—Porque estos miserables, respondió sereno Gil Gonzalez, abominan á todo caballero, Mencía: pero tranquilizaos, que no ha de haber justicia en la tierra, ó mi inocencia será reconocida.

—Justicia hallareis (dijo á su vez Samano), y bueno será apresurarnos á buscarla. Caballeros, seguidme de grado, sino quereis obligarme á que use de la fuerza.»

Al oír tales palabras levantóse D. Alonso de su asiento, abrazó á Elvira primero; luego á su cuñada y sobrino, y despues tomó la mano de Gil, diciéndole:

—«Nuestro padre que nos ve desde el Cielo, hermano mio, es buen testigo de que solo por no envolverte en mi ruina renuncié á venderles cara la vida á los Doctores y á sus corchetes; si el Destino te entrega á sus garras, no es culpa mia. Mas si quieres que yo muera tranquilo, renuévame cuantos juramentos me hiciste ayer.

—Yo te los renuevo, Alonso.

—¿Los recuerdas bien todos?

—¡Todos!

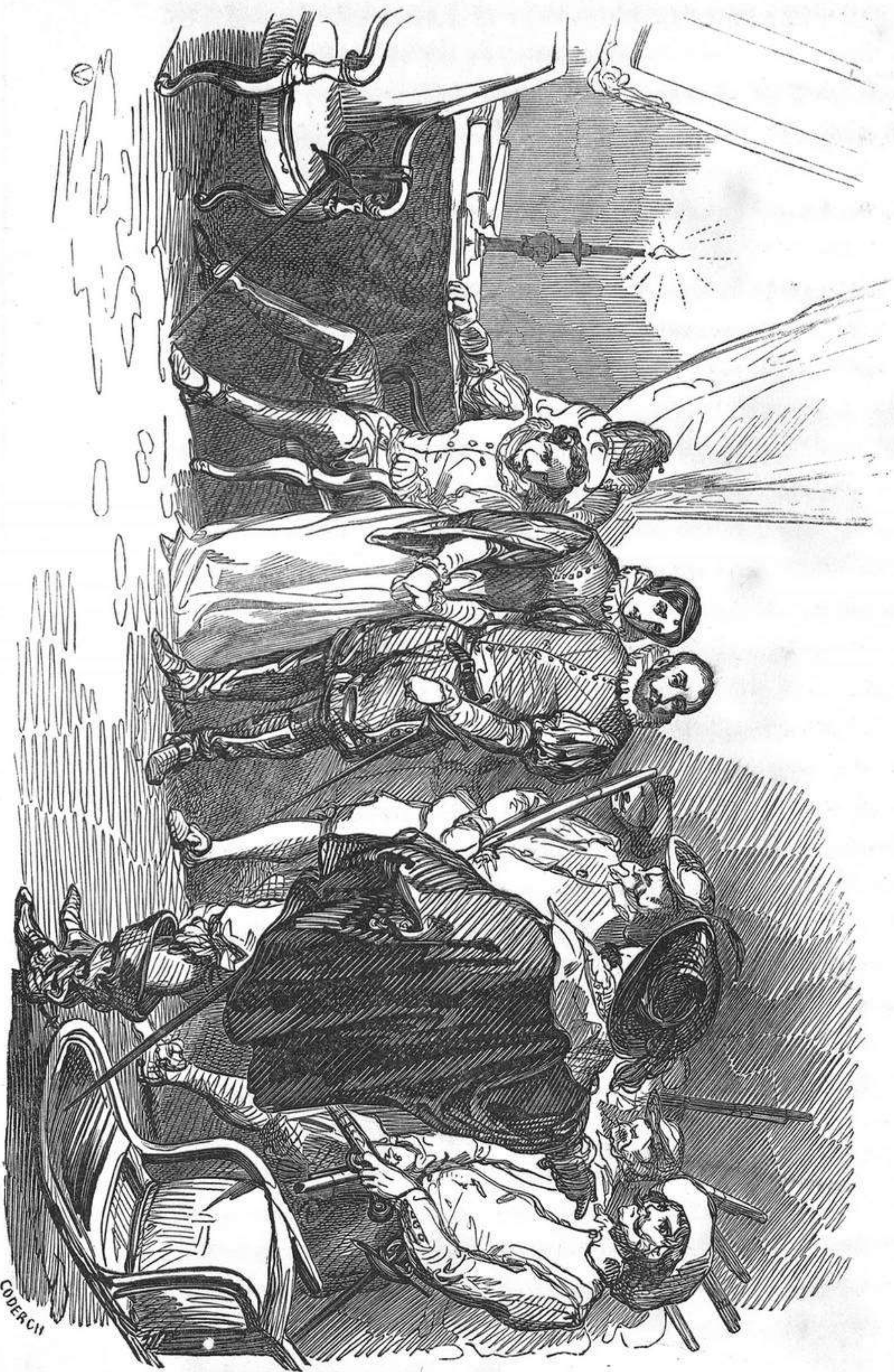
—Buscar las ocasiones y aprovecharlas, sin vanos escrúpulos.

—¡Vuelvo á jurártelo!

—Vamos, pues, Samano.—Elvira, para vos será mi último suspiro.—Mencia, hermana mia, confiad en la Divina misericordia que no dejará desamparada la inocencia.—Y tú, Alonso (el niño), tierno vástago de un tronco hoy por el hacha del verdugo amenazado; vive como cristiano, para poder morir como caballero, si á tí se estiende tambien el influjo de la maléfica estrella de tu tío.—Adios, mis leales servidores, sed con vuestra señora lo que ella merece, y encomendad mi alma al Todopoderoso.

—Pero Alonso, Alonso, ¿vais al cadalso por ventura? Esclamó la pobre Mencia.

—Preguntádselo al Alguacil mayor, hermana;» respondió con la sonrisa en los labios Avila; y saliendo con Gil de la estancia en medio de una formidable escolta, fueron ambos conducidos á la carcel, y puestos cada cuál



Prision de los hermanos Abias.

CODERCH





en su calabozo á parte, y en severísima incomunicacion custodiados.

Mas no por eso se vió libre de esbirros la casa de los dos encarcelados hermanos, pues mientras el Alguacil mayor los conducia á su Destino, reemplazábale Villegas, ó mejor dicho ejercia uno de esos actos, á veces necesarios, pero siempre repugnantes y odiosos, que son como inseparables de las persecuciones políticas. ¿Quién no adivinó ya que hablamos de un registro general, detenido, minucioso, insultante, de la morada, muebles, efectos y papeles de los proscritos? ¡Ah! Por desdicha nuestra apenas hay un español de treinta años para arriba que, por oscura que su condicion sea, no haya visto alguna vez invadidos por las bayonetas hasta los aposentos donde sus hijuelos descansan; profanados por los ojos y las manos de los polizontes, los papeles depositarios del secreto de sus amores ó de sus miserias. Inútil, pues, fuera detenernos á pintar la brutalidad del corchete que rompe un escritorio, ó el impudor del escribano que en alta voz lee la dura reclamacion del acreedor, lo mismo que la misteriosa cita, cuya revelacion destruye la paz de dos familias, acaso. Limitarémos, por tanto, á decir que tan escrupulosa como infructuosamente visitada, primero, la habitacion de doña Elvira, y reducida á ella toda la familia, lanzáronse como buitres los sayones sobre el cuarto de D. Alonso, no dejando en él mueble que no registrasen, rincon que no escudriñaran, ni escritorio que no vaciasen. Todo lo que hallaron, sin embargo, redujose á *billetes y papeles de mugeres muy principales, que era la municion con que D. Alonso hacia mas guerra, segun las terminantes palabras del historiador franciscano, el cual añade luego que esos documentos fueron la total destruccion del desgraciado mancebo, porque con el encendido que cobraron (los Doctores) con estos papeles, cargó todo el golpe sobre él, y á vueltas sobre el hermano.*

¿Diremos algo del luto, la desolacion, el llanto y el desconsuelo de las dos desdichadas esposas, en un momento precipitadas desde la altura máxima del humano bienestar, á un abismo de congojas, y reducidas á enviudar la condicion de la última de sus esclavas?

No: tampoco ensayará nuestra inhábil pluma esa difícil pintura; no, tampoco malgastaremos el tiempo en reducir á palabras el fúnebre cuadro de una familia sin jefe, de esposas sin maridos, de hijos sin padres: bástanos una frase: «doña Elvira, Mencía y su hijo, quedaron la noche del 15 de julio como vos, amable lectora, y vuestros hijos estaríais aquella en que á pretesto de si pensaba blanco ó negro, os arrebataron desapiadadamente del lecho conyugal al que á vos os dá nombre, á ellos les dió la vida, y de cuyo trabajo depende, acaso, el sustento de todos.»

Con la prision de los Avilas terminaron las de aquella noche, si bien hasta el amanecer continuaron practicándose las mas esquisitas diligencias en busca de la persona del conspirador misterioso, del Mártir, de D. Martin Suarez de Monroi, en fin, que por entonces al menos no pudo ser habido, con gran pena de los Doctores, que le consideraban, no sin razon, no solo como á jefe y director de la trama, sino como el único dueño ademas de la clave de todo aquel secreto.

## CAPITULO XV.

---

EN EL CUAL Á FALTA DE SUCESOS SE HALLARÁN METAFÍSICAS DISERTACIONES , Y POR ESTAR PRESOS LOS CABALLEROS FIGURAN LAS DAMAS EN PRIMER TÉRMINO.



MANECIÓ el 16 de julio radiante y caluroso y sereno, como burlándose de las desventuras de los mezquinos seres que presumen sujetar á sus caprichos y amoldar á sus pasiones las leyes del universo; amaneció el 16 de julio, y los que veinticuatro horas antes eran tenidos por altos, poderosos, y bienaventurados en la tierra, gemian en oscuros calabozos, suspirando en vano por un rayo de aquel sol que iluminaba, como siempre, al esclavo en su trabajo, al pobre en su miseria, al desheredado de la sociedad en su ignominia.

¡Pero cuán triste dia para Méjico! Sus calles y pla-

zas convertidas en campamentos; sus magnificos edificios cerrados todos; sus damas anegadas en llanto; sus menestrales preguntándose inquietos quien les daria en adelante trabajo; sus mercaderes considerando con terror las acopiadas y ya invendibles mercancías; los bravos y aventureros temblando que, una vez desembarazada de los nobles, descargara sobre ellos la justicia el resto de su ira, resto bastante y sobrado, por reducido que fuese, para anonadarlos á ellos.

¿Y que diremos de los sin ventura proscriptos en Europa, que al abrigo de la tolerancia de hecho que en Nueva España reinara hasta entonces, trabajaban con afan en crearse una patria, reunir un caudal, y conquistar una posicion en el mundo, que les permitiesen acabar sus dias en reposo?

En el triunfo definitivo de la Audiencia, en la anulacion consiguiente de la nobleza, y en la preponderancia que sin duda iban á conquistar los dominicos, unos veian la continuacion, si no la agravacion, de los tributos que ya los abrumaban; otros naufragar todo fuero; y los restantes encenderse en Méjico las hogueras de la Inquisicion que del antiguo continente los habian arrojado. Todos, pues, se estremecian hasta la médula de los huesos; todos maldecian á los Doctores, haciendo votos por la salvacion de los presos, mas todos tambien, humillando la cerviz al poder triunfante, escondian dentro del alma sus temores, odios y simpatías, guardándose de proferir un solo acento que revelarlos pudiese. Enseñoreóse de los ánimos la desconfianza, ese cáncer de los bandos vencidos, tan por entero que ni los contadísimos nobles que por insignificantes evitaron la prision, ni los del estado llano en la conjuracion mas ó menos comprometidos, ni los parientes mismos de los presos osaron, sobre todo en los primeros momentos, arriesgar en su favor, paso ni palabra alguna.

Solo un hombre... Mal dijimos: un santo, osó tomar desde luego y resueltamente la defensa de los perseguidos, y ese, que casi nos parece inútil nombrar, fue el Provincial de San Francisco, Fr. Diego de Olarte.

Con las primeras luces del día llegaron á su convento las fatales nuevas, y aun no se habia el sol desprendido por completo de los brazos de la aurora, cuando ya el venerable religioso, descalzo y pobre como siempre, pero radiante tambien con el celeste fulgor de la aureola de cristiana caridad que en su rostro resplandecia, corria presuroso á las casas reales, de estas á la cárcel pública, y de la cárcel á la Torre del Arzobispo, solicitando ver al hijo de su amigo y caudillo, á los Avilas y demas caballeros presos, y en fin, al Dean D. Juan Chico de Molina, que lo estaba en el último citado edificio. Todo fue en vano; las inflexibles centinelas respondian á sus ruegos con un «*Atrás padre, hay orden de que nadie pase;*» y los adustos carceleros diciendo: «*¡Estan incomunicados!*» y volviéndole la espalda.

Convencido entonces de que inútilmente intentaba llegar hasta los malaventurados cautivos el consuelo de la divina palabra, trató Fr. Diego de ablandar á los perseguidores; mas ¡Ay! tambien en vano. Ninguno de los Magistrados de la Audiencia quiso recibirle; Manuel de Villegas se le encogió de hombros, diciendo que aquel negocio era cosa exclusiva de los Doctores; y Juan de Samano, despues de oirle con muestras de atencion y casi de respeto, respondió de esta manera:

— «Mal pleito defiende Vuesa Paternidad: esos hombres conjuraban contra el Rey, y ya sabe, padre, el adagio; *Quien tal hizo, que tal pague.*—Quiero, sin embargo, darle un consejo: rece por ellos cuanto quiera, mas deje á los jueces juzgarlos, que si no, pudiera ser que Vuesa Paternidad misma, y aun su orden, lo pagaran caro!

—Si pensais, Juan de Samano, que mundanas conside-

raciones de temor ó de esperanza, bastan á que este indigno prelado de la orden seráfica deje de hacer cuanto la caridad le ordena en servicio de los afligidos y menesterosos, me conoceis tan mal, que habré de recordaros que, cuando fui soldado del Rey, nunca volví el rostro al peligro, para que no presumais que siéndolo, como por la gracia de Dios lo soy, de mejor milicia, y teniendo por caudillo al Ungido, es posible que me muestre mas cobarde.

«Vais, bien lo veo, á satisfacer la sed de venganza que os abrasa, só pretesto de hacer justicia: acordaos de que hay otra que nunca se engaña, que jamás deja impunes los delitos, y á cuyos ojos la falta de misericordia es un crimen.»

Diciendo así, apartóse el Provincial de Juan de Samano, quien, mirándole marcharse, dijo para su sayo:

—«Si el hábito no te protejera, viejo tan visionario como peligroso, ya te tuviéramos á buen recaudo como á los otros; pero por mi santiguada, si antes de mucho no vas tú á Castilla á predicar á tus anchas, dejándonos á nosotros vivir tranquilos en Méjico.»

Un solo recurso le quedaba ya á Fr. Diego, en todas partes desahuciado, y era el de acudir á D. Luis de Velasco; mas el Capitan General, habiendo tomado apenas una ó dos horas de reposo desde que se acabaron las prisiones hasta que el astro luminoso arrojó al abismo las tinieblas de la noche, habia vuelto á montar á caballo con los oficiales de su séquito, y nadie daba razon cierta del paradero de su persona.

Eso cabalmente se proponia el hábil Caudillo: sustraerse á las súplicas y lamentos de las familias y amigos de los presos, todos de su clase y trato; todos, hasta cierto punto, con derecho á su proteccion, que en aquel momento ni queria ni debia, segun sus cálculos, presarles, por lo menos ostensiblemente; si bien en reali-

dad, y como ya lo tenemos indicado, de no intervenir eficazmente la influencia poderosa y sensata de Velasco en aquel asunto, quizá y sin quizá, siguieran muy de cerca á los encarcelamientos, multiplicadas sangrientas ejecuciones.

Fr. Diego, sin embargo, como entonces todos en Méjico, incluso los Doctores, ignoraba cual era el giro que el Capitan General intentaba darle al asunto; giro que solo en su voluntad estaba, pues aun presos ya los nobles, era evidente que, retirando á la Audiencia el apoyo del ejército espedicionario, aquella seria atacada y vencida antes de mucho. ¡Tales eran su impopularidad é intrínseca falta de fuerza!—En tanto la duda, acrecentando el terror, abatía cada vez mas los espíritus de los débiles, y enfrenaba el esfuerzo de los valerosos, paralizando los movimientos de la temeridad misma, tanto en los amigos como en los enemigos mismos de los presos; y ¿Quién lo creeria? Durante tres veces veinticuatro horas despues de su prision, permanecieron solitarios los cautivos, cada cual en la suya, sin que nadie les dijese por qué ni para qué se les arrancara violentamente del seno de sus familias.

Las causas de tal fenómeno se adivinan fácilmente: en España lo que corre prisa, por regla general, es prender gente, que, una vez en la cárcel los proscritos, van las cosas despacio: pero, á mayor abundamiento, en la ocasion á que nos referimos estalló en el seno del partido triunfante la mas profunda division á propósito de los trámites y aun del desenlace de aquel proceso.

El Alcalde de corte de aquella Audiencia reclamaba, como juez del crimen, los autos y los presos; los Doctores se negaban á entregar unos y otros, alegando que se trataba de un delito de *Lesá Magestad* (denominacion inventada por Tiberio y mas fecunda en asesinatos judiciales que la caja de Pandora en plagas): primer con-

flicto, que se obvió con imponer silencio so pena de destitucion al Magistrado recalcitrante. Dueños asi del campo los buenos de los Oidores, quisieran entablar los procedimientos por un método á la par sencillo y filantrópico, á saber: dar tormento, ordinario nada mas, á los Avilas, á los Castillas, á los Bocanegras etc., etc., á fin de arrancarles el secreto de la conjuracion, y luego, *usando de misericordia*, segun la fórmula de la Santa Inquisicion, degollarlos por ende, para que purgando con la cabeza su delito en este mundo, gozasen en el otro de la vida perdurable.

Salvo lo del tormento, no abolido entre nosotros definitivamente hasta el reinado del Sr. D. Fernando VII, es preciso confesar que desde los tiempos del Doctor Ceinos á los felicísimos que alcanzamos, lejos de perder la justicia parte alguna de su vigor en materias políticas, no solo se muestra tanto ó mas enérgica hoy que en el siglo XVI, sino que ha simplificado de tal manera las formas, que entre decirse que un hombre conspira, echarle mano, y darle pasaporte para la eternidad, fusilándolo solemnemente, suele apenas mediar el tiempo necesario para justificar la identidad de la persona. ¡La humanidad progresa, digan lo que quieran los detractores de nuestro siglo!

Mas D. Luis de Velasco que, respecto á nosotros, estaba en atraso nada menos que de tres siglos, presumia néciamente que ni las exigencias de su ambicion le eximian de respetar y obedecer las leyes de la humanidad, ni el ser hombre de Estado y Capitan General le dispensaba de conducirse como caballero y cristiano. En consecuencia, pues, de tales preocupaciones, opuso su omnipotente veto al ingenioso expediente de hacer decir á los presos en el potro lo que á los Doctores conviniese, protestando ademas contra el abuso de la pena de muerte. Contra el *abuso*, hemos dicho, y fue



la protesta realmente, dejando Velasco libertad á los Jueces para *usar*, si bien parcamente, del hacha del verdugo, ya porque en conciencia creyese necesario un escarmiento; ya, y es á lo que mas nos inclinamos, para concederles algo á los Doctores despues de negarles tanto. Toda capitulacion entre los vencedores la pagan siempre los vencidos.

En tanto las familias de estos acudian todas, unas en pos de otras, al convento de San Francisco á implorar en su iglesia la proteccion del Altísimo, y en la celda provincial los buenos oficios del afligido Fr. Diego de Olarte, quien, rechazado por los poderosos del dia, limitábase, mal que le pesara, á llorar con los afligidos y orar con los devotos, empleándose en los intervalos que le quedaban libres, en calmar la fermentacion de los espíritus de sus *hijos* los conversos indios de Tlatelolco.

Parecia, por tanto, que en aquella desdicha á nadie le quedaban esperanzas ni remotas de salvar á los presos: mas no era así, porque no una, sino dos personas, pasado el primer paroxismo de su dolor intenso, dijéronse que era de su deber intentarlo todo en obsequio de los perseguidos, y que Dios no podia abandonarlas en tan santa empresa.

Esas dos personas fueron dos mugeres; y esas mugeres doña Elvira de Avila y la Marquesa del Valle.

Inspirada la última por el amor conyugal, y alentada por el aristocrático orgullo, no acertaba á persuadirse de la posibilidad de que su marido, prócer é inocente ademas, sucumbiese bajo el poder de unos miserables *sopistas*, cuyos linages nadie conocia, y cuyos nombres sepultaria el olvido al mismo tiempo que la tumba sus cuerpos.

No menos altiva que la descendiente de los Arellanos y de los Zúñigas, la bella doña Elvira creíase aun mas obligada, si cabe, á no omitir esfuerzo ni economizar sa-

crificio alguno para salvar á su marido ; porque su conciencia, acusándola de no haberle hecho feliz durante su matrimonio, asi como de su malhadado amor á Fernando de Valdestillas, clamábale de continuo con voz implacable: «Esposa ingrata, esposa que si no sucumbiste á la tentacion, te deleitáste en ella, si ahora no apuras todos los recursos del ingenio para salvar á D. Alonso, podrá él con justicia maldecirte al espirar en el suplicio; y esa maldicion depondrá contra tí ante aquel que ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos!»

No pretendemos que Elvira no fuese consigo misma escesivamente severa; al contrario, lo confesamos de buen grado, pero los corazones leales y honrados nunca se juzgan de otra manera. Apresurémonos, sin embargo, á consignar aquí que no inspiraban exclusivamente á la bella dama los sentimientos de puro ascetismo conyugal: otro mas tierno y profundo, si bien por el momento aun indistinto, fue móvil de sus acciones.

Desde que D. Alonso, curado de su herida del 23 de abril, tuvo con Elvira la esplicacion importante de que dimos cuenta en el capítulo 8.º de la segunda parte de esta prolija historia, hasta la noche del 15 de julio, es decir: en el espacio de dos meses y medio próximamente, verificóse en la manera de ser de aquellos esposos, relativamente el uno al otro, una revolucion completa, que para revelárseles con toda claridad á ellos mismos, habia menester solo una circunstancia extraordinaria, una ocasion solemne, como la que la desdicha de entrambos les proporcionó la suerte, afligiéndolos con el azote de la persecucion política.

En efecto, ¿por qué hasta entonces no amó Elvira á su esposo? Porque primero la quiso galantear como á otra muger cualquiera; porque luego le vió entregado á los vicios; porque siempre le consideró, con razon sobrada, frivolo, incapaz de elevados pensamientos, á propó-

sito solo para los brazos de infames meretrices, y la compañía de desalmados libertinos.

¿Y por qué á su vez D. Alonso se mostraba indiferente á la belleza de Elvira?—Porque la consideraba como una estatua de esquisitas formas, movida exclusivamente por los resortes del orgullo; y para decirlo todo de una vez, sin corazon en el pecho.

Mas llegan los acontecimientos que dan asunto á nuestro libro, y el frívolo, el vicioso, el libertino, el ligero, el irreflexivo se muestra de pronto pensador, perseverante, generoso, audaz y prudente á un tiempo, tierno y respetuoso á la par, celoso de su honra como el primero, como ninguno indulgente con las ajenas flaquezas, y en fin, consagrando su vida y hacienda, sin darle importancia á la ofrenda, ni alucinarse con quiméricas esperanzas tampoco, á una empresa, no solo temeraria, sino tambien criminal, pero en la que para otros y para Elvira sobre todo se trabajaba, no para su propio engrandecimiento.

La conjuracion da lugar á que los esposos se frecuenten mas que nunca lo han hecho, á que depuestas sus respectivas preocupaciones, se hablen y se aprecien y se juzguen; á que él revele sus simpáticas dotes; á que ella, en fin, deje ver que la estatua no adolece de falta, sino quizá de sobra de corazon. ¿Qué habia de acontecer? Que entrambos comenzaran, como sucedió, por reformar su juicio reconociéndolo infundado, que se estimasen luego; y que al fin se amaran... ¿Se amaran? ¿Por qué no, lector carísimo? Para que otra cosa aconteciese, fuera menester que careciesen de entrañas aquellos dos seres; y lo difícil de comprender en su amor, partiendo del supuesto de que ni Avila ni su muger fuesen monstruos de insensibilidad, redúcese á la contradiccion que aparece entre el afecto de que hablamos ahora y la antigua pasion de la bella Dama á D. Fernando de Valdesti-

las, punto que debemos esclarecer, tanto en interés de la fisiología moral, ciencia peregrina, como de la claridad de nuestro cuento.

Establezcamos primeramente una proposición fundamental que nos sirva de punto de partida, y sea esta: «el amor es un sentimiento innato en el corazón humano, que existe independientemente de la persona á quien se aplica; un sentimiento que, en las mugeres sobre todo, es alma de la existencia, móvil de las acciones buenas y malas, luz que nos ilumina, estrella que nos guía, norte á que nos encaminamos durante el brevísimo período de nuestra existencia que realmente vivimos y gozamos.»

El amor está en nuestros corazones, como la chispa en la piedra silícea, como la llama en la sustancia fosfórica, como la electricidad en la nube, invisible, inactivo, latente, en fin, hasta que al chocar la piedra con el acero, rozarse el fósforo con la abrupta superficie, y á impulso del huracan estrellarse contra otra la nube, lanzan súbito la una su modesta exalacion, su viva llama la otra, y su incendiaria centella la última. Superficial y pasajero cuando la chispa le engendra, fugaz aunque mas ardiente cuando nace de la llama, y volcánico si procede del celeste rayo, desde que entramos en la virilidad, hasta que en los helados límites de la senectud ponemos la planta, él nos mueve, él nos anima, y él nos arrastra á cuantos debimos al Cielo un alma completa; que no lo es, no, la que á los goces materiales se muestra solo sensible.

Ahora bien, ¿qué mucho, que en el corazón de una muger jóven, hermosa, y con alma, á quien su marido abandona por hediondas cortesanas indignas ni aun de servirla á ella de rodillas, y viéndose objeto de un amor respetuoso á la par que ardiente y sincero, de un culto casi idólatra, por parte de un adolescente en quien la be-

lleza del alma y la del cuerpo corrian parejas, ¿qué mucho, repetimos, que prendiese en aquel corazon la llama intensa hasta entonces oculta y comprimida? Elvira no capituló ni un solo instante con su conciencia; Elvira se acusó siempre de aquel amor como de un crimen; Elvira, con resolucion heróica, reveló aquel desdichado afecto á su propio marido, y al padre de Fernando, no por indiscrecion irreflexiva, ni menos por hacer alarde de su culpa, sino por levantar entre ella y el Doncel nuevas é insuperables barreras. Colocada asi entre una pasion nunca gozada, tan sin historia como sin porvenir á mayor abundamiento, y la seduccion de un esposo con las dotes de Avila, dándole incesantes inequívocas muestras de una generosidad sin límites, consagrándose en la flor de su edad viril á la muerte, por servirla y complacerla solo, y ya entonces con la garganta bajo la segur homicida, ¿Quién podrá hallar maravilloso, ni menos condenar que su corazon, rindiéndose á un tiempo al mágico poder de Avila y á la voz del deber, se consagrarse entero á su natural legítimo dueño?

Sí: Elvira, examinándose detenidamente luego que D. Alonso fue preso, pudo decirse con verdad, y se lo dijo en efecto:—«Amo á mi esposo.»

¡Ah si el pobre cautivo pudiera á su vez oir tan dulce frase, pareciérale su calabozo el terrenal paraiso! Porque él tambien, á solas consigo mismo, y teniendo por inevitable y próxima su muerte, habia descendido con el pensamiento á los últimos y mas recónditos senos de su inquieto corazon, y exclamado despues de prolijo exámen: «Amo á Elvira; sí, la amo como debí amarla siempre, no tanto porque es la hermosura misma, como por la nobleza de su alma, por la elevacion de su carácter, por la exelsitud de sus virtudes!»

No ha muchos dias (¡paciencia lector, hoy me domina el espíritu de la digresion: paciencia, pues!), no

ha muchos dias, que hablando con un amigo, de gran talento é instruccion, aunque de sobra modesto, admirábamos entrambos un fenómeno que pasa generalmente inapercibido, y vale sin embargo la pena de que los criminalistas se tomaran la pena de estadiarlo. Recordábamos la muerte judicial ó arbitraria, pero en fin, gubernamental siempre, que han padecido en estos últimos años muchos infelices que con nosotros vivieron familiarmente; y con asombro reconocimos que, valiendo algunos muy poca cosa, moralmente hablando habíanse mostrado hombres superiores en el suplicio. ¿Por qué así?— Porque la persecucion purifica el alma, porque el cadalso enaltece el espíritu, y no como quiera solamente el de los que sus tablas pisan por causas políticas, que eso fácilmente se esplicára, sino tambien el de los criminales mas vulgares, que suelen aparecer como héroes bajo la inmunda mano del verdugo. ¿Será que, al desprenderse el ánima del térreo vaso que la aprisiona, y acercarse á la eternidad, recobra su vigor pristino, como á influjo de los aires natales recobran, acaso, la salud aquellos á quienes lejos del suelo en que nacieron consume lenta la tenaz nostalgia? ¿Será que, cuando ya no hay mas porvenir que el de la tumba, reconcentrándose las fuerzas vitales todas en lo presente, se hace el hombre superior á sí mismo?

No acertamos á penetrar ese arcano, pero es cierto que en todos tiempos, desde Tiberio hasta Robespierre, el régimen del terror, familiarizando con la muerte á los que bajo él vegetan, ha convertido en heróicos mártires á muchos que, en circunstancias ordinarias, pasaran por la vida, como dice Quevedo, cuál los bajeles surcan los mares, sin dejar en ellos rastro de su huella.

Y si tal acontece á los espíritus vulgares, razon será confesar que con mucha mas las almas privilegiadas se purifican y enaltecen al llegar su instante supremo, ó

cuando menos circunstancias que en inminente grave peligro pongan las vidas.

Pero, volviendo á D. Alonso y á Elvira, no quisiéramos que, cuando de su amor hablamos, se equivocase el sentido de tal palabra con el de la galanteria, y mucho menos con el del apetito carnal á que malamente, mas por decencia al cabo, suele aplicarse el nombre de un afecto en sí mismo inocente y santo. Mientras en la prosperidad fue el marido un voluptuoso sibarita, y la muger la mas altiva de las damas, rechazáronse aquellas dos almas con invencible antipática fuerza; mas luego que en el crisol de la desgracia dejaron ambos la levadura del viejo Adan, como los metales preciosos la tierra inmunda en que salieron envueltos de la mina, atrayéndose recíprocamente, amáronse cual amarse pueden los immaculados espíritus que asisten al trono de Dios, por amarse y para amarse no mas, y sin otro deseo ni ambicion que el de amarse eternamente.

Elvira, pues, en tal estado y no hallando en su cuñada Mencía mas que lágrimas sin cuento, interminables sollozos, y una série infinita de promesas á Dios y sus santos, si con bien sacaban á su *Gil* del duro trance en que tan sin culpa se hallaba; Elvira, decimos, luego que por relaciones de sus criados supo durante el dia 16 de julio la verdadera estension del mal, es decir: que los mas de los nobles se hallaban presos, y el resto con la plebe aterrado invenciblemente, díjose que llorar y orar de poca utilidad serian por el momento para los proscriptos, y que lo importante, y aun para ella obligatorio, era tratar de devolverles la libertad, ó cuando menos de alejarlos del suplicio.

Una grande esperanza le quedaba á la esposa de don Alonso, y esa consistia en la certidumbre de no contarse entre los presos el *Mártir*, ó sea D. Martin Suarez de Monroi, cuya ausencia bendijo mil veces entonces Elvi-

ra. Mas no hallándose D. Martin en la ciudad, ignorando la dama su paradero, y siendo muy de temer que los Doctores precipitasen la catástrofe del fúnebre drama, ¿A quién volverse? ¿A quién acudir?—Para el consejo claro estaba: á Fr. Diego de Olarte; para la accion, y á falta del Mártir, solo quedaba libre D. Fernando de Valdestillas, si bien muy mozo, tan resuelto, valeroso, entendido y leal, como el mas veterano guerrero.—«Segura  
 »estoy, pensaba Elvira, de que con una mera insinua-  
 »cion de mi parte, por leve que fuese, Fernando aco-  
 »meteria no solo la empresa que medito, sino hasta es-  
 »calar el Cielo mismo, si á mano viene. ¿Mas debo abu-  
 »sar asi del ascendiente que tengo sobre aquel alma cán-  
 »dida y generosa, cuando la mia es solo de su legítimo  
 »dueño? ¿Debo, ni aun con el mas santo fin, dar lugar  
 »á que *mi Alonso* imagine que, mientras él gime aher-  
 »rojado, yo...? ¡Ah, no!—Pero sin Fernando quizá sea  
 »imposible la ejecucion de cualquier plan que para dar-  
 »les libertad á los presos formemos. ¿Cómo lo haré,  
 »Dios mio? Inspírame Señor un medio que concilie to-  
 »dos mis deberes, y en bien de mi esposo redunde.»

En medio de tales, y en su situacion tan lógicas cavilaciones, llegó Elvira hasta la noche del 16, noche en cuyo principio, inspirada súbitamente por uno de esos pensamientos que unas veces son en realidad luminosos astros, y otras solo deslumbradores relámpagos, exclamó, dirigiéndose á la esposa de Gil Gonzalez:

—«Enjuga tus lágrimas, mi buena Mencía, por algunos instantes, ponte un manto y sígueme.

—¿Estás loca, Elvira? (Respondió de veras alarmada la afligida esposa.) ¡El manto ahora! ¿Y á dónde quieres que vayamos, hechas dos Magdalenas? ¿Qué dirá quien sepa que, mientras ellos gimen en calabozos, nosotras corremos las calles?

—Por el Cielo santo, Mencía, que no delires. ¿Imagi-



nas tú, por ventura, sentir mas que yo la horrible desgracia que nos aflige? Enjuga ahora tus lágrimas, te digo; ponte el manto, y ven conmigo.

—Pero ¿A dónde vamos? Dímelo al menos.

—Vamos á trabajar por ellos.

—¿Por Gil?

—Y por Alonso, Mencía: apresúrate, que el tiempo vuela.»

En dos minutos estuvieron prontas las dos cuñadas, y, acompañándolas el caballero Gonzalo Nuñez, en la calle, caminando para el convento de San Francisco. Llegadas á él, y no sin pérdida de tiempo y abundancia de súplicas, consiguieron que el hermano portero, meticoloso de suyo y por los sucesos del momento además aterrado, se dignase avisar al Padre Provincial de que dos damas le buscaban con ansia. Fr. Diego, para cuya caridad sincera todas las horas eran unas, salió de su celda apenas recibió el aviso, y bajando á la portería, hallóse con mas dolor que sorpresa en presencia de aquellas dos desconsoladas esposas.

—«Hijas (les dijo así que las hubo reconocido), si venis á encargarme que ruegue á Dios por vuestros maridos, os responderé que dia y noche consagro á hacerlo; y si lo que buscáis es mi intercesion para con los hombres, os digo que, aun cuando á todas las puertas he llamado ya, y todas fueron á mis súplicas de bronce, apenas luzca la nueva aurora, y siempre, y cualquiera que sea la forma en que se me reciba, iré á postrarme á los pies de los que son hoy en Méjico árbitros de la vida y de la muerte, pidiendo misericordia para los perseguidos.

—Con vuestras oraciones y buenos oficios, padre mio (contestó doña Elvira) contamos con seguridad tal, que, si de eso solamente se tratase, no viniéramos á importunaros ahora. Otra cosa queremos pedir.

—¿Y cual podré yo negar á vuestro mas que justo desconsuelo? Hablad, hija, hablad.

—Y bien, padre mio, si los perseguidores se juntan contra nuestros maridos, ¿Por qué no nos juntaremos sus esposas y amigos para defenderlos? Cada una de nosotras aisladamente, nada puede hacer; reuniendo nuestros esfuerzos quizá podamos salvarlos.

—¡Elvira, Elvira! ¿Mas conjuraciones?

—Yo no quiero conjurar; yo solo quiero defender la vida de mi esposo!

—¡Y yo la de mi Gil! Esclamó Mencía tomando parte por vez primera en la conversacion.

—¿Qué es, en suma, lo que de mi quereis, señoras? Preguntó el fraile, un tanto alarmado por la vehemente exaltacion de las dos cuñadas.

—Que nos acompañeis, padre (repuso Elvira), á casa de la Marquesa del Valle; y que allí, de comun acuerdo, busquemos el medio de servir á los infelices presos. Nosotras, Fr. Diego, no podemos, no debemos permanecer espectadoras pasivas de su desdicha; nosotras debemos redimirlos del suplicio, aun á costa de nuestras propias vidas! Sería un crimen imperdonable, proceder de otro modo.

—¡Oh sí! (Volvió á decir Mencía.) Debemos intentarlo todo por salvarlos. Si le tocan á un solo cabello al padre de mis hijos, Dios me perdone, pero creo que seré capaz de...

—¡Señora! ¡Señora! (Esclamó el prelado, tanto mas sorprendido al oir tal language, quanto que conocia la mansedumbre ingénita del carácter de la muger de Gil Gonzalez.) ¡Señora! ¿En la tribulacion os ensoberbeceis, en vez de humillaros bajo la mano del omnipotente?

—Padre mio (insistió Elvira), dignaos venir con nosotros á casa de la Marquesa: vuestra santa cordura modificará lo que la pasion exagere en nuestros planes; pe-

ro pensar que hemos de esperar tranquilamente que plazca á la Doctores degollar á nuestros nobles maridos, es delirio, padre mio.»

Reflexionó el fraile algunos instantes, y convencido, en efecto, por una parte de que no podia exigir de aquellas infelices una resignacion estóica, que en realidad pudiera confundirse con la indiferencia del egoismo; y por otra de que abandonarlas á sus propias inspiraciones, fuera equivalente á envolverlas mas de lo que ya lo estaban en la ruina de sus maridos, decidióse á ir con ellas al Palacio de Hernan Cortés.

Tambien en la morada del Prócer reinaban el llanto y la desolacion: la Marquesa postrada en el lecho, en medio de sus dos recién nacidos hijuelos, luchaba en vano contra el dolor que la consumia; y doña Juana de Sosa, con otras cuatro ó cinco damas, esposas ó hijas de caballeros tambien presos, en vez de consolarla, como quizá se lo figuraban, contribuian solo con sus imprecaciones contra los Doctores, sus hondos suspiros, y prolongados sollozos, á acrecentar la intensidad de la fiebre que desde el instante de la prision del Marqués se apoderó de la infelice madre.

Tal fue el cuadro desolador que se ofreció á los ojos de Fr. Diego, Elvira y Mencía al entrar en la cámara de la Marquesa, en la cual fueron sin dificultad recibidos, porque tenian no menos títulos que todas las personas allí congregadas, á contarse en el número de las afligidas víctimas.

—¡Ah, doña Elvira, doña Elvira! (Esclamó dolorosamente la Marquesa.) ¿Quién nos dijera que tan honrados caballeros como nuestros esposos, habian de sucumbir á esos miserables Doctores?

—¿Quién es fuerte ante Dios? (Interpuso el Provincial.) Su mano, y no la de los hombres, su mano poderosa es la que distribuye los bienes y los males. ¡Bendi-

gámosla , lo mismo cuando nos halaga que cuando nos aflige!

—Marquesa (dijo Elvira, prescindiendo de la ascética interrupcion del religioso), con lágrimas y sollozos no embotaremos los filos del hacha del verdugo.

—¡Del verdugo! (Esclamaron simultáneamente y horrorizadas todas las damas allí presentes.)

—*Del verdugo*, digo, señoras (prosiguió la esposa de Avila): sí, *del verdugo*. ¿Presumís, por ventura, que han osado prendernos los maridos, y sepultarlos en hondos calabozos, para darles luego libertad al cabo de algunos dias? Os engañaríais miserablemente, si tal pensarais: el término de esta persecucion será el suplicio; sí, el suplicio para los nobles, antes y de preferencia para los mas nobles.

Pintar el desconcierto de llantos, exclamaciones, gemidos, ayes y voces, que produjo la breve pero fulminante peroracion de doña Elvira en la femenina asamblea, es cosa imposible; pero en cambio poca imaginacion necesita el lector para hacerse cargo de que, al considerar reducida á lacónicas frases la horrenda y mas que probable perspectiva que un porvenir inmediato les ofrecia, naturalmente hubo de ser en aquellas señoras tan profundo el dolor, como su espresion desgarradora.

Merced, sin embargo, á los esfuerzos del atribulado religioso, y de la varonil oradora misma, al cabo de algunos minutos restablecióse el silencio lo bastante para que Elvira, anudando el hilo de su interrumpido discurso, prosiguiese diciendo:

—«Así, pues, señoras, mi hermana y yo venimos, no á llorar con vosotras, que para la afliccion no hay como la soledad, si no á deciros: ¿Quereis gemir mañana sin esperanza de consuelo vuestra horrible viudez, ó bien levantando hoy el abatido espíritu á los altos pensamien-

tos que á la nobleza de nuestros linages cuadran, disputarles al menos á esos verdugos con nombre de jueces, las cabezas de nuestros esposos y señores? Elegid y sea pronto.

—No es dudosa la eleccion (clamó con exaltacion febril la Marquesa, incorporándose en su lecho.) ¡Ah! Si á costa de mi vida, pudiese yo acelerar la de estas prendas del amor del Marqués, y poner súbito á mis hijos en estado de empuñar las armas!

—Oidme (clamaba el fraile), oidme y no os despeñe la pasion, señoras. Aquí no hay mas de acudir á las súplicas.

—¡A las súplicas! (Replicó Elvira, furiosa como una leona herida.) ¡A las súplicas! ¿Y á quién habemos de suplicar? A esos *sopistas*, sin duda, hijos de los vasallos de nuestros padres, criados domésticos ellos mismos de otros menguados de su especie antes de que, por mal de nuestros pecados, viniesen á mandarnos! ¿Imagina, vuesa Paternidad, que cuando á tanto descendiésemos que á sus pies nos postráramos, se dignarian ellos escucharnos? Esos hombres no tienen corazon; y llorar á sus pies sirviera solo de que, por gozarse en nuestra desesperacion, acelerasen el suplicio de sus víctimas.

—Decidnos vuestro pensamiento, doña Elvira (dijo la Marquesa).

—Mi pensamiento, Señora, es el único que ser puede en tales circunstancias. Aun no se han arrojado los buitres sobre nuestras haciendas, todas somos ricas; gastemos hasta el último maravedí de nuestro caudal, hasta el postrero de los alfileres de nuestras joyas, en cohechar, seducir y corromper, á jueces, curiales y carceleros, para alargar el proceso hasta que á España lleguen nuestras quejas; y en tanto, por si eso no bastase, preparémonos tambien á repeler la fuerza con la fuerza, que aunque flacas mugeres, el dinero todo lo allana,

y no han de faltarnos soldados, si tenemos con qué pagarlos.

—¿Y quién será su caudillo? Preguntó doña Juana de Sosa. ¿Qué hombre queda en Méjico con prestigio y poder bastante para capitanear *nuestras huestes*?

—Dos hombres (contestó Elvira, que llevaba su plan muy bien digerido); Dos hombres, importantes ambos, se salvaron ayer: D. Martin Suarez de Monroi, es el uno: D. Fernando de Valdestillas el otro.

—¿Qué es de ellos? (Interpuso con ansiedad la Marquesa).

—De D. Martin, presumo que ha de estar en la Sierra; de Valdestillas sé que se halla en Tlaxcala. Yo me encargo de hacer buscar al primero; y si la Marquesa envía á llamar al segundo, segura estoy de que acudirá presuroso á recibir sus órdenes.»

El efecto que en el ascético, pero al mismo tiempo caritativo fraile, producía el singular espectáculo de una asamblea de mugeres, todas enfurecidas por efecto de unos sentimientos tan loables y naturales como son el amor al esposo ó al padre, mas es para comprendido que para esplicado.—Condernar los transportes de la sensibilidad fuera injusto; no ver que se estraviaban imposible. ¿Cómo exigir de personas que ven con evidencia como son arrastrados al suplicio las mas caras prendas de su alma, los gefes y cabezas de sus familias, que se digan: «no hay remedio, resignémonos;» y los dejen degollar tranquilamente? ¿Cómo negar que las súplicas serian inútiles con los Doctores? Pero tambien, ¿Cómo dejar de ver que las desdichadas, probablemente dentro de breves dias viudas ó huérfanas, acometian una empresa superior á sus fuerzas, y en resúmen la misma en que, con infinitamente mas elementos y probabilidades de buen éxito, acababan de sucumbir sus maridos y padres?

A la verdad, que la posicion de Fr. Diego era difícil-

sima: pero su buen juicio le sugirió el medio de salvarla hasta donde era posible, contemporizando con la pasión por entonces, y reservando para momentos mas oportunos y tranquilos hacer valer los derechos de la razón fría.

No faltará quien, juzgando del bello sexo con arreglo á máximas vulgares y preocupaciones interesadas, se figure que debió convertirse la cámara de la Marquesa del Valle, al discutirse la audaz proposición de doña Elvira, en un remedo de la famosa torre de Babel, donde hablando muchos, todos á un tiempo, y cada cual en distinto idioma, nadie entendia á los demas ni quizá á sí mismo. Personas habrá que, teniendo de la parte masculina del linage humano la alta idea que no se merece, y blasonando al mismo tiempo de indulgentes con nuestra flaca mitad, supongan que la discusión á que aludimos se verificó en términos análogos á los ordinarios de las que tienen lugar en los cuerpos deliberantes, compuestos de hombres mas ó menos doctos, pero todos *políticos y serios*. Sin embargo, todos se engañarán: las afligidas damas, procediendo inspiradas por un sentimiento sincero á la par que profundo, no malgastaron el tiempo en vanas palabras, ni en sacarse unas á otras á relucir los defectos; sino que aplicando, por el contrario, toda la intensidad de sus ingenios, toda la sensibilidad de sus corazones, al objeto importantísimo y santo fin que se proponian, en breve y por completo estuvieron de acuerdo.

Determinaron, pues, que la andaluza Leonor, cuyo marido, por ausente y por insignificante no fue incluido en la lista de los proscritos, y que por consiguiente aparecia como menos sospechosa que las otras á los ojos de los Doctores, se constituyese en agente de lo que llamaremos el *plan de cohecho*, procurando ganar con dinero y promesas á los curiales que en el proceso intervinie-

sen, y á los carceleros que los presos custodiaban. Doña Elvira, ademas de la direccion general del negocio que como á inventora le correspondia y nadie quiso disputarle, tomó á su cargo hacer buscar á D. Martin Suarez de Monroi y entenderse con él para lo que conviniese. Fr. Diego ofreció mandar inmediatamente un mensaje á D. Fernando de Valdestillas, mandándole que, en santa obediencia, se trasladase á Méjico sin pérdida de tiempo. La Marquesa fue elegida tesorera y administradora de la junta; y todas las demas señoras, en fin, se obligaron con espontáneo juramento á consagrarse con hacienda y vida, en cuerpo y en alma á la santa empresa; lo cual prueba, y de paso sea dicho, que los maridos tienen un medio infalible para hacerse amar tiernamente de sus mugeres; á saber; estar en capilla ó al menos en peligro de muerte.



## CAPITULO XVI.

DE COMO, SABIDAS EN TLAXCALA LAS NUEVAS DE LO QUE EN MÉJICO OCURRIA, PERDIÓ LA ÓRDEN SERÁFICA UN NOVICIO, Y EL NOVICIO HASTA SUS POSTRERAS ILUSIONES.



UESTRO buen amigo Cristóbal salió de Méjico en la madrugada del 15 de julio, y andando con la prisa de quien lleva para un enfermo, á su corazon interesantísimo, el remedio heróico que en su concepto ha de salvarle, llegó á Tlaxcala el 17, ya anohecido. La dolencia del anciano Comunero atravesaba á la sazón uno de esos periodos de pérvida mejoría, que engañan á un tiempo al paciente y á los que por él se interesan. Todos los síntomas agudos habian desaparecido, pero la postracion y debilidad del enfermo eran cada vez mayores: la inten-

sidad de su fiebre disminuía sensiblemente, y en triste compensación casi no desamparaba los fatigados miembros de aquel afligido padre. Fernando, siempre á la cabecera de la cama, cariñoso, entrañable, sumiso, revelando en sus miradas, palabras y acciones el tierno interés, la sincera alarma que la dolencia del autor de sus días le inspiraban, era sin embargo causa de agravarla; pues con solo verle en el hábito de fraile, de que no fue posible hacerle desnudarse ni un minuto, tenía bastante y sobrado el triste viejo para caminar aceleradamente al término de su mortal carrera.

En tal estado halló á entrambos el fiel Tlaxcalteca, á cuya vista brillaron los ojos del Comunero iluminados por un rayo de viva esperanza; en cuanto á Fernando recibió al servidor celoso, sosten de su infancia, con afable melancólica sonrisa, sin que se le ocurriese siquiera pensar en qué habria sido de él durante los días de su ausencia.

El amante de Elvira ignoraba que Cristóbal hubiese ido á Méjico, y mucho mas, si en lo absoluto caben términos de comparación, el objeto de su embajada.

Mas D. Pedro, que estaba impaciente de saber el resultado de las gestiones de la Serpiente de Tlaxcala, díjole:

—«Y bien, Cristóbal, ¿Qué nuevas de Méjico?»

Al oír el nombre de la ciudad, con referencia á la cual pudiera decir D. Fernando, como el Cisne del Ponto al recordar su instante supremo en Roma:

«*Labitur ex oculis, nunc quoque guta meis!*

ó sea en romance:

«*Aun hoy el llanto de mis ojos corre;*»

sonrojóse como si el recuerdo de algun crimen le ator

mentase; echó mano al rosario que llevaba pendiente de la correa de la cintura, y lo mas disimuladamente que pudo, comenzó á rezar en voz sumisa.

Cristóbal, como si no advirtiese aquella escena muda, de la cual no perdió ni un solo gesto, dijo en contestacion á su amo:

—«Nuevas de Méjico estar buenas y malas: Doctores aborrecidos; caballeros hablar mas que hacer; pueblo murmuras pero pagas siempre; *afligidores de indios* comer y reir.»

D. Fernando ó no oia ó con indiferencia escuchaba la tan concisa como incisiva y exacta pintura del estado de la Metrópoli hecha por Cristóbal; y el Comunero mismo, á quien importaban mucho mas por el momento los negocios de su familia que los públicos, comenzaba á impacientarse, cuando el indio que, á fuer de Serpiente, nunca iba mas derecho á su objeto que cuando de él parecia enteramente apartarse, varió de tono y dijo:

—«Amigos de señores Amos buenos estar, pero tristes tambien con ausencia de *Amo viejo* y de *Amo chiquito!*»

—¡Ola! (Replicó D. Pedro, comprendiendo por dónde y á dónde iba el Tlaxcalteca.) ¿Has visto á nuestros amigos? ¿Oís, D. Fernando? Cristóbal ha visto en Méjico á nuestros amigos.

—Sí señor, padre, ya he oido que, á Dios gracias, estan todos buenos; respondió el novicio, queriendo aparentar indiferencia, mas revelando en el estremecimiento de su voz, y en la afectacion de sus palabras, que ya la cuerda sensible de su corazon á vibrar comenzaba.

—D. Alonso de Avila (prosiguió el indio), estar colérico con *Amo chiquito.*»

Alzó D. Fernando la cabeza, lanzando á Cristóbal una mirada de sorpresa que claramente significaba: «¡Co-

«lérico contra mí! ¿Pues qué mas puedo yo hacer para tranquilizarle?» Pero no dijo palabra; y el Tlaxcalteca prosiguió:

—«Decir D. Alonso que *Amo chiquito*, prometer á él que asistir con espada y persona, y *Amo chiquito* no cumplir.

—¿Es verdad, D. Fernando, que habeis empeñado y no cumplido una palabra á D. Alonso? (Esclamó con toda sinceridad el anciano.) ¡Imposible! Cristóbal se engaña. Responded D. Fernando, decidme que Cristóbal se engaña.»

A interpelacion tan directa y á su honra dirigida, el espíritu del caballero no pudo menos de sobreponerse al del novicio; y D. Fernando respondió con entereza á su padre:

—«Es cierto, señor, que yo empeñé á D. Alonso de Avila mi palabra de asistirle con espada y persona en cierta empresa, cuyo objeto mas bien sospecho que sé: pero, teniendo noticia aquel caballero de que, por obediencia á vuesa merced y por no ofenderle á él, dejaba yo á Méjico, bien pudo reclamar entonces el cumplimiento de una promesa, de la cual en virtud de su silencio debí creerme y sigo creyéndome desempeñado.

—D. Alonso, no querer explicar mas á pobre indio: pero D. Alonso escribir al *Amo chiquito*.»

Y diciendo asi, sacó Cristóbal del seno la misiva escrita, como sabemos, por ambos esposos, D. Alonso y doña Elvira, el dia de la llegada á Méjico de Gil Gonzalez, antevíspera de la prision de los dos hermanos.

El primer movimiento del enamorado galan fue echar mano á la carta, mas al ir á romper la nema detúvose, esclamando entre penado y humilde:

—«¡Como novicio, no debo abrir este pliego sino con permiso y en presencia de mi prelado!

—Dadme acá esa carta, pesia mi vida, que yo no soy

fraile, y si vuestro padre, D. Fernando; vuestro padre, y por tanto vuestro natural superior, mientras me dure la vida, que no será mucho, si así proseguís afligiéndome.»

Al oír al Comunero explicarse de ese modo, con una energía impropia de su estado en aquel momento, pero recuerdo de la que en mejores tiempos le animaba, sintióse dominado el doncel de tal manera, que sin atreverse á replicar ni una sílaba, entregando la carta que abrir no osaba, cayó de rodillas á la cabecera de la cama y con sus lágrimas comenzó á regar la descarnada mano del autor de sus dias.

Dominóse como pudo el anciano, para no dejarse arrastrar por la ternura, y á la luz de una lámpara que acercó Cristóbal, leyó de la cruz á la fecha lo que escribían D. Alonso y Elvira, con un acento tan apasionado, con una unción, diríamos mejor, que el pobre novicio, incapaz de resistir á un tiempo á la piedad filial, al punto de honra, y al amor que el corazón le abrasaba, levantóse de pronto diciendo:

—«Avila tiene razon, reclama lo suyo. Es verdad que yo le pertenezco por mi palabra empeñada.»

De Elvira ni una palabra, segun costumbre en tales casos y situaciones: pero como á D. Pedro le importaba poco la causa ó el pretesto, con tal que su hijo renunciase al fatal propósito de enterrarse en el claustro, apresuróse á esclamar:

—«Pues confesais la deuda, D. Fernando, y nacisteis caballero, fuera haceros agravio dudar de que estais resuelto á pagarla.»

—¿Y cómo, padre mio? ¿Cómo puedo, vistiendo ya este santo hábito?

—Aun no hicisteis voto alguno; estais en libertad completa.

—¿Podrá eso eximirme de la nota de inconsecuencia?

—¿Preferis la de mal caballero, ó la de cobarde, don Fernando?

—¡Padre! ¡Padre! Si vuesa merced no fuera...

—¡Oh! Mientras *vistais ese hábito*, solo podeis oponer al insulto y á la ignominia misma la mas humilde resignacion.

—¡Yo cobarde!!!

—¿Y qué se dirá del mancebo, que habiendo ofrecido su espada y persona para asistir á su amigo en lance peligroso—Por que ni vos ni yo ignoramos los designios de D. Alonso—Cuando el riesgo se acerca, viste la cogulla en vez de la cota?»

El bueno de D. Pedro, arrastrado por la pasion iba derecho á su fin indudablemente; pero no veia que huyendo de Scila se estrellaba en Caribdis, como acontece casi siempre en circunstancias análogas. La alternativa, en efecto, era esta: ó D. Fernando se hacia fraile, ó tomaba parte activa en la conjuracion. De una parte la muerte civil, y la estincion del linaje de los Valdestillas; de otra la muerte física, y tambien el término de aquella familia. Para el que á sangre fria, y con las ideas positivas de nuestro siglo metálico considere la cuestion, el anciano Comunero, optando por el segundo extremo, pasara por loco y acaso tambien por mal padre; pero juzgado el negocio, como es justo, tomando en cuenta todos los datos y apreciándolos en lo que en sí valian en aquella época, no será el fallo, ni con mucho tan severo.

En efecto, D. Pedro, como todos los nobles sus contemporáneos, profesaba, en primer lugar, la doctrina de que el honor debia anteponerse siempre á la vida, y el honor era entonces sinónimo del valor, y el valor consistia, no como quiera en hacer frente con serenidad á cualquier riesgo que la fortuna deparase al hombre, sino en buscar ademas el peligro, y acometer las ma

temerarias aventuras, ya por pura bizarría, ya en obsequio de las Damas, ya en fin, en servicio de un amigo ó para sostener una palabra empeñada.

Santa y buena á sus ojos la profesion de fraile, pareciale y tambien á todas las personas de su clase, propia solo para los plebeyos, ó cuando mas, para hidalgos tan pobres y poco esforzados que ni con su propia hacienda pudiesen en el mundo hacer figura, ni con la espada aspirar á enmendar el agravio que al nacer les hiciera su mala suerte. El hábito de fraile, en resúmen, era en el siglo XVI todavia, una manera *de ser y de llegar*, á la democracia reservada. Así, pues, el anciano Valdestillas mostrábase hombre de su siglo y nada mas, prefiriendo que su hijo corriese peligros de caballero con la espada en la mano, á que fuese en el claustro á confundirse y vegetar oscuro, entre proletarios ascéticos ó intrigantes.

Pero á mayor abundamiento, no debemos olvidar que D. Pedro en su juventud fue Comunero, y en su edad madura protegido, amigo y parcial resuelto del gran Cortés; circunstancias las dos que esplican y justifican á un tiempo, su odio al gobierno de los Doctores y sus simpatías hácia los caballeros conjurados. Si en Villalar habian perecido, con los derechos y privilegios municipales, los fueros y patrias libertades, en Méjico, bajo forma distinta, proseguia la misma lucha; pues triunfando los Doctores, desaparecia la única barrera capaz de contener un tanto las demasías de los gobernantes, que era el cuerpo de la nobleza.

Pesadas tales razones, parécenos evidente que D. Pedro obró como no podia menos de obrar, supuestos los antecedentes que el lector conoce; y disculpando su resolucion, duélenos solo que la fatalidad fuese con él tan dura que le obligase forzosamente á optar entre Scila y Caribdis, como deciamos.

En todo caso, al escuchar Fernando la contundente

argumentacion de su anciano padre, exclamó, rebosando brio:

—«Tiene vuesa merced razon, padre y señor: ahora, en este instante me separo del hábito, y corro á Méjico á desempeñar mi compromiso; despues...

—Despues (le interrumpió gozoso el Comunero), despues Dios dirá. Cristóbal, haz que Millan ensille mulas y caballos. ¡Ah! Ve tambien al convento de San Francisco y dile al P. Prior, que D. Fernando ya no es fraile! Mis vestidos, Cristóbal.»

Al oirle, al verle solícito, afanado, respirando satisfaccion por todos sus poros, nadie dijera que D. Pedro era un anciano de mas de setenta años, á quien consumia lenta pero destructora calentura, sino un hombre lleno de vigor y vida. ¡Tanto pudo en su paternal generoso corazon, la alegria de ver, en fin, á su hijo resuelto á despojarse de aquel hábito que le parecia mortaja mas bien que otra cosa!

Pero Cristóbal y Millan, menos apasionados y por tanto mas serenos que padre é hijo, dispusieron las cosas de modo que, calmada la primera impresion, tuviese tiempo aquel de hacerse cargo de la imposibilidad en que se hallaba de emprender la jornada á Méjico, y el último de considerar cuán imprudente fuera esponer al autor de sus dias al cansancio de tan penoso camino, y á los peligros ademas que en la Metrópoli probablemente iban á ofrecérsele. No parecia, ademas, cortés despedirse de la religion y su prelado por medio de un simple mensaje de que fuese portador el indio tlaxcalteca, recomendable persona para sus amos, pero al cabo no mas que servidor doméstico de los Valdestillas; y en resúmen aplazóse la marcha para el siguiente dia, 18 de julio; á fin de hacer las cosas en regla con respecto al convento, y consultar al médico lo relativo al viage de D. Pedro.

Tal era la situacion de aquellos de nuestros persona-



ges que accidentalmente residian en Tlaxcala, cuando un correo despachado por Fr. Diego de Olarte antes de amanecer el 17, llegó á la ciudad un tiempo capital de la República aliada fidelísima del ilustre Conquistador, á dar la triste nueva de los sucesos de Méjico durante la noche del 15.

Exacto el Provincial en el cumplimiento de su palabra, empeñada al congreso de Damas celebrado en la cámara de la Marquesa del Valle, escribió la misma noche que aquel tuvo lugar al Prior de Tlaxcala, á D. Pedro y á D. Fernando de Valdestillas, noticiándoles á todos la prision de los hijos de Hernan Cortés, de los hermanos Avilas, y demas caballeros en la persecucion envueltos; y á mayor abundamiento, prescribiendo ó aconsejando á cada cual lo que mas oportuno entendió ser en aquellas críticas circunstancias. Procedamos por partes á fin de ser mas claros: al Prior encargábale el Provincial, primero oraciones para implorar la misericordia del Cielo en favor de los perseguidos; luego que sin pérdida de momento intimase á D. Fernando la orden de pasar á Méjico. A D. Pedro manifestábale que la Marquesa reclamaba la asistencia de su hijo en el amargo trance en que se hallaba; y al Doncel decíale que, como á *Novicio* le mandaba apresurarse por todos los medios posibles á volar á Méjico, y como á su hijo espiritual, fuese ó no religioso, le exigia otro tanto so pena de cargo de conciencia.

En verdad, el bueno del padre Provincial apretó sin gran necesidad los resortes de su poder, porque el Prior, tan franciscano como el primero de su orden, y por tanto amigo si no parcial del Marqués, no habia menester estímulos para interesarse en la suerte de los presos, ni tampoco para salir de un novicio cuya admision precipitada teniale ya costado recibir severas reconvenciones del mismo Fr. Diego. En cuanto al Comunero y á su hi-

jo, demas está decir que, con saber la desgracia de sus amigos, sobrábales para que volasen, si alas tuvieran, en su auxilio, ó cuando mas no pudiesen, á morir con ellos.

Mas el médico declaró terminantemente que no respondia de la vida de D. Pedro, si cometia la imprudencia de ponerse en camino; y en consecuencia D. Fernando que primero se dejaria hacer pedazos, que consentir en riesgo tan evidente.

Luego Cristóbal, que nunca perdia la brújula, como vulgarmente se dice, sostuvo con escelentes razones que llegar á Méjico los Valdestillas, y prenderlos los Doctores seria una misma cosa, siendo ya de admirar que á Tlaxcala no hubiesen enviado por ellos; y como la oposicion del hijo al viage de su padre era mas que racional, y la observacion del indio evidentemente fundadísima, necesario fue modificar el plan de operaciones en consecuencia.

Acordóse, pues, y ejecutóse lo siguiente: D. Pedro fue trasladado de noche, secretamente y en andas, á una celda del convento de San Francisco de Tlaxcala, quedándose con él para asistirle, no sin gruñirlo mucho, el bueno de Millan, quien á pesar de su fidelidad y cariño al viejo Comunero, prefiriera ir á Méjico, á cortarles las orejas, decia, á un par de Doctores siquiera.

En cuanto á D. Fernando, una vez seguro de que á su padre no habia de faltarle la mas esmerada asistencia, conformóse en todo y por todo al dictámen de la Serpiente de Tlaxcala, en virtud del cual, conservando su hábito de Novicio, y en compañía del indio mismo, tambien de fraile disfrazado, emprendió de noche y á pie la jornada á Méjico. Sin duda de aquel modo dilatábase el tiempo del camino, mas en cambio se obviaba todo género de inconveniente, pues á nadie podia llamar la atencion que viajasen dos frailes franciscos, siendo su

oficio de misioneros por esencia nómada; ni, dado que el Doncel fuese reconocido, parecia probable que, atropellando los fueros del santo hábito, osaran los esbirros de la Audiencia reducirle á prision.

Era, por tanto, juicioso y sagaz el plan de nuestro Cristóbal; y como, dígase lo que se quiera, suele la cosecha corresponder las mas veces á la simiente y al cuidado con que se cultiva, de hecho llegaron sanos y salvos al convento de Tlatelolco amo y criado; pensativo y ardiendo en ira aquel, resignado el último á la voluntad de Dios.

Encerráronse el Prior y el supuesto Novicio (D. Fernando se habia ya despedido de la religion), en la celda de aquel durante dos horas, que emplearon tanto en enterarse el segundo de todos los pormenores que el Prelado sabia respeto á la desdicha de los hijos de Hernan Cortés y sus parciales, como en discutir los medios que, segun las luces de entrambos personajes, podian conducir al alivio de la suerte de aquellos.

Mostróse el jóven Valdestillas en aquella conferencia mucho menos violento de lo que Fr. Diego temia; y fue la causa de tal fenómeno que, no habiendo el Doncel tenido nunca participacion directa en la conjuracion, y careciendo por consiguiente de ilusiones en la materia, no pudo ocultarse á su claro entendimiento que, si libres no acertaron los nobles todos de Méjico á vencer á los Doctores, delirio fuera esperar conseguirlo cuando las mejores espadas se hallaban fuera de combate. Así durante las horas de camino, largas y tristes por cierto para el enamorado jóven, meditando en el objeto de su viaje, díjose claramente: «Podrás ir á morir con ellos, que salvarlos, si Dios con un milagro no lo hace, es cosa imposible.»—Y morir era precisamente su anhelo, entonces mas que nunca; porque entonces, sabia muy bien que para siempre acababa de perder hasta la mas

remota esperanza de que Elvira le mirase nunca con ojos compasivos. Mas diremos: si la Dama fuese capaz, que no lo era por cierto, de aprovechar la desdicha de su esposo para favorecer con una sola mirada á su amador, la villanía de tan infame proceder, revelando todos los nobles instintos de Valdestillas, curárale instantánea y radicalmente de su pasión. Elvira, pues, estaba para Fernando perdida; y Fernando no podía, no quería vivir sin Elvira. Ahora bien: morir, para un amigo de los proscritos, y enemigo por consiguiente de los proscritores, no debía ser gracia muy difícil de lograr en tales circunstancias; y en consecuencia el Doncel, casi seguro de conseguir su mas ardiente deseo, naturalmente estaba tan sereno como resuelto en aquel que hubiera sido para otro cualquiera, sin duda angustioso lance.

Sin embargo, entre las ideas del hijo de D. Pedro y las del Provincial de San Francisco mediaba aun distancia inmensa, porque Fr. Diego, no por cálculo ni raciocinio, sino por sentimiento y conciencia, rechazaba desde luego y sin exámen, cualquier pensamiento de fuerza; mientras que el mancebo se manifestó dispuesto á emprenderlo todo con las armas, si bien no esperaba alcanzar otra cosa que perecer con sus amigos.

En todo caso, como D. Fernando escusó la polémica, alegando que, llamado á Méjico por la Marquesa, hasta recibir sus órdenes y ponerse de acuerdo con ella á nada podía resolverse, hubo el religioso de contentarse con aquella trégua, y dejar que el 21 por la noche fuese el mancebo, siempre de fraile vestido, al Palacio del Marqués, donde casi constantemente se hallaban reunidas las mugeres é hijas de los presos.

Difícil nos será pintar el efecto que produjo en aquellas afligidas señoras ver envuelto en burdo sayal, macilento, y con cierto aire entre desesperado y contrito, que no sentaba mal á su varonil aspecto, á un jóven á

quien pocas semanas antes miraron gallardo, brioso, bello, y seductor mas que ninguno entre todos los galanes de Méjico. Ya en otra ocasion lo dijimos; cuando la mano del tiempo es la que gradual y sucesivamente destruye la belleza y el vigor paraliza, el espectáculo de la degradacion humana parece infinitamente menos aflictivo, que si la ruina proviene de enfermedad aguda, ya física, ya moral, porque entonces se ve, no al sér que se acaba por haber vivido, sino la vida en flor agostada. Luego, por mas que se diga, la belleza y la juventud, son mucho mas simpáticas que la fealdad y la vejez: un anciano que padece da lástima; pero, si se trata de un jóven, sus males enternecen. Lágrimas, pues, de ternura asomaron á los ojos de todos los individuos del femenino cónclave, menos á los de Elvira, quien, palideciendo como un criminal en presencia del testigo cuyo testimonio va á condenarle irremisiblemente, ejerció, sin embargo, bastante imperio sobre sí misma, para permanecer en lo demas impassible, y decirle al hijo de D. Pedro, despues de haber este saludado á la Marquesa, estas palabras:

—«Creiamos, D. Fernando, ó mas bien hermano Fernando, creiamos que no erais ya novicio; de otra manera no os molestáramos, pues aquí y ahora habemos menester mas las espadas que los rosarios.»

Las mugeres son asi, y Dios se lo perdone: imaginan que, para probarle á un hombre que no estan de él enamoradas, necesitan desgarrarle el corazon con algun horrible sarcasmo, ya que no sea con un desaire insoportable. Elvira quiso que desde luego apreciase Fernando la profundidad del abismo que de ella le separaba; que lo apreciase de manera que no le quedara ni la mas remota esperanza de salvarlo; y, para conseguirlo, no vaciló en ser cruel sin limites..... Repetimos que asi son las mugeres y no hay mas que tomarlas como Dios

las hizo, ó dejarlas, si se puede, que no siempre es fácil, ni mucho menos.

Inmutóse el mancebo mas que lo estaba, y no era poco, al entrar en la cámara de la Marquesa; pero respondió modesto, aunque mortificadísimo:

—«No soy ya novicio, señoras, y lo que vengo á ofrecer no es un rosario, sino mi espada y mi vida: si aún visto este santo hábito de que soy indigno, es por tolerancia de Fr. Diego, y porque no me imposibiliten nuestros enemigos para la defensa de vuestros esposos y mis amigos.»

Oyéndole hablar de tal modo toda la asamblea juzgó excesiva la dureza de doña Elvira, y como en compensacion de ella, apresuráronse las damas, una tras otra, desde la Marquesa hasta Leonor, á felicitarle por su resolucion y agradecersele con encarecimiento. La esposa de Avila ni desplegó sus labios, ni una vez siquiera quiso mirar á D. Fernando durante aquella escena que pudiéramos llamar espiatoria: solo cuando creyó que era tiempo de terminarla, dijo:

—«Bien pensado está que D. Fernando conserve el hábito, como un disfraz, hasta que llegue el momento de aparecer con la espada en la mano ante sus enemigos cual el Ministro de la venganza del Cielo ante sus amigos como su ángel salvador: pero hablemos ya de estado de los negocios.»

Entonces, con una lucidez y concision admirables, espuso que los Doctores, instruyendo por sí mismos el proceso de los conjurados, sin mas asistencia que la de un Escribano, ya rico, y hombre de toda su confianza, habian hecho tan difícil que rayaba en lo imposible averiguar el estado de la causa; que las cárceles, confiadas á esbirros incorruptibles por lo bien pagados, y ademas bajo la custodia aquellos dias de los soldados de Velasco, eran impenetrables fortalezas, hasta el punto de ig-

norarse absolutamente si los presos gozaban ó no de buena salud; y últimamente, que las rondas, patrullas, espías y demas precauciones acostumbradas en circunstancias como aquellas, habíanse multiplicado de manera, que no habia medio de dar un paso en la ciudad sin tropezarse con corchetes, soldados, ó soplones de la Audiencia.

—«Tal y tan triste es nuestra situacion (dijo para concluir), que aún no han podido mis mensajeros dar con el paradero de D. Martin Suarez de Monroi, ni yo averiguar si aquel infeliz caballero es muerto ó vivo!»

Al pronunciar esas palabras, acompañólas con un suspiro tan hondo y sentido, que aun entonces llamó la atencion de todas las demas señoras que la escuchaban; y en el corazon del doncel hizo renacer la llama de sus primitivos sofocados celos. Sin embargo, resuelto á sacrificarse en todo y por todo, ahogó su pena, y tomó la palabra exclusivamente para tratar del negocio pendiente, que era, como sabemos, la salvacion de los presos.

D. Fernando esperaba, ó mas bien asi lo dijo, que los Doctores, á pesar de toda su saña, no osarian precipitarse á sangrientas ejecuciones, puesto que no lo hicieron desde luego, al tener en su mano al Marqués y demas caballeros de complicidad en la conjuracion acusados; la incorruptibilidad del Escribano y de los carceleros no le parecia obstáculo invencible, pues, si bien les pagaba la Audiencia por hacer daño á los caballeros, mejor podrian pagarles las Damas para que los favoreciesen; y el rigor con que la ciudad y sus cercanías se custodiaban, tampoco, en su entender, podia menos de ir sucesivamente relajándose. Teniendo, pues, segun todas las probabilidades, algun tiempo delante; positivamente mucho dinero de que disponer; y contando, ademas, con el favor del pueblo, no habia razon para considerar el negocio como desesperado, aun cuando

por el momento no se supiera de D. Martin Suarez, *persona sin duda importante* (fueron las palabras del celoso enamorado), *pero no tanto que fuese irremplazable, para el dia de la batalla á lo menos, que en otras cosas ya yo sé que nadie con él compite.*

No fue perdida tan amarga alusion : comprendióla demasiado bien doña Elvira, y enrojeciéndose súbito, lanzó al triste Doncel una mirada tan altiva, tan fiera, tan dura, que en poco estuvo que, anonadado por ella, no se arrojase el culpable á las plantas de la fiera hermosura inexorable juez, pidiendo misericordia.

Dichosamente para entrambos, terció la Marquesa, en la conversacion, preguntando á Valdestillas cuál era su plan ; á lo que respondió él de esta manera:

—«Propóngome, Señora, por medio de Cristóbal, reclutar en Tlatelolco razonable número de indios, y personalmente reunir los ahora dispersos bravos y aventureros, con quienes, sino me engaño, contaron en mejores dias D. Martin Suarez y D. Alonso de Avila. Por medio de los primeros y con motivo de la exorbitancia de los tributos, ó á pretesto de cualquiera otra de las infinitas vejaciones con que los Doctores los molestan de continuo, fácil me será promover y fomentar un motin en el Arrabal, cuando me parezca oportuno; y mientras allá acuden, como ha de suceder forzosamente, la Audiencia, sus ministros y los soldados, con mis hombres, que serán los europeos, forzaré yo las puertas de las cárceles, poniendo en libertad al Marqués mi señor, y á los demas que con él gimen aherrojados. Entonces, libre y armada la nobleza mejicana, y en lucha ya los golillas y sus favorecedores con la plebe, nuestras espadas decidirán fácilmente la victoria; useñoría dejará de llamarse Marquesa para ser Reina, y lo que ahora son lamentos y melancolias, trocaránse en exclamaciones de júbilo y gozo purísimo para todos,



excepcion hecha de alguno, á quien su enemiga estrella no consiente ni un solo instante de sosiego en este mundo!»

Entusiasmóse la bella congregacion, como era natural, ante tan lisongera perspectiva, con vigoroso espontáneo pincel por D. Fernando trazada; mas doña Juana de Sosa, muger mucho mas razonable que poética, no pudo menos de esclamar, con tanta sobra de razon como falta de ilusiones.

—«¿Y, si en tanto que vos disponeis los ánimos de los indios, y reunís los aventureros, nos degüellan los Doctores á nuestros esposos, D. Fernando?»

La razon podrá ser una gran cosa, lejos de negarlo, ni aún á ponerlo en duda nos atrevemos siquiera: pero la verdad es que á veces, y son las mas en este pícaro mundo, su oficio se reduce al de acibarar los goces presentes, desvaneciendo hasta las esperanzas del bien futuro.

Las desdichadas que, olvidando, arrastradas por las consoladoras palabras de Fernando, la realidad de sus males, lanzábanse con fé ardiente á los espacios imaginarios, y ya veian libres á los cautivos, y humillados á sus perseguidores, y triunfante el pendon del Marqués del Valle, y surgir, en fin, un nuevo esplendente trono de la lobreguez misma de los calabozos de Méjico; al escuchar la voz de doña Juana de Sosa, que sin misericordia les puso de nuevo ante los ojos la fúnebre perspectiva del cadalso, volvieron á sumirse en el abismo de su inconsolable afliccion: ¿Y qué ganaron en eso? Perder algunos instantes de esperanza, quizá ilusoria, pero en efecto consoladora; flaquear de espíritu; llorar inútilmente!—Dios nos libre, en ciertos casos, de las gentes razonables.

El pobre Valdestillas, aun cuando, como sabemos, era allí quizá quien mas tristemente miraba las cosas,

tuvo, sin embargo, que sacar, fuerzas de flaqueza, para consolar á las Damas, y dijo:

—No desconfiemos, señoras, de la misericordia Divina. De que yo he de apresurar el golpe, no presumo que se dude: pero, si por desdicha fuese así, esta misma noche con la gente que hallare, ó solo si ninguna encuentro, asaltaré la cárcel...

—«No, no: exclamaron á un tiempo la misma esposa de Castilla y la Marquesa; eso fuera perderos inútilmente!

—Como mandeis, señoras; y con esto guardaos el Cielo, que yo voy á poner mano á la obra, jurándoos aquí, á fé de caballero, devolveros á vuestros esposos ó morir en la demanda, así Dios me salve!»

Dichas esas palabras y saludando en general á las Damas todas, salió de la cámara de la Marquesa el hijo del Comunero, ansioso de huir de la presencia de Elvira, que nunca se le habia mostrado mas cruel, ni nunca tampoco parecido mas bella.

Engañábase, empero, creyéndose, poco antes de llegar á la escalera, ya libre del cruel suplicio de mirar á una muger idolatrada cuanto ingrata; porque ella, dejando la compañía de la Marquesa pocos momentos despues que él, alcanzóle, y díjole:

—«Aguardad, D. Fernando, tengo que deciros dos palabras.»

Trémulo, acongojado, sin saber qué pensar ó mas bien que temer, volvióse el Doncel, y tartamudeó en voz apenas inteligible, esta frase:

—Os escucho, señora, aunque no acierto...

—Por segunda vez en vuestra vida, D. Fernando, habeis calumniado á una muger que, en punto de honra, solo tiene que pedir perdon á Dios de haber sido débil de corazon, *de corazon no mas*, bien lo sabeis; y eso con vos solo...

—¡Oh Elvira! Elvira mia!

—Sí, lo he sido; mas ya no lo soy.

—¡Elvira!!!

—No lo soy, D. Fernando; creí amaros, y creyéndolo os obligué á huir de mí, ved que será cuando con verdad puedo y debo deciros que no os amo! Mi corazón es de quien debe ser: de D. Alonso.

—¡Dichoso él, que tanto bien alcanza! Pero pareceme, señora, que pudiérais escusarme...

—¿Y por qué? ¿Habéisme vos economizado vuestras injustas sospechas?

—¿Cuáles, señora?

—¿Cuáles? ¿Paréceos que no os he comprendido? Fernando, vos creéis que D. Martin Suarez de Monroi, es mi amante.

—¡Ah, infeliz de mí!

—Sabed, sí, sabed que amo á D. Martin con toda mi alma.

—Doña Elvira, ó estais demente ó bien os habeis propuesto que hoy pierda yo la poca razon que ya me queda. ¡Dejadme!—¡Adios! Y amad al género humano; pero dejadme á mí morir tranquilo.

—Os digo que amo á D. Martin, pero D. Martin no es mi amante, no; D. Martin Suarez de Monroi es mi padre!

—¡Dios de misericordia! ¡Vuestro Padre! ¡Ah, perdonadme, señora, perdonadme, como yo os perdono á vos haber hecho la desgracia de mi vida, y sobre todo haberme revelado tan sin necesidad que vuestro corazón es de D. Alonso!

—Sí, Fernando, yo os perdono vuestras injuriosas sospechas; y os doy una gran prueba de amistad, revelándoos un secreto que á mi propio marido callé, aun corriendo en ello gran riesgo mi vida y mi honra.

«No seais injusto conmigo: cuando vais á lanzaros

en una empresa desesperada—porque lo es, vos y yo lo sabemos.—¿Podia, ni debia yo callaros que mi corazon tiene dueño? No, Fernando: eso fuera proceder villanamente, siempre os dije: *nunca seré vuestra*: ahora, aunque parezca cruel, debo añadir, *amo á D. Alonso*. Obrad vos como os parezca.

—D. Fernando de Valdestillas, señora, obrará como debe; como si poseeros hubiera de ser la recompensa de sus esfuerzos, como si vuestro corazon fuera suyo. Joven soy: mas tambien caballero!

—Sois un ángel desdichado, pobre Fernando: el Cielo os reclama.

—Soy un hombre á quien mas le valiera no haber nacido: mas no está lejos el dia del descanso eterno. Adios señora.

—¿Asi os vais? ¿No quereis ser mi amigo? ¿No quereis estrechar por última vez mi mano?»

El desdichado mancebo, cayendo de rodillas á los pies de la inflexible hermosura, y tomando su mano, que regó con amargas ardientes lágrimas, dijo entonces:

—«Yo Elvira, os adoro, no diré á pesar mio, porque estimo mas este amor que me mata, que estimara un trono; pero os adoro contra razon y sin esperanza. Mandadme cuanto querais, menos que deje de amaros, que eso no está en mi mano. ¿Quereis llamaros mi amiga? Sea; yo vuestro amador soy, y amándoos moriré!»

Al terminar levantóse y, como si las furias le arrastraran, desapareció de la vista de Elvira, que conmovida y llorosa, exclamó:

—«¡Mi infelicidad es contagiosa! ¡Pobre, pobre Fernando! ¡Dios se apiade de tí, y te saque pronto de un mundo que solo para padecer conociste!»

**EL AUTOR**

**DE LA CONJURACION DE MEJICO**

**A SUS BENEVOLOS SUSCRITORES.**

Al anunciar la novela, cuyo fin se acerca, hícelo con la desconfianza que natural y lógicamente debían inspirarme lo escaso de mis fuerzas, y la poca estima que los libros originales de pasatiempo alcanzan en España en nuestros días: sin embargo, el público indulgente con el autor y la obra, ha recibido ésta de manera que superó hasta las esperanzas de aquel. Ciertamente, ni sé como agradecer á mis suscritores la honra que me dispensan, ni encuentro palabras para manifestarles mi profundo reconocimiento, como no sea proclamando que han hecho mas en meses para libertar á la literatura española de la plaga del estrangerismo que la corroe, que en mi opinion hubiera podido conseguirse en años. ¿Por qué, si una novela de autor de tan poca valía como el de la Conjuracion de Méjico, alcanzó tal acogida, que no pueden prometerse obras de mas valor en sí, y por mas claros ingenios escritas?

Sirva mi ejemplo de estímulo á los que mas pueden, y quizá no se tarde el día en que las traducciones cesen de ser alimento exclusivo de la librería de pasatiempo.

Mas al anunciar la *Conjuracion* dije constaria de cuatro tomos solamente, y hoy me veo en la necesidad de añadirle el quinto: ya porque hubo error en el cálculo de lo que impreso produciria el manuscrito, ya porque para encerrar el cuadro en los límites de antemano trazados, fuérame necesario agolpar en demasía los sucesos y catástrofes, y sobre todo variar completamente el estilo del libro. A riesgo, pues, de que alguno me acuse de haberme hecho temerario en vista de la indulgencia de mis suscritores, me decido á publicar el quinto y último tomo de la novela

Ese tomo, idéntico á los anteriores en todas sus condiciones, costará á todos mis actuales suscritores y á las personas que antes del 28 de febrero próximo se suscriban por toda la obra 21 reales en Madrid y 28 en provincias franco de porte, es decir: á razon de 3 y 4 reales la entrega respectivamente, sin embargo de hallarse en la actualidad pagando los mas 28 reales en Madrid y 35 en provincias.

El público verá asi que en la prolongacion de este libro no me he propuesto especular, sino satisfacer las exigencias del asunto y sus condiciones literias, faltar á las cuales fuera ingratitud á los que me favorecen, y mostrarme ademas poco cuidadoso de mi crédito, que si bien escaso, constituye mi sola hacienda.

Madrid 12 de enero de 1831.

P. E.

N. B. Las cuatro láminas correspondientes al tomo V, se distribuirán con su última entrega.

# INDICE

## DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN EL TOMO IV.

|   | <i>Pág.</i> |
|---|-------------|
|   | -----       |
| CAPITULO I..... Que pertenece al género trágico.....  | 5           |
| II... De cómo se entendia el amor fraternal entre los hidalgos del siglo XVI de la era cristiana.....   | 21          |
| III... Que puede servir de ejemplo á los gobernantes de todos paises, para sacar partido de las circunstancias.....   | 39          |
| IV... Que demuestra el proverbio que dice: <i>quien mal anda, mal acaba</i> .....   | 64          |
| V... Donde se da cuenta de varios efectos, producidos por causas en los anteriores relatadas.....   | 80          |
| VI... De como le nacieron dos hijos de un vientre al Marqués del Valle, que le fueron, no hijos, sino el azar de toda su desgracia..                                  | 100         |
| VII.. En que se trata de las solemnes fiestas con que celebró el Marqués el nacimiento de sus hijos.....  | 119         |
| VIII. Qué cosa eran las <i>encamisadas</i> , en general, y lo que fue en particular la dirigida por D. Alonso de Avila.....   | 144         |
| IX... De cómo pasaban los Doctores el tiempo durante la encamisada, y de las consecuencias del escalamiento de la cárcel de Méjico por Avila, Suarez y consortes..... | 166         |
| X... De como Virgilio fue cómplice en la conjuración de Méjico.....   | 184         |
| XI... En el que se verá cómo en todo pensaba D. Alonso de Avila, menos en los riesgos que su persona corria.....  | 207         |

|                |   |     |
|----------------|---|-----|
| CAPÍTULO XII.. | De cómo tuvieron los hermanos Avilas una conversacion nada alegre; y de otros varios curiosos acontecimientos.....  | 226 |
| XIII.          | En el que se prueba que en ningun caso conviene tener confianza en los enemigos. ....   | 246 |
| XIV.           | Que trata de como D. Alonso de Avila iba entrando por el buen camino, cuando su mala ventura le atajó en él los pasos.....                                | 269 |
| XV..           | En el cual, á falta de sucesos, se hallarán metafísicas disertaciones; y por estar presos los caballeros, figuran las damas en primer término.....        | 285 |
| XVI.           | De como, sabidas en Tlaxcala las nuevas de lo que en Méjico ocurría, perdió la Orden Seráfica un Novicio; y el Novicio hasta sus postreras ilusiones..... | 307 |



## ERRATAS DEL TOMO CUARTO.

| <i>Pág.</i> | <i>Línea.</i> | <i>Dice.</i>            | <i>Léase.</i>                 |
|-------------|---------------|-------------------------|-------------------------------|
|             | 16            | posibles                | posible                       |
| 25          | 20            | revela                  | rebela                        |
| 62          | 7             | su camarada             | tu camarada                   |
| 85          | 30            | easi                    | casi                          |
| ibid.       | ibid.         | porque si, bien         | porque, si bien               |
| 95          | 33            | cristiana vida          | cristianas costumbres         |
| 96          | 24            | Cholula                 | Tlaxcala                      |
| 97          | 4             | severas                 | severos                       |
| ibid.       | 34            | Cholula                 | Tlaxcala                      |
| 98          | 8             | Cholulense              | Tlaxcalteca                   |
| ibid.       | 24            | Cholula                 | Tlaxcala                      |
| 108         | 14            | limitaba                | limitaban                     |
| 122         | 17            | pages gentiles          | pages y gentiles              |
| 123         | 14            | llegó                   | llevó                         |
| 152         | 14            | Cholula                 | Tlaxcala                      |
| 153         | 2             | Cholula                 | Tlaxcala                      |
| ibid.       | 15            | Cholula                 | Tlaxcala                      |
| ibid.       | 23            | Cholula                 | Tlaxcala                      |
| 157         | 31            | esforzado andante       | valeroso andante              |
| 160         | 27            | vecino, habia           | vecino, y habia               |
| 170         | 19            | contentánse             | conténtanse                   |
| 172         | 34            | nos                     | ros                           |
| 186         | 17            | Cholula                 | Tlaxcala                      |
| 188         | 23            | coataron                | contaron                      |
| 190         | 17            | aducuoado               | adecuado                      |
| 207         | 11            | Fergus, Mac'Ivor        | Fergus Mac'Ivor               |
| 246         | 2             | conviene confianza      | conviene tener con-<br>fianza |
| 247         | 15            | desmayarse              | desmayar                      |
| 257         | 29            | alta osara, la justicia | alta, osara la justicia       |
|             | 12            | el deber                | los deberes                   |
| 287         | 21            | gar                     | var                           |

ERRATAS DEL TOMO CUARTO

|       |                         |    |
|-------|-------------------------|----|
| 287   | gar                     | 21 |
| 277   | alta osara, la justicia | 29 |
| 247   | desmayase               | 18 |
| 246   | conviene confianza      | 2  |
| 207   | Fergus, Mac'Ivor        | 11 |
| 190   | aducado                 | 17 |
| 188   | costaron                | 23 |
| 186   | Cholula                 | 17 |
| 172   | nos                     | 34 |
| 170   | contentanse             | 19 |
| 160   | vecino, habia           | 27 |
| 157   | esforzado andante       | 31 |
| ibid. | Cholula                 | 23 |
| ibid. | Cholula                 | 15 |
| 153   | Cholula                 | 2  |
| 152   | Cholula                 | 14 |
| 153   | legó                    | 14 |
| 152   | pagos gentiles          | 17 |
| 108   | limitada                | 14 |
| ibid. | Cholula                 | 24 |
| 98    | Cholulense              | 8  |
| ibid. | Cholula                 | 24 |
| 97    | severas                 | 4  |
| 96    | Cholula                 | 24 |
| 95    | Cholula                 | 24 |
| 94    | Cholula                 | 24 |
| 93    | Cholula                 | 24 |
| 92    | Cholula                 | 24 |
| 91    | Cholula                 | 24 |
| 90    | Cholula                 | 24 |
| 89    | Cholula                 | 24 |
| 88    | Cholula                 | 24 |
| 87    | Cholula                 | 24 |
| 86    | Cholula                 | 24 |
| 85    | Cholula                 | 24 |
| 84    | Cholula                 | 24 |
| 83    | Cholula                 | 24 |
| 82    | Cholula                 | 24 |
| 81    | Cholula                 | 24 |
| 80    | Cholula                 | 24 |
| 79    | Cholula                 | 24 |
| 78    | Cholula                 | 24 |
| 77    | Cholula                 | 24 |
| 76    | Cholula                 | 24 |
| 75    | Cholula                 | 24 |
| 74    | Cholula                 | 24 |
| 73    | Cholula                 | 24 |
| 72    | Cholula                 | 24 |
| 71    | Cholula                 | 24 |
| 70    | Cholula                 | 24 |
| 69    | Cholula                 | 24 |
| 68    | Cholula                 | 24 |
| 67    | Cholula                 | 24 |
| 66    | Cholula                 | 24 |
| 65    | Cholula                 | 24 |
| 64    | Cholula                 | 24 |
| 63    | Cholula                 | 24 |
| 62    | Cholula                 | 24 |
| 61    | Cholula                 | 24 |
| 60    | Cholula                 | 24 |
| 59    | Cholula                 | 24 |
| 58    | Cholula                 | 24 |
| 57    | Cholula                 | 24 |
| 56    | Cholula                 | 24 |
| 55    | Cholula                 | 24 |
| 54    | Cholula                 | 24 |
| 53    | Cholula                 | 24 |
| 52    | Cholula                 | 24 |
| 51    | Cholula                 | 24 |
| 50    | Cholula                 | 24 |
| 49    | Cholula                 | 24 |
| 48    | Cholula                 | 24 |
| 47    | Cholula                 | 24 |
| 46    | Cholula                 | 24 |
| 45    | Cholula                 | 24 |
| 44    | Cholula                 | 24 |
| 43    | Cholula                 | 24 |
| 42    | Cholula                 | 24 |
| 41    | Cholula                 | 24 |
| 40    | Cholula                 | 24 |
| 39    | Cholula                 | 24 |
| 38    | Cholula                 | 24 |
| 37    | Cholula                 | 24 |
| 36    | Cholula                 | 24 |
| 35    | Cholula                 | 24 |
| 34    | Cholula                 | 24 |
| 33    | Cholula                 | 24 |
| 32    | Cholula                 | 24 |
| 31    | Cholula                 | 24 |
| 30    | Cholula                 | 24 |
| 29    | Cholula                 | 24 |
| 28    | Cholula                 | 24 |
| 27    | Cholula                 | 24 |
| 26    | Cholula                 | 24 |
| 25    | Cholula                 | 24 |
| 24    | Cholula                 | 24 |
| 23    | Cholula                 | 24 |
| 22    | Cholula                 | 24 |
| 21    | Cholula                 | 24 |
| 20    | Cholula                 | 24 |
| 19    | Cholula                 | 24 |
| 18    | Cholula                 | 24 |
| 17    | Cholula                 | 24 |
| 16    | Cholula                 | 24 |
| 15    | Cholula                 | 24 |
| 14    | Cholula                 | 24 |
| 13    | Cholula                 | 24 |
| 12    | Cholula                 | 24 |
| 11    | Cholula                 | 24 |
| 10    | Cholula                 | 24 |
| 9     | Cholula                 | 24 |
| 8     | Cholula                 | 24 |
| 7     | Cholula                 | 24 |
| 6     | Cholula                 | 24 |
| 5     | Cholula                 | 24 |
| 4     | Cholula                 | 24 |
| 3     | Cholula                 | 24 |
| 2     | Cholula                 | 24 |
| 1     | Cholula                 | 24 |

# PLANTILLA

## PARA LA COLOCACION DE LAS ESTAMPAS

DEL TOMO CUARTO.



|   | <i>Pág.</i> |
|---|-------------|
| 1. <sup>a</sup> Fr. Diego de Olarte. . . . .            | 34          |
| 2. <sup>a</sup> Incendio de la Torre. . . . .           | 79          |
| 3. <sup>a</sup> Cristóbal. . . . .                      | 216         |
| 4. <sup>a</sup> Prision de los hermanos Avilas. . . . . | 282         |

PLANTILLA

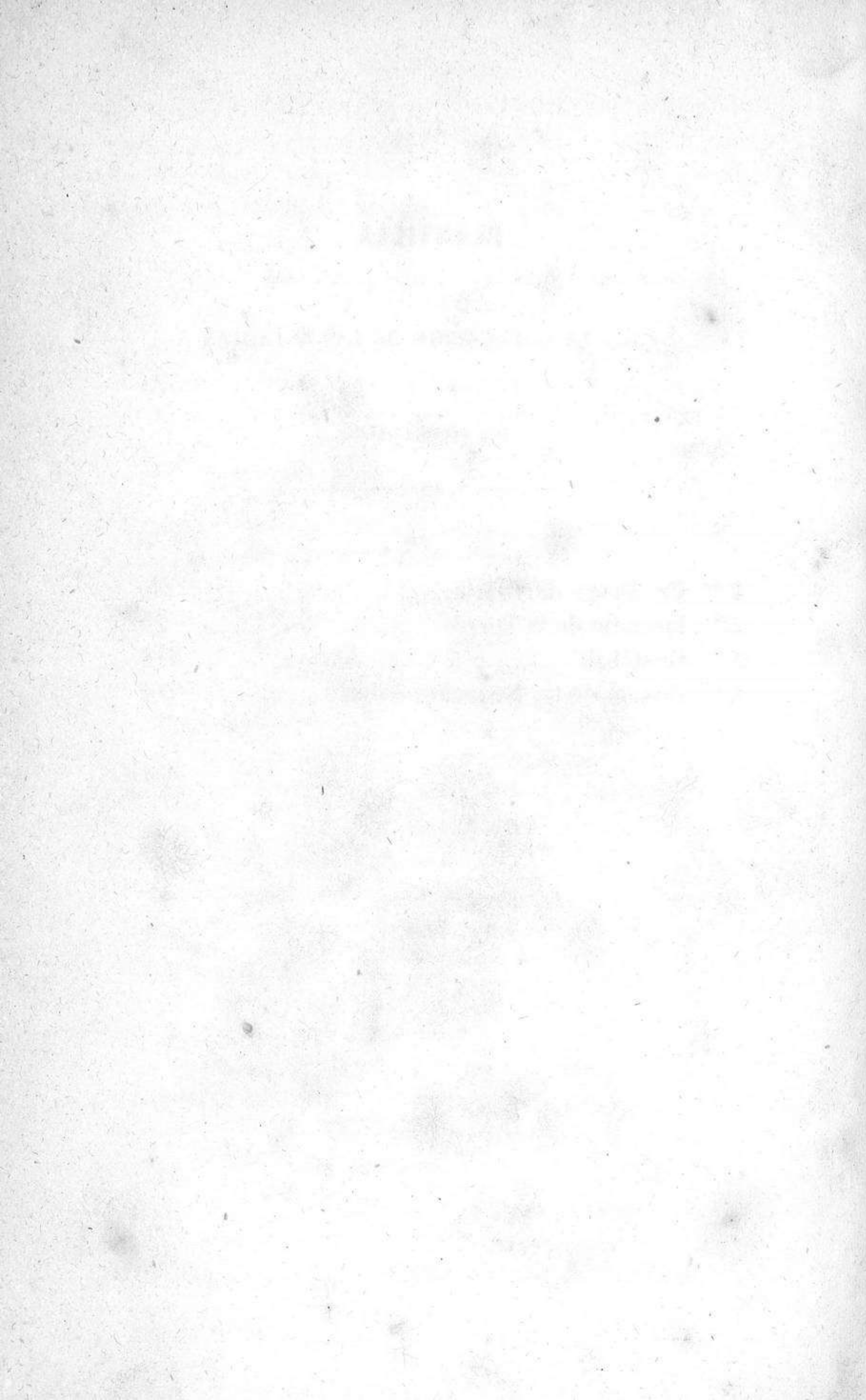
PARA LA COLOCACION DE LAS ESTAMPAS

DEL TOMO CUARTO.

---

| Pág. |  |
|------|--|
| 54   | 1.º Fr. Diego de Olarte . . . . .            |
| 79   | 2.º Incendio de la Torre . . . . .           |
| 216  | 3.º Cristóbal . . . . .                      |
| 282  | 4.º Prision de los hermanos Avilas . . . . . |















BIBLIOTECA PROVINCIAL  
BP. 106, 228  
Reg.  
ESCOLA PIA CATALUNYA

M

A  
22  
(

MEJICO

IV

**Ast**

**R**

**2238**

**(4)**